

A photograph of a narrow, wet alleyway at night, illuminated with a strong red light. A person in a dark coat is walking away from the camera towards an arched doorway in the distance. The wet pavement reflects the red light and the person's silhouette. The walls are made of stone or brick, and there are windows and doors visible. A trash bin is on the right side of the alley.

# El demonio bajo mis pies

KÀ BARCELÓ

El demonio bajo mis pies

KÀ BARCELÓ



Copyright © 2020 Carolina Barceló Monerris  
Diseño cubierta: Carolina Barceló Monerris  
Corrección ortotipográfica: Jesús Leiva Marques  
Todos los derechos reservados.

Queda rigursamente prohibida sin autorización escrita de la autora cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

## **Prólogo**

### **Primera Parte**

- 1 - Estel
- 2 - La fiesta en la azotea
- 3 - El día de Azazel
- 4 - Un cielo nuevo
- 5 - La verbena en la playa
- 6 - El sueño en el que Lilit vino a visitarme
- 7 - El verano

### **Segunda parte**

- 8 - Ilusión
- 9 - Un reencuentro
- 10 - El castigo
- 11 - Esperanza
- 12 - Felices fiestas
- 13 - La lucha
- 14 - Cuesta abajo
- 15 - La llamada

### **Tercera parte**

- 16 - Inercia
- 17 - Falsa redención
- 18 - El fin del mundo
- 19 - El filo del abismo
- 20 - La ejecución
- 21 - El lanzamiento

### **Cuarta parte**

- 22 - Desahuciado
- 23 - Pánico
- 24 - La ronda
- 25 - Astrid
- 26 - Venganza
- 27 - Malos pensamientos
- 28 - Polvo de estrellas

29 - La oferta

30 - El asunto pendiente

*A mi luchador incansable*

## PRÓLOGO

Aquel día fue devastador. La llamada desde la residencia le despertó a las seis y media. Su madre había muerto. A pesar de que Iván ya se había ido haciendo a la idea de que seguramente moriría pronto, debido a las complicaciones que le había producido el Alzheimer, aquella noticia le cayó como un jarro de agua fría.

Por la tarde, Iván permanecía sentado en la sala número tres del tanatorio Sancho de Ávila, enfundado en un abrigo de lana. En un rincón estaba el ataúd cerrado y, encima, una corona de flores blancas y un lazo con la inscripción: «Siempre te querré, mamá. Tu hijo.»

A pesar del ambiente gélido y el aviso de ola de frío polar, durante la hora del almuerzo fueron algunos vecinos de la escalera a darle el pésame, y se sorprendió de algunas de las visitas. Se acercó el matrimonio del segundo tercero: Remedios y su marido, que nunca iban a las reuniones de la comunidad; Rosa, que siempre iba de cabeza y con quien apenas había hablado, con sus dos hijos —¿pero que hacen aquí, estas criaturas?—, y José, un abogado jubilado que pintaba cuadros impresionistas al que todos consideraban un tipo bohemio y extraño. Todo el mundo se mostró tan cariñoso, incluso el huraño pintor, que tuvo ganas de llorar.

Más tarde comenzaron a llegar compañeros de trabajo. Los primeros, Néstor y Nadia, colegas del departamento a quienes quería como si fueran de su familia y que le dieron un fuerte y largo abrazo.

—¿Cómo estás, tío? —dijo Néstor con gesto compungido mientras Nadia frotaba con la mano la espalda de Iván.

—Estoy bien —dijo él con una ligera sonrisa de circunstancias—. Gracias por venir.

Los dos amigos firmaron el libro de condolencias y se sentaron con él un buen rato, en silencio, hasta que empezaron a llegar otros compañeros. Pedro, *community manager* de la empresa y gran animador en el trabajo y en las fiestas en la azotea del piso de Iván; Andreu y también su mujer, Carmen, a quien conocería por primera vez y, poco después, Eduard, el jefe de departamento con su esposa. Un poco más tarde, se presentó Estel. Ni siquiera el movimiento de sus caderas enfundadas en aquella falda de tubo sobre el pedestal de unos zapatos de tacón kilométrico le hicieron reaccionar. Estel era el amor platónico de todos los compañeros; solteros, casados y divorciados y, según Nadia, una fuente de envidia entre las mujeres con las que se cruzaba en la oficina. De hecho, la mayoría de ellas pensaban que se había ganado su ascenso meteórico, a los veintisiete años, gracias a su «sonrisa». Pero en el tanatorio no sonreía. Se acercó a Iván para darle dos besos y un tierno abrazo, y le susurró unas palabras de ánimo. Él pasó el brazo por su cintura en un gesto de agradecimiento mientras presenciaba la estampida de miradas furtivas.

La llegada de más conocidos del barrio y de algunos de sus clientes le obligó a atenderlos. «Estoy bien, gracias por venir», repetía Iván mientras le surgía un sentimiento de consuelo y alivio por tantas muestras de afecto. Su madre era el único familiar cercano que le quedaba y, pese a no haber podido comunicarse con ella los últimos meses, había constituido uno de los pilares de su rutina: Iván no falló a la cita semanal en la residencia de ancianos, cuando le llevaba ropa o crema fijadora para la dentadura postiza y le contaba cómo había ido la semana mientras ella le ajustaba bien la corbata, en un gesto tan obsesivo como cariñoso.

Era el motivo más importante por el que trabajaba duro, para que tuviera la mejor calidad de vida posible en los últimos días de su vida, y para pagar las cuotas de la residencia que ya habían agotado el dinero de la venta del piso donde Iván había crecido.

Hacia las ocho menos cuarto de la tarde la sala quedó casi vacía, e Iván se volvió a sentar junto a Nadia y Néstor, que habían aguantado estoicamente toda la tarde.

—Nosotros también nos vamos, *xiquet*. Ya sabes que puedes llamar si lo necesitas, a la hora que sea —dijo Nadia levantándose de la silla.

—Mañana iremos al entierro y comeremos juntos, si quieres. —Néstor puso su mano en el hombro de Iván, que se aflojó la corbata—. Haznos un favor, ve a dormir a casa y descansa.

—Gracias chicos. Tranquilos, lo haré. Hasta mañana.

\*\*\*

Nadia se arrebujaba con el abrigo cruzando los brazos, intentando que el viento no se colara por la botonadura. Estaba nerviosa como si fuera el primer día que quedaron para liarse en el hotel. Había seguido a Iván por la calle hasta llegar cerca del Auditorio. Y allí estaba, apoyado sobre la barandilla del puente que cruzaba las vías del tren, con la solapa del abrigo levantada para huir del frío y, tal vez, para preservar su intimidad. Parecía mirar con deleite los raíles que brillaban bajo las luces anaranjadas de la ciudad y ella decidió intervenir en ese romance.

—Iván... —Él se incorporó despacio—. Perdona que te haya seguido...

La expresión de él era tan triste como atrayente, con el ceño fruncido y los labios entreabiertos que exhalaban con ritmo sincopado el humo blanquecino de la helada. Nadia se lo habría comido allí mismo.

Ambos permanecieron inmóviles unos segundos antes de abrazarse con ternura, justo en el momento en que empezó a caer aguanieve de aquel cielo tan turbio.

—He pensado que quizás querrías estar acompañado un rato más.

—Un rato —dijo él.

Ella se acercó y le besó en la mejilla. Esa noche, por causa de fuerza mayor, solo la acompañaría hasta el portal de su casa.



# PRIMERA PARTE

*ESTEL*

Deambulaba por los alrededores de Via Laietana entre la multitud de turistas y locales. Aquel lunes había sido un día agotador en el trabajo y Estel, como de costumbre cada año, fue a dar un paseo por el centro de la ciudad para disfrutar de la Diada de Sant Jordi. Allí estaban los restos de la fiesta; en la calle Platería solo habían quedado las mesas y los cubos vacíos de los vendedores ocasionales, pétalos de rosa multicolores esparcidos por todas partes sobre las mesas y el suelo, espigas verdes y secas ignoradas por los peatones, y carteles manuscritos con los saldos del día abandonados entre la riada de gente que iba y venía. Hacía tres años que en el trabajo no regalaban rosas a las chicas; la crisis había hecho desaparecer la cortesía en la empresa, y hacía mucho más tiempo que el compañerismo entre los colegas iba bien escaso.

Caminó hasta el Fossar de les Moreres, donde se sentó bajo el pebetero de la llama eterna y se quitó los zapatos; el placer del contacto de los pies sobre el suelo de piedra fue tal que cerró los ojos durante unos segundos, inspirando el aire fresco de la primavera en la ciudad. Allí fue objeto de las miradas de los hombres, jóvenes y maduros, acompañados o solos que pasaban cerca, y también se sintió escrutada por algunas mujeres.

Estel observaba aquel amasijo de gente bajo los muros de la basílica de Santa María del Mar. Observaba las familias de turistas enfundados en camisetas del Barça, los vendedores ambulantes lanzando al aire luces voladoras aunque aún no había oscurecido, y chicas y señoras luciendo la rosa de Sant Jordi en las manos, junto a sus parejas.

En un arrebato cogió el móvil y buscó entre los contactos. Aquel era un buen día, era un buen momento para llamar a Iván. Ya habría llegado a casa, o tal vez estaría dando una vuelta. Quizás habría decidido bajar el centro, como ella, y estaría en la terraza de cualquier bar tomando una cerveza bien fresca. Se lo imaginó sentado en la cervecería, con la chaqueta plegada sobre la silla, con las mangas de la camisa arremangadas, acariciándose la barba de tres días que siempre llevaba impecablemente recortada. Le veía con su espalda cultivada en el gimnasio apoyada en el respaldo, mientras leía la novela de Ken Follet que le había visto en la oficina. A pesar de la diferencia de edad, ella se sentía tan atraída por él que cuando le veía sonreír con aquella expresión tan dulce se fundía de ganas de hacérselo saber.

¿Qué podría pasar si le contactaba? Podría pasar que no le cogiera la llamada, o que la enviara a paseo. Pero, ¿no podría haber un término medio?

Animada, se puso los zapatos bajo la atenta mirada de un turista que estaba sentado un par de metros más allá y, tomando aire, se levantó. Entonces, se dirigió hacia la puerta del Born esperando encontrar un poco de intimidad para llamar.

Allí, bajo la puerta de la basílica, apretó el icono verde del teléfono y esperó unos segundos. *Calling Mobile*. El corazón le iba a cien. En diez segundos le pasó de todo por la cabeza: «Quizá no debería llamar; no he pensado en el saludo. ¿Hola?, ¿buenas tardes?, ¿Iván? Esto es una locura; mañana se me verá el plumero en el trabajo, ¡cuelgo!»

*La persona a quien llama no está disponible, por favor, deje su mensaje después de la señal.*

Estel colgó antes de oír el pitido. Aliviada, bajó los escalones de la portalada y fue directa a comer una pizza y una cerveza para compensar el trance. «Mejor le llamo el viernes.»

*LA FIESTA EN LA AZOTEA*

Iván preparaba la mesa para su fiesta de cumpleaños en la azotea mientras miraba unas nubes solitarias. El sol ya se había puesto y el cielo se mostraba glorioso en colores rojizos, azules y ocres.

La última fiesta que había preparado para sus compañeros de trabajo fue en octubre: un día magnífico de un otoño soleado y una sintonía perfecta entre los invitados.

Esta velada debería ser un punto y aparte después de la muerte de su madre; ya habían pasado tres meses y quería dejar atrás la sensación de vacío que aún le inquietaba. Trabajaba en lo que le gustaba y conocía bien, mantenía una buena salud, a pesar de cumplir los temibles cincuenta años, y tenía un grupo de amigos en el trabajo con los que podía contar. No podía pedir más en los tiempos que corrían.

A las nueve menos cuarto llegó Nadia con una botella de cava y un estuche lleno de discos compactos que había coleccionado desde que tenía veinte años.

—Ya sé que aún no es la hora, ¡pero felicidades! Toma, para el agua de Valencia. —Sonrió ampliamente mostrando las botellas de espumoso y le dio dos besos—. ¿Soy la primera?

—¡Gracias! Sí, eres la primera, como siempre. Pasa.

Iván la siguió por el pasillo hacia la cocina mirándola con cariño y un punto de travesura.

—A ver si encuentras un espacio en la nevera —dijo mientras repasaba sus nalgas.

Después de colgar los farolillos, pusieron los altavoces sobre los taburetes, el picoteo sobre la mesa y las bebidas dentro de cubos con hielo.

Mientras Nadia elegía la música, Iván volvió a mirar el cielo para comprobar que el buen tiempo les acompañaría toda la noche. Las nubes habían desaparecido. Ni una gota de viento y una temperatura cálida.

Apoyado en la barandilla, observó los rascacielos de la Vila Olímpica. Las luces de la ciudad se habían encendido y los farolillos que habían colgado empezaban a lucir sobre sus cabezas. Respiró profundamente.

—¿Y esa sonrisa? —dijo Nadia notando la carga eléctrica que había entre los dos al ponerse a su lado—. *Living on the edge*. —La música hizo subir el nivel de magia del momento—. Este álbum me encanta... Y qué vistas...

En ese justo momento empezaba a sonar «Morenito» de Stéphane Pompougnac, cuando llegaron Pedro y dos compañeros más del área de marketing. «Mucho gusto, ¿donde podemos dejar el regalito?» Después, Néstor y su pareja, Mariona. «Gracias por venir. Dejad el gin aquí mismo.»

Empezaron a beber mientras esperaban al resto: cervezas, *gin-tonics* y los mejores mojitos de la ciudad preparados por la mano experta de Pedro. ¡Qué manera de aplastar las hojas de menta! Su tono de voz siempre era alto y hacía reír a todos los que le rodeaban. Nadia también se acercó para disfrutar de sus ocurrencias, simulando no estar nada interesada en Iván.

Unos minutos más tarde llegaron Andreu y su mujer, Carmen, a quien Iván había conocido el

fatídico día en el tanatorio. Traían otra botella de cava.

—Bienvenidos, ¿qué tal? —saludó a Carmen.

—Hola, Iván, ¿cómo va la vida? ¡Felicidades! —Ella le dio dos besos y sonrió al verle la expresión de júbilo.

¡Muchas gracias! Muy bien, muy bien. Muy contento de que hayáis venido. —Le guiñó un ojo amistosamente y les hizo pasar a la azotea—. ¡Adelante! Voy a poner la botella al fresco.

Allí fuera, el desenfreno: unos apoyados en la barandilla disfrutando de la joya llena de brillantes en que se había convertido la ciudad por la noche, charlando sobre los últimos cambios en el trabajo, la prima de riesgo, el fútbol y, entre carcajadas, de las mujeres. Otros servían copas, comían tapas rematadas con un palillo mientras escudriñaban el Facebook y hurgaban entre los discos. En un rato, ellas se habían atrincherado junto a las lujuriosas bandejas llenas de mini-bocadillos y canapés de salmón noruego, jamón ibérico, queso de cabra y muchas otras delicias.

—Qué piso más bonito, ¡y qué vistas! Aquí se está en la gloria —dijo Carmen a las otras mujeres—. Este chico es un buen partido, ¿no? —susurró mientras hacía una foto al escenario de la fiesta para compartirla en las redes.

Nadia se abstuvo de contestar; Marionna se pronunció:

—Es una maravilla —afirmó después de sorber la caña multicolor del mojito—, Iván organiza unas fiestas memorables. ¡Y espérate, que ahora viene San Juan!

Todas rieron. Nadia buscó con la mirada a Iván. Los dos *gin-tonics* la habían puesto a cien. Ojalá estuvieran solos en la azotea, bebiendo, comiendo y follando.

La excitación se desvaneció al volver a la conversación con las otras dos invitadas que comentaban, bien concentradas, sus vicisitudes con la familia, incluidos los hijos. «¿Y tú, cuando te animas con la descendencia?»

Nadia no pudo reprimir una mueca de disgusto ante la recurrente pregunta cuando se encontraba entre prometidas, madres o embarazadas. A sus treinta y cinco años, ya estaba harta de todo tipo de intromisiones en su vida privada.

—Ha sonado el timbre —dijo para fugarse de la emboscada—, perdonad un momento.

Había llegado la que faltaba. Cuando Estel salió a la azotea, la configuración de los grupitos varió rápidamente. Con sutileza, las esposas se acercaron a sus maridos, y los invitados solteros se acercaron a Iván para pedirle que les presentara lo que ellos llamaron «esta preciosidad».

—Os presento a Estel. Ellos son... —Miró a Pedro para que le recordase los nombres—. Sí. Marc y David.

—Mucho gusto. —Estel se acercó para darles dos besos, rozando el brazo de Iván. El pequeño contacto fue tan agradable que notó un intenso escalofrío en la espalda—. Siento haber llegado tarde. Felicidades, Iván —dijo mirándole directamente a los ojos—. Traigo el postre: pastel de trufa.

El anfitrión se llevó la tarta a la nevera. Estel le siguió bajo la atenta mirada de Nadia, que no pudo evitar sentir celos de una posible relación secreta entre los dos. Aquel vestido tan estrecho y aquellos tacones eran demasiado provocadores; a ella le parecía una ramera.

Volvieron de la cocina entre risas. Iván tenía aquella sonrisa franca que tanto le gustaba a Nadia y que reconocía cada vez que se veían a escondidas. «¿Qué se habrán dicho, allí? ¿Se habrán besado? ¿Habrán quedado en verse después de la fiesta, o quizás mañana?» Hizo un esfuerzo para disimular su ansia delante de todos; eso de mantener en secreto sus encuentros empezaba a pesarle, sobre todo en fiestas como aquella. Sentía que se estaba perdiendo momentos importantes de su vida.

\*\*\*

Estel estaba apoyada en la barandilla de la azotea flanqueada por los tres invitados solteros. De vez en cuando bebía de la copa de agua de Valencia que Nadia había preparado, y escuchaba con resignación las aventuras de cada uno de ellos en Cancún, Nueva York y las Islas Caimán. Aburrida, aprovechaba que la copa había quedado medio vacía para ir a servirse otra y cruzar una mirada con Iván, que charlaba alegremente con Néstor, las parejas y Nadia. La sonrisa del anfitrión era hipnótica. Sus ojos estaban llenos de vida a pesar de cerrarse casi por completo cuando sonreía. Ella deseaba volver a darle dos besos y sentir el roce de sus brazos en la espalda.

\*\*\*

Néstor se acercó a Iván con una copa de cava en la mano.

—¿Vamos a salvar a Estel? —le susurró, compadecido—. Parece que no logra desembarazarse de estos tres pelmazos.

—Será lo mejor —respondió Iván mientras se dirigía con paso firme hacia ella y aprovechaba para ofrecerle una porción de pastel de trufa.

Cuando Estel se dio cuenta de que él se acercaba, sus mejillas se encendieron de repente. La expresión de Iván, después de tres *gin-tonics* y un agua de Valencia, había llegado a ser tan perversa como sensual. Su voz le parecía tan encantadora y su carácter tan gentil que, a cada palabra y cada mirada que se cruzaban, el afecto que sentía por él se hacía mayor.

—No querrás perderte los postres que has traído, ¿verdad? —dijo él ofreciéndole el plato mientras Néstor se llevaba los tres contendientes con una excusa poco persuasiva.

La concurrencia no perdía detalle de la escena; en cualquier momento podrían delatarse, y sobreactuaban los unos con los otros bajo los farolillos mientras el *chill out* intentaba dejarles aturdidos.

—Menos mal que has venido —le susurró ella—. No me lo pienso perder; me encanta la trufa.

Estel recuperó la serenidad con la primera cucharada de pastel.

—Es una fiesta fantástica... ¿Cómo estás? —dijo para introducir una pregunta personal.

Monte la Rue estaba haciendo su trabajo: un sonido fresco, pausado y rítmico que relajaba a todo el mundo, incluso a Iván, que parecía no haberse molestado por la intrusión.

—Estoy bien —la miró sorprendido por el asalto—, ¿y tu?

Ella se puso la cucharilla en la boca y la volvió a sacar lentamente.

—Ahora mismo estoy encantada. —El rubor se había transformado en pura seducción: su cuerpo serpenteaba al inclinarse sobre la barandilla. Esperaba que él la siguiera, y así lo hizo.

Con la luminaria de la ciudad como telón de fondo, Iván se dejó llevar por la embriaguez de la noche y el alcohol. Estel continuó.

—La Diada de Sant Jordi te llamé —dijo decidida, cogiendo otro pedazo del pastel, como si la cosa no fuera con ella—. Pensé que tal vez tendrías ganas de salir conmigo a dar una vuelta por el centro. Pero no te encontré. —Le miró a los ojos.

Él le devolvió la mirada desconcertado, con aquella espontánea sonrisa que la tenía cautiva, y se giró para comprobar que los otros invitados aún les vigilaban.

—Estaría en el gimnasio.

—¿No regalaste ninguna rosa? —dijo ella mientras dejaba el plato del postre sobre la mesita auxiliar que había cerca.

—No. ¿Tú regalaste algún libro? —preguntó travieso, entrecerrando los ojos.

—Ninguno.

Estel apoyó la cabeza sobre su mano; las ondas rojizas de sus cabellos cayeron rozando el

pasamanos. Entonces, Iván pudo observar más allá de su apariencia durante unos segundos: sus pupilas le parecían la entrada a un lugar profundo y acogedor. Después, aquellos ojos fijos en su rostro finalmente le abatieron y ahora era él quien se sentía examinado. Tragó saliva y se aflojó la corbata, que de repente le estrangulaba.

Aprovechando su debilidad, ella volvió a acometerlo.

—Un día de estos te invito a tomar una copa y charlamos un rato. Conozco una coctelería donde sirven unos *gin-tonics* espectaculares —afirmó sin vacilar, apostándose todo.

Iván volvió a girarse al sentir una fuerza etérea sobre su nuca. Detrás de uno de los cubos lleno de botellas vacías y cubitos de hielo a medio derretir, más allá de la mesa, Nadia les miraba enojada e impotente.

—Cuando quieras —dijo con alegría mientras volvía a mirar a Estel, sin creerse realmente la propuesta—. ¿Vamos para allá? —Señaló al grupito de bebedores.

Cogió el plato casi limpio del pastel como excusa para dejar la conversación y se dirigió hacia la mesa para posarlo. Pensativo y halagado, pero incrédulo ante el interés de Estel en un hombre veinte años mayor que ella, se abrió una cerveza para deshacer el nudo que se le había hecho en el estómago. Ella le siguió.

—Te tomo la palabra —le dijo sonriendo.

Pedro y sus dos compañeros habían seguido toda la escena y miraban a Iván con un aire travieso. Se acercaron.

—¿Qué? ¿Cuando le compras el anillo? —dijo Pedro, mirando a los dos compañeros de reojo.

—¿Dónde quieres que vaya yo, con una niña? —Tomó un trago largo para concluir el asunto.

\*\*\*

De madrugada, todos se habían quedado sentados alrededor de una mesa digna de un final de fiesta: cápsulas de botellas de cava desgarradas, tapones de corcho, copas con restos de bebida, platos sucios, servilletas estrujadas y palillos huérfanos por todas partes.

Iván abrió los regalos y luego charlaron y rieron distendidos hasta casi las cuatro, hora en que los invitados comenzaron a irse.

Los últimos en hacerlo fueron Néstor, su mujer y Nadia. El matrimonio se ofreció a llevarla a casa en coche y ella aceptó. Cuando llegara, le enviaría su señal secreta a Iván.

\*\*\*

Cuando cerró la puerta tras los últimos invitados, la cabeza todavía le daba vueltas. La música ya no le espoleaba, pero los diversos acontecimientos de la noche volvían a la conciencia de una manera insana: las miradas furtivas y las carcajadas de los chicos de marketing, los bailes arrimados de las parejas, el mano a mano con Estel, el generoso trasero de Nadia y su mirada penetrante desde el fondo de la azotea...

Iván salió fuera para notar la brisa en la piel. Se oía el rugido de los coches y, de vez en cuando, los gritos de algunos peatones contentos que iban arriba y abajo por la calle de madrugada. Se sentó en una de las tumbonas y, después de responder el WhatsApp, se dejó llevar por el sutil vértigo producido por el alcohol, que todavía hacía de las suyas. Nadia volvería a presentarse en casa en veinte minutos, como habían quedado.

*EL DÍA DE AZAZEL*

Por fin viernes. El fin de semana se presentaba tranquilo. Cuando Iván saliera de trabajar iría al gimnasio. Para cenar: pizza Calzone y una buena película. La resaca de la fiesta de la semana anterior parecía no haber desaparecido del todo y necesitaba descansar. Cosas de la vejez, se dijo.

El día comenzó como siempre, con la revisión de llamadas y correos electrónicos, la reunión de comerciales a primera hora de la mañana para la presentación de nuevos productos y los reportes de incidencias de la semana. Cuando el jefe de sección dio por terminada la sesión, el ruido de las sillas retirándose fue ensordecedor. Iván se puso la chaqueta y se ajustó bien la corbata; mientras se marchaba le guiñó el ojo a Nadia, que respondió con una sonrisa ligera y prudente.

—¡Que vaya bien la jornada! —dijo ella.

—¡Igualmente! —dijo él aprovechando para saludar a Néstor, que también salía con la cartera bajo el brazo.

—¡Este fin de semana, mujer y niños! —exclamó, resignado.

—¡Pues buena suerte! —Iván sonrió con ironía.

\*\*\*

Hacia las nueve y media, Iván se preparaba para hacer las visitas que tenía programadas, cuando el jefe de departamento le reclamó. «Por favor, cuando puedas pasa por mi oficina.» El tono de voz no era muy alentador para ser viernes.

Entró en el despacho de Eduard y cerró la puerta detrás de él.

—Siéntate, por favor. ¿Qué tal, cómo te va?

—Hola. Bien, se puede decir que muy bien. Creo que hoy cerraré una buena venta...

—No me refiero al trabajo, hombre --le interrumpió—. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo llevas la pérdida de tu madre?

Aquella pregunta le sorprendió y también le trastornó; ahora le parecía que tres meses no eran suficientes para superar la muerte de un ser querido.

—Bueno, se puede decir que muy bien —dijo intentando encubrir el nudo que se le había hecho en la garganta, dándose cuenta de que se repetía—, la gente me ha apoyado mucho.

—Me alegro. —Tosió—. Tengo que decirte algo importante.

—Dime... —Iván se puso nervioso con tanta ceremonia y la media sonrisa que había forzado para salirse del asunto familiar se desvaneció por completo.

—Como bien sabes, la situación económica de la empresa no pasa por un buen momento. La crisis nos ha afectado fuertemente y ya hace tiempo que estamos escapándonos de la aplicación de un expediente de regulación... —Se echó atrás para apoyar la espalda en la silla—. Pero finalmente no ha sido posible evitarlo, y los cambios que ha habido en la casa nos piden hacer un



esfuerzo más con la plantilla.

La frase homicida fue: «La nueva política de empresa nos obliga a prescindir de tus servicios.» Y aquella fue la última expresión que Iván escuchó con total claridad. Entreabrió los labios en un gesto ansioso. El corazón le latía como si quisiera huir del pecho y comenzó a sudar. No quiso aflojarse la corbata, a pesar de que le apretaba el cuello, para no delatar el pánico que sentía. Después, la apoplejía; se quedó literalmente paralizado, como si pensara que la falta de movimiento volvería las cosas a su sitio: aquel lugar que él conocía bien y que estructuraba su vida. Veía a Eduard gesticular y boquear como un pez fuera del agua. «Indemnización, prestación por desempleo...», estas palabras le retumbaron con fuerza en el cerebro. Y, justo después, la hipoteca del ático le cayó encima como un muro derribado por el viento. A su edad, despedirle casi era un crimen que le dejaría sin aliento. Había trabajado desde los veintiún años y, en esa empresa, como comercial de productos de limpieza desde que cumplió los treinta y tres. Nunca les había fallado, ni siquiera cuando se le acababan las fuerzas presenciando como su madre se apagaba.

—Eres un magnífico profesional, y sabemos y confiamos que encontrarás trabajo enseguida. — Durante unos instantes se hizo el silencio—. Huelga decir que tendrás nuestras mejores referencias y que si necesitas cualquier cosa puedes contar con nosotros.

¿Contar con ellos? Iván aún tardó unos segundos en recuperar la movilidad.

—Entonces... —dijo finalmente mientras se frotaba la frente con los dedos—. ¿No puedo hacer nada para quedarme? Puedo adaptarme a lo que necesitéis; horarios, sueldo... Dime, ¿qué os hace falta?

—Son órdenes de instancias superiores, Iván. No podemos cambiarlas.

Aquello era una injusticia y no había ninguna posibilidad de negociación, ninguna salida. Le parecía que Eduard le cerraba todas las puertas con una actitud que bordeaba el sadismo bajo el amparo de la exoneración de responsabilidades, como si no fuera parte de ese complot que le estaba echando de su propia vida.

—¿Y mis clientes? Tengo que cerrar algunos acuerdos —dijo en un acto desesperado para intentar hacerle reaccionar, aferrándose a su profesionalidad.

—No te preocupes por eso. Nos ocuparemos convenientemente de ellos para continuar dándoles el mejor servicio. —Puso sus manos en ojiva y las acercó a sus labios—. Lo siento.

\*\*\*

Iván cerró la puerta de cristal tras él, rememorando las buenas palabras de Eduard y también el perverso gesto de aprobación al firmar el despido. Ahora se daba cuenta de que había estado en el limbo. Se dirigió a su mesa para recoger las cosas y se marchó sin más historias, con la cartera en la mano, como si los diecisiete años que había dedicado a la empresa no tuvieran ningún valor. Como si nada.

Cogió el metro. A esa hora pudo sentarse y desde allí fue consciente de la cantidad de personas que, como él, llevaban encima el peso de la propia aflicción. La crisis de la que tanto había oído hablar en la televisión había hecho estragos y estaba allí mismo, en el vagón. Caras largas y ojos cerrados o fijos en el móvil: una pequeña ventana para la escapatoria de una realidad poco halagüeña. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?

Bajó en la estación de Marina y cuando salió a la calle aún no tenía ánimo para volver a casa, así que se puso a caminar hacia la playa para tratar de volver a la vida, buscando aire fresco. Una vez allí, continuó hacia la Barceloneta con pasos largos y rápidos hasta que, después de una buena vuelta, terminó en el Maremagnum.

Hacía mucho calor para ser principios de primavera y su fuga a toda prisa la había hecho sudar. Al llegar a la Rambla de Mar se detuvo para respirar hondo, aun sin asimilar lo que había pasado y avergonzado por haberle suplicado al homicida que había actuado sin ningún remordimiento y que, después de todo, le enviaba al ostracismo.

Compró una cerveza y, cerca del puente móvil, se quitó la americana y se sentó en el suelo de madera, con las piernas colgando sobre el mar. El primer trago le dejó un poco de espuma sobre el labio y una extraña y contradictoria sensación de libertad. En aquellos momentos, todo le daba igual. Solo oía el ruido de la ciudad con los motores de los barcos zarpando y atracando en el muelle de las Atarazanas, el retumbar de la madera del puente bajo las pisadas de los turistas, el zumbido de los coches en Colón, y el graznido de las gaviotas volando sobre las aguas del puerto. Observó el impasible Miraestels flotando sobre el mar, frente a él, exhibiendo su clamor hacia el cielo azul, abrumado por los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. La escultura se cogía las manos por detrás de la espalda, e Iván se sintió identificado; no podía hacer nada más que mirar el cielo y suplicar para que todo volviera a su sitio.

Bebió otro trago de cerveza, esta vez más largo, para desvanecer la imagen de aquel hombre malvado engatusándole con buenas palabras y aquel falso interés que casi le hizo llorar. Todo para darle, finalmente, el golpe de gracia.

«Ya ves, a los viejos que estorban se los quitan de encima.»

La frase que le parecía que acababa de escuchar era lo que pensaba; que, habiendo cumplido los cincuenta años, ya le consideraban un viejo y que debía haberse convertido en un inútil para que le despidieran. Si era tan buen profesional, ¿porqué le habían echado a él, y no a otro?

Se estiró sobre el suelo con los brazos cruzados bajo la cabeza. Parecía que los sentidos le habían triplicado la agudeza y, a pesar de la rabia, casi podía ver la realidad desde otra dimensión, fundiéndose con los elementos, entrando en un extraño estadio de calma. La brisa del mar pasaba fría entre la botonadura de la camisa debido al sudor y hacía revolotear la punta de la corbata con una cadencia irregular. El largo trino de las golondrinas volando con repentinos cambios de dirección le terminó de adormecer.

\*\*\*

Cuando abrió los ojos, unas nubes amenazadoras habían cubierto el sol y daban al cielo un color entre azul cobalto y gris oscuro, y la agradable brisa se había convertido en un viento que soplaba a ráfagas. Se incorporó, todavía aturdido, tras un sueño semiinconsciente, y comprobó que la cartera todavía estaba a su lado. La gente prácticamente había desaparecido, al igual que el vaso de cerveza, del cual solo había quedado un pequeño charco en el suelo. Lo curioso era que el desasosiego se había esfumado por completo. Parecía haberse desintoxicado de aquella sensación de orfandad tan espantosa. «Quince días de vacaciones para descansar y pasar el trance y me pongo las pilas.» Justo después de tomar aquella valerosa decisión, se levantó despacio, con el cuerpo todavía entumecido por el letargo, y fue a buscar el autobús. Los goterones de la tormenta empezaban a marcar el suelo enérgicamente.

*UN CIELO NUEVO*

Una vez tramitados los papeles de la liquidación, la indemnización y el subsidio por desempleo, Iván pudo desembarazarse del lastre de las miradas compasivas, de las frases hechas, los comportamientos hipócritas y de funcionarios sin sangre.

A partir de ahora se abría una nueva oportunidad para realizar el cambio que se había propuesto el día de su cumpleaños, antes de que le despidieran: dejar el pasado y la tristeza por la pérdida de su madre en el cajón del olvido. Pensaba en empezar una nueva vida, enfrentarse a los nuevos retos en otro trabajo y cuidarse a sí mismo. Y eso hizo: se confeccionó una rutina diaria que consistía en un buen desayuno con cereales, café con leche y zumo de naranja, una visita al gimnasio para no perder la forma, y un café y la lectura del periódico en la cafetería de la librería Laie antes de volver a casa para comer. Por la tarde, dormiría la siesta y daría un paseo hasta el puerto de la Vila Olímpica donde se tomaría otro café, leería la novela que le habían regalado Nadia y Néstor por su cumpleaños, y observaría con la calma que no había saboreado nunca, ni siquiera los días de vacaciones, las idas y venidas de la gente en el paseo.

\*\*\*

El sábado, sentado en una de las terrazas del puerto deportivo, Iván observaba un cielo decorado con cúmulos de nubes blancas que contrastaban con lo que le parecía un nuevo cielo azul de una intensidad alucinante. Esperaba la visita de Nadia, a quien no veía desde que le despidieron. Llegó antes de tiempo, como siempre.

—Hola Iván, ¿qué tal?

Aquella pregunta, en otro tiempo inocente, ahora era incómoda. Iván se levantó para darle dos besos.

—Aquí me tienes —respondió con una sonrisa fingida que resolvió con la otra pregunta de rigor—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bueno —contestó mientras se sentaba en la silla—, se te echa de menos en el trabajo, todo el mundo pregunta por ti.

Iván no supo qué contestar y, a pesar del cumplido, no se sintió halagado, así que optó por emitir una palabra sorda e ininteligible.

—¿Te gusta la novela? —dijo ella para sortear la curva peligrosa.

—¡Sí, claro! Es un regalo fantástico. —Su sonrisa sincera había vuelto.

Nadia hojeó el libro superficialmente y lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Estaba preocupada por ti, no me cogías el teléfono. Néstor me dijo que a él tampoco.

Él respiró hondo.

—Perdóname. Necesitaba unos días para tragarme el sapo.

—Te he echado de menos. —Le miró fijamente—. La verdad.

Iván pidió dos cervezas al camarero después de recuperar su expresión franca. Nadia había

encontrado el mejor momento para hacerle una propuesta.

—Estamos preparando una fiesta en la playa para la verbena de San Juan. Contamos contigo, ¿verdad?

Él esperó a que el camarero dejara las dos jarras de cerveza sobre la mesa y se fuera. Entonces dijo por inercia:

—¡Claro! —No quería parecer descortés.

Después, aprovechando la buena disposición, ella volvió a interpellarle.

—¿Quieres que quedemos esta noche?

—Me iría bien hablar con alguien, sí. —Su mirada se volvió oscura.

—¿Paso por tu casa a las nueve? ¿Qué tal si pedimos pizza y alcohol, cogemos una buena mona y charlamos? —propuso, empática. Estaba segura de que hablar no sería lo único que harían.

—Perfecto. —La jarra de cerveza llamaba la atención de Iván desde la mesa. «Sobre todo en cuanto a la mona», pensó.

\*\*\*

La mañana del domingo fue terrible. Después de múltiples tentativas logró abrir los ojos. Permanecía boca abajo sobre las sábanas arrugadas, con los brazos extendidos casi paralelos al cuerpo y la boca seca y abierta como si fuera un pez disecado. Le venían imágenes de Nadia comiendo pizza, bebiendo a morro de las botellas y desnudándose. Giró la cabeza para buscarla, pero no estaba en la cama.

—¡Buenos días, dormilón! Si tienes dolor de cabeza, tengo la solución. —Dejó sobre la mesilla de noche un par de comprimidos de color rosa—. Me voy, que se me ha hecho tarde y tengo que cocinar para toda la semana.

Iván se quedó inmóvil mirando como le dejaban tirado, en ese estado, por una fiambarrera.

—Ha sido una noche ideal —dijo ella para adornar el mensaje, consciente de su frialdad—, me encantaría repetirla pronto.

—Si, claro —balbuceó él.

Cuando Nadia salió por la puerta, Iván tomó uno de los comprimidos sin agua para no levantarse y volvió a cerrar los ojos esperando que, cuando se despertara de nuevo, absolutamente todo estuviera otra vez en su lugar.

\*\*\*

Dos días después de la gran trompa se puso a redactar el currículum. Fue una ardua tarea; ponerse a pensar en las propias competencias le fundió el cerebro. Las cosas habían cambiado mucho en diecisiete años y ahora las empresas pedían otras capacidades y, por lo que había estado viendo, más juventud.

Sin querer, a lo largo del día las imágenes de su antigua jornada laboral le venían a la cabeza. De hecho, a menudo soñaba que estaba en la oficina y hablaba con su jefe sobre tareas y objetivos, hasta que veía su rostro compasivo y escuchaba sus buenas —y falsas— palabras. Entonces, se despertaba sobresaltado.

Los siguientes días fueron tan atareados como soporíferos. Ninguna llamada, viajes en metro arriba y abajo presentando candidaturas a empresas, viajes al gimnasio que cada vez resultaban más fatigosos y monótonos, y visitas a las redes sociales para no perder el contacto con la normalidad. Iván se dedicaba a ver desfilar la vida de los demás. «Preparando las vacaciones»: Andrés había escrito aquella frase tan destructiva sobre la imagen de una maleta abierta a medio preparar. «*This guy was born to rock*»: Carla estuvo especialmente inspirada con la fotografía de

su recién nacido, vestido con una camiseta de los Rolling Stones. «Tomando un café tradicional de domingo»: el hashtag *#endoftheworldconfessions* destacaba sobre la foto de una cafetera italiana ante una ventana decorada con cortinas de cuadros Vichy rojos y blancos. Sí, Nadia seguía con sus montajes fotográficos, como si nada. Se la imaginaba sacando la cafetera del fuego, aún humeante, y poniéndola con cuidado ante la ventana de la cocina de la casa solariega que sus padres tenían en la Escala. Definitivamente, conseguir una entrevista de trabajo o cocinar algo con cara y ojos para la cena no eran hechos suficientemente interesantes como para que alguien pusiera un *Me gusta*. Salió de la página y resopló, intentando encontrar un resquicio por donde salir indemne de aquel muestrario de felicidad. Se trataba de sobrevivir unos días más hasta que llegara San Juan. Esa noche sería un reencuentro con el orden de las cosas y con la gente que conocía, que le quería y que tanto le echaba de menos, según había dicho Nadia. Un nuevo comienzo que reafirmaría con el fuego purificador y un largo baño en el mar a media noche.

*LA VERBENA EN LA PLAYA*

Por fin llegó el día. Estel preparaba las bolsas. En una de ellas puso una botella fría de cava, patatas fritas, una lata de aceitunas rellenas de anchoa, mejillones en escabeche, servilletas y vasos de plástico. En la otra guardó la toalla y el saco de dormir.

No había estado nunca en Fenals. Le habían dicho que era una playa de aguas cristalinas, que la arena era gruesa y que hacía cosquillas en los pies.

Cerró la cremallera. Durante casi un mes no había sabido nada de Iván, pese a que había intentado ponerse en contacto con él en varias ocasiones, siempre sin éxito. Desde que él se había ido definitivamente de la empresa, Estel notaba como el trabajo se había vuelto monótono, sin emoción, y a menudo se encontraba aburrída, sin fuerzas para sonreír. Pero esa noche le volvería a ver, volvería a ver sus ojos y sentiría sus brazos en la cintura. Estaba emocionada y nerviosa, con un nudo en el estómago que la quería hacerla llorar y reír al mismo tiempo. Se puso el bikini, la camiseta y la falda pensando en él, en su abrazo de bienvenida y en el roce excitante de sus labios en las mejillas al saludarse. Sentía que tenía una nueva oportunidad para que él la correspondiera. Solo tenía que ponerse a tiro, una vez más.

Por autopista, el viaje fue corto. El volumen de tráfico delataba que iba a celebrarse una gran fiesta. El GPS la guió hasta el aparcamiento de la playa, que estaba lleno hasta arriba, pero tuvo suerte y, después de dar dos vueltas por las calles de los alrededores, pudo aparcar justo delante del paseo marítimo. Cuando bajó del coche, el ruido de los petardos chasqueando contra el suelo, el rumor de la gente preparándose para el vivac y el ruido de los coches al ralentí esperando que alguna plaza de parking quedara libre la distrajeron de los pensamientos y expectativas sobre la verbena. Cogió el teléfono para encontrar a sus compañeros.

—¿Pedro? Hola, ya he llegado. ¿Dónde estáis?

—¡Hola! —dijo él entusiasmado—, estamos a la izquierda de la riera, frente al mar mismo. Si entras por delante de la rotonda del paseo y sigues recto, nos encuentras seguro.

—Ok, voy para allá.

Su corazón latía con fuerza y aceleró el paso. Cargada con las dos bolsas, observaba el aspecto del lugar; un paraje flanqueado por montaña y pinos piñoneros tan grandes y juntos que formaban una magnífica superficie de un verde intenso bajo los últimos rayos de sol de la tarde. Se quitó las sandalias. La arena era casi del tamaño de un grano de arroz y, en efecto, las cosquillas la martirizaron hasta que llegó al borde del mar. Allí, ya había unos cuantos que preparaban la comida, la bebida y el agujero para hacer fuego. Pedro aplastaba la menta para los mojitos en un vaso.

—¡Ei, Estel! —gritó como un niño pequeño cuando vio que aquellas piernas esbeltas se le acercaban. Colocó el vaso sobre la mesita y se levantó con un rastro de arena en sus rodillas.

—¡Hola! —dijo ella explorando el grupito y dejando en el suelo las bolsas.

Nadia, seguida por los tres amigos de Pedro, Andrés y su esposa, fue la siguiente en dejar los

preparativos del vivac para saludarla con un «cómo estás» desinteresado.

—Has venido a tiempo. —Los dos besos de Pedro resonaron—. Todavía tienen que llegar Néstor y su mujer... —Eché un vistazo al grupo—. Tampoco está Iván. ¡No deberían tardar en llegar o nos acabaremos las bebidas, jaja!

Todos soltaron una carcajada, pero a Estel no le hizo gracia. A pesar de todo, consiguió esbozar una sonrisa. La posibilidad de que Iván no se presentara la preocupaba. No concebía la verbena sin él y se imaginó sola toda la noche junto a los solteros escuchando sus fanfarrias y aguantando sus bromitas en un intento fallido por seducirla. Entonces, pensó que el plan sería acercarse a los matrimonios con el propósito de ponerse a cubierto. ¡Qué noche le esperaba!

Media hora después, un hervidero de gente se había establecido a lo largo de la playa, cuando el sol ya se había puesto y el azul del cielo comenzaba a oscurecerse. Los hombres del grupo aún preparaban el aislamiento de la hoguera cuando llegaron Néstor y su mujer, cargados con dos grandes bolsas llenas de más comida y bebida.

—Por poco no venimos. ¡La niñera ha llegado tarde a casa! —dijo Mariona sacando unas fiambreras.

—¿Queréis un mojito? —Estel les ofrecía un vaso para empezar a integrarse en el grupo de los casados.

—¡Claro! —dijo Néstor.

Nadia también se acercó para afianzar la buena sintonía entre ellos.

—¿Qué música queréis escuchar? —Les mostró cuatro discos compactos para que pudieran escoger.

—Lo que tú quieras, bonita. —La mujer de Néstor esbozó una amplia sonrisa.

Él se reunió con los que preparaban el fuego y dejó solas a las tres mujeres.

—Lo echaré a suertes, pues —dijo Nadia, y se marchó dejando a Estel en su sitio; junto a Mariona. Pensó que, cuando llegara Iván, la mujer de Néstor la tendría entretenida, bien lejos de él.

\*\*\*

Cuando la noche comenzó a estirar su manta azul oscuro y la luna creciente apareció, la música ya sonaba en medio del estruendo de cohetes y petardos animando la fiesta hasta que llegó el último invitado.

—¡Hombre, Iván! Ya estábamos a punto de empezar la coca —dijo Pedro con aire fanfarrón.

Aquella exclamación removió el estómago de Estel, que alzó la mirada, ansiosa y encontró a Iván. Si hubiera podido, habría ido corriendo hacia él y le habría abrazado fuerte hasta exprimir toda su esencia, hasta fundirse con su cuerpo. Pero permaneció prudente, esperando su turno para saludarle. Cuando se acercó sintió un escalofrío eléctrico que iba desde la cabeza hasta sus muslos. Le dio dos besos y él le puso la mano en la cintura, sonriendo. En ese instante fue la mujer más feliz del mundo. Quería protegerle y decirle que le había echado de menos. Vio que todos los observaban, una vez más, con la intención de desenmascararles, pero Iván no hizo ningún movimiento delator. Después, él se acercó a los que empezaban a encender el fuego y Estel se dedicó a espiarle un rato a escondidas.

—¿Cómo estás? —dijo Pedro llevándole la bebida a Iván—. Toma, lo he preparado especialmente para ti.

—¡Gracias! —Bebió un trago—, pues voy tirando, Pedro. ¿Y tú?

—¡Fantásticamente! —Se acercó y le susurró al oído—: Esta noche me la llevo.

—¿Cómo?

—¡A ella, tío! —dijo señalando a Estel con la cabeza.

Desde el otro lado de la leña que humeaba, Estel vio como Iván hacía una mueca y le clavaba una mirada casi perversa y sintió cómo sus mejillas se incendiaban.

—¡Fuego! ¡Ya tenemos fuego! —dijo Marco, emocionado.

Entonces todos se reunieron alrededor de la hoguera. El calor hizo que algunos de ellos comenzaran a quitarse la ropa bajo la curiosa mirada de los vecinos más cercanos. Los más jóvenes del grupo se atrevieron a lanzarse al agua y las chicas aprovecharon para lucir sus bikinis.

Iván se había quedado sentado junto a Nadia, justo enfrente de Estel. Casi todos reían, y charlaban, y bebían, y comían bajo el finísimo corte de luna que los acompañaba alumbrando tímidamente la escena. Pero Iván permanecía pensativo. A pesar de la leve sonrisa que dibujaba, la claridad temblorosa de las llamas iluminaba su rostro trazando sombras siniestras que le hacían parecer desconsolado.

La música, el ruido de la multitud y el olor de la pólvora se mezclaba con la del escabeche, el adobo de las aceitunas y la menta que había quedado aplastada en los vasos apurados de los mojitos, clavados en la arena.

Estel se tumbó boca abajo: la arena se deslizaba bajo su cuerpo con un ruido sordo, casi imperceptible. Encaró su escote enmarcado por los dos triángulos multicolores hacia Iván, que bebía la enésima cerveza al otro lado de la hoguera. El calor de las llamas enrojeció aún más las mejillas de ella y los efectos del alcohol se propagaron por todo su cuerpo, conminándola a seducirle delante de todos. Dobló las piernas hacia arriba y cruzó los pies, que balanceó adelante y atrás guiando la mirada de Iván como si fuera un señalero aeroportuario a pie de pista ante un Boeing 737. Entonces, la mirada de él se clavó en sus pupilas y, por fin, sonrió con la nobleza que ella amaba. Aquella expresión la terminó de fundir.

—¡Gente! ¡El agua está buenísima!

Los tres chicos centrifugaron sus cabezas sobre el corrillo y las mujeres se pusieron a gritar.

—¡Está helada! —dijo Carmen, enfurruñada, mientras se secaba la cara con las manos.

—¡Venga, cobardes! Nosotros nos encargamos del fuego, ¡y de las cervezas! —Los jóvenes se rieron con el volumen al máximo y se tumbaron sobre las toallas haciendo tambalear el suelo casi tanto como el retumbar de los petardos.

Estel se levantó bajo la incisiva mirada de Pedro, que esperaba su momento para abordarla, y se dirigió hacia el mar, apostando que Iván también iría. Bajó la cuesta que les separaba del agua mientras se recogía la melena formando un moño espeso. Sus nalgas, al descubierto con aquel tanga, provocaron un efecto hipnótico en los solteros, que la siguieron con la mirada. El agua parecía una balsa de aceite negro, y unas minúsculas olas mojaban los pies de Estel. Se metió despacio, intentando no gesticular por el súbito cambio de temperatura hasta que el agua le llegó al cuello. Pedro la siguió, pero los planes que había preparado para seducirla se estropearon.

—Ten cuidado, que profundiza enseguida —dijo Iván, que se había acercado con sigilo, como una fiera a punto de atacar a su presa. Ella se giró temblando de frío y de emoción.

—Sí, me he dado cuenta —Metió la cabeza bajo el agua un momento para tratar de hacer pasar el temblor—, soy buena nadadora.

—Ya lo veo.

La oscuridad del agua y el constante ruido de la gente acampada en la playa fueron cómplices de su fuga hacia adentro.

—Dicen que el alcohol y el mar no son buenos amigos —dijo ella mirándole fijamente cuando dejaron a los otros atrás.

Entonces se deshizo el moño y sus rizos flotaron. Él se estiró boca arriba; quería observar la



luna, sentir como el agua pasaba suavemente por encima suyo y dejarse llevar por el sopor del alcohol que le hacía dar vueltas la cabeza, casi ajeno a su propia existencia.

—Ahora mismo diría que son los mejores amigos del mundo... —dijo Iván. Sentía que había algo especial entre los dos.

—Tienes que pedir un deseo —susurró ella con la ilusión propia de una niña.

—Creo que ya se ha cumplido —dijo él exhalando aire.

Estel aspiró el olor del agua salada para intentar recordar ese momento para siempre, y también se dejó ir, ingrávida sobre el mar, feliz de estar a su lado. Rozó la mano de Iván, como si pidiera permiso para ir un poco más allá. Él la cogió y permanecieron flotando un rato hasta que los fuegos artificiales comenzaron a iluminar su intimidad.

Al salir del agua, todos se habían reunido alrededor de la hoguera para ver el inicio de los fuegos artificiales. En silencio y envueltos en las toallas, miraban el cielo parpadeando al ritmo de los truenos y los chasquidos de los cohetes bajo el resplandor escurridizo de las diferentes formas de luz. Las parejas permanecían abrazadas y los otros estaban ansiosos por ser abrazados.

Estel cogió su toalla y se envolvió con ella mientras se posicionaba de pie detrás de Nadia. Iván la siguió y ambos, como si estuvieran en una atalaya, presenciaron el ensordecedor final de los fuegos artificiales. Los celos que Nadia sentía al imaginarse a los dos en el agua no la dejó terminar de disfrutar del espectáculo en tierra firme, y su cara reflejaba rastros de cólera.

El humo negro y voladizo que se formó tras la última explosión dejó paso a los aplausos de los asistentes en la playa y el paseo.

Después, más alcohol, más palabrería, más baños y más madera hasta bien entrada la madrugada. Estel había conseguido que Iván se le acercara pero, sin saber cómo, se le había escapado de nuevo introduciéndose en el grupo, charlando con unos y otros, bebiendo y riendo. Ignorándola. Sin embargo, ella aún mantenía la esperanza de terminar la madrugada con él, a solas.

El último brindis de la noche fue acompañado de coca con fruta confitada.

«¡Porque nuestros deseos se hagan realidad!»

*EL SUEÑO EN EL QUE LILIT VINO A VISITARME*

Los párpados de Iván estaban pegados, como si les hubieran puesto cola. Volvió a intentar abrir los ojos y esta vez lo consiguió. Al principio no sabía dónde estaba —durante la velada había cogido una tajada colosal—, pero luego se dio cuenta de que estaba en su casa, aunque no entraba ni un hilo de luz por la ventana. Debía ser muy pronto. Pasaron unos segundos hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad y se incorporó apoyándose en el cabezal de la cama. La cabeza aún le daba vueltas. Resopló y se frotó los ojos. Cuando apartó las manos, se quedó paralizado y el corazón comenzó a latir tan fuerte que se asustó. Una sombra majestuosa se reflejaba en el fondo de la habitación, sobre el armario, y después comenzó a acercarse lentamente. Su respiración se aceleró y tragó saliva, acobardado. Aquel espectro cada vez estaba más cerca y se estaba transformando. Despegó la espalda del cabezal para tratar de discernir qué era lo que veía y se frotó los ojos de nuevo, pensando que aquello se desvanecería, pero no fue así. De hecho, la sombra estaba tomando forma. Era la forma de una mujer; una mujer alta, esbelta, con unas piernas largas y unos cabellos rojizos y ondulados que le llegaban más abajo de la cintura. Su cuerpo, desnudo, se acercaba a la cama para mostrarle unos pechos jóvenes y firmes. Él, alucinado, acalorado y dominado por la concupiscencia, sonrió con malicia y se volvió a apoyar en el cabezal, cautivado por aquel ser, deseoso de que en cualquier momento llegara a su lado para hacerle suyo.

\*\*\*

Golpes... golpes...

Entreabrió los labios y los ojos. Estaba en estado letárgico, turbado y sufría una erección. Tumbado sobre la cama, Iván jadeaba y aún podía sentir el peso de aquel magnífico cuerpo sobre sí.

Ahora los golpes se transformaron en un estruendo que le martirizaba. ¡¿Quién diablos hace obras, hoy?!

Poco a poco recuperó el sosiego y rememoró la verbena y las tonterías que había dicho durante toda la noche para intentar eludir su realidad, escondiéndola para que nadie descubriera que ahora era vulnerable. La verdad era que nadie se interesó por su estado anímico; sería el precio que había que pagar por simular que todo estaba dentro de la normalidad.

Recordó los fuegos artificiales y el fondo de los ojos de Estel; un lugar seguro y cálido como la hoguera que iluminaba su escote y sus rizos.

«¿Por qué no te la has llevado a casa?»

Su cabeza estaba tan espesa que le pareció que alguien le hacía el reproche al oído. Entonces dudó que Estel no hubiera estado realmente en su cama.

Recordó el final de la fiesta; el silencio del descanso para hacer pasar la mona, a Nadia vigilando su duermevela, el despertar crudo al amanecer que rompió la magia que le había hecho

sentir como antes del desastre del despido y las brasas que aún tenían el corazón caliente, ahogadas. Pensó en Estel. La había visto caminar hacia su coche.

La sensación de vacío que intentaba borrar volvió a invadirle.

«¿Y ahora qué?»

Aquel vacío le llevaba de cabeza: el lunes no podía ir a la oficina, no podía llamar a los clientes, ni coger el metro sabiendo exactamente a dónde iba. Ya no podía ocuparse de su madre, ni explicarle como le iba todo, ni refugiarse en sus brazos —pero de eso ya hacía mucho tiempo —: ella había desaparecido como su vida, y cómo él mismo estaba desapareciendo.

*EL VERANO*

Y llegaron los meses de julio y agosto. La ciudad sufría la huida de los residentes y la saturación de viajeros, excursionistas, *gourmets*, borrachos y amantes de la playa y de la fiesta. A pesar de la crisis, el centro se volvió a inflamar con riadas de gente arriba y abajo de la Rambla y sus alrededores.

Unos ociosos días después de la verbena de San Juan, Iván decidió volver a tomar las riendas de su nueva vida en un intento quimérico de volver atrás en el tiempo, cuando todo estaba en su lugar. Programó de nuevo el despertador a las siete y media, y a prepararse de nuevo desayunos con mucha fibra y vitamina C. Entonces, rastreaba en varios buscadores de Internet las ofertas de trabajo con cara y ojos: algunas veces tenía que volver atrás al ver las condiciones; a menudo la edad era un problema insalvable, y más de una empresa pedía otros requisitos que no cumplía. Pero él seguía buscando, incansable, seguro de que su oportunidad llegaría pronto si trabajaba duro. Y así lo estaba haciendo. O eso le parecía.

Recuperar el control de su destino pasaba por volver a visitar el gimnasio asiduamente. Después de trabajar ante la pantalla del ordenador se duchaba, se recortaba la barba y se vestía. Terminaba siempre el ritual ajustándose bien la corbata, tal como lo hacía su madre, en un gesto para el recuerdo. El tiempo dedicado al *cardio*, a las pesas, los estiramientos y la natación le ocupaban exactamente entre tres y cuatro horas, tiempo suficiente para intentar relajarse y pensar, sobre todo en los descansos entre ejercicio y ejercicio que a menudo se alargaban más de la cuenta por el encadenamiento de reflexiones. Estas podían ser larguísimas y absurdas, y a veces le llevaban a lugares insospechados desde donde daba media vuelta para evitar alguna idea que le mortificara demasiado.

Cuando acababa de ducharse ya era hora de comer. Normalmente lo hacía en casa —en su situación, no era cuestión de malgastar el dinero—, pero de vez en cuando iba a alguno de los restaurantes que había junto al gimnasio para cambiar de aires y distraerse.

Sentado en la mesa, lo tenía todo dispuesto: plato, cubiertos, servilleta, copa y un panecillo dentro de una cesta de mimbre. El menú incluía paella, como todos los jueves: «Ensalada de tomate y rúcula, y el arroz de segundo. Gracias.» Ese día se sorprendió a sí mismo, mientras esperaba que llegara el primer plato, hojeando el periódico para tratar de encontrar el horóscopo. Un plano cenital le filmaba desde arriba, a cámara lenta, y captaba como las hojas del diario pasaban de izquierda a derecha y viceversa, en una búsqueda más parecida a una señal de socorro que a otra cosa. Dejó de hojear haciendo una mueca que el camarero distinguió cuando le llevaba el primer plato. «La ensalada es para usted, ¿no?»

\*\*\*

Después de todo el mes de julio siguiendo la rutina, las estadísticas eran las siguientes: treinta mil kilocalorías quemadas, seis polvos con Nadia, ciento veinte cafés, cuatro paellas, una llamada de

una impertinente compañía de móviles y dieciocho perdidas más de la misma, una más que probable última cerveza con Néstor —que no parecía estar muy a gusto con su nueva relación—, cuatro agradables pero inútiles llamadas de ex compañeros de trabajo y otros conocidos —ninguna de Estel—, setenta y dos currículums enviados a través de plataformas de Internet, cinco candidaturas presenciales entregadas y cero respuestas. La cosa había ido así; julio había pasado sin pena ni gloria, alejando a casi todo el mundo del halo de pesimismo y tristeza que, a pesar de sus esfuerzos, Iván resumaba. Probablemente este mismo halo traspasaba la pantalla y se reflejaba en su perfil como candidato, evitando así que consiguiera ninguna entrevista. «Seamos científicos», se dijo, y apuntó: «Revisar el curriculum, tal vez la fotografía no es adecuada, examinar mejor las ofertas, disfrutar más del tiempo libre, cambiar la actitud, asumir la pérdida...»

Al día siguiente, dedicó toda la mañana a repasar y enmendar lo que le pareció susceptible de ser rechazado en una entrevista, aunque hacerlo a ciegas seguramente resultaría tan efectivo como jugar a la lotería y pretender ganar cualquier premio.

\*\*\*

La inauguración de los Juegos Olímpicos de Londres cerró el primer mes oficial de vacaciones de verano y dio un respiro a la programación de la televisión, dedicada las veinticuatro horas a noticias fútiles, películas rancias y a enésimas reposiciones de programas de otras temporadas. En agosto, las ofertas de trabajo empezaron a descender estrepitosamente. El éxodo de las vacaciones había dejado la ciudad desierta, y también los portales de trabajo.

\*\*\*

El calor estrangulaba toda posibilidad de movimiento desde las doce del mediodía hasta las siete, una razón suficiente para coger un taxi en lugar de bajar a casa de Iván en metro.

Nadia se sentía feliz y radiante. Hacía cuatro días que estaba de vacaciones y el mes de agosto prometía. El reencuentro con sus padres, sus hermanos y sus sobrinos en Valencia le hacía una ilusión especial después de un año duro en el trabajo, durante el cual había visto volar puñales sobre su cabeza. Haber sobrevivido al expediente de regulación de la empresa era lo mejor que le había pasado, y pensaba celebrarlo como es debido. Creía que el despido de los compañeros no la dejaría disfrutar de las vacaciones, pero se había equivocado. La vida sigue... Y cuando se encontraba con Iván, las chispas continuaban saltando; el sexo era explícito, no apto para cursis. Era lo que más le gustaba de él: en la cama era fuerte y pícaro, y eso la ponía a cien, pero también era amable, simpático y a menudo cariñoso, combinación que a ella le parecía especialmente seductora. Si a ese hecho se sumaba la circunstancia que ya no tenía que encubrir su relación ante los compañeros del departamento, la felicidad era máxima.

—Puede parar en la próxima esquina.

—¿Aquí le va bien? —dijo el taxista parando el coche justo delante del semáforo—. Son siete con ochenta y cinco.

La calle Marina estaba desierta a esa hora. Al fondo, las dos torres de la Vila Olímpica, bajo el sol inclemente, vigilaban la Sagrada Familia y viceversa. Esperó que el semáforo se pusiera verde, miró hacia arriba para localizar la azotea de Iván y sonrió con una expresión lujuriosa. Luego, cruzó la calle con paso firme hasta la portería.

\*\*\*

La habitación de Iván le encantaba. Paredes y ventanas blancas, una araña de cristal en el centro

del techo —alguien diría que impropia de la habitación de un hombre—, y la cama grande y comodísima, flanqueada por dos mesitas de noche minimalistas. También le gustaba la lámpara de sal que coronaba una de ellas.

Mientras revolvían las sábanas, la luz tenue que había en la estancia producía sombras siniestras en el rostro de Iván que dibujaban una expresión turbia y excitante. Habían bajado la persiana y el sol de la tarde se filtraba por los agujeros de entre las láminas, reflejándose sobre la pared y la puerta de la habitación, dejando un rastro luminoso de líneas paralelas discontinuas. El bochorno intensificaba la pasión entre los dos y acababan estirados sobre la cama en posturas inverosímiles y empapados de sudor. Qué placer era pensar en los veintiséis merecidos días de descanso que le quedaban por delante. Parecía una eternidad a su disposición. El ventilador repartía el aire de izquierda a derecha, pero el calor estaba ganando la partida.

Giró la cabeza y observó a Iván durante un rato. Estaba boca arriba, respiraba profundamente con la cabeza girada hacia ella y con las manos sobre el pecho. La sábana había quedado estratégicamente colocada sobre su pelvis. Su expresión era tan placentera que le provocó algo similar a la ternura. Acarició su frente.

—Gracias por hacérmelo pasar tan bien —dijo ella pensando que aún dormía.

Entonces, él esbozó la sonrisa que tanto le gustaba a Nadia y luego se levantó restregándose los ojos. Ella tenía un ligero sentimiento de culpa al pensar que le dejaría solo durante cuatro semanas y por eso, aquella tarde, intentaba compensarle con buenas palabras y buenas acciones. El sexo no le fallaba. Ahora era el momento de tener el tacto suficiente para largarse con delicadeza, dejándole con suficiente miel en los labios como para que no perdiera el interés en ella.

—¿Tienes algo para comer? Tengo hambre.

—Hay pastel de queso en la nevera, si quieres —dijo mientras se ponía los calzoncillos.

Ella se levantó como si la hubieran pinchado con una aguja.

—Te hago un café y compartimos el pastel —sentenció—, tú ve a la terraza y relájate.

Iván la miró con desconcierto pero complacido, y se dejó llevar por sus atenciones. Se puso la camiseta y los pantalones y, expectante, esperó fuera un rato.

—Aquí tienes —dijo ella dejando la bandeja sobre la mesa—, pastel de queso con jarabe de chocolate y frambuesa. Y el café solo, como a ti te gusta.

—Gracias. —Iván no conocía a la mujer que le llevaba la merienda. El cuidado con que la había preparado era insólito, y le pareció que quería pedirle algo.

Entonces, ¿cuáles son tus planes para las próximas semanas? —dijo ella sirviendo el café en las tazas.

—Pues... me parece que haré vacaciones, no estoy encontrando muchas ofertas de trabajo, este mes.

—Eso quería preguntarte. ¿Cómo te va la búsqueda?

Iván tomó fuerzas junto con el trago de café para responder sin mostrarse molesto.

—La cosa está difícil. El verano no parece el mejor momento para el mercado laboral.

Ella seccionó el pastel con el tenedor y lo introdujo en su boca sensualmente.

—No te preocupes, seguro que en septiembre encontrarás algo —dijo con la boca llena.

«Algo». Aquella palabra le enojó. Había trabajado como profesional de la venta durante casi veinte años y ahora eso ya no parecía tener la más mínima importancia. «Algo». Se sintió como eso, como cualquier cosa; como un número de referencia en un portal de búsqueda de trabajo, un hombre que ya olía su debilitamiento con las aspiraciones propias de un joven de veinticinco años. Qué temeridad, pensar que volvería a tener una vida estable, que podría crecer dentro de una empresa como lo había hecho la última década. Cuánta ingenuidad. Con un país al borde del

rescate económico y con una tasa de desempleo desorbitada era lógico pensar que, como mínimo, pasaría una buena temporada sin llevar un sueldo a casa. Pero nadie lo admitiría delante de él.

—Seguro que sí —contestó Iván tras la fugaz caída al infierno.

—Ahora disfruta del verano —dijo ella—. Quizás estamos preocupándonos estúpidamente. Te recuerdo que el fin del mundo es en diciembre. —Volvió a saborear otro trozo de tarta guiñándole un ojo y sonrió para intentar sacarlo del trance.

Permanecieron en silencio durante un rato, tumbados en las hamacas. El sol caía y alargaba las sombras de los objetos de la azotea, y las golondrinas hacían pasadas rasantes sobre el toldo con sus cantos estridentes.

—Te echaré de menos —dijo Nadia con un suspiro.

—O quizás conocerás a algún tío joven y guapo que te robará el corazón... Uno de esos que dice *nano* y *che* todo el rato. —Se rió a carcajadas y la miró burlón, con los ojos entrecerrados.

—¡Eres un *emprenyaor*! Yo no quiero bebés.

—Cuando encuentres uno que te haga tilín ya me dirás...

—A mí me gustan los tíos maduros, como tú. —Le miró con determinación.

—Gracias por el cumplido. aunque la madurez no es exactamente como te la venden.

—No vayas por ahí, Iván, que te veo. ¡Cincuenta años no son tantos! —dijo para cortar de inmediato el conato de autoestima cayendo en picado—. La madurez me parece genial: te da valores, experiencia, sabiduría... Te hace interesante, alguien a quien vale la pena conocer...

—Y también te hace invisible, inservible y senil.

Nadia se incorporó y le miró directamente a los ojos, con rabia.

—Escúchame bien. Sobre todo no te dejes amedrentar por cuatro tíos de recursos humanos. Tú vales mucho, y lo sabes. Y lo has demostrado durante muchos años en la empresa...

—Y me han echado porque soy demasiado mayor para rendir como se espera —espetó, inquieto; entonces, se dio cuenta de que había perdido la serenidad y que había dejado al descubierto sus temores, y rectificó: O porque tenían que echar a alguien y mi sueldo lo justificaba.

—¡Exactamente! —El dedo índice de la mano que sostenía el plato le apuntaba mientras se acababa el último trozo de pastel—. Es una injusticia, pero le está pasando a mucha gente. En serio, no sufras. Después del verano la cosa se animará, como siempre, y volverás a trabajar. Estoy segura.

Iván tomó las palabras de Nadia como si le hubiera hablado el mismo Dios, y encontró consuelo donde cualquier otro hubiera visto simple hipocresía.

—Eres una buena amiga —dijo volviendo a entreabrir la puerta de sus sentimientos.

Nadia dejó un tiempo prudencial antes de irse. Cuando el sol casi ya no calentaba se despidió de él con un abrazo, esperando que, tras las vacaciones, reencontraría al Iván divertido y travieso que tanto le gustaba.

\*\*\*

Sentado frente al ordenador, miraba sus cuentas corrientes. Los gastos y el pago de los recibos estaban superando los ingresos, y el saldo había bajado en una progresiva agonía solo en tres meses, a pesar de cobrar puntualmente el subsidio del paro. La ola de calor no estaba contribuyendo en nada al mantenimiento de la calma e Iván sudaba imaginándose el terremoto económico que le venía encima.

Intentó pensar otra vez de manera analítica para evitar caer en la desesperación, con los pies en el suelo, con calma y serenidad. Entonces decidió cambiar algunos de sus hábitos más caros.

Suprimió todas las comidas fuera de casa por una buena cerveza después del gimnasio. Tampoco era necesario tener la nevera tan llena. Para empezar, se confeccionó cuatro menús semanales diferentes, planeó comprar alimentos básicos una vez a la semana y alimentos frescos cuando conviniese en función de las ofertas y de lo que tuviera pensado cocinar. En dos semanas la nevera estaba medio vacía —mejor dicho medio llena, por aquello de ser optimista—, solo con lo indispensable, y ya se había hecho un experto en marcas blancas, identificando los productos que le parecían mejores en un par de supermercados.

\*\*\*

A mediados de agosto, los Juegos Olímpicos ya se habían acabado y la programación de la televisión volvía a ponerse en evidencia. Últimamente, cuando estaba en casa, Iván se descubría hipnotizado ante las ediciones de verano de los concursos con bote multimillonario, o ante la telebasura. No sabía cómo, solía quedarse allí, con la boca entreabierta y el mando en la mano mirando como aquel grupo de gente gritaba, escupía y lloraba, mostrando sus miserias y acompañándole en las suyas. Después, cuando se despertaba de la hipnosis, cambiaba el canal hastiado por la violencia y el esparcimiento de tripas que habían dejado sobre el plató. «¡Es repugnante!». No le extrañaría que realmente el mundo se acabara después de uno de esos horribles debates a vida o muerte donde las vísceras sangrantes volaban por encima de sus cabezas.

Después del último episodio televisivo decidió redefinir sus horarios para ocupar el tiempo con cosas más enriquecedoras. La desidia le había estado invadiendo y no se había dado cuenta.

Ir al gimnasio tres veces por semana en lugar de cinco y ahorrar en transporte público solo era la base para diseñar el resto de actividades sin castigar demasiado su bolsillo. «¿Qué puedo hacer sin gastar ni un euro en Barcelona?», pensaba. Ya no llegaba a tiempo para las sesiones del cine de verano, pero tenía vía libre a un montón de exposiciones y museos, y a algún concierto en el Parque de la Ciutadella.

Y consiguió cumplir con la agenda que se había confeccionado. Los días entre semana de la segunda quincena de agosto volvió a echar un vistazo a las plataformas de trabajo mientras desayunaba para calentar motores... otra vez. Los días que tocaba se arreglaba para ir al gimnasio y luego se tomaba la cerveza como recompensa por haber sobrevivido bajo el calor que caía desde el cielo, o se podría decir infierno. Por la tarde, echaba la siesta y luego volvía a vestirse para ir a la actividad programada. Y eso hizo hasta que agosto terminó. Había intentado detener el paso de las horas para disfrutar del tiempo libre y guardar el mejor recuerdo posible de aquel verano, pero la tarea fue tan imposible como intentar retener agua con las manos abiertas.



## SEGUNDA PARTE

*ILUSIÓN*

Las noticias ya hablaban de la depresión post-vacacional y, a pesar de no haber tenido vacaciones exactamente, Iván también empezaba a sufrir sus efectos.

Aquel último viernes de agosto se dedicó a limpiar el piso a fondo. Había prescindido de los servicios de la señora de la limpieza con la intención de reducir gastos fijos y ahora era él quien tenía que ponerse los engorrosos guantes de goma.

La siesta se convirtió en un sueño profundo y se despertó sobresaltado pensando que llegaba tarde al trabajo. Le costó solo diez segundos darse cuenta de que no tenía que ir a trabajar y que no era por la mañana, sino por la tarde, y también que la exposición que se había programado visitar estaba a punto de cerrar. «¡Qué desastre!» El verano se le escurría entre los dedos y no podía hacer nada para retenerlo.

Debía reparar aquel olvido. Se vistió con rapidez y salió a la calle aunque solo fuera para despedir dignamente el mes de agosto con un paseo. El sol se ponía más pronto, así que el calor había aflojado un poco desde hacía unos días y, esa tarde, un viento suave invitaba a salir a tomar el fresco por la calle Marina hasta el mar. Luego, una caminata por el paseo marítimo de la Barceloneta que tanto le gustaba, y una parada para tomar una cerveza bien fría.

La silla de la terraza recogía muy bien su espalda y casi se pudo recostar. Sentado frente a la playa miraba la gente que disfrutaba de las últimas horas de vacaciones.

—Aquí tiene, señor.

«Señor». Nunca se acostumbraría a aquella injuria. La cerveza le esperaba dentro de la copa helada. Chorreaba agua sensualmente, dibujando surcos húmedos en el cáliz, pero aquello no logró captar la atención de Iván, que la ignoraba pensando en todo lo que podría haber sido y no era. Hubiera dado lo que fuera por estar sentado en la arena, como lo estaban aquellos jóvenes a los que miraba con añoranza. Conversaban y reían con sus amigos como si tuvieran todo el tiempo del mundo por delante, como cuando él tenía dieciocho años. Recordaba la época en que todo era fácil; estudiar, comer, beber, dormir y follar. Sin preocupaciones ni problemas. Todo estaba claro, todo era sencillo. Y recordó los veranos en la playa con sus primos y primas, los chillidos y las carcajadas en la orilla, y las bocanadas accidentales de agua salada. Aún podía saborear aquel dulce amargor en la garganta.

El móvil enmudeció por completo desde que Nadia se había ido de vacaciones. Ni una llamada para saber cómo estaba, ni siquiera un triste WhatsApp para comprobar que él todavía respiraba. Nada. El resto de ex compañeros tampoco parecían acordarse de él después de algunas llamadas que debían servirles para confortar su espíritu y comentarlas los viernes por la tarde, en el bar. En cierto modo, ya se lo esperaba. Pero Nadia le había decepcionado especialmente. Aunque, de hecho, solo quedaban para follar, sin más ataduras, sin complicaciones.

«¿Por qué iba a llamarte?»

Dio un trago largo a la cerveza para desvanecer aquella cuestión. En la copa, bajo la franja de

espuma, le quedaba todavía la mitad. Aquella cata le ayudó a hacer desaparecer los pensamientos destructivos. O quizá no: «Tengo que deshacerme del *parking*», dijo al recordar la colección de recibos que le asediaban.

En verano, la playa de la Barceloneta era un hervidero lleno de turistas. Surfistas, patinadores, ciclistas, vendedores ambulantes, bañistas y otros paseantes iban arriba y abajo siguiendo un rastro absurdo con olor a salitre, pescado frito y protector solar. Los viernes por la noche, las hormigas se disponían a desembarcar en tierra firme para invadir las calles durante el fin de semana, formando hordas comandadas por el alcohol y el desenfreno. Entonces, muchos de ellos, acababan la noche transformados en demonios etílicos.

Distraído con todas aquellas escenas, al acabarse la cerveza atravesó la Barceloneta por la calle de Andrea Doria hasta llegar a la plaza del mercado. El Negre de la Riba le saludó con su actitud desafiante. Él le respondió con una mirada desidiosa y continuó por el paseo Joan de Borbó en dirección a las Atarazanas, desde donde podría disfrutar de los colores de la puesta de sol y de la luna llena sobre el horizonte de la ciudad. Al pasar por delante del Museo de Historia de Cataluña se detuvo para comer algo en un puesto ambulante. «Una crepe de chocolate con almendras laminadas, por favor.», le pidió a la señora que había tras la barra.

Removió las monedas para encontrar los tres euros con cincuenta.

—Hola.

—Hola... ¡Hola! —Iván abrió los ojos de par en par.

—Póngame uno igual —dijo Estel a la mujer con una sonrisa inmensa.

Él se quedó estupefacto unos segundos y pagó de manera mecánica. Tras él se había formado cola. Parecía que ella había traído toda aquella gente atraída por su encanto.

—¿Qué haces aquí? —dijo Estel dándole dos besos y tirándole ligeramente la corbata en un gesto afectuoso—. Acabo de salir de la exposición de Lola Anglada. ¡Me alegro de verte!

—¡Yo también! No me vas a creer, pero tenía la intención de pasarme. ¿Vale la pena? —Esperó que la mujer le sirviera la crepe a Estel para darle un mordisco a la suya.

—Tiene una pinta deliciosa —dijo ella, seductora, mientras pagaba—. Es muy interesante, te la recomiendo. ¿Quieres sentarte en algún sitio y te lo cuento?

—¡Claro!

Fueron esquivando los turistas hasta el borde del Moll del Dipòsit y se sentaron sobre el banco que hacía de barandilla, en un espacio que aún quedaba libre, el uno frente al otro. Estel miraba a Iván con deleite y él todavía no se creía que estaba hablando con ella. No la había vuelto a ver desde la fiesta de San Juan, en la playa, y ya se había hecho a la idea de que no se encontrarían nunca más.

—¿Y qué? —dijo mirándola sinceramente, acabándose la crepe de una vez—. ¿Cómo te han ido las vacaciones? —Se limpió con los dedos el chocolate que le chorreaba por la comisura de los labios.

—¡Muy bien! Volví de Berlín hace dos días. ¡Es una pasada de ciudad! —dijo con pasión—. He estado dos semanas en casa de un amigo. Lo hemos pasado genial.

Iván se sorprendió a sí mismo estremecido al pensar que ella hubiera podido comprometerse con alguien. ¡Era de esperar! Se forzó a sonreír.

—¿Ya has encontrado tu media naranja, en Alemania? —Parpadeó compulsivamente en previsión del probable sopapo verbal.

Ella se rió y negó con la cabeza, colocando sus rizos sobre el hombro, y su cuerpo serpenteó suavemente dentro de aquel traje tan ajustado. Iván sentía como la libido, dormida durante casi treinta largos días de abstinencia, se iba despertando.

—¡Ah, no! Solo es un amigo. Está muy bueno, pero es gay. No hay nada que hacer, créeme — dijo intentando hacerle reír—. ¿Y tú cómo estás? Te veo cambiado.

—Quizá es la barba —dijo con una sonrisa fanfarrona mientras se frotaba el mentón desnudo—. Estoy bien. También me he tomado unas vacaciones para comenzar la temporada con fuerza. Este lunes volveré a buscar trabajo, aunque la cosa está difícil.

Iván estaba cayendo en su propia trampa y calló para tratar de salir; no quería hacer aparecer el monstruo de la negatividad, ni aburrirla con sus problemas. En cambio ella, inocente, siguió con el tema.

—Lo sé. Mi hermano pequeño también está en paro.

«Paro». Aquella palabra le mataba y envenenaba su relación con los demás; les transformaba y les hacía ser condescendientes y despiadados a la vez. Odiaba su compasión y su comprensión frívola, y detestaba sus muestras de aprecio y apoyo con palabras estériles que solo le aportaban falsas esperanzas.

—Él es muy joven —dijo Iván con los ojos clavados en la ya oscura puesta de sol—, podrá hacer lo que quiera con su vida si aprovecha las oportunidades.

Estel le observó preocupada; veía como él se desviaba por un camino gris y tortuoso. Decidió volverle a encarrilar poniendo la mano en su muslo y hablándole con franqueza.

—Te he echado de menos. No me atrevía a llamarte porque creía que no querías saber nada de mí. —Buscó su mirada y la retuvo—. Me alegro de haberte encontrado.

Iván tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y giró la cabeza para que ella no viera sus ojos empantanados. Miró al cielo en busca de la luna, que lucía llena y rojiza, y respiró hondo para sacudir las lágrimas en un gesto rápido y resuelto. Entonces dijo:

—Te invito a una copa.

\*\*\*

Ya había oscurecido y la luna brillaba con fuerza, enfocando cada rincón de la ciudad como si buscara a dos fugitivos. Estel había cogido por el brazo a Iván, que paseaba ufano con ella por las calles del Gòtic, escuchando sus historias en Berlín. De camino al bar, ella le explicó que el *brunch* con ensalada de col había sido todo un hallazgo, y que el muro era un lugar especial y nostálgico, ideal para el recogimiento y la reflexión.

La puerta del Manchester estaba medio abierta y, al acercarse, el rumor de la música salpicado por risas alcoholizadas acobardó a Iván. Estar rodeado de juventud le recordaba que se había hecho viejo y que ya no tenía derecho a relacionarse con una chica tan joven como Estel.

—Necesito algo fuerte.

—¡Y yo! —dijo ella al observar su inquietud.

Ella pidió dos *gin-tonics* y se sentaron en una de las mesas altas, junto a un antiguo espejo que les vigilaba, cerca de uno de los altavoces por donde The Smiths les preguntaban «How soon is now». Brindaron.

—Por los buenos momentos —dijo ella moviendo la cabeza al ritmo de la música y bebió un trago largo, incitándole a hacer lo mismo. El alcohol le relajó en un prematuro efecto placebo.

—Vengo aquí a menudo con mis amigos —dijo Estel haciéndose un moño con la goma que llevaba en la muñeca—. Me gustan los lugares con cierto aire decadente. Friedrichshain es así.

Iván la miraba prendado mientras hablaba de su verano. Aquella chica no era la misma que había visto pasearse altiva por la oficina, observándoles a todos desde su pedestal, sino que era atenta, amable y sorprendente. Era preciosa. Le había parecido lo mismo la noche de San Juan, pero no quiso creer que tal vez ella le correspondía, y en ese momento tampoco lo quería hacer.

En realidad, estuvo a punto de salir corriendo.

«¿Pero tú qué te crees?»

Ella le enseñó fotos de las vacaciones, de los amigos y de la familia mientras, sofocada, miraba de reojo como él movía tímidamente la cabeza al ritmo de la música, sonriendo. Parecía más relajado. Los tragos de tónica envenenada iban directos al alma de Iván y le revelaron el secreto del encanto de ella, que se mostraba tal cual era, despojada de cualquier mezquindad y ofreciéndole un lugar seguro en el fondo de sus ojos.

Y la cuarta copa desmenuzó definitivamente los últimos escombros del muro que les había separado. Él ya se había aflojado el nudo de la corbata y, ahora, Estel solo tenía que esperar a que él mismo se librara de lo que fuera que aún le tenía atado. Hablaron sobre las oportunidades y las expectativas que les ofrecía la vida, sobre la felicidad, y también sobre el abatimiento hasta dejar a Iván exhausto.

—¿Y entonces? —dijo ella apoyando la mejilla en la mano.

—Que no me puedo creer lo que está pasando.

El arrebato de sinceridad se había colado por la rendija que el alcohol había abierto en el corazón de Iván, y ella se sentó a su lado para ayudarle a soltar las amarras.

—¿Y qué está pasando? —preguntó. Sonreía como una niña pequeña, con la ilusión de la noche de Reyes, esperando su regalo. Y éste llegó.

A flock of Seagulls cantaba «I ran»...

\*\*\*

Se hacía de día. Iván dormía junto a Estel, boca arriba, respirando profundamente, y la araña del techo les observaba impasible; había tejido una gran tela y ambos habían caído en ella para permanecer toda la noche pegados, retorciéndose como si intentaran huir de la tentación en vano. Ella giró la cabeza y, al verle, sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué...? —balbuceó él al sentir el tacto suave de sus labios, aún con los ojos cerrados.

—Un beso de buenos días. ¿Desayunamos? Tengo hambre.

La mesa puesta en la azotea era un pequeño lujo: pan tostado con tomate, queso holandés, jamón ibérico, zumo de naranja y café con leche muy caliente. Un desayuno que ella no pudo dejar de fotografiar con su móvil.

—¿Qué haces? —dijo Iván.

—Inmortalizar la felicidad —rió.

Disfrutaron de la comida como si fuera una obra de arte: con el aceite, dibujaron espirales de oro verde sobre el pan; cortaron el embutido fino para colocarlo con delicadeza sobre la tostada, y bebieron café con leche y zumo de naranja a pequeños sorbos, saboreando aquel maridaje bajo el cielo azul de la mañana.

—¿Quieres que vayamos a la playa? Hoy hará un día maravilloso —preguntó ella mirando el sol, que ya había subido por encima de los tejados de los áticos contiguos—. Tú pones el coche y yo te hago de guía. ¿Qué dices?

—Tendremos que ponernos bañador...

—Eso no será necesario —dijo ella dulcemente, pero con firmeza.

\*\*\*

El Volvo entró penosamente en la explanada de tierra, junto a la playa del Prat, navegando sobre los baches del descampado que hacía de aparcamiento. Iván conducía uno de los últimos ejemplares de 1995; un 480 Turbo negro con los faros abatibles del cual había disfrutado como un

niño desde que lo compró diez años atrás, y que le había ayudado a salir indemne de la crisis de los cuarenta, o eso había pensado.

Cuando aparcaron, Estel sacó la bolsa con dos toallas que había cogido del baño y tomó de la mano a Iván, que la siguió ciegamente.

El sol casi estaba al mediodía y el calor se sentía intensamente. El movimiento de personas y embarcaciones en el club náutico, y las sombrillas multicolores apostadas al borde del mar hicieron que Iván rememorara otros veranos más felices. Solo el rugido de los motores de los aviones listos para despegar detrás del pinar que comunicaba con los espacios naturales del Delta y el aeropuerto distorsionaban aquellos recuerdos. El rumor de las olas, el ruido de los gritos de los niños y los graznidos de las gaviotas le volvían a llevar al pasado, y sintió nostalgia de tiempos mejores a pesar de los esfuerzos de Estel, que intentaba sacarle de aquel sopor.

—¿Tomamos una cerveza? —dijo él un poco apático.

—Después. Tú confía en mí.

Estel le condujo hasta un pequeño puente que parecía humear por el calor. Al cruzarlo, Iván se sorprendió. Vio la gente que había tumbada sobre la arena; sus cuerpos desnudos y tostados por el sol permanecían sobre las toallas de manera impúdica y natural.

—¿Me has traído a una playa nudista? —dijo, nervioso.

—¿No has estado nunca en ninguna? Bañarse sin ropa es lo mejor que hay.

Iván no pudo negarse: ella intentaba distraerle, complacerle, y le agradeció por dentro que le llevara al rincón más apartado de la playa, donde no había casi nadie. Estiraron las toallas y ella le pidió que le bajara la cremallera del vestido para, de ese modo, animarle también a desnudarse. Intentaba que se sintiera lo más cómodo posible y que dejara sus escrúpulos para disfrutar libremente de la brisa del mar y del agua. Y poco a poco lo estaba consiguiendo.

—¡Hoy está buenísima! ¡Super limpia! —dijo ella entusiasmada, con el agua que ya le llegaba hasta la cintura—. ¡Venga, que te espero!

—¡Voy! —respondió él, sentado sobre la toalla.

Le parecía que las personas que estaban tumbadas unos metros más allá le miraban descaradamente, y se dio cuenta de la palidez de su piel en comparación con aquellos cuerpos acostumbrados a generar melanina. A pesar de ello, se levantó con la intención de desconectar del entorno y de centrarse en Estel y su magnífico cuerpo. Ella se zambullía una y otra vez como un delfín exultante de felicidad, mostrando su piel brillante y el pelo mojado que estiraba los rizos hasta la cintura, camino hacia el júbilo. Luego se puso de pie y le apuntó con sus pechos, jóvenes y turgentes, mirándole mientras él entraba con parsimonia, con los brazos arriba como si fuera un títere, intentando no gesticular mucho al notar el frescor del agua. Cuando logró pasar la barrera del bajo vientre, se sintió liberado. Estel retrocedía hacia el fondo, incitándole a seguirla, hasta que él se zambulló. Al volver a emerger, los ojos de Estel le esperaban, brillantes, ansiosos, y se acercó a ella para abrazarla y darle un beso tierno.

—Deberíamos salir para vigilar las cosas —dijo él.

—Vamos.

Estel le cogió de la mano amorosamente para guiarle hasta la arena.

\*\*\*

El resto del día fue como un sueño maravilloso del cual Iván no quería despertar, sudando placenteramente bajo el sol de principios de septiembre, bebiendo cerveza fresca y tapeando bajo la sombra de las cañas del chiringuito, acariciados por la brisa salobre y rejuvenecedora de la playa. Iván pensó que las puertas que había visto cerrarse volvían a abrirse, y recordó que ser

querido era una de las mejores cosas que de vez en cuando pasaban en la vida.

Después de comer, llegaron hasta el mirador de aviones. Algunas personas yacían sobre los bancos de piedra para ver cómo aquellas barrigas metálicas los sobrevolaban muy cerca. Ellos también se sentaron. Estel se apoyó sobre el pecho de Iván, y él la abrazó por la cintura. Embelesados en esa posición, estuvieron allí no supieron cuánto tiempo, hasta que el deseo provocado por el roce de sus cuerpos sobre el banco les animó a marcharse.

De vuelta en Barcelona, se detuvieron en casa de Estel, donde liberaron las pasiones que habían incubado sobre el hormigón. La sal diseminada por sus cuerpos les pareció una golosina que fue imposible no llevarse a los labios. Después, la ducha les roció con suavidad mientras se enjabonaban dulcemente.

La pizza cuatro estaciones que se había horneado durante veinte minutos sobrevivió unos escasos cinco.

—Tenía un hambre... —dijo ella poniéndose la mano sobre la barriga.

Estel aún tenía el pelo mojado y llevaba la toalla atada sobre el pecho; entonces se dio cuenta de que él la miraba fascinado.

—¿Qué? ¿Qué miras? —dijo entre risas, acariciándole la cara y empujándole suavemente.

Iván la observaba con aquella expresión que ella no sabía explicar y le correspondía mirándole con deseo, sin creerse aún que estuviera en su casa, el lugar que solo conocían las personas que más le importaban.

A pesar de haber merendado la pizza, cuando volvieron a salir para apurar el penúltimo día de vacaciones, decidieron hacer una crepe en una de las paradas del Port Vell; después, subieron al crucero que les llevaría costeando hasta el Forum. El mar estaba ligeramente alterado y eso hacía que la Golondrina alzara y bajara su proa al ritmo de las olas. El sol todavía era fuerte, pero el viento de mar adentro les batía, refrescándoles, y haciéndoles sentir algo similar a la libertad.

Iván, desde uno de los asientos, observaba a Estel, que estaba apoyada sobre la barandilla de proa, unos metros más allá. El viento hacía volar su pelo y esculpía su cuerpo bajo la ropa que llevaba, hipnotizándole a él y a los demás pasajeros. Allí sentado, escuchando el ruido del motor y el de la gente que alborotaba la escena, se dio cuenta de que ese fin de semana era una quimera. Previó que su situación probablemente no mejoraría y que pronto no podría seguir ese ritmo de vida, ni conseguiría hacer feliz a Estel. Estaba seguro de que ella necesitaba a alguien joven, fuerte y con un futuro por delante; alguien que fuera tan vital como ella, que la comprendiera, que quisiera tener hijos y que la hiciera sentir segura. Siempre había pensado que no podía ofrecerle nada de eso, pero ese día lo entendió bien.

Ella se dio la vuelta y le saludó con la mano, ajena a los pensamientos de Iván, que se obligó a sonreír.

\*\*\*

De vuelta al Moll de Colón, decidieron caminar Rambla arriba. Estel admiraba las formas onduladas de las baldosas del suelo que tantas veces había pisado; ahora le parecían más bonitas. Los plataneros lucían ufanos cargados de hojas a ambos lados del paseo, escupiendo alguna vez en cuando sobre sus cabezas para recordarles que se acercaba el fin del verano.

Iván caminaba serio. Parecía darle vueltas a algo que a Estel se le escapaba y empezaba a preocuparse, pero no se atrevió a preguntarle nada, temiendo una respuesta que, imaginaba, no le gustaría. Simplemente se agarró a su brazo y continuó siguiendo su paso hasta llegar al mosaico de Miró. Allí le hizo parar y, aprovechando la invisibilidad que les proporcionaba el gentío, le besó para intentar hacerle salir del trance en el que estaba inmerso. A pesar de la dulzura con la que le

había besado, solo pudo arrancarle una ligera sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó, esperando una respuesta tranquilizadora.

—Sí... Creo que he tomado el sol demasiado.

Aquella especie de evasiva, lejos de calmarla, la preocupó. Le veía desorientado. Parecía haberse perdido y no ver el camino donde ella se encontraba.

—¿Quieres que tomemos un refresco y nos sentemos un rato? Te irá bien beber algo si tienes un golpe de calor.

—Me parece bien —sonrió él para agradecerle su gentileza.

—Aquí al lado está el Café de la Ópera —le cogió la mano—. Vamos.

Él la siguió como si fuera un muñeco de trapo, indiferente, dejando que ella le guiara sin resistirse. El local estaba lleno y parecía que hervía. Estel temió que él quisiera marcharse.

—Allí hay una mesa libre —dijo antes de que se lo repensara.

Molestando a los comensales que tenían cerca, se sentaron con dificultad para colocar sus piernas encajadas bajo la mesa. Los camareros que paseaban por el local engalanados con chalecos y pajaritas parecían venir de otra época, y hacían juego con las pinturas modernistas que decoraban las paredes y el techo artesonado con molduras trabajadas al detalle. Finalmente, uno de ellos se acercó esquivando sinuosamente las mesas con la enorme bandeja plateada en la mano. Los encontró mirando las lámparas del techo.

—¿Qué desean tomar?

—Una Coca-Cola y una tónica con limón, por favor —respondió Estel con un tono apremiante.

—Enseguida.

Iván se miraba las manos entrelazadas sobre la mesa y su mirada era inexpresiva. Estel ya le había visto antes marcharse a aquel lugar tan temible que le hacía desaparecer, y en ese preciso instante volvía a pasar.

—¿De qué tienes miedo? —dijo ella para evitar que la abandonara por completo.

—¿Miedo? ¿Qué quieres decir? —La miró a los ojos, sorprendido.

—No lo sé. Creo que hemos pasado un día estupendo y ahora te veo disgustado. —Dio un trago a la cola y se acurrucó sobre la mesa, acercándose aún más a él—. ¿Quizás hay alguien a quien no quieres decepcionar?

Iván abrió los ojos de par en par y luego bajó la cabeza. Tuvo la sensación de que Nadia estaba sentada con ellos en la mesa, mirándoles con odio después de haberles pillado juntos. Pero no era a ella a quien no quería decepcionar.

—Es... —murmuró para, acto seguido, arrepentirse de haber abierto la boca.

—Quizá he asumido cosas que no son —dijo ella, esperando la respuesta con los labios entreabiertos y frunciendo el ceño.

—No eres tú. Soy yo... —balbuceó mientras se frotaba las manos con nerviosismo, consciente de que esa frase podía sonar tan falsa como él mismo se sentía, y que le iba a envolver en una espiral de preguntas sin fin.

Iván comenzó a sudar por todo el cuerpo. Era un sudor frío. Incluso podía notar como iba palideciendo. La respiración se le aceleró rápidamente y le provocó un ligero mareo: las personas que tenía alrededor le parecieron monstruos esperando que cayera al suelo para comérselo vivo.

—Solo me preocupa saber qué es lo que te frena para ser feliz. —Ella le cogió las manos, deteniendo su movimiento compulsivo—. Ya sé que suena a tópico, pero puedes confiar en mí.

—Perdóname... —dijo él girando la cabeza para rehuirla.

Contempló la posibilidad de escapar de aquella emboscada esgrimiendo el argumento de otro amor, como ella misma le había sugerido. Quizá aquello le libraría de tener que explicar sus



estúpidas inseguridades, propias de la entrada a la etapa de la mediana edad y de la depresión, unos sentimientos que entrarían dentro de la categoría de idiotas y que serían totalmente rebatibles por Estel.

«Ya has entrado en su juego. ¡Si no sales estás perdido!»

El miedo a dejar escapar sus sentimientos y a la reacción de Estel le hizo ser tan mezquino como cuando ella le había besado en el Manchester, y calló dejándola en la más absoluta de las oscuridades. No debería haber entrado en ese local maldito donde el propio demonio y su música le hicieron caer a cuatro patas en la trampa que le tentó con promesas de amor. Aquellos tres meses desde el despido le habían servido para comprender que ya no tenía nada que ofrecer, y cuál había sido el fruto de todos aquellos años de trabajo: la falsedad que había estado viviendo hasta entonces y la propia decepción por haber dejado su destino en manos de otros.

—No sé cómo explicarlo... —Sus dedos huyeron de la protección de los de ella y se escondieron bajo la mesa—. No sé..., es que siento que debo hacer mi vida... solo.

Los ojos de Estel se habían llenado de lágrimas y la voz le temblaba. Le parecía que Iván había decidido dejarlo; que sus circunstancias y los propios miedos le habían vencido y que estaba decidido a abandonarla.

—Pero... —dijo ella, desconcertada—, no puedes hacerme esto... Sé que sientes algo por mí y yo también tengo sentimientos por ti. No puedes dejar así a la gente que te quiere...

Él la miró entristecido con un aire sarcástico, preguntándose dónde diablos estaba aquella gente de la que hablaba.

Estel no podía creerse lo que estaba pasando. Le estaba perdiendo y no parecía que pudiera hacer nada para evitarlo. Sus lágrimas temblaban al borde del precipicio; se sentía impotente al no poder arrancarle aquella aflicción que tenía pegada en el pecho y que le había estado desgarrando por dentro. Los momentos de ausencia que le había visto sufrir a lo largo de ese día y medio de gracia, finalmente, le habían llevado a ese lugar tan oscuro y horrible donde le había parecido que iba cuando se reencontraron, y los reproches que se hizo por no haberse atrevido a ir a buscarle antes, cuando sentía que tenía que hacerlo, le habían encogido el estómago. Desesperada, le atacó para que reaccionara.

—No puedes cogerme y tirarme como si fuera un muñeco. Tengo sentimientos por ti, y pensaba que tú también los tenías —dijo con mirada inquisidora.

—Perdóname... Lo último que quiero es hacerte daño.

—Pero me lo haces, diciéndome estas cosas. —La pareja que estaba sentada a su lado les miraba de reojo—. Al menos dame una explicación coherente...

Estel sentía que le estaba exigiendo demasiado; al fin y al cabo, él no le había prometido nada, solo habían compartido unas copas, se habían besado como si fueran lo que habían buscado toda la vida y se habían acostado juntos. Nada más. Pero necesitaba una razón a la que poder agarrarse cuando volviera a casa y se pusiera a llorar toda la noche.

—Perdóname... —dijo otra vez, bloqueado—, creo que necesito un poco de tiempo para asimilar las cosas.

Estel le gustaba, le gustaba mucho, pero tenía miedo. Miedo a no dar la talla ante las dificultades de la vida que le estaban corroyendo, miedo a perder otra vez y miedo al compromiso porque, después, en sus circunstancias, vendrían la decepción y el rencor. Haber compartido unas horas maravillosas no significaba nada; no quería decir necesariamente que se querían, ni que estaban dispuestos a entenderse mutuamente, ni a escuchar sus propias angustias hasta el final de sus días. Una vez en sus casas, se darían cuenta de que habían estado bebiendo agua de un oasis en medio del desierto y que deberían continuar caminando solos por caminos diferentes bajo el sol

implacable.

—¿Puedes llevarme a casa? —dijo ella secándose disimuladamente las lágrimas.

—Claro.

El interrogatorio se había detenido en seco y, a pesar de la expresión inerte de Estel, Iván se sintió liberado. Parecía que su cerebro había dejado de transmitir señales y que por fin había salido de aquella olla de grillos para volver a un lugar seguro.

El camino de regreso hacia el coche fue plúmbeo. Caminaban uno al lado del otro en una equidistancia perfecta, sin tocarse ni dirigirse la palabra. Después, en el coche, permanecían con la mirada fija hacia adelante, tristes e incrédulos al ver cómo acababa lo que había comenzado como un sueño perfecto.

Al llegar a casa de Estel, se detuvo en la esquina y puso las luces de emergencia para señalar que solo pararía un momento. Permanecieron en silencio unos segundos, ella abrazando su bolso y él aferrado al volante. Después, Estel tomó aire y giró la cabeza hacia él.

—¿Quieres entrar? —Le miró, suplicante.

«Por favor, no me hagas esto», pensó él.

—¿Te parece si quedamos otro día? Te llamo —dijo él.

—Otro día. —Estel salió del coche sin mirar atrás.

El golpe de la puerta cerrándose hizo tambalear el coche y el espíritu de Iván, que siguió con la mirada los pasos de Estel hasta que atravesó la puerta de hierro que protegía su pequeño jardín. Cuando desapareció en la oscuridad del recibidor, suspiró con aflicción, apoyando la cabeza en el cabezal del asiento, arrepentido de todo lo que había pasado desde que se habían encontrado frente al Museo de Historia.

*UN REENCUENTRO*

Septiembre había comenzado en medio de una batalla campal de sentimientos contradictorios. Después de medio desnudar su alma y prometer a Estel que la llamaría, se encontró con que no tenía fuerzas para hacerlo. Los vínculos que había establecido con ella y con Nadia le atormentaban y le paralizaban.

«¿Cómo piensas que acabará todo esto?»

Era cuestión de tiempo, de poco tiempo, que Nadia también le llamara para reclamarle su parte del «pastel».

«¿Qué le dirás? ¿Y qué le dirás, a Estel?»

Tenía la esperanza de que el inicio de la nueva temporada de trabajo las tendría entretenidas, al menos hasta que volvieran a tomar posiciones en la empresa; tras su ausencia por vacaciones, y teniendo en cuenta que aún podría haber cambios, sería mejor que se aseguraran los puestos. Entonces, él tendría tiempo para encontrar una salida digna al laberinto donde se había metido.

Pero, extrañamente, nada de eso ocurrió.

«¿Qué te pensabas?»

Las llamadas no llegaron y los días se sucedieron sin pena ni gloria, como antes del fausto fin de semana con Estel. Al principio, a pesar del sentimiento de culpa por haber huido como alma que lleva el diablo, la falta de noticias le alivió; no tenía que dar explicaciones que le resultaban pesadas y que le absorbían la poca energía que le quedaba. Pero, poco tiempo después, incoherente consigo mismo, comenzó a preocuparse con el porqué de las cosas que pasaban o, mejor dicho, de las que no pasaban. Aquella preocupación se alargó todo el mes de septiembre y buena parte de octubre, y le dejó exhausto.

«¿De verdad creías que Estel continuaría interesada en un hombre como tú, que le lleva veinte años, y con el panorama que tienes ahora?»

Había llegado a imaginarse que ella volvía a buscarle, que le decía que le quería y que no quería separarse de él nunca más.

«¡Sí, hombre! ¿Después de haberla dejado tirada?»

Después de haberla herido, sí.

\*\*\*

Los siguientes días todavía era fiel a su calculada rutina en otro intento por no desfallecer. Pero las conjeturas sobre el desconcertante comportamiento de Nadia y de todos los demás hacia él seguían aplastándole con crueldad. Sin embargo, continuó su periplo en la búsqueda de trabajo e incluso logró que le entrevistaran en tres ocasiones, alimentando momentáneamente unas expectativas de recuperación que se desvanecía con rapidez ante la falta de noticias.

Tantos días sin hablar con nadie —salvo el panadero y la cajera del supermercado— le anestesiaron de tal forma que cuando sonó el teléfono casi no le salió la voz. Nadia había

reaparecido, pero Iván ya no sentía nada; ni culpa, ni miedo, ni rencor. Nada.

—¿Sí?

—¿Iván?

—Sí. —Carraspeó para poder hablar.

—¿Cómo estás? —¿Cómo te han ido las vacaciones?

«¿Vacaciones?» Aquellos dos meses, abandonado por todos, habían resultado insanos, caducos y estériles, y le habían anulado la voluntad. Sentía que la vejez se le echaba encima a pasos agigantados y que los esfuerzos que estaba haciendo para reconducir su situación daban un rendimiento decepcionante.

—Ya te esperaba. —La reprobó pero, en realidad, el reproche no era sincero.

Ella tampoco se dio por aludida y le interpeló.

—¿Tienes pastel de queso en casa? —dijo recordando la última cita que habían tenido antes de irse de vacaciones.

Y allí estaba él. Detrás de la pantalla de su móvil, con la cara iluminada por la foto de perfil de Nadia, después de semanas de silencio. Y ahora ella le hablaba con aquella voz metálica a través del teléfono, como si fuera ayer cuando se despedían con un abrazo, como si el hecho de haberle dejado tirado no tuviera ninguna importancia.

—Quizá no tendré —murmuró inerte—. Ven cuando quieras.

Ella le propuso quedar esa misma noche. Como si nada.

*EL CASTIGO*

Ya estaba. Lo había hecho. Finalmente sacó el coche del *parking* para eliminar las cuotas, en otro gesto que hacía más pesado su camino hacia la descapitalización.

Aquel fresco mediodía de noviembre, salió por última vez del sótano con el Volvo. Siempre había dormido en el garaje y ahora debería sobrevivir a la intemperie, enfrentándose a la humedad, la lluvia y el polvo.

Dio una vuelta por el barrio antes de tomar la Ronda Litoral en dirección a Tarragona. Conducía como un zombi, encogido en el asiento. No escuchaba su música, como solía hacerlo, ni siquiera puso la radio. Solo oía el ruido del motor a ciento cincuenta mientras veía como las líneas discontinuas del asfalto desaparecían a ambos lados del coche. Solo conducía. No le importaba a dónde podía llegar. Simplemente se dejaba llevar por el camino señalado en la ruta hacia el infierno de los pensamientos más negros. No había nada peor que sentirse menospreciado, ignorado e insignificante.

Iba sin rumbo, desorientado, perdido en un laberinto en el cual daba vueltas y del que no podía salir. Se preguntaba una y otra vez cómo había llegado a aquel punto, y se cuestionaba su profesionalidad y su valía ante lo que empezaba a parecerle una especie de milagro: encontrar trabajo. ¿Por qué la gente que conocía y que le había tenido en consideración durante una buena parte de su vida había desaparecido? La creciente desconfianza en los demás, y en él mismo, formaba un círculo vicioso que se retroalimentaba de miedo y odio; miedo al fracaso y a perderlo todo, y un odio casi visceral a sí mismo por haberse permitido llegar hasta donde ahora se encontraba. No tenía ni idea de qué había sido del trozo de pan al que todos querían; ese tipo divertido y siempre dispuesto que sonreía a todo el mundo y que a menudo fanfarroneaba con los compañeros de trabajo, simulando ser el hombre seguro de sí mismo que no era.

«Qué falacia.»

Sí. Él se sentía decepcionado. Pensaba que había sido un imbécil que organizaba fiestas en casa para que la gente se divirtiera y se hinchara a comer y beber cuando —ahora lo veía claro—, se habían mofado de él a escondidas, haciéndole sentir que les importaba y jugando a averiguar si tenía un *affaire* con Estel, demasiado joven y demasiado guapa para merecerla. Todos habían estado involucrados en aquella farsa que había durado diecisiete años y ahora, al ver que se hundía, habían dejado la escena sin inmutarse, pasando a cobrar la liquidación para firmar el contrato de otro proyecto bastardo.

Al ver el anuncio de salida de la autopista hacia Amposta, se resituó en el asiento, incorporándose penosamente bajo el cinturón de seguridad. Pensó que un par de cervezas en el primer bar que encontrara le ayudarían a abandonar aquellos pensamientos funestos.

Sentado en la barra de la bodega, pidió una jarra de cerveza fría y se aflojó el nudo de la corbata. No quería ni pensar en volver a casa y cuando le sirvieron la bebida tomó un trago tan largo que dejó casi vacía la jarra, como si de ese modo pudiera engullir también su cruda

realidad. Bienvenido a la inexistencia... En la televisión que había colgada en la pared, el hombre del tiempo anunciaba fuertes tormentas en el sur del país durante la tarde y la noche y, cerca de él, en una pequeña mesa de madera caoba, dos abuelos jugaban al dominó aplastando las fichas contra la mesa con un ruido estridente y gritaban a cada tirada.

—¡Un dos contigo! —dijo uno de ellos con sorna.

La incipiente anestesia del alcohol no pudo amortiguar el sonido de aquel escándalo público. Más allá, en un rincón donde estaba la máquina de tabaco y otras de videojuegos y tragaperras, un hombre vestido con varias capas de ropa sucia se enfrentaba a una de las máquinas. Estaba quieto como una estatua y solo movía la mano derecha para insertar monedas y zurrar los botones, que se iluminaban intermitentemente mientras las malditas frutas daban vueltas al ritmo de una música enloquecedora. De vez en cuando, sin embargo, tomaba un trago al combinado que reposaba sobre la mesa de al lado.

Iván giró la cabeza, horrorizado. ¿Él también terminaría así, condenado a tentar la suerte en aquellas malévolas máquinas para perdedores, en el bar de la esquina?

El camarero, un hombre de unos sesenta años, le miraba con cierta desconfianza, preguntándose qué hacía aquel tipo en su bodega, e Iván se dio cuenta.

—Póngame otra igual, por favor —pidió con voz ronca y grave.

—Ahora mismo.

La segunda jarra se la acabó en pocos minutos y, al cabo de un rato, con la mirada fija en la televisión, consideró que el nivel de alcohol era suficiente para continuar el viaje.

Se sintió observado hasta que cerró la puerta tras de sí. Aliviado, se dirigió hacia el coche mirando el cielo, más oscuro de lo habitual a esa hora debido a las espesas y amenazantes nubes de tormenta. Un viento repentino agitó la chaqueta y la corbata contra el pecho antes de subir al vehículo y, al sentarse dentro, jadeaba como si hubiera corrido huyendo de algo. Arrancó dejando atrás la bodega iluminada por un antiguo cartel de cerveza Skol que le recordó su infancia, cuando bajaba a comprar el odiado tabaco para su padre. Levantó los faros y se abrochó el cinturón de seguridad en un gesto sobrio. Estaba claro que necesitaba más alcohol.

En el área de servicio de las afueras del pueblo llenó el depósito y compró una ristra de latas de cerveza, de las más grandes, para consolar su espíritu que todavía sentía dañado. Las escondió detrás del asiento por si se topaba con la policía. Después, continuó hasta llegar a otro cruce, para acabar escogiendo una ruta que le llevó el corazón de los campos de arroz tintados con colores azulados bajo la colosal perturbación que habían anunciado en la televisión. Ante sí se extendía un paraje vasto, desértico y húmedo, salpicado por alguna barraca típica del Delta y los postes de madera que soportaban los cables de la luz en una cadencia casi perfecta. Los campos lucían segados, vagamente iluminados por la poca claridad que quedaba del día. Le parecían infinitos y el invitaban sensualmente a profundizar en ellos. Iván sonrió; aún quedaba camino para dejar atrás la consciencia.

Condujo varios kilómetros, no sabía cuántos, por estrechas carreteras flanqueadas por profundos canales, hasta que pareció que el coche resbalaba. Frenó en seco. El camino había terminado y había llegado a la playa. Todo estaba oscuro y en calma. «El mejor lugar para descansar, al fin». Solo oía el ruido del motor al ralentí y unos truenos que apenas empezaban a manifestarse. Entonces, el haz de luz de los faros desapareció por un momento, eclipsado por las sinuosas formas de los rayos que caían sobre el mar; se quedó boquiabierto, con las manos sobre el volante. Apagó el motor y abrió la ventana para sentir el viento en la cara. Este le acarició suavemente e invadió todos sus sentidos; respiró hondo y cerró los ojos para intentar captar el rumor del mar, que se batía al otro lado del extenso arenal que tenía delante.

Cuando bebía la tercera lata de cerveza se puso a llover. El agua caía lentamente como si fuera aguanieve. La doble malta estaba haciendo su trabajo y la tristeza y la desazón que le atormentaban habían desaparecido. Ahora se daba cuenta de que todo era más fácil de lo que pensaba, y de que tenía que volver a tomar decisiones más allá de las obvias. Entonces fue consciente de la relación venenosa que mantenía con Nadia, y también contempló la posibilidad de llamar a Estel para volver a verla, como si aquel fin de semana de septiembre él no la hubiera decepcionado.

\*\*\*

Estel se había arreglado para salir a cenar con sus amigos con un vestido de terciopelo rojizo que conjuntaba con sus cabellos y sus zapatos, y ahora esperaba sentada en el sofá a que la vinieran a buscar. Cada viernes, Iván le venía a la cabeza. Se lo imaginaba de mil maneras; tomando una cerveza en algún bar del Born, tumbado en el sofá de casa viendo la televisión después de haber cenado una pizza o lo que más le atemorizaba: haciendo el amor con otra mujer.

\*\*\*

Otro trago, y otro, y otro, hasta beberse la sexta cerveza. Iván había reclinado el asiento unos cuantos grados y yacía con la cabeza girada hacia la ventana abierta, ignorando el frío de la noche, mirando de reojo las gotas de agua que bajaban caprichosas por el parabrisas. Un inquieto pero placentero letargo se había apoderado de él. Sentía su cuerpo ingrávido y le parecía que el asiento del coche se deslizaba hacia un lado. La lluvia le salpicaba, pero no le quedaban fuerzas para cerrar la ventana ni para desabrocharse el cinturón de seguridad que le aplastaba el pecho. Solo miraba el agujero negro en el que había caído, inmóvil, sumido en un profundo éxtasis, casi levitando.

\*\*\*

Como cada fin de semana, Estel miraba el móvil esperando una señal para salir corriendo a buscar a Iván, pero aquella señal nunca llegaba. Pensaba que el paso del tiempo era implacable y que jugaba en su contra. Pero, a pesar de recordar la fría despedida del fin de semana en el que había tocado el cielo y el miedo a que la volviera a rechazar, a menudo contemplaba la posibilidad de llamarle.

\*\*\*

Un rayo le despertó. Había caído muy cerca. Cuando abrió los ojos, su corazón latía tan fuerte que llevaba a remolque su respiración. La lluvia había calado buena parte de su cuerpo y se sentía entumecido, con escalofríos y un incipiente dolor de garganta que auguraba un buen trancazo. Subió la ventana y, con dificultad para encontrar el dispositivo para soltar el cinturón de seguridad, se desató. Después, salió como si fuera sonámbulo a deshacerse de las sobras de cerveza que no había asimilado y, cuando volvió a entrar en el coche, apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana para caer en un sueño intranquilo.

\*\*\*

Cansada de esperar, Estel abrió una Epidor y se la bebió casi de un trago. Poco después, sus amigos llegaron y salió de casa. Se subió al coche y fueron directamente al restaurante, donde comieron, bebieron y rieron como nunca. Tres horas después ya estaban en la discoteca. Permanecieron un buen rato bailando y tomando copas entre el gentío que se agolpaba en la pista y

en los alrededores de la barra.

Más tarde, uno de ellos había ligado con una chica que bailaba sin parar y se besaban en un rincón de la discoteca. Los otros se habían dispersado con la idea de tomar algo más y dar una vuelta para ver si había alguien que también les gustara. Era el momento de desaparecer. El momento en el que, al quedarse sola, Iván le volvió a la cabeza con más fuerza para hurgar en sus sentimientos.

Estel se decidió. Se acercó a la barra y pidió un *gin-tonic* que se terminó en menos de un minuto. Después se hizo poner el sello de la discoteca en la muñeca y salió afuera, donde reinaba la tranquilidad y el silencio, espoleada por el alcohol, insensible al frío. Se alejó de la puerta, donde se reunían algunos fumadores que charlaban y reían despreocupados, y cogió el móvil para darse una última oportunidad.

Un tono... Dos... Tres...

«Que coja el teléfono, por favor, que lo coja...», rezaba.

Cinco...

Seis y el contestador automático.

«Se acabó.»

\*\*\*

El sonido histérico del móvil paró. Iván se despertó acurrucado y muerto de frío. La boca seca con un sabor amargo se le había añadido al dolor de garganta, que ahora le pinchaba las amígdalas con más intensidad, impidiéndole casi tragar saliva. Los ojos le escocían como si los hubieran salpicado con tierra. Llovía fuerte, pero la tormenta que le había hecho sufrir un pernicioso duermevela se había alejado. La oscuridad, sin embargo, todavía dominaba el cielo y también su cabeza, que continuaba turbia. La fiebre le había concedido una engorrosa hipersensibilidad en la piel y sus articulaciones estaban tan doloridas que casi no se podía mover. «¿Ha sonado el teléfono?» Aquella posibilidad le preocupó y se estiró penosamente hacia la guantera para cogerlo. Tenía la ropa mojada y se le pegaba al cuerpo. Arrancó el coche y puso la calefacción para tratar de entrar en calor y, cuando el habitáculo estuvo más caliente, sacó el teléfono de su letargo. La luz que desprendió la pantalla se vengó de él deslumbrándole y reprochándole su dejadez, e Iván entrecerró los ojos con una mueca. Allí lo tenía: un aviso de llamada perdida. Aquel mensaje sobre el fondo de pantalla le angustió. Sentía que algo no había ido bien, que el espíritu de la desidia había destruido algo importante y que el significado de la palabra «perder» comenzaba a coger toda su dimensión.

El nombre de Estel en la pantalla le hizo suspirar con desesperanza.

«¿Qué coño has hecho?!»

Dejarse llevar por el destino y la borrachera le había parecido una buena idea para alejar los demonios de la depresión, y pensó que lo conseguiría. Pero lo que en un primer momento había creído acertado, incluso placentero, ahora se había convertido en otra pesadilla, aún más aterradora.

En un acto de desesperación consultó el buzón de voz, esperando que ella hubiera dejado algún mensaje para concederle una nueva oportunidad. «Tiene un mensaje nuevo.» El corazón se aceleró tanto que le pareció que saldría volando. Y casi fue así cuando, después de la señal, se hizo el silencio.

Estornudó; la mucosidad salió de su nariz con violencia.

«Qué escena tan deplorable.»

Definitivamente, después de la gran borrachera, se había quedado solo otra vez, decepcionado



consigo mismo, enfermo y lo peor de todo: casi sobrio.

\*\*\*

Cuando se despertó, Iván estaba tumbado en el sofá de casa con el portátil sobre el pecho. Había estado soñando vívidamente y ahora le costaba respirar. Se sintió aliviado al darse cuenta de que los compañeros de trabajo no estaban en la azotea hablando entre ellos y observándole con una mezcla de desconfianza y desprecio. Tosió; los restos de la gripe aún le molestaban. Antes de quedarse dormido, había estado viendo vídeos de técnicas de relajación y artículos sobre los síntomas y la superación de la depresión, en un intento de salir de aquel agujero que era más profundo de lo que había pensado al principio y, no sabía cómo, había terminado durmiéndose viendo otras imágenes de gente buena haciendo cosas buenas: el conductor que felizmente bajaba del coche para salvar a un niño de ser atropellado en la carretera fue lo último que recordaba antes de perder la consciencia.

La sala era un caos, con una evidente capa de polvo sobre los muebles, latas de cerveza esparcidas por el suelo, cajas de pizza vacías y envoltorios de plástico de croissants de chocolate y Donuts. Aquel panorama le hacía sentirse desahuciado, sin ánimo para recoger los desechos de su aflicción. Después de una semana de desidia y autocompasión, aún recordaba con pesar su viaje a las tinieblas.

Aquellos días había dormido durante horas y más horas, yendo de la cama al sofá y del sofá a la cama, incapaz de hacer nada más que no fuera ver la televisión y presenciar con acritud como los demás mostraban su alegría en las redes sociales. No le quedó otro remedio que alimentar su depresión con dulces y comida rápida, y engullir cerveza como si le fuera la vida. La semana antes de aquel desastre había sido una especie de pesadilla. En dos de las entrevistas en las que había depositado buena parte de sus esperanzas se encontró con la deportación directa al país de los inútiles. Le informaron —por si no lo sabía— que le faltaban títulos, y le recordaron sin inmutarse que era demasiado mayor para el perfil que buscaban.

«¡Ahora ya lo sabes!»

La luz de la pantalla del ordenador iluminaba su rostro taciturno mientras volvía a escudriñar ansiosamente entre los contactos. A pesar de saber que ver a los otros viviendo su vida como si nada le dolía, continuaba haciéndolo. Se había convertido en un acto perverso que menoscababa aún más su autoestima. Miró el *post* que él mismo había colgado hacía más de una semana en un intento de dejar de ser invisible. Había probado a emular otras publicaciones que había visto y que habían tenido una buena aceptación, pero una copa de cerveza y cuatro barcos al fondo no fueron suficientemente originales para interesar a nadie.

Su vida social había quedado reducida a hurgar entre los perfiles de Facebook, mirando como la gente se congratulaba por hazañas sociales de todo tipo y asistiendo al espectáculo de las mutuas felicitaciones por tener unas vidas tan apasionantes; casi podía ver como hacían las maletas para las vacaciones de la Purísima. «Pasando un puente en Barcelona»: Nadia había colgado una fotografía bajo aquel título tan original en la que se la veía con una sonrisa que él no reconocía, apoyada en la barandilla del puente de Bac de Roda, después de salir del trabajo. Ya había tenido la aprobación de quince personas y ocho comentarios:

«Cuidado con los dulces este puente, no quisiera que tu figura se estropeará.»

El emoticono con la lengua fuera evidenció un tímido flirteo entre aquel tipo tan fornido y Nadia, que respondió:

«¡Justamente por eso mismo empiezo las minivacaciones con una buena caminata, Carlos!» —Y terminó la frase con un guiño.

«¡Qué guapa! ¿Cuándo quedamos?» —dijo otro, coronando el mensaje con un corazón rojo.

«Pronto, ¡que ya llega el fin del mundo! ¡Jajaja!»

A Iván le pareció que la carcajada de Nadia tenía un marcado carácter sexual. Hastiado, cerró la tapa del ordenador, que ya se estaba quedando sin batería, y lo puso a cargar.

«No le costaba tanto poner un “Me gusta” a tu *post* para animarte un poco, ¿verdad?»

El rencor le abrió el apetito. No recordaba a qué hora había comido por última vez y registró la nevera. No le gustó nada de lo que encontró y cuando volvió al salón se sintió avergonzado del espectáculo que había montado con tanta basura por el suelo, como las vísceras que dejaban esparcidas los tertulianos de los programas que se había tragado sin resistirse todos aquellos días. Tuvo que salir a la azotea para respirar aire fresco. Llevaba una camiseta pero no tenía frío, de hecho no lo hacía. Apoyado en la barandilla, intentaba averiguar qué había pasado fuera de las paredes de su casa. Todo seguía igual. Las luces de la calle ya se habían encendido y los coches iban arriba y abajo en una lucha frenética por llegar los primeros a la ronda, donde se encontrarían la inevitable caravana de la operación salida del puente de la Purísima. Cerró los ojos un momento para escuchar el rugido de la ciudad. Sobre el mar, los flashes intermitentes de los aviones despegando le recordaron los mejores tiempos que había pasado en la empresa, cuando su madre aún vivía sola en su casa y él tenía suficientes ingresos para viajar durante las vacaciones. Aún no comprendía como había llegado hasta ese punto, pero desde que su madre se puso enferma todo había ido decayendo. Recordó como la había visto degradarse hasta perder la razón, y los días en los que, al visitarla en casa, no sabía qué se encontraría porque ella casi ya no sabía lo que hacía. Todavía sentía la amargura de las noches en que, ya viviendo juntos, quedaba exhausto al tener que vigilar que no se levantara para hacer alguna de las suyas. Rememoró cómo tuvo que vender el piso donde había crecido para poder pagar la residencia de su madre, y el llanto por el dolor de saber que perdía a la última persona que le quería y a la que él adoraba. Fueron meses de aflicción, de asunción de cosas muy feas, de incertidumbre y de miedo. Miedo a quedarse solo, a la destrucción de su vida y a perder todo lo que le había dado sentido. La enfermedad le había puesto en contacto con una realidad deforme y absurda de la que ya no pudo desembarazarse nunca más. Y entonces le pareció que llegaba, ciertamente, el fin del mundo.

El móvil volvió a la vida después de muchos días de silencio. Nadia le proponía pasar la noche juntos. Él accedió, como hacía siempre, con un gesto automático: las citas con ella comenzaban a ser una rutina sin sentido.

—¿Te va bien? —preguntó ella al oír el tono de voz.

—Sí, claro. Pasa hacia las once, antes no estaré —mintió.

Debía recoger aquel desbarajuste, ducharse y afeitarse antes de que ella llegara para no parecer un pobre miserable.

\*\*\*

A las once y media, Nadia estaba sentada en el sofá, junto a Iván, mirando la televisión después de comerse el pastel de chocolate que había llevado para endulzar una relación que últimamente sufría desavenencias crecientes.

—¿Ponemos la película? —dijo él cogiendo el DVD.

—¿Sunset Boulevard?

—Sí.

—Un clásico. —Ella accedió mostrando poco entusiasmo.

Iván parecía enfadado. Ella pensó que quizá el hecho de no encontrar trabajo le estaba pasando factura y que esa noche tenía que tener tacto y paciencia con él. Le encontraba con el carácter

especialmente agrio y extraño; estaba ausente y su expresión era oscura. Sin embargo, no había perdido el atractivo. De hecho, el ceño fruncido bajo la luz movediza de la televisión le daba un aire intrigante que la había enganchado hasta la contradicción: la curiosidad que sentía por aquel comportamiento y el temor a certificar que esa noche no llevaba las riendas de la relación, como había hecho siempre.

A media película, Iván se había tumbado en la *chaise longue*. Nadia tuvo que servirse ella misma algo para beber.

—¿Quieres una cerveza? —gritó desde la cocina.

—No.

Al abrir la nevera, se dio cuenta de que algo no iba bien; los estantes estaban medio vacíos y, salvo una multitud de huevos y un cartón de leche, no había nada saludable. Hurgó entre varias latas de conservas, unas naranjas medio podridas, un par de pizzas refrigeradas a punto de caducar y latas de cerveza, y frunció el ceño ante aquel espectáculo tan lastimoso. Se prometió no decir ni una palabra al respecto.

—¿Por qué has comprado latas en vez de botellas? —preguntó cuando entraba en la sala.

Él la miró con una expresión irritada y ella se quedó quieta, esperando una respuesta que no llegaría nunca.

—Te prepararé algo para matar el gusanillo —dijo para salir del trance, desapareciendo de nuevo.

Nadia estaba desconcertada. No sabía cómo abordar la tensión absurda que, a pesar de haber compartido el delicioso pastel de chocolate, les estaba separando inexorablemente.

Llevó una bandeja con un plato de aceitunas rellenas y patatas fritas que había rescatado de uno de los armarios. Encontró a Iván dormido. Había recuperado aquella expresión de buena persona que reconocía y permaneció observándole mucho rato, siguiendo de vez en cuando las escenas de la película, picando alguna oliva y tomando tragos de cerveza hasta que los tiros de Norma Desmond sobre su amante despertaron a Iván.

—¿Ya se ha acabado? —Él miraba la pantalla con un ojo abierto, bostezando.

—Casi. Me parece que cuando se termine me marcharé —dijo ella, molesta, al ver otra vez aquella expresión de desprecio, esperando que rebatiera sus intenciones con vehemencia—. Te veo cansado.

Pero aquellos argumentos no aparecieron.

—La verdad es que sí, lo estoy. Hoy no tengo el día. Me tienes que perdonar por haberte hecho venir —reconoció con sinceridad.

Ella suavizó su expresión al ver que Iván bajaba la guardia.

—No pasa nada.

Después continuaron viendo el final mientras terminaban lo que quedaba del picoteo sin cruzar ni una sola mirada de complicidad. El gusano que ella tenía en el estómago y que había intentado hacer desaparecer con patatas y cerveza se había convertido en un desasosiego insoportable, sellado por el silencio que reinaba entre los dos.

Y así permanecieron, quietos como estatuas hasta que el primer plano que acercaba el rostro delirante de Gloria Swanson se volvía borroso en medio de una música tétrica y estridente. Después, el fundido a negro.

—Es una peli increíble —dijo ella para volver a romper el hielo, concediéndole una última oportunidad para que él la retuviera en su casa.

—Sí. Ahora volveré a verla —sentenció sin mirarla a los ojos—. ¿Quieres que llame a un taxi?

Nadia no podía creerse lo que acababa de escuchar: la estaba echando sin contemplaciones,

¡sin pensar en ella! Estaba decidida, sin embargo, a evitar que ese hecho arruinara el inicio de unos días de fiesta prometedores.

*ESPERANZA*

Al día siguiente, Iván se sentía liberado y eso le ayudó a reflexionar sobre lo que le estaba pasando sin presiones de ningún tipo. Tenía el alma fatigada y las energías agotadas, pero al menos podía intuir nuevas perspectivas; como si empezara a tomar el control, al menos, de una parte de su vida.

Así, mientras el resto del mundo disfrutaba de sus vacaciones, él se empeñó en salir adelante y se enfrentó de nuevo a la realidad y sus consecuencias. Decidió reanudar la actividad en el gimnasio y los portales de búsqueda de empleo; ahora que se acercaba la Navidad tal vez encontraría algo que le aportara ingresos. Lo importante era empezar a moverse para encontrar el rumbo perdido.

A pesar del cansancio, se sentía sorprendentemente bien después del destrozo de la semana anterior que había comenzado con aquella delirante visita a la playa. Se dio cuenta de que había echado mucho de menos la piscina porque cuando volvió estuvo nadando casi una hora sin parar. Mientras braceaba, los pensamientos se habían centrado en el camino que había decidido retomar.

Sumergirse en los portales de trabajo le seguía pareciendo la más titánica de las tareas, pero la idea de cobrar un sueldo a fin de mes era suficientemente motivadora como para que se volviera a lanzar de cabeza. Después, todo sería fácil: pagar la hipoteca y las otras deudas sin hacer cuentas a cada movimiento, recuperar la vida social y la mujer que, ahora sí, le parecía que le había querido de verdad y a la que había alejado con sus miedos e inseguridades. Hasta entonces no había querido admitir que se había enamorado de Estel.

Por la tarde, salió para comprobar que el coche, que había aparcado siete manzanas más allá de casa hacía más de una semana, aún estaba en su sitio. Al llegar, los limpiaparabrisas aguantaban una multitud de papeles anunciando productos de todo tipo, así como servicios de adivinos en los que había llegado a pensar en algún momento de oscuridad. Todo el coche estaba cubierto por una capa de polvo y barro considerable; había llovido pero él, en su confinamiento, no se había enterado. Tiró todo el papeleo y subió al coche. Al arrancar, el motor emitió un ruido que le extrañó, pero decidió no preocuparse en un buen intento por mantener la calma. «No es nada. Solo está frío.» Roció el parabrisas e hizo oscilar las escobillas que enviaron todo el barro a los bordes del cristal. Después, se ató el cinturón y llevó el coche a un área de servicio donde pudo sacarle toda la porquería que había acumulado durante esos días tan infelices.

\*\*\*

Ver las cosas de una manera más optimista había funcionado. La semana siguiente acudió a dos entrevistas que le habían ido bien: una para una frutería y otra para una tienda de juguetes, y el martes le habían vuelto a citar en esta última.

«¡Vaya panorama!»

Teniendo en cuenta que llevaba siete meses sin trabajar, todo lo que consiguiera sería un éxito.

Necesitaba enfocarlo así.

El trabajo consistía en atender a los clientes, controlar los *stocks*, realizar tareas de carga y descarga en el almacén y disfrazarse de Papá Noel durante la Navidad.

Serían tres meses de trabajo que le ayudarían a volver a sentir que era normal, y a hacer un poco de caja.

Iván firmó el contrato que le devolvía a la vida:

—Nos vemos mañana.

—Gracias. Aquí estaré. —Le estrechó la mano al hombre que le había salvado y salió de la tienda.

Luego, caminó hasta la Plaza de Sants y pensó en tomarse una cerveza. Sentado junto a una estufa en la terraza del bar de enfrente de la plaza, miraba como los coches y la gente iban arriba y abajo por la calle, como salían y entraban del metro con prisa, como lo hacía todo el mundo en Barcelona. Ya había oscurecido y, a pesar del fresco de la tarde, pidió una jarra de cerveza bien fría para celebrar la firma del contrato. Se imaginaba de nuevo ajetreado, preparándose el almuerzo para el día siguiente, planchando las camisas y las corbatas, y yendo a dormir temprano. Y volvió a pensar en Estel, en el modo de contactar de nuevo con ella y en cómo sería el reencuentro. No quería ni imaginarse la posibilidad de que no le cogiera el teléfono o, si lo hacía, que le mandara a freír espárragos como seguramente se merecía. Solo sabía que quería volver a verla, pero el miedo al rechazo le atenazaba. Cerró los ojos con fuerza al recordar al egoísmo que le había invadido aquella maldita noche etílica al borde del mar y volvió a verse sentado en el coche, abatido, consumido y desesperanzado, envolviendo sus actos con la mayor de las incompetencias, emborrachándose casi hasta perder los sentidos y corrompiendo, efectivamente, lo más importante; su amor por Estel. Ella rigió su vida y sus pensamientos durante las semanas siguientes.

Dio un trago largo para desvanecer aquellos pensamientos y la vergüenza que le despertaban. La inquietud que volvía peligrosamente fue, poco a poco, cuesta abajo con la cerveza.

\*\*\*

Al llegar al comedor de la empresa, Iván les vio a todos sentados, conversando y comiendo de las fiambreras. Estaban algunos de los compañeros de departamento, incluyendo a Pedro, Nadia y Néstor, que charlaban sin darse cuenta de que había entrado en la sala.

Iván saludó con débiles apretones de manos a los compañeros con los que había compartido tantos años de trabajo, que le miraban con una mezcla de sorpresa e indiferencia. Tenía miedo de que las cosas no volvieran a ser igual y les miraba suplicante. Ellos no decían nada, ni una exclamación, ni una pregunta sobre su regreso a la empresa. Nada.

Eduard se puso de pie sobre la silla y vociferó unas palabras de bienvenida:

—Volvemos a tenerle aquí después de habernos dejado. En nombre de la empresa, doy la bienvenida a uno de nuestros mejores activos: ¡Iván Alimbau!

Después del parlamento le hicieron ir hasta donde estaba el orador, que bajó de la silla y le guió hasta una de las puertas de la sala mientras los asistentes aplaudían. Allí estaban el gerente de la empresa y su mujer, que le hacía de secretaria, y, en fila con otros trabajadores, pusieron sus brazos sobre los hombros de los otros formando una especie de cadena humana con Iván. Acto seguido, hicieron un pequeño corro y le animaron para que les siguiera, bailando y saltando, celebrando su regreso.

\*\*\*

Había sido un sueño tan real que tardó exactamente diez minutos en ser consciente de qué hora era y dónde se encontraba, desconcertado, rememorando uno a uno los pasajes que le habían hecho sentir tan extrañamente bien y tan fuera de juego a la vez. En aquella ensoñación le habían readmitido en la empresa donde había adquirido su madurez profesional, volvía a ver a sus compañeros e incluso pudo sentir el tacto de sus manos al encajarlas. Sus jefes se enorgullecían de su trabajo y le hacían sentir que todavía era útil, que podía recobrar todo lo que había tenido. Al despertarse, se dio cuenta de que todos aquellos meses mendigando un puesto de trabajo le habían robado la serenidad, los amigos y la dignidad.

Era irónico que el primer día que retomaba la actividad laboral en una nueva empresa hubiera soñado con el retorno a la anterior. Era como si, a pesar de saber que no pasaría, aún estuviera esperando que le reincorporaran con sus compañeros de toda la vida. Como si nada hubiera sucedido.

«¡Pobre ingenuo!»

Desayunó poco debido a los nervios. Hacía muchos años que no los había sentido. Como cuando era pequeño y se acababan las vacaciones, como cuando una bola de desazón gigante invadía su estómago y no le dejaba desayunar antes de salir por la puerta de casa el primer día de escuela.

Ya en el metro, compró un pase mensual haciendo una mueca de disgusto al tener que desembolsar los cincuenta euros que marcaba la máquina expendedora. Después, se puso los auriculares para escuchar la música que había dejado de disfrutar hacía tanto tiempo y que tantas veces le había guiado por los pasillos bajo tierra de camino al trabajo, en los viajes en coche por los alrededores de la ciudad, en las eternas caravanas de las rondas, o dando vueltas para buscar aparcamiento cuando iba a visitar a algún cliente. Había sido un romance digno de una gran historia de amor y ahora quería volver a vivirlo, esperando que los sentimientos constructivos volvieran a surgir.

Los primeros dos días fueron ciertamente como cuando iba al colegio, vestido con el uniforme, escuchando las lecciones de los profesores y dándose a conocer entre los nuevos compañeros, sintiéndose observado y valorado, y dependiendo de unas notas que deberían ayudarlo a progresar y salir del agujero en el que todavía pensaba que podía caer.

«No te hagas muchas ilusiones.»

A los pocos días, su carácter afable y divertido había emergido como si hubiera estado hibernando bajo las inclemencias de un frío muy largo, provocando las sonrisas y la empatía de sus nuevos compañeros. Sentía agradecimiento por la oportunidad que le habían concedido, y apreciaba el gesto de confianza del gerente para con él y sus palabras de ánimo y felicitación en solo cuatro días; todavía era posible encontrar la salida del limbo en el que había quedado atrapado todos aquellos meses, volver a vivir con normalidad y mostrarse tal y como había sido antes del despido; una persona libre de toda intranquilidad y aflicción.

La Navidad ya estaba muy cerca y en la tienda tenían mucho trabajo haciendo inventario, preparando pedidos y encargos, atendiendo a los clientes más previsores y adornando el local con guirnaldas y colgantes de todo tipo. Un abeto de tres metros que él mismo había decorado y del que se sentía estúpidamente orgulloso presidía la entrada, y los villancicos se escuchaban por los altavoces provocando a los peatones, los cuales giraban sus cabezas y se detenían para mirar con curiosidad hacia dentro de la tienda.

—Ahora tenemos que hacer que entren y compren—dijo el gerente al pasar por su lado—. Ya ha llegado el traje de Papá Noel. Ve adentro a probarte.

Y allí se encontró, en un rincón del almacén, enfundándose ese disfraz de poliéster rojo y

blanco sobre una barriga postiza que se había atado a la cintura. Al verse en el espejo especuló sobre lo que pensarían sus ex compañeros de trabajo si lo vieran con aquellas pintas.

«Ya te digo yo: qué ridículo más espantoso.»

Al ver la plateada barba postiza llena de rizos ramplones y la peluca se terminó de horrorizar. «Todo sea por Estel», dijo mientras se probaba aquellos accesorios que le provocaban picores en el cuello y en la cara. Ciertamente, le esperaba una Navidad muy pesada, allí dentro.

\*\*\*

Durante los supuestamente emocionantes días antes de Navidad, las jornadas habían sido monótonas: después de levantarse, ducharse y arreglarse, cogía el metro, entraba a trabajar, descargaba y cargaba juguetes en el almacén, desayunaba y continuaba trabajando atendiendo a los clientes y pasando el paño por las cajas de sorpresas para limpiarles el polvo. A mediodía volvía a casa para comer, echaba una siesta de diez minutos mientras escuchaba los dramas de La Riera, volvía a coger el metro y cerraba los ojos mientras el estruendo constante de la máquina con el chirrido de las ruedas contra las vías y el balanceo le adormecían.

Antes de entrar en la tienda tomaba un café bien cargado en el bar y charlaba con otro compañero que también tenía la costumbre de llegar pronto y, a las cinco en punto, repartía caramelos hasta las ocho y media, hora en la que ya no le quedaban fuerzas para nada más que no fuera volver a casa. El horario de la tienda no le dejaba tiempo para ir al gimnasio, y se dio de baja para reducir sus gastos, aprovechando que el cansancio no le permitía arrepentirse. De vez en cuando compraba algunos víveres; sobre todo cerveza. Después cenaba y terminaba el día bebiendo y viendo cualquier programa que le distrajera de posibles pensamientos insanos antes de acostarse. Aquella rutina era su vida de lunes a sábado; ninguna salida para distraerse, ni ninguna llamada que le recordara que tenía vida fuera del trabajo. Las únicas noticias que recibía eran las facturas y los recibos, entre los que estaba la temible hipoteca, que le amenazaba con más fuerza cada día que pasaba y que se estaba convirtiendo en una pesadilla impagable.

\*\*\*

Después de haber cargado y descargado paquetes durante tres días había sufrido una contractura que medio paralizó su cuello, y el simple gesto de saludar le torturaba. A dos días de la víspera de Navidad ya se había tomado casi toda una caja de antiinflamatorios y el tubo de crema analgésica estaba en las últimas, pero todavía parecía un tronco rígido enfundado dentro del disfraz. En la calle hacía sonar la campana, feliz de saber que le quedaba poco para deshacerse de aquel traje, y reía con un «¡jo-jo-jo!» bastante bien logrado que sus compañeros le habían aplaudido. Esa noche se respiraba un ambiente alegre y amable; las luces de Navidad parecían más bonitas y la gente sonreía más de lo habitual. Se acercaba la noche en la que se regalaban felicidad, besos e ilusión.

—Mira qué tiene para ti Papá Noel —dijo una madre.

Iván sonrió a la niña, que ya había puesto la mano para recibir los caramelos.

—¿Te has portado bien, este año? —preguntó reteniendo los dulces.

—Sí. —La criatura reafirmó su contundente respuesta bajo la atenta mirada de su madre, moviendo la cabeza de arriba a abajo.

—Dime qué quieres para la noche de Navidad, que yo lo prepararé.

La mujer miró a Iván con ternura.

—La Barbie princesa —balbuceó tímidamente y volvió a estirar el brazo demandando el pago por su respuesta.

Iván le dio los caramelos y guiñó un ojo a la mujer, que se fue más feliz.



\*\*\*

«Contractura muscular: consejos prácticos para aliviar el dolor.» La búsqueda en Internet le había devuelto un montón de entradas con ejercicios y recomendaciones para recuperarse del daño insoportable. Tantos días con aquel reumatismo le habían hecho volver a sentirse viejo y trataba de encontrar una solución.

«No hay remedio para la senectud.»

Hizo unos estiramientos siguiendo las pautas de un fisioterapeuta de Youtube. Se encontraba mejor. O no. El caso era que trataba de salir de aquel estupor que aún le mantenía odiosamente rígido. Después, abrió una cerveza y se acomodó en el sofá con la cabeza bien apoyada sobre los cojines para no forzar los músculos del cuello. El frío pasaba a través de los cristales de las ventanas y podía sentirlo en su nuca; casi no encendía la calefacción para no gastar. Se tapó con una manta y colocó el ordenador sobre el pecho. Era el único calor que recibía, el de la batería de la máquina cuando alcanzaba cierta temperatura. Entonces recordó aquellos niños que se le acercaban a la puerta de la tienda; tan inocentes, llenos de ilusión y alegría que le regalaban sonrisas sinceras y agradecidas. Tenía claro que se había quedado solo, pero no se resignaba. A pesar de los pensamientos corrosivos que intentaban retenerle en el infierno de la soledad, mantenía la esperanza de que algún día se encontraría con Estel y que recuperaría la relación que habían comenzado aquel final de agosto.

«¡Pobre iluso!»

El número diez sobre el icono de notificaciones de Facebook le tentó como si fuera un ludópata ante la música turbadora de las máquinas tragaperras. A pesar de los reproches inconscientes que se hacía decidió mirarlo y se dio cuenta de que había perdido dos contactos. Abrió rápidamente el listado y lo repasó frenéticamente, con miedo de que tal vez Estel le hubiera echado de su vida:

«Eva, Manel, Juan, Esther, Pedro, Raquel, Joanot, Laura, Eva P., Nadia, Carlos, Manzano...»

Su corazón continuó acelerándose hasta que casi llegó al final del temible Vía Crucis:

«...Estel»

Resopló aliviado al ver su nombre y se dio cuenta de que había tensado demasiado los músculos del cuello. Entonces volvió a dejar caer la cabeza sobre las almohadas, gimiendo y haciendo una mueca de dolor. Pasó unos minutos con los ojos cerrados hasta que su respiración se normalizó y la punzada que le había atravesado desde la nuca hasta exactamente media espalda bajó de intensidad.

«Estás a punto de perderla.»

Clicó sobre su perfil para embeberse de su esencia, como si el hecho de repasar su vida le acercara a ella. La primera fotografía que apareció la había colgado el mismo 8 de diciembre; ella posaba junto con su familia ante una mesa dispuesta con una vajilla que parecía tener historia. Casi podía oler el aroma de la bandeja de cordero al horno con patatas, tomates y romero que presidía la mesa y que le llegó al alma haciéndole recordar su propia infancia, durante las vacaciones de Navidad, cuando celebraba las festividades con sus tíos y sus primos, jugando con el Scalextric que había traído el Tío, y disfrutando de la deliciosa cocina navideña que preparaba su madre en aquella cazuela de barro que él aún guardaba en la cocina.

«Pero nada será como antes...»

Tragó saliva para disipar un incipiente dolor en el alma y siguió recorriendo el muro, yendo atrás en el tiempo, pasando los dedos de arriba abajo por el *trackpad*, una y otra vez hasta llegar al mes de septiembre. Allí reconoció el coloreado bikini que le había visto a Estel la verbena de San Juan, y recordó como le quedaba de bien, y también aquel fantástico baño bajo los fuegos

artificiales. Casi pudo saborear un café con hielo que enseñaba a la cámara con su preciosa sonrisa. Aquellos ojos le fascinaban. En otra foto, conoció a sus amigos bajo las luces rojizas del Manchester; chicos jóvenes y apuestos que seguramente esperaban la oportunidad para ganarse su corazón. Sonrió vagamente al recordar la noche en la que se besaron por primera vez, allí mismo. Pero rememorar la cobardía con la que la había echado de su vida aquel fatídico sábado frente a su casa, en el coche, sofocó su expresión encantada para convertirla en un rictus atormentado.

Siguió mirando su historia como un depravado de la curiosidad malsana y terminó de derrumbarse cuando se topó con la fotografía del desayuno en la azotea, aquella mañana en la que había recibido un beso de buenos días tras una noche delirante en la que ella le había hecho sentir como unpreciado tesoro. Y se encontró con que ya no recordaba como era aquello de sentirse querido. Pero, a pesar del tedio y la angustia que le provocaban aquellos sentimientos tan deprimentes, a menudo se mantenía sereno gracias a la fantasía de su reencuentro, que aún mantenía viva. Algunas veces pensaba en llamarla y acabar de una vez con las dudas y las inseguridades que le atormentaban, pero nunca era el momento; fuera porque estaba bebido o porque se encontraba deprimido, o porque simplemente se había quedado sin fuerzas para actuar con coherencia. En cualquiera de los casos, se sentía como una mierda y tenía un miedo cerval al rechazo, cosa que le retornaba a la idea de dejar su vida en manos del destino para evitar afrontar una realidad decepcionante.

*FELICES FIESTAS*

Contaba las horas para que la felicidad que mostraban todos acabara de una puñetera vez. El trabajo le distraía de los pensamientos destructivos, pero cuando llegaba a casa sentía que su alma desaparecía, como tantas otras veces. Aquellos días de beatitud acababan con él ferozmente y cada mañana, con un gran esfuerzo, tenía que volver a resucitar.

«¿Aún no se ha acabado el mundo?»

La profecía no se había cumplido y la gente todavía hacía su vida, comiendo y bebiendo, riendo y gastándose la paga extra. Él no podía soportarlo.

El muslo de pollo que había cocinado al horno y la pasta flotando sobre el caldo envasado que había comprado esa misma noche en el supermercado paquistaní serían casi las únicas cosas que recordaría de la noche de Navidad, en un intento para que la normalidad volviera a su vida, tratando de celebrar lo que todo el mundo celebraba. Se bebió toda la botella de cava que había recibido junto con otras viandas en el pequeño lote de Navidad —con la inconsciencia no sentiría dolor—, pero tuvo que ayudarse con cerveza para quedarse dormido hasta el día siguiente.

Ya no festejó nada más. Por Sant Esteve, simplemente, no salió de casa. Solo continuó durmiendo, esperando que las horas pasaran lo más rápidamente posible y que llegara la hora de ir a trabajar. No miró las redes sociales ni puso la televisión; tenía miedo de que le recordaran que no tenía una familia a quien abrazar ni amar; ni padres, ni hermanos, ni esposa, ni hijos. Nadie que le reclamase, ni de quien hacerse cargo.

\*\*\*

La noche de Año Nuevo, la tienda cerró a las siete para que todos tuvieran tiempo de preparar la cena y las uvas de la suerte con la familia.

«Ah, ¿pero tú no tienes?»

Iván se sintió traicionado por tener que marcharse tan pronto a casa y enfrentarse al temible monstruo de la desidia y la tristeza, una vez más, a solas.

La calle era como un hormiguero en el que la gente se movía con ansia en todas direcciones. Algunos coches parados en doble fila entorpecían el tráfico y mostraban ufanos las luces de emergencia para señalar que se preparaba algo gordo. No había ni rastro de policía poniendo multas, seguro que también habían ido a celebrar lo que él no podía.

Mientras cerraban la tienda, Iván dio besos a las chicas y encajó las manos con los compañeros y el gerente, que sonreía con una expresión benévola. Después observó cómo se alejaban y se sintió abandonado. Permaneció unos minutos de pie ante el esperpéntico grafiti que ya hacía tiempo que lucía pintado en la persiana de la tienda y después siguió la calle de la Riera Blanca abajo, abrochándose el abrigo. Su invisibilidad iba a más aquella noche; podría haberse tirado en el suelo en medio de la calzada y nadie le habría advertido del peligro que corría. Simplemente, los coches pasarían por encima suyo sin hacer caso de los gritos de dolor. Así, su paso demasiado

lento no llamó la atención de nadie, y llegó al puente por donde los trenes se dejaban ver por unos momentos fuera de los túneles entre las estaciones de Santa Eulàlia y Mercat Nou. Se sentó en las escaleras que conducían desde el paso subterráneo hasta los edificios que habían quedado a un nivel más alto y escuchó durante al menos media hora cómo pasaban los convoyes en ambos sentidos. Solo volvía a la vida cuando sentía el rechinar de las ruedas contra las vías y cuando se tenía que apartar para que pasara algún vecino. Entonces desbloqueaba el teléfono y miraba el WhatsApp en un intento absurdo por simular que tenía algo que hacer, comprobando con falsa estupefacción que las conversaciones que habían quedado momificadas seguían estándolo. Se preguntó, otra vez, por qué le despidieron, por qué a él, por qué las personas que había querido y con las que había compartido tantos años se habían marchado de su lado, y por qué le habían ignorado hasta hacerle desaparecer. Pero ninguno de los trenes que pasaba le daría la respuesta.

Se encogió sobre sí mismo y concentró sus esfuerzos en contener el dolor y las lágrimas.

\*\*\*

Había caminado durante una hora y media, tiempo suficiente para hacer pasar la angustia que había secuestrado su ánimo y para tomar la determinación de intentar pasar una noche más o menos digna, aunque fuera delante de la televisión. En la nevera todavía le quedaba una pizza que se tenía que comer antes de que caducara y pensó que estaría bien comprar una botella de cava en el paquistaní. Sería la última oportunidad de hablar con alguien ese año.

Cuando llegó a casa, el piso estaba helado. Excepcionalmente, encendió la calefacción y puso el cava en el congelador para que se enfriara. Como no había pensado en absoluto en la fiesta ni en las uvas, había comprado aceitunas rellenas para tomarlas durante las campanadas. Más valía eso que nada.

Casi a las doce menos cuarto ya estaba preparado para el cambio de año, y también para un cambio de rumbo de su triste destino. Sentado en el sofá, seguía el programa previo a las campanadas que se emitían desde Ripoll. La gente que se reunía en la plaza aplaudía y gritaba de emoción y de alegría, y aprovechaba la retransmisión en directo para hacer cánticos por la independencia. Después, mientras explicaban las instrucciones para no tener sorpresas con la sincronía entre las campanadas y las uvas, Iván sacaba la cápsula y la grapa que mantenía bien sujeto el tapón de la botella de cava.

«¿A punto para celebrar el cambio de año más lamentable de la tierra?»

Para dignificar el acto, siguiendo la sugerencia de la presentadora, puso el anillo de oro de casada de su madre que había rescatado de la caja donde lo tenía guardado dentro de la copa. Tenía la esperanza de que esa acción simbólica le devolviera la prosperidad y el amor que le faltaba desde hacía tanto tiempo.

Cuando se metió en la boca la última aceituna, sincronizado a la perfección con la última campanada, se sirvió el espumoso en la copa: el anillo entró en efervescencia. Entonces, bebió un trago con cuidado para no tragárselo. «Por ti, mamá. Te quiero.»

Después, se tomó toda la botella más las tres cervezas reglamentarias para pasar el trance festivo de la mejor manera posible: durmiendo la mona. Peregrinó por las diferentes cadenas de televisión en busca de algún programa que le hiciera desaparecer del mapa hasta que, al fin, se quedó profundamente dormido.

\*\*\*

Estel recogió el anillo de dentro de la copa y volvió a ponérselo. Sus amigos la habían estado observando desde el otro lado de la mesa y Nando se acercó para darle un beso en la mejilla. Ella

sonrió y le dio otro.

Tres cuartos de hora después de las doce, el restaurante era como una casa de locos llena de bailarines chalados, adornada con serpentinas sobre las mesas y con confeti diseminado por todas partes. Ella se lo sacudía para que no se le metiera por el escote.

Algunos bailaban al ritmo brasileño del «Disco Samba», otros aún se besaban o llamaban por teléfono, o enviaban mensajes de felicitación a sus seres queridos.

—¿No bailas? —le dijo Óscar al acercarse, moviendo el cuerpo sinuosamente para incitarla a acompañarle.

—Sí. —Miró a su amigo como si hubiera despertado de algún tipo de pesadilla—. Envío los mensajes y voy.

—¡Ok! ¡Te esperamos en la pista!

Óscar se alejó caminando de espaldas, mirándola con travesura mientras la señalaba con las dos manos como si fuera un pistolero. Cuando llegó a la pista sopló sobre sus dedos índice; eso hizo reír a Estel, que optó por levantarse de la silla y buscar un rincón que le dejara un poco de intimidad.

En aquellos momentos hubiera querido estar sola para poder pensar con claridad. El vino y el cava que había tomado durante la cena no la estaban ayudando a medir bien sus actos y, en consecuencia, tampoco los posibles efectos. Lo que sí sabía era que escribir a Iván haría que reviviera lo que había sentido y aún sentía por él: un amor que se había empeñado en olvidar, pero que la tenía aprisionada. No quería sufrir, pero deseaba tanto saber de él que no pudo evitar contactarle. «Feliz Año Nuevo.» En realidad, aquel texto escondía un mensaje en clave que solo ella podía entender y que evidenciaba que necesitaba verle para amarle y protegerle, y para volver a sentir el roce de su cuerpo al abrazarle.

Escondida tras la puerta del lavabo, con un nudo en el estómago, concluyó el mensaje con el deseo de que él reaccionara:

«Espero que seas feliz. Un abrazo fuerte.»

\*\*\*

Los vales vieneses del concierto de Año Nuevo despertaron a Iván. Abrió los ojos con dificultad y pudo ver los desechos de la maldita fiesta. Como no había bajado las persianas, la luz del día le deslumbraba. En la mesita estaba el plato sucio de tomate seco y migajas de pizza, el vaso con restos de agua de las aceitunas, las latas de cerveza y la botella de cava vacía junto a la copa, que aún albergaba el anillo de su madre. A su lado, fieles, descansaban el mando a distancia de la televisión y el móvil, que le sorprendió con un aviso de WhatsApp. Los reproches asesinos volvieron a su cabeza.

«¡La has vuelto a liar!»

Un gusano en el estómago le hizo revivir otra vez la noche de la borrachera en el coche, cuando aquella llamada perdida se convirtió en una pesadilla en la que Estel desaparecía de su vida. Apretó la pantalla sobre su nombre. El mensaje le pareció una despedida.

«Lo que yo te decía: un cobarde.»

*LA LUCHA*

Todo un día libre para pensar era demasiado para Iván, así que agradeció volver a trabajar el día después de Reyes. Quitar los adornos de la tienda le liberó del lastre de unas fiestas que no olvidaría nunca. Hacía días que se había terminado el suplicio de vestirse con ese disfraz ridículo, y ahora también las historietas de regalos y caramelos. La gente volvería al trabajo sin ese halo estúpido de amor y fraternidad, y darían paso a las miradas de reojo en el ascensor y a los insultos a la primera de cambio. Esto era lo que ahora consolaba a Iván, que la gente se sintiera tan enfadada como él cuando se fallaba a sí mismo y cuando se encontraba con sus demonios. Solo continuaba vivo porque Estel, aunque se había despedido, todavía permanecía en sus pensamientos.

«Ya no creo que ella te tenga en los suyos...»

A pesar de la cobardía y la dejadez con la que había tratado su relación, aún se imaginaba que, si algún día se encontraban, Estel le correspondería con un dulce abrazo y un beso como los que le había dado aquellos días de septiembre, en los que casi había conseguido ser el hombre más feliz de la tierra. No quería pensar en otra cosa que no fuera eso y, aunque sabía que seguramente ella ya le había olvidado, se negaba a sacársela de la cabeza.

Se había abrigado los hombros con una manta y bebía chocolate caliente para intentar calentarse los pies, cubiertos con dos pares de calcetines. Sobre la mesa estaba el listado de empresas que preparaba para visitar cuando finalizara su contrato en la tienda. Quizá necesitaban un comercial y se le abriría alguna oportunidad. Luego entró en la web de su banco para hacer el balance de situación y para comprobar, una vez más, como el saldo de sus cuentas bajaba irremediabilmente (tenía los pies helados, pero las manos comenzaban a sudar). La prestación del paro no había sido suficiente para evitar que sus ahorros cayeran en picado, pero trabajar en la tienda tampoco le estaba haciendo cuadrar los números; el sueldo del mes de diciembre no le había permitido ahorrar ni medio euro. Resopló y se pasó la mano por la cabeza en un gesto de desesperanza mientras apoyaba la espalda en el respaldo de la silla. En ese momento, la solución que le parecía mejor para dejar de pensar en todo lo que le venía encima era dormir, pero se escabulló de aquella trampa que tantas veces le había tentado y en la que tantas veces había caído. Entonces, como si estuviera sufriendo un trastorno bipolar, un arrebató de algo parecido a la euforia le dio la idea de ir al Manchester, donde Estel le había dicho que a menudo iba con sus amigos, para tratar de quitarse aquella ansia que no le dejaba avanzar. «¿Y si la encuentro allí? Podría decirle que no la abandonaría nunca más.» Decidido: iría el sábado.

\*\*\*

Se encontró plantado ante la puerta del bar. Había llegado pronto para poder beber un par de cervezas y ver las cosas más claras antes de que Estel pudiera aparecer. Aquellas luces rojizas que enfocaban la barra le parecían el infierno, pero entró igualmente pensando en la posibilidad

de acabar con la pesadilla que significaba haberla perdido. Una pesadilla que le había perseguido durante muchas semanas y que tenía la esperanza de terminar esa misma noche, pasara lo que pasara.

La chica de la barra le sirvió un *gin-tonic*, tal y como él le había pedido. Quería rememorar la noche en la que empezó todo, y también hacer llegar alcohol a las venas lo más rápido posible. Después pagó. David Bowie instaba a bailar a todos rítmicamente desde los altavoces mientras Iván buscaba un buen lugar para pasar desapercibido. El local aún no estaba lleno y pudo esconderse en una de las mesas resguardadas que quedaban entre las dos salas, junto a la pared. Sentado sobre uno de los taburetes, se quitó la chaqueta y bebió un trago. Desde allí, podía controlar la sala más grande y el pasillo que iba a los lavabos. El antiguo espejo que tenía delante le servía de espía para mostrarle como el local iba llenándose poco a poco.

La música y el tercer *gin* le llevaron en volandas hasta la una y media. No había ni rastro de Estel, ni de sus amigos, y comenzaba a desesperarse solo de pensar que habría de irse a casa sin verla y sin poder decirle que había sido un imbécil por dejarla marchar de su lado. A esa hora todavía intentaba inyectar en sangre suficiente alcohol para obviar los cuerpos, las risas y las miradas inquisidoras de los jóvenes: ¿qué cojones hacía allí? La ansiedad que le producía estar rodeado de tanta juventud le aceleraba el corazón y le hacía sudar; notaba una molesta sensación bajo las axilas. Sentía que era demasiado viejo, que no tenía derecho a estar en aquel lugar.

«Ya no tienes edad para estas movidas.»

Había pasado casi todo el tiempo mirando el teléfono y, de vez en cuando, escudriñando la sala tras el resplandor de la pantalla que iluminaba su rostro y su corbata fuera de lugar. Ya se había aflojado el nudo y se había arremangado en un gesto acalorado. No sabía cómo, había terminado viendo imágenes de horripilantes chapuzas estéticas y leyendo las agrias noticias sobre la guerra de Siria, las protestas contra los recortes del gobierno y el recuento de fin de año de mujeres asesinadas por sus maridos, parejas y ex parejas. Pensó que el mundo debería haberse terminado el 21 de diciembre, consumiendo por fin la maldad y la hipocresía. El último trago de la copa que había alargado para no gastar más dinero ya estaba caliente y le pareció tan amargo como las oscuras informaciones que inundaban los diarios. Hizo una mueca de disgusto.

Después fue al baño y, al salir, se dio cuenta de que el local cerraría pronto y de que él estaba asquerosamente sobrio; la tensión que había mantenido espionando los movimientos de la gente no le había permitido que el alcohol le llevara al limbo, donde a menudo empezaba a encontrarse bien. En el local, aún había pequeños grupos de jóvenes. La mayoría hablaban inglés y algunos tenían fuertes síntomas de borrachera. Reían y bebían acumulando un montón de botellas de cerveza vacías sobre las mesas. Ya hacía mucho tiempo que no se sentía observado. De hecho, tenía la certeza de que se había vuelto invisible y de que quizá nunca más nadie volvería a verle.

\*\*\*

Los días siguientes del fracaso en el Manchester, se volvió a sentir como si fuera un excremento humano. Se visualizaba a sí mismo resguardado en aquel rincón oscuro, con la música entrando por un oído y saliendo por el otro, sin vida, mirando el antiguo espejo que le devolvía su lastimosa propia imagen. Estel continuaba siendo su obsesión, aunque seguía sin tener noticias después de Fin de Año y, cada día, cuando llegaba de trabajar, hurgaba entre sus redes sociales mientras cenaba. Era como un bálsamo para la desidia que surgía de sus entrañas cuando entraba por la puerta de casa, cuando se enfrentaba a la soledad y a sus demonios.

Quedaban pocos días para que el contrato en la tienda finalizara y, a pesar de pensar que había hecho un trabajo más que aceptable, no tenía esperanzas de que le renovaran. Así que, otra vez, la

preocupación y la angustia ante la incertidumbre crecían como un río que se desborda por las lluvias monzónicas. Sentía el corazón y las tripas tan agitados, de una manera tan nueva y preocupante, que le obligó a ir al médico para implorar que le recetaran algo para soportar ese martirio. Pero la cita con el especialista no sería hasta dos meses después.

«Pues vete dándole a la cerveza...»

Mientras no llegaba la tabla de salvación que le debía permitir escapar de la riada, sus únicos sedantes eran su fantasía recurrente con Estel, la tila y las bolsitas de infusiones milagrosas para dormir bien, o eso ponía en las indicaciones de la caja. Sin embargo, últimamente casi nunca conseguía dormir de un tirón. Se despertaba dos o tres veces durante la noche, a menudo sobresaltado por pesadillas tan reales como perturbadoras; sus ex compañeros de trabajo, recuerdos de familiares y de su infancia, antiguos jefes redentores e incluso su madre. Muchos de ellos aparecían en una amalgama absurda de guiones esperpénticos llenos de rabia, tristeza, compasión y miedo a perder todo lo que le quedaba. Un miedo que lo llevaba a los límites de la resistencia de su corazón, que latía en algún lugar entre el pecho y la boca cuando se despertaba en medio de la oscuridad, y de su cuerpo, helado por el frío que se colaba por los pies de la cama que había deshecho durante el delirio. Después se levantaba temblando, se hacía otra infusión para calentarse y consolar su alma, y volvía a la cama para, finalmente, dormirse de agotamiento.

\*\*\*

A pesar del asco que le producían la condescendencia y los aires de superioridad que le había demostrado el director del banco, salió aliviado al haber conseguido pactar una reducción de la cuota mensual del piso. Las tres largas y angustiosas semanas que tardó en conseguir asesoramiento y arreglar todo el papeleo para aplazar el tiempo de amortización de la hipoteca habían intentado hundirle, pero no lo consiguieron, e Iván continuaba milagrosamente en pie.

«¿Estás seguro de que aguantarás?»

Trataba de pensar que aquel éxito le permitiría pagar las deudas, al menos durante un tiempo, hasta volver a tener unos ingresos estables.

Le parecía que tenía voz y voto sobre su vida, y quiso celebrarlo yendo a tomar una cerveza bajo el sol de la primavera. De hecho, fueron dos; necesitaba desvanecer la ansiedad que le había producido mantener la calma y la dignidad ante aquella bajada de pantalones en el banco, y para eso necesitaba engullir bastante alcohol.

Solo hacía tres semanas y media que no trabajaba y, sorprendentemente, la primera había conseguido una entrevista para una gran empresa del sector del automóvil, una de esas candidaturas imposibles que se envían cuando la desesperación comienza a transformarse en una especie de coraje más o menos inútil. La inyección de ánimo que le había proporcionado aquella oportunidad le había espoleado a reaccionar ante el cataclismo económico que amenazaba su vida. No sabía cuánto tiempo podría disfrutar de esa sensación, así que aprovechó la ocasión para recrearse.

Estaba sentado en la silla del bar, deslumbrado ante la mesa de metal que reflejaba la luz del sol. Los fuertes rayos calentaban su cuerpo y su cara expuesta al cielo, y le reconfortaban. Recordó algunos pasajes de la entrevista que había mantenido con aquel chico de recursos humanos tan correcto, intentando descubrir posibles errores y convenciéndose al mismo tiempo de que no lo había hecho tan mal.

«De todos modos, no creo que te llamen.»

Aflojó el nudo de la corbata, acalorado. La jarra de cerveza también sudaba y cuando la levantó para tomar el primer trago cayeron unas gotas heladas sobre su pantalón. Se estremeció



ligeramente.

La acción tan resolutiva con el tipo estirado de la oficina bancaria había conseguido alejarle del sopor que le había mantenido bajo el agua, dejándole casi sin respiración, y le había hecho afrontar la realidad con empuje, demostrando que todavía tenía fuerzas para remontar la situación.

«¡Sabe Dios por cuánto tiempo...!»

Otro trago de la segunda jarra se llevó los restos de incertidumbre y le pareció que el día se aclaraba aún más. Incluso la gente que pasaba por su lado le sonreía. O eso le parecía. Únicamente le faltaba un sueldo a fin de mes y volver a tener a Estel a su lado. Solo eso.

Una llamada le apartó del dulce momento que vivía. Descolgó sin mirar la pantalla, aclarándose la voz, impaciente ante la posibilidad de haber conseguido el trabajo que lo arreglaría todo. «No llaman nunca para decir que no, ¿verdad?»

—¿Hola? —dijo la voz femenina.

—¿Sí? —Iván se incorporó, desconcertado.

—¿Ya no me conoces? —Rió—. Soy Nadia.

—Ah... —El trompazo fue monumental.

—¿Te llamo en mal momento? —dijo, condescendiente—. He pensado que a la hora de comer no te molestaría.

—No, no. Solo es que esperaba un cliente y me has sorprendido, la verdad —mintió mientras volvía a apoyar la espalda en la silla. Se dio cuenta de que volvía a ser estúpidamente complaciente con ella, y eso le asqueó—. ¿Cómo estás? —preguntó con una amabilidad forzada.

—¡Muy bien! ¿Como te va el nuevo trabajo? —Hizo una ínfima pausa sin esperar ningún tipo de respuesta y continuó—. He pensado que quizá te gustaría que nos viéramos para charlar un rato, tengo ganas de verte.

En pocos segundos, Iván visualizó la escena: él y Nadia yaciendo en la cama después de un polvo descomunal (ni siquiera recordaba como levantarla).

«¿Y Estel?»

—¿Te parece que nos veamos en el Born? —dijo él para eludir quedar en su casa.

—¿En el Born? Ok, no hay problema. ¿El sábado a las doce?

—Mejor el viernes. El sábado no puedo —dijo él pensando en la cita que tenía con él mismo en el Manchester.

Se hizo un corto silencio.

—Muy bien. Pues nos vemos el viernes —sentenció ella.

—Muy bien. Adiós.

Iván se preguntaba por qué había vuelto a ponerse en contacto con él y, al mismo tiempo, se hacía cruces de haber aceptado la cita.

«Lo que pasa es que eres débil.»

Cuando colgó, soltó todo el aire que había sostenido durante la conversación. Ya no sentía lo mismo por Nadia, pero siempre que le llamaba, él la complacía. A pesar de sus idas y venidas y sus actos desconsiderados, era la única persona que le hacía sentir deseado e incluso diría que amado. «¿Por qué, si no, siempre vuelve a llamarme?» Ella era capaz de sacarle de quicio, pero también podía llevarle al cielo, y hacía mucho tiempo que no iba.

\*\*\*

El domingo por la noche, con la primera lata vacía de cerveza, después de planchar la camisa y el pantalón que se pondría al día siguiente para salir a entregar currículums, cogió dos latas más y salió a la azotea, rezando para que la ansiedad que le amenazaba siempre, cuando oscurecía,

desapareciera. Apoyó los brazos en la barandilla y tomó aire para liberarlo poco a poco, cerrando los ojos. Después, abrió la segunda lata y la vació casi de un trago. El dinero y el fin de semana le volvían a su cabeza a pesar de la cerveza.

«Para olvidarte de todo has de tomarte tres de las grandes, ya lo sabes.»

Al abrir la tercera, le pareció que Nadia se había acercado para recordarle que él, a pesar de haber sentido que dominaba el juego aquella madrugada del sábado, en el fondo había vuelto a perder y se sometía de nuevo a su voluntad.

Revivió aquella escena en el *pub*; en la barra, ella le hablaba al oído porque el volumen de la música era ensordecedor, y cuando se incorporaba solo veía sus labios moverse a toda velocidad. Así que únicamente seguía la conversación cuando se le acercaba, oliendo su aliento impregnado de ginebra. En aquellas idas y venidas se enteró de que después de él aún echaron a nueve compañeros más, pero ella ya parecía haberse asentado definitivamente. Después le explicó que Néstor sería padre por segunda vez.

«¿No te lo ha dicho?»

Tan amigos como habían sido, y ahora no era capaz de enviarle ni un WhatsApp para comunicarle que por fin cumpliría uno de los sueños que tantas veces le había oído expresar: tener la parejita.

Y así era, todo el mundo hacía su vida comiendo patatas bravas, bebiéndose el vermut el fin de semana y fotografiando su felicidad para compartirla en las redes.

«Ya no significas nada para nadie.»

Se visualizó en aquel *pub* dos copas más tarde, suficientemente anestesiado como para poder dirigirle la palabra en un tono agradable que obviaba su rabia. Le preguntó por su vida amorosa, sin pensar que tal vez ella interpretaría un interés que no existía. ¿O sí? Le pareció que le hablaba de un tal Carlos de Sant Cugat, pero que solo se estaban conociendo y, después, le miró fijamente, con sus piernas tocándole las pantorrillas y las manos sobre sus muslos cerca de los bolsillos, muy arriba.

Todavía postrado sobre la barandilla, apuró la lata al recordar como se dio la vuelta sobre el taburete para evitar sus garras, pero el alcohol y el despecho que sentía hacia todos y todo le convenció para volver a casa y demostrarle a ella y a sí mismo que podía llevar las riendas de aquel peligroso tira y afloja.

El sexo con Nadia fue furioso, fruto de la desazón que regía sus actos y sus pensamientos, y le dejó en un placentero estado de letargo durante las horas que durmieron. Después, ella cerraría la puerta tras de sí, abandonándole una vez más, como tantas otras, para volver a dejarle solo y miserablemente despierto.

La brisa le hacía volar el flequillo; ya le tocaba cortarse el pelo. Dejó la última lata vacía junto con la otra, sobre la mesa, y volvió al borde del precipicio desde donde se imaginaba a Estel mirándole con desprecio al saberse traicionada. Aquella noche del viernes había roto la especie de celibato que supuestamente guardaba por ella y, de nuevo, se sintió cobarde al no ser capaz de contactar por móvil de una vez, dejando en manos del destino el más que poco probable reencuentro en el Manchester la noche del sábado. Se frotó los ojos y suspiró: se maldecía por aquel pasotismo que le había invadido para hacerle actuar de manera incomprensible. Sabía que, así, solo conseguía dañar su vida. O lo que quedaba de ella.

«¿Ya te has arrepentido de pasártelo bien con Nadia? Pobre diablo.»

Se sintió indigno y utilizado al mismo tiempo, una combinación demasiado rocambolesca como para poder soportarla. Debería plantearse tener en casa alguna bebida más fuerte que la cerveza para tragarse los sapos, cada vez más grandes y viscosos.

*CUESTA ABAJO*

Las esperanzas de salir adelante se estaban agotando. Las postrimerías del mes de marzo y la mitad de abril la había pasado esperando que le llamaran de la única empresa que le había contactado de las nueve candidaturas que aún tenía activas. La primera semana después de la entrevista permaneció junto al teléfono, que había llevado en el bolsillo día y noche, deseando que las palabras esperanzadoras que el chico de recursos humanos le había dirigido con tanta amabilidad se convirtieran en el trabajo que le devolvería la vida.

«¿Qué sabrás tú, de coches?»

La segunda semana ya había dejado el móvil sobre la mesa del comedor para evitar obsesionarse, pero cada vez que pasaba cerca registraba las llamadas, los correos electrónicos y los Whatsapp en busca de alguna notificación nueva. Pero lo único que llegaba eran los recibos del banco, que seguían torturándole. Hacía semanas que había bajado el nivel de su calidad de vida (aquella de la que hablaban en el telediario), y el gimnasio era un mero recuerdo. Había modificado las tarifas de los servicios de la luz y del móvil y había cambiado algunas de las bombillas más antiguas por las de bajo consumo, a la vez que cocinaba poca comida caliente y se duchaba tan rápido como sabía. Las cuotas del piso eran más bajas, pero aun así el barro le llegaba al cuello e Iván chapoteaba desesperadamente.

\*\*\*

La visita al psicólogo que le habían programado ocho semanas atrás llegó. Después de muchos días sin dormir, había puesto todas sus esperanzas en esa cita. Estaba seguro de que con las pastillas conseguiría alejar esos malditos demonios que le tiraban de los brazos y las piernas, y le arrastraban directamente hacia el infierno.

Una chica que podía ser su hija le recibió con un blando apretón de manos y le hizo sentarse. Después de un seco «usted dirá», Iván se sintió como si le hubieran encerrado en una jaula, pero se tragó la angustia para tratar de salir de allí con el remedio que, al fin, le permitiría encontrar la paz espiritual que necesitaba.

—Necesito pastillas para la ansiedad. Hace muchos días que no duermo y también tengo taquicardias, y mucho malestar. —Aquella niña le miró con indulgencia, ignorando desconsideradamente su demanda.

Chantaje; eso era lo que aquel monstruo en forma de mujer le estaba haciendo: pedirle que expusiera con detalle sus vergüenzas —según ella para hacer un correcto diagnóstico— a cambio de unas píldoras que necesitaba con urgencia.

«Será sádica...»

Iván, cada vez más débil, tuvo que sucumbir ante aquel muro infranqueable que tenía delante. Al empezar a explicarle sus miserias, sintió que le invadía un temblor nervioso y que se le hacía un nudo en la garganta. Sentado en aquella antítesis de dIván, cruzando manos y piernas, describía

con dificultad lo que le había sobrevenido, y las palabras pocas se convirtieron en una escenificación de la avalancha que se le venía encima y que se hacía más grande a medida que se acercaba a él, cuesta abajo. Después, como si hubiera desatascado una alcantarilla llena de heces infectas, explicó cuan pesado era el camino hacia la salida de aquel agujero, y como todos sus amigos habían desaparecido de su vida abruptamente, hiriéndole de muerte. Las palabras le manaban a chorro al describir el horror que había significado quedarse sin trabajo, con el peligro de la insolvencia y completamente solo, tragándose día si día también los miedos, las ganas de llorar y de vomitar que le venían cuando pensaba en todo lo que había vivido y en lo que todavía estaba por venir, sobre todo cuando volvía a casa y se hacía de noche.

Unos minutos después de que Iván comenzara a librarse de aquel peso que había arrastrado durante tantos meses, la psicóloga había comenzado a escribir en el ordenador. No le hizo falta escuchar más. Simplemente vio que el hombre que estaba sentado ante ella, abatido, implorando clemencia, se había convertido en un usuario más, víctima de la crisis. Firmado y sellado.

Iván se detuvo a la puerta del centro de atención primaria, deshecho, con aquel informe que todavía tenía que devolver al médico de familia para que le diera el visto bueno a un tratamiento contra la ansiedad.

«¿Es que no ves que juegan contigo?»

Se dio cuenta de que había arrugado el papel y procuró alisarlo con la mano contra su pecho, con violencia. Estaba rabioso y sufría algo parecido al síndrome de abstinencia. El corazón le latía con la fuerza que su alma no tenía. Se sentía ultrajado, como si la hubieran arrancado la ropa y examinado hasta el fondo y luego le hubieran abandonado a la intemperie, desnudo, sometido a la voluntad y la mala fe de los demás. Estaba débil y la gente y los que le habían traicionado lo sabían. Incluso el sin techo que había sentado junto a la puerta del centro de atención primaria se había dado cuenta.

*LA LLAMADA*

Hacía tres semanas que tomaba Diazepam y, por fin, había conseguido una especie de estado de indiferencia que le permitía poco más que dormir y comer. Pero ya le iba bien. Había dejado de esperar noticias del teléfono, aquel aparato malévolamente que constantemente le generaba falsas y matadoras esperanzas. Harto, lo había abandonado en su habitación, dentro del cajón de la mesilla de noche. También había dejado de dar tanta importancia a la falta de ofertas de trabajo con cara y ojos y su incompetencia para conseguir que le entrevistaran en ninguna parte. «¡A la mierda!»

Aquel viernes por la noche, con toda la calma del mundo y por enésima vez, volvió a pensar en acercarse hasta el Manchester por si encontraba a Estel, pero solo por si acaso. Todos los sábados que había ido habían sido un fracaso así que, ¿por qué no lo sería también aquella vez? Simplemente acabaría tomando tres o cuatro cervezas —los *gin-tonics* habían pasado a la historia— y observaría los cuerpos de las chicas que pasaran por su lado, vestidas con ropas mínimas. Era un plan que, a pesar de que no le había dado nunca ningún rédito, había repetido en una especie de ritual para realimentar el amor platónico en el que se había convertido su fantasía con Estel y, de esa manera, no olvidar que todavía estaba vivo.

Cogió una cerveza de la nevera. Ya había probado la combinación de alcohol y pastillas y había resultado increíblemente sedante, maravillosa. Después de tomar dos latas parecía que todas sus mierdas desaparecían y que llegaba a un nivel de lucidez que no había sentido en toda su existencia.

Dio el primer trago pensando en el placer de volver a experimentar aquel éxtasis con una media sonrisa en los labios y, al segundo, ya le parecía que lo veía todo con más definición, como si tuviera claro todo lo que le había pasado y dónde se encontraba exactamente. Era como aquel mapa de la isla desierta con los bordes quemados que había dibujado tantas veces cuando era pequeño, en el que se veía claramente dónde estaban las zonas frecuentadas por piratas asesinos, dónde acechaban los tiburones con dientes afilados, en qué lugar se podía encontrar alimento y agua potable y, marcado con una cruz, el tesoro.

«¡No tienes huevos de ir a por él!»

Increíblemente sereno, fue a la habitación y cogió el teléfono del cajón de la mesilla de noche. A pesar de haber permanecido allí dentro dos días sin enchufarlo a la corriente, aún tenía bastante batería para mantener una mínima conversación.

El PIN: cuatro, ocho, siete, tres. Apretó el icono verde del teléfono. Contactos: A, B, C, D... Hasta llegar a la E todo había ido bien, con decisión. «Ha pasado mucho tiempo.» El rencor no podía durar tanto. Ella no le había abandonado ni insultado. De hecho, le había deseado que fuera feliz. Eso no lo hacía nadie que no estuviera dispuesto a volver a dirigirle la palabra. ¿Verdad que no?

El paso de los meses casi había borrado el miedo al rechazo y al ridículo más abrumador; lo que hasta entonces le había obligado a actuar como un esclavo de la cobardía y que durante tanto

tiempo le había parecido que le dejaría sometido para siempre. Esa noche se sentía con la suficiente valentía —o inconsciencia— como para afrontar todos los demonios que le habían mantenido bajo el barro espeso. Sí —otro trago celestial de cerveza—, sentía que podía salir victorioso.

\*\*\*

Casi se le habían secado las plantas. Hacía exactamente dos semanas que Estel no les había prestado atención y el calor era intenso a pesar de faltar un mes para que llegara el verano. Con la regadera en la mano, relajada al encontrarse con todo el fin de semana por delante, roció las aspidistras que tenía en un rincón, limpiando las hojas de polvo y contaminación. Después hizo lo mismo con la cica que ocupaba el lugar principal del pequeño patio de la entrada. «¡Bebed, preciosas!»

Cuando entró dentro, ya pensaba en la hamburguesa con bacon, cebolla caramelizada y queso Havarti aliñada con la mayonesa de alcaparras que se prepararía. Cogió el móvil y escudriñó el Facebook. Todo el mundo estaba feliz por el simple hecho de ser viernes, y más de uno ya había colgado las fotos de la cena o se había hecho la selfie de rigor que inauguraba el fin de semana presagiando los grandes momentos que esperaba vivir. Puso doce likes uno tras otro y luego, con una sonrisa en los labios, comenzó a pelar la cebolla.

El silbido del WhatsApp le hizo parar de llorar. Se lavó la mano izquierda para coger el teléfono mientras con la otra sostenía el cuchillo. «Hola guapísima, ¿tomamos una copa, hoy?» Óscar había conseguido fascinarla con su buen humor y su don de la oportunidad. Siempre estuvo cerca de ella cuando vinieron los malos tiempos en el trabajo y cuando perdió la cabeza por Iván —de eso ya hacía bastante tiempo—, y su expresión risueña le encantaba y le hacía sentir extraordinariamente bien.

«Me encantaría»

«¿Te recojo a las doce?»

«Estaré preparada. Un beso»

«Hasta luego, preciosa»

Terminó de picar la cebolla y abrió el paquete de bacon, feliz.

\*\*\*

¡Listo! La textura de la mayonesa le había quedado perfecta. Probó un poco directamente de la cuchilla giratoria con la punta del dedo meñique. «¡Buenísima!» Solo le quedaba poner la carne en la plancha y entonces sonó el teléfono. «Mamá, ¡ahora no!», murmuró mientras se acercaba a cogerlo. Al descolgar vio un número desconocido.

—¿Sí? —contestó alargando la “i” en un tono enojado, enviando señales inequívocas al interlocutor de haber elegido un mal momento.

Un silencio corto.

—¿Estel?

Su corazón se aceleró como el motor de un bólido. Expectante, intentó reconocer aquella voz tan familiar y a la vez tan lejana que le había puesto la piel de gallina.

—¿Sí? —No pudo esconder un incipiente temblor en la voz.

—Espero no molestarte, sé que es un poco tarde.

No podía creerse que lo que había esperado inútilmente durante tanto tiempo —y que tristemente ya había descartado que pasara—, estuviera sucediendo esa noche. La llamada de Iván la había pillado desprevenida, indefensa. La clase de emoción que la invadió en un primer

momento se convirtió en rabia contenida, y despertó la indignación que había mantenido oculta desde hacía meses. Pensaba que le había olvidado, incluso había borrado su número de la agenda, pero se dio cuenta de que aún le culpaba por haberla abandonado a finales de aquel verano, después de dos días maravillosos juntos. Ahora, el funesto fin de semana y la melancolía quedaban suficientemente lejos como para intentar obviarlos.

—Dime —contestó ella esperando escuchar algo muy escondido en su interior.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Yo... —dijo nervioso—, quería decirte... Te llamo para disculparme. Siento mucho haber desaparecido de tu vida. Sé que te hice daño y lo siento.

—No me hiciste nada —interrumpió dolida. Intentaba hacerle sentir insignificante con una mentira.

Aquella afirmación desconcertó a Iván, que perdió los papeles del guión que había imaginado tantas veces.

Estel se había sentado ante la mesa de la cocina con los ojos clavados en la cerveza que había abierto justo antes de que él llamara, esperando una explicación que la satisficiera, como si aún fuera agosto y estuvieran sentados en el Café de la ópera.

—La última vez que nos vimos estaba acojonado. —Iván intentaba explicarse—. No tuve el valor de decirte que te quería. Pensaba que no tenía nada que ofrecerte; me había quedado sin trabajo, tenía miedo y pensé todo tipo de estupideces y... Ahora lo veo... Me he centrado en mis miserias y eso me ha hecho perderte...

—No me tienes que dar explicaciones. Ya no —dijo ella con un tono despiadado. A pesar de haber escuchado las palabras de amor que tanto había deseado, decidió declararlo culpable.

La voz de Iván se desvaneció durante unos instantes al recibir aquel golpe y continuó cuando recuperó el aliento:

—Estaba muy jodido. Perdóname, por favor. Quisiera que todo esto no hubiera pasado y aún fuéramos amigos... —dijo dándose cuenta de que la última oportunidad para volver a la vida se le escapaba de las manos—. Perdóname.

Estel bebió de la botella para deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta. Aquella sentencia era una petición que no podía corresponder. Recordó las noches que había pasado llorando desconsoladamente sobre la almohada mientras intentaba entender por qué la rechazaba, buscando una respuesta que no llegaba nunca. Rememoró como dejó de lado su dignidad las veces que trató de contactarle, los increíbles esfuerzos para olvidarle, y las infernales salidas de fin de semana con sus amigos para encubrir su tristeza.

—No puedo retomar nada contigo, y mucho menos lo que teníamos, que para mí fue más que amistad. No sé para ti... —La necesidad de castigarle fue más fuerte que la melancolía, que todavía intentaba invadir su corazón.

—Yo...

—Estoy conociendo a otra persona —le interrumpió para herirle de muerte.

Se hizo otro silencio, esta vez aterrador.

—Me alegro por ti... Si tú lo quieres, no te volveré a molestar.

—Sí. No me vuelvas a llamar, por favor —dijo fulminando a Iván.

—Que te vaya muy bien, entonces —dijo él con la voz ronca.

—Sí. Igualmente. Cuídate. —Y apretó con rabia el icono rojo.

«Ahora viene con estas historias... ¡Ahora!» Estel dejó caer el móvil sobre la mesa con indignación. Se dio cuenta de que se había hecho un corte en el dedo con el que había probado la

mayonesa, y que sangraba. Lo puso bajo el grifo y lo envolvió con un trozo de papel de cocina. Después tomó otro trago de cerveza para tratar de bajar las pulsaciones, sin éxito. Se volvió a sentir dolida, estafada y traicionada. Pero también triste y arrepentida de haberle expulsado de su vida definitivamente. Sentía que había actuado con maldad y desprecio y que él, en realidad, no lo merecía. Pero también pensaba que los actos tenían consecuencias y que, durante aquella conversación, pese a volver a revivir la pasión que había vivido aquel maravilloso y maldito fin de semana de verano, se había roto del todo la posibilidad de retomar su historia.

Volvió a la realidad, mirando el paquete de carne picada que habían preparado en la carnicería. Ya no tenía apetito.



## TERCERA PARTE

*INERCIA*

Caos. Eso era en lo que se había convertido su vida o, mejor dicho, su no vida aquel 17 de mayo, una semana antes de su cumpleaños. Aún maldecía el momento en el que decidió llamar a Estel, abriéndose en canal para que ella le acabara de descuartizar.

«Pareces imbécil... Ya te lo había dicho, que todo se acabaría.»

Su razón de ser se había esfumado desde entonces y el alma se le había roto en millones de pedazos que quedaron esparcidos por el barro. Ahora debía recoger los trocitos —si el viento no se los llevaba— y reconstruir su esencia a pesar de no tener fuerzas para hacerlo.

Sin nadie a quien poder explicar aquel infortunio, ni pedir consejo, ni encontrar consuelo, se había vuelto a preocupar exclusivamente por el dinero, volcándose en los portales de trabajo y rezando a Dios para que alguien tuviera compasión de él y le ofreciera una oportunidad para salir adelante.

«¿Todavía no te has dado por vencido?»

\*\*\*

Los meses de verano fueron un infierno. El tratamiento contra la ansiedad se había terminado y, a pesar de haberle suplicado al médico prácticamente de rodillas que le recetara más píldoras, solo consiguió una visita para septiembre con aquella chica de aspecto pueril que le había escarnecido en su aséptica consulta con la excusa de hacerle un seguimiento.

Así, el ático se convirtió en una prisión insoportable con permiso para salir solo durante la noche; cuando aflojaba el calor y podía evitar encontrarse con sus vecinos, momento en el que pasaba desapercibido bajo las sombras que surgían de las luces anaranjadas de la calle. Entonces compraba cerveza en el paquistaní de la esquina y se la bebía sentado en algún banco, escondido y avergonzado de sí mismo, observando las personas que rondaban cerca de él, ajenas a su presencia.

Durante el día tenía que hacer verdaderos esfuerzos para sentarse frente al ordenador y enfrentarse a la realidad, aquella que le enseñaba unos dientes cariados, asquerosos y temibles en forma de cuentas corrientes en caída libre, de recibos y facturas amenazadoras, y de candidaturas descartadas por razones que podía suponer, pero que nunca conocería y que le hundían un poco más. Por otra parte, las redes sociales todavía seguían siendo su ventana al mundo, aquel del que le habían echado cuando le despidieron, le parecía que hacía una eternidad. Aquel mundo en el que en verano la gente era feliz porque tenía vacaciones y porque los demás se enteraban. Sí, era el tipo de mundo que aparecía en los anuncios, donde todos hacían su papel a la perfección; los padres adoraban a sus mujeres y viceversa y, a la vez, estos amaban a sus hijos y también a sus amigos. Y todos ellos se abrazaban, se besaban y se fotografiaban en un falso teatro propio de pobres ingenuos. «Qué inconsciencia», pensaba; un solo movimiento en falso y toda aquella elaborada estructura de naipes caería para dejar heridos y muertos bajo los escombros. Él era uno

de los heridos y todavía tenía la esperanza de que los equipos de rescate le sacaran de debajo de los escombros. Pero estaban tardando demasiado y ya no sentía nada de cintura para abajo.

«¿Es que no ves que no vendrá nadie a ayudarte?»

\*\*\*

Ciertamente, tenía que reaccionar. Se estaba muriendo por dentro y desintegrando por fuera en una lenta pero perfecta sincronía. Pensó en los primeros meses después del despido y en el plan que le había ayudado a superar aquellos primeros momentos de desconcierto. «Tienes que volver a tomar las riendas de la situación.» Sí. Debía recomenzar desde el principio; nada podía ir peor. ¿O sí? Estaba solo y todo indicaba que seguiría así durante mucho tiempo. Los años le iban en contra y cada día que pasaba sin trabajar le suponía un lastre que perjudicaba su valía profesional y su dañada autoestima. Pero tenía que seguir peleándose con su ánimo, trabajando en la buena dirección como una hormiga, aunque el avance fuera insignificante. «En cualquier caso, siempre será un progreso, ¿verdad?»

Esa noche no salió, y tampoco probó ni una gota de alcohol. Estaba inexplicablemente satisfecho por haber tomado la determinación de seguir luchando para no dejarse hundir, y continuó navegando por Internet como si supiera que la solución a los problemas estaba en algún lugar del ciberespacio. Y en su obsesivo afán por encontrar trabajo, se topó con la información de un programa de capacitación profesional y empleo que había puesto en marcha la agencia de desarrollo local de la ciudad y que comenzaría en septiembre. «¡Fíjate!» Pensó que tal vez allí podría encontrar la ayuda que necesitaba para salir del agujero en el que caía inexorablemente una y otra vez. «Acompañamiento individual». Eso era lo que necesitaba: acompañamiento.

*FALSA REDENCIÓN*

Después de otro fin de semana de estupor se levantó, una vez más, con la resaca de lo que ahora le parecían millones de mililitros de cerveza. Cuando llegaban los viernes por la noche, aún intentaba olvidar el tropiezo con Estel bebiéndose la cordura con todas aquellas latas llenas de promesas de inconsciencia y adormecimiento.

Unas pocas semanas atrás, en un ataque que se podía llamar de lucidez, se había prometido que de lunes a viernes no bebería ni una gota de alcohol para permanecer alerta ante posibles oportunidades laborales o llamadas; no sabía muy bien a cuales se refería, pero así lo cumplía hasta que llegaban implacablemente los días de descanso. Con ellos, se acercaban también todos los demonios que habían permanecido escondidos cuando se mantenía ocupado conectándose a Internet, o saliendo a caminar bajo el sol de justicia para intentar que los pensamientos destructivos se fundieran.

Los lunes nunca conseguía levantarse demasiado temprano debido a los restos de intoxicación que sufría y aquel 30 de septiembre, pese a tener programada la primera sesión grupal para la capacitación en la búsqueda de empleo, no sería distinto. Abrió la ventana de la habitación para que el olor de alcohol y de sudor acumulada durante dos insufribles días se marchara, y luego tendió las sábanas al sol en un intento por ser limpio y aseado, expresión de su madre que ahora le gustaba recordar. Siempre le había oído decir que la luz del sol limpiaba la ropa... o algo así. Después fue a la cocina y comenzó a preparar el desayuno, que cada día consistía en dos rebanadas de pan de molde, un poco de queso o unos cortes de chorizo y un vaso de leche. Todo aquello se lo zampó en poco menos de un minuto. Se había acostumbrado a comer poco por las mañanas, pero echaba de menos los cereales, la mermelada y el yogur batido, tanto como la carne y el pescado, que casi habían quedado excluidos de la lista de la compra desde hacía semanas. El sacrificio de los productos más caros para no gastar más de lo necesario —la pasta, las patatas y el arroz prácticamente habían sustituido las proteínas— iba directo a llenar la nevera de cerveza para el fin de semana. Aquello no le hacía sentir orgulloso, pero era lo que conseguía mantenerle apaciguado y lo que evitaba que se sintiera huérfano.

«Siempre nos quedará el alcohol..., ¿o era París?»

A pesar de haber alargado la ducha, no logró ablandar la barba lo suficiente y, mientras se afeitaba, se cortó tres veces. «¡Mierda de hojas!» Los cortes no paraban de sangrar y ya eran una costumbre debido a las maquinillas desechables que él alargaba dos o tres días, y que compraba en paquetes de diez por poco menos de cuatro euros.

Tras la escabechina, se vistió. Se encontraba muy animado a pesar de haberse levantado indispuesto y reflejaba una expresión amable delante del espejo del recibidor, aquella que hacía meses que no le salía. Se ajustó la corbata pensando en las posibles oportunidades que se le abrían y salió por la puerta con la cartera en la mano, tratando de sentirse como en los viejos tiempos.

\*\*\*

Aquellas reuniones le habían puesto en contacto con la realidad: la auténtica. El grupo estaba compuesto por hombres y mujeres de todas las edades. Algunos y algunas, como él mismo, venían vestidos como si acabaran de salir de la oficina o de una fiesta, con camisas blancas impolutas, faldas de tubo acompañadas de tacones más o menos altos y corbatas cogidas con agujas —a él no le gustaron nunca aquellos alfileres—. Otros venían con lo que parecía ser lo primero que habían encontrado, sin dar ninguna importancia a su imagen o, simplemente, porque su fondo de armario no daba para más. Todos estaban allí a la espera de encontrar la oportunidad que les compensara el tiempo que habían perdido y el sufrimiento que habían padecido, cada uno con su nivel de estudios, sus circunstancias y sus expectativas.

El descubrimiento de una nueva oportunidad para Iván llegaría de la mano de su tutor que, después de estudiar su currículum, su experiencia laboral y el mercado de trabajo de su sector, le habló de la opción de hacerse autónomo con el fin de ampliar las posibilidades de contratación, ya que las empresas cada vez demandaban más aquel perfil. «¿Y eso es todo?» No era un trabajo, ¿pero quién le había dicho que le proporcionarían alguno? Solo era una idea a la que se había agarrado como si le fuera la vida. Y le iba.

\*\*\*

Las semanas posteriores arregló todo el papeleo para hacer los trámites correspondientes, armándose de paciencia, intentando no caer en el desánimo ante lo que le parecía una tarea titánica: viajes, formularios, formalismos y salas de espera. La ausencia de sustancias sedantes contribuía a la revolución de sus neuronas, que habían vuelto a perder la capacidad de discriminar convenientemente las amenazas, lo que agudizaba la sensación de ansiedad. Le parecía que se disponía a empezar una actividad temeraria teniendo en cuenta sus circunstancias económicas y emocionales, y que eso podría descapitalizarle definitivamente para llevarle a la miseria más absoluta. Pero, espolcado por su tutor y por una especie de fuerza que surgía de lo más profundo de su espíritu llamada desesperación, decidió arriesgarse para evitar que el barro se lo tragara.

Y tuvo suerte. Para empezar, se podría decir que mucha. Una semana antes de la *Castanyada*, después de haberse dado de alta en diferentes portales de trabajo para *freelancers*, consiguió su primer trabajo como autónomo, y fue de aquí para allá con el coche durante un mes haciendo lo que sabía hacer bien: vender productos de limpieza. Pero los viajes agotaron su presupuesto mensual por culpa de la gasolina, las zonas azules, los peajes y los bocadillos que se tragaba en el asiento del Volvo.

«¿Quieres decir que lo haces tan bien?»

No. El milagro no duró más de cuatro semanas, y representó un suplicio hasta que llegó la hora de cobrar a fin de mes. «Todo es empezar», se decía para intentar animarse sin acabar de conseguirlo. Igualmente se repitió aquella frase una y otra vez mientras, al mismo tiempo, seguía registrando ofertas de webs de empleo y de trabajo temporal, tratando de encontrar cualquier otro recurso para pagar unas deudas que continuaban desangrándole.

«¡Rápido! ¡Un torniquete!»

\*\*\*

Noviembre fue frío, tanto en lo que hacía al tiempo como en lo que respectaba a las perspectivas de consolidar su proyecto en solitario. Después de una serie de entrevistas para el «trabajo de cualquier cosa», consiguió que le contrataran días sueltos para promocionar productos *gourmet* en

un pequeño estand que habían colocado en medio de la planta baja de la Illa Diagonal.

«¡Déjalo ya, esto es humillante!»

Aquello sería mejor que nada, pero el poco dinero que cobraría y el recibo del seguro del coche, que llegaría en diciembre, auguraban otro descalabro económico que le hundiría aún un poco más.

\*\*\*

Como si alguien supiera que la cosa se le estaba complicando, hacia finales de mes se abrió el proceso de selección para diferentes puestos de trabajo en una gran empresa de transporte de viajeros. Iván se fijó en el anuncio que solicitaba agentes de atención al cliente. Se ofrecía trabajo estable, jornada continuada y una buena remuneración, y a Iván se le abrieron los ojos como platos. La posibilidad de acceder a un puesto de trabajo fijo con un sueldo digno volvió a esperanzarle. En principio su perfil cuadraba bien; experiencia en el trato con el público, estudios más que suficientes, cierta inteligencia y una edad ideal para asumir responsabilidades importantes. Sin duda, aquel trabajo era para él.

Las promesas de nuevas oportunidades como autónomo se desvanecían cada día que pasaba sin ninguna reacción a sus propuestas de colaboración, y el trabajo esporádico en la Illa Diagonal era ruinoso, así que cualquier otra posibilidad, y en especial la que acababa de encontrar, se convirtió en prioritaria.

«¿Tienes idea de cuánta gente se presentará al proceso de selección?»

\*\*\*

Las oficinas donde le habían convocado el primer día para hacer las pruebas psicotécnicas estaban situadas en un viejo edificio del Guinardó. Estel le vino a la cabeza porque su casa quedaba cerca.

A pesar de que ya se lo esperaba, se sorprendió de la cantidad de gente que hacía cola para llenar el formulario de rigor y entregar la documentación que les habían solicitado. La fila de personas comenzaba por lo menos unos cincuenta metros más allá de la portería, en la calle, y continuaba ocupando las cuatro plantas de la escalera hasta llegar al piso de arriba. Apoyado en una de las paredes de la escalera, Iván observaba la escena con la mirada apagada, como la de todos los demás, y como la lámpara de la escalera que no funcionaba. Aquel espacio era lúgubre y le faltaba dignidad; incluso los peldaños hacían juego, tan desgastados como los ánimos de todos los que esperaban.

Arriba, casi no se cabía. El espacio tenía pasillos absurdos, habitaciones que parecían haber sido despachos y un pequeño lavabo situado al fondo a la derecha. Todos los rincones estaban ocupados por candidatos que rellenaban sus datos. Unos agachados, apoyando el formulario sobre las rodillas, otros en equilibrio escribiendo sobre las carpetas que llevaban. Incluso los había que escribían contra las paredes, sacudiendo cíclicamente los bolígrafos para que la tinta volviera a la punta. Un hombre enérgico llamaba al orden de vez en cuando, abría el poco espacio que quedaba para los que iban llegando desde las catacumbas y repartía más formularios para los rezagados.

Una hora más tarde, Iván entró junto con unas cuarenta personas a una de las salas y, después de colarse entre los pupitres apiñados y los otros aspirantes, logró sentarse. A su lado había un chico de unos veinticinco años que se mostraba nervioso, pero no fue capaz de animarle.

«No sea que se concentre y te pase por delante...»

Cuando lograron sentar a todos los asistentes, explicaron cómo tenían que marcar las respuestas y les repartieron los dosieres de preguntas y las hojas donde debían responder.

También les proporcionaron un lápiz que Iván no utilizó porque siempre llevaba uno acompañado de un bolígrafo y la pluma que le había regalado su madre para su cuadragésimo aniversario.

«¡El tiempo comienza ahora!» Iván se dio cuenta de que le sudaban las manos. Tenía que emplear toda su inteligencia en aquella prueba porque de ello dependía la posibilidad de pasar a la siguiente, y de la siguiente a la entrevista que podría llevarle a la salvación. Echó un primer vistazo, calculó un cuarto de hora para cada parte del psicotécnico y se puso a trabajar marcando las respuestas como si fuera un robot programado: 1-A, 2-B, 3-A, 4- B, 5-C, 6-B... hasta que la hora se acabó. «Dejen los lápices sobre la mesa, dejen de trabajar. ¡Dejen de trabajar, por favor!»

La cadencia de respuestas tenía buena pinta y confió en que le llamarían para pasar de fase. Dos días más tarde, sus esperanzas se materializaron y le convocaron de nuevo. Se sentía como los aspirantes de un concurso de televisión sometidos al veredicto de un jurado implacable, aliviado de no pertenecer al grupo de los expulsados y esperanzado ante la posibilidad de ganar el primer premio, aquel que le abriría todas las puertas que se le habían cerrado.

Y allí se encontró la semana siguiente. Como las pruebas coincidieron con uno de los días que tenía que ir a trabajar al stand, tuvo que fingir una fuerte indisposición para no faltar a la segunda fase de selección. No se lo podía permitir.

Esta vez, la cita fue en el piso de abajo donde habían hecho los tests, en una sala vieja y oscura iluminada por fluorescentes temblorosos. Allí formaba parte de un círculo de unas veinticinco personas, dispuesto a enfrentarse a todas ellas. Solo una pareja de chicas hablaba —serían amigas—; el resto se miraba de reojo con una sonrisa a medio camino entre el nerviosismo y la psicopatía. La primera parte de la reunión consistía en presentarse ante una especie de jurado de tres personas que presidía el espacio. Iván calculó que se trataba del bueno, el malo y el jefe decisorio, que hubiera cuadrado a la perfección con la asignación del tercer perfil: el feo, por su expresión tan agria. Los candidatos debían enunciar los motivos por los que querían acceder al puesto de trabajo, y las cualidades personales y profesionales que consideraban tener. Así, mientras empezaba el primer desgraciado sin referencia para ajustarse a la norma, el resto intentaba averiguar qué entendían los reclutadores por un candidato ideal. Todos mostraban un gran interés en la oratoria del aspirante, asintiendo con la cabeza y sonriendo, quizá porque se sentían identificados con algunos pedazos de su vida. De rebote, todos ellos también hacían ver al jurado que podían sentir empatía, escondiendo sus defectos y regalando la que suponían la mejor versión de sí mismos.

A pesar de estar acostumbrado a hablar en público, Iván se sintió ciertamente incómodo cuando tuvo que explicarse ante toda esa gente, a la cual ni le iba ni le venía nada de su vida, ya bastante removida. Pero lo que no le gustó nada fue aquella manera de enfrentar a los unos con los otros, generando una violencia invisible pero palpable en el ambiente, tan perturbadora como innecesaria.

«¿Me lo parece o necesitas una birra?»

Tras la sesión de confesiones y hachazos, les llevaron como a los corderos a otra sala, esta bastante más grande pero también pobremente iluminada, amueblada con cinco mesas redondas de unos dos metros de diámetro y un montón de sillas amontonadas en un rincón. Allí les dividieron para realizar una dinámica de grupo y les dejaron una caja llena de piezas de juego de construcciones. La mayoría se miraron con sorpresa; algunos optaron por bromear para intentar rebajar la tensión que se había acumulado a lo largo de la mañana, sin acabar de conseguirlo del todo.

Y allí estaban: obligados a demostrar no sabían muy bien qué, trabajando conjuntamente para representar la ciudad de Barcelona con aquellos trozos de plástico, intentando dejar claro que

conocían donde estaba el norte y cómo se representaba un río con piezas de mecano. Algunos enseguida tomaron la iniciativa ante la duda o la indecisión por la falta de directrices claras sobre los detalles de la actividad y otros, pocos minutos más tarde, se erigieron como mediadores de los conflictos, que fueron bien pocos en un afán por demostrar el carácter templado que todo el mundo esperaba de un buen trabajador.

Tras la batalla campal en su cerebro para no huir de aquella martingala, Iván explicó, a petición de sus compañeros de mesa, como había visto a su grupo y qué cualidades destacaba más. Las caras complacientes y casi compasivas de los psicólogos cuando les felicitaron por el trabajo realizado le hicieron sentir vulnerable, y todo el mundo se dio cuenta.

A pesar de todo, le reclamaron para la entrevista final.

\*\*\*

Todavía no sabía por qué lo habían descartado. Repasó una y otra vez todas las preguntas y todas las respuestas. O tal vez no todas. Quizá no había entendido bien algo y había respondido erróneamente... Después de pasar todas las pruebas y de poner sus cinco sentidos en demostrar su interés por el puesto de trabajo, no fue capaz de convencerles.

«¿Y dices que eres un profesional de la venta?»

Aquellos jueces estaban comprados y el concurso, corrompido. ¿O quizá fue él quien había fallado?... ¿Pero cómo?... ¿En qué? Todo había ido bien, había habido sintonía con los entrevistadores, se había mostrado dispuesto y despierto, más que nunca en no sabía ya cuantos meses. Había trabajado un buen argumento de su trayectoria y no había dejado ni un cabo suelto que pudiera estropear su discurso.

«Deberías haberlo imaginado.»

Aquellos pensamientos le venían a todas horas: en casa, en el metro y al pie del estand, ante las bandejas de canapés de salmón ahumado noruego, de los cortes de queso Camembert y de los más que tentadores dulces navideños que debía vender. Solo quedaban dos jornadas para acabar con aquel trabajo, y lo único que esperaba era que cuando se marchara le pusieran en un *tupperware* las sobras de la promoción.

\*\*\*

Los días posteriores a la finalización del contrato fueron horribles. Sin ninguna obligación más que la de pagar las facturas a latigazos, Iván veía como se esfumaba la posibilidad de chapotear en el barro. Sus brazos habían quedado atrapados y ahora solo podía gritar esperando que alguien le oyera y viniera a socorrerlo. Y aquel lluvioso viernes 13, llamó a la única persona que quizá pudiera ayudarle.

—¿Nadia?

—¿Sí? ¿Iván?

—Hola. ¿Cómo te va todo? —dijo tragándose algo que fluctuaba entre el orgullo y la vergüenza.

—¡Muy bien! ¿Y a ti? ¿Todo bien?

—Sí, muy bien —dijo mirando la lata de cerveza que había abierto—. Me preguntaba si te apetecería tomar una copa; así celebramos que llega la Navidad —propuso con la ilusión que mostraría una mosca.

—¿Una copa? Si no llueve... ¿Dónde?

—¿Te parece si quedamos como la otra vez, en el Born?

—¡Sí! ¿Por qué no? ¿A las once y media?



—Sí.

\*\*\*

Como era de costumbre, Nadia ya hacía exactamente unos veinte minutos que esperaba en el pub, antes de la hora que habían acordado. Se había pedido un *gin-tonic* que tomaba a sorbos pequeños y efervescentes, sentada en la barra instalada junto a la vidriera que daba a la calle, adornada con la palabra *cocktails* y un buen puñado de florituras a su alrededor. Clicaba los *like* de Facebook y movía los pies al son del *rythm & blues* que sonaba aquella noche hasta que se hizo la hora en la que habían quedado. Dejó de mirar el móvil para observar los reflejos de la piedra de la calle, todavía mojada después de la lluvia que había caído durante el día. Estaba sorprendida de que Iván hubiera tomado la iniciativa de llamarla. En los últimos tiempos siempre lo había hecho ella. «Quizá había vuelto a ser el tío que había conocido cuando trabajaban juntos, y ahora apostaba seriamente por ella», consideró haciendo una media sonrisa maliciosa, y pensó en las noches que podrían llegar a pasar juntos mientras se lo imaginaba vestido con aquella americana que, apoyada sensualmente sobre sus hombros, la volvía loca.

—Hola, Nadia.

Alguien había puesto la mano en su espalda y se sobresaltó. Al girarse vio a Iván, que lucía tal y como se lo había imaginado, con la corbata bien ajustada al cuello.

—¡Hola! —Le dio dos besos, pinchándose con la barba sin afeitarse.

—¿Qué tomas? —Iván se apoyó en el taburete de al lado.

—Un *gin-tonic*.

—Voy a pedirte uno.

Durante aquellos instantes en los que él se alejaba hacia la barra, le observó detalladamente. Iba vestido como siempre, sí. Pero algo había cambiado. No sabía discernir qué era lo que la desconcertaba.

—Bueno, dame alguna alegría —propuso él cuando se sentó, dejando la copa sobre la barra.

—No estoy embarazada, si es eso lo que quieres oír.

Ambos se echaron a reír durante un par de minutos y, cuando se les acabó la cuerda, se miraron fijamente con las lágrimas a punto. Iván, al relajarse, no pudo evitar que se le cayeran y tuvo que retener un sollozo delator.

—No tengo ninguna novedad —dijo ella—. Todo sigue igual: trabajar y esperar las vacaciones. ¡Ya queda menos! —exclamó para intentar arrancarle otra sonrisa.

Él sonrió de aquella manera que hacía que sus ojos se convirtieran en dos líneas seductoras a juego con sus cejas. Aquella expresión la fundía y la dejaba sin palabras.

—Las cosas no van muy bien —sentenció él, recuperando la seriedad mientras bebía un trago de la copa.

—Sí, la cosa no está para fiestas. ¿Pero tú habías vuelto a trabajar, no?

—Sí, sí, va saliendo algo, pero...

—¿Pero?

Iván casi se acabó todo el pisolabis.

—Es mejor que lo dejemos —dijo posando el *gin-tonic* y su mirada sobre la barra—, necesito no pensar.

—Lo mejor que hay para no pensar en nada es el sexo.

Él volvió a mirarla sin inmutarse y Nadia apartó la mirada, avergonzada; se había pasado de la raya con ese comentario tan directo e insensible. «Necesita comprensión, Nadia, ¡no follar!... ¡Qué mierda!»

—¿Cómo está Néstor? —Iván intentaba huir de los sentimientos trágicos.

—Bien, está bien —contestó, descolocada por el cambio de rumbo de la conversación—, muy ilusionado con su segundo hijo. Siempre que hablamos me da recuerdos para ti —mintió.

—Ah, muy bien. Todo el mundo sigue su vida, claro —murmuró dentro del cáliz de la copa y se terminó los restos de ginebra, dejando los cubitos casi intactos.

Nadia le miró, preocupada.

—¿Quieres otro *gin*?

—Sí.

—No te muevas, que te lo voy a buscar.

No estaba segura de que más alcohol la ayudara a animarle, pero quiso poner a prueba su resistencia. Ella también pidió uno.

—¿No teníamos que celebrar la Navidad cuando nos viéramos? —exclamó ella chocando su copa con la de él—. ¡Pues brindemos por las Fiestas y por el reencuentro con los viejos amigos!

Iván la siguió con poco entusiasmo y se tragó el *gin-tonic* casi de un tirón bajo la mirada asombrada de Nadia. Después se levantó para, aún, pedir alguna otra cosa.

—¿Tú también quieres? —dijo con los ojos vidriosos.

—Todavía me queda. Después iré. Ve tú.

Nadia empezaba a sentirse culpable por permitir que continuara bebiendo, teniendo en cuenta su estado de ánimo. Vio que volvía de la barra, esta vez con una cerveza (quizás se dio cuenta de que tenía que rebajar la graduación para no acabar mal la noche), y entonces intentó animarle charlando y tratando de consolarle. «¿Esto es lo que hay que hacer cuando un amigo pasa por un mal momento, no?»

—Te veo preocupado. Dime qué te pasa por la cabeza, anda.

—Nada. Eso es exactamente lo que me pasa —dijo abatido.

—Me imagino cómo ha debido ser estar sin trabajo —dijo pensando que aquello era lo que le preocupaba—, pero tienes que salir adelante sin atormentarte tanto o te morirás...

—No te lo imaginas, Nadia. Ya me siento como si estuviera muerto —Y tomó un trago.

—No digas eso...

—Tú no sabes lo que es que te echen de tu propia vida a los cincuenta años... Ya soy parte de los desechos de la sociedad porque no me está permitido volver a empezar, a mi edad. No tengo los cojones de conseguir que nadie me dé una oportunidad real de ganarme la vida con la tranquilidad de saber que voy a cobrar cada fin de mes, y que podré pagar mis deudas sin sufrimientos y sin perder la dignidad. Porque, créeme... la pierdes...

—No, hombre, no... —dijo ella para quitar hierro a la situación.

Los labios pintados de carmín se habían entreabierto. La inesperada confesión la aturdió, y le miraba con unos ojos tan redondos como dos canicas de vidrio.

—Ya no le importa a nadie que me vaya al otro mundo —continuó mientras se aflojaba la corbata, como si estuviera ahogándose—. Seguro que todos estarían felices al perderme de vista, así no les daría la murga con mis problemas y dejaría de ser carnaza de subsidio. Porque en eso te conviertes cuando te echan del trabajo, en un parado que infla las estadísticas y a quien nadie quiere ver para no contagiarse de tu mala suerte...

Ambos bebieron de nuevo. Uno para tragarse la angustia y la otra para no salir corriendo.

—Se me ha acabado la copa —dijo ella—. Me hace falta otra. Para ti otra cerveza, ¿no? —No dudaba de que Iván también la necesitaría.

—Quizá si bebo más dejo de darte el coñazo... —sentenció.

—Puedes darme el coñazo que necesites. —aunque no era exactamente eso, lo que pensaba—.

Voy a buscar otras dos. No te muevas de aquí. —Quizá, si le consolaba, finalmente acabarían la noche en la cama.

\*\*\*

Aún tomaron una cerveza más antes de irse. A pesar de la cantidad de alcohol que Iván tenía en la sangre, la vergüenza de haberle mostrado a Nadia los pensamientos que formaban parte de su pobre intimidad no había desaparecido. La incontinencia verbal le había liberado de una parte de la triste carga que llevaba, pero también lo dejó exhausto. Sentía como si hubiera estado dando violentos puñetazos a una pared hasta dejar solo los escombros.

Observó que Nadia le miraba con una expresión que no le había visto nunca.

«Eso se llama compasión.»

—¿Quieres que nos vayamos? —dijo ella al verle incómodo.

—Sí. Vámonos.

Caminaron por las calles del Born sin hablar. Simplemente paseaban uno al lado del otro hasta que llegaron al Arco de Triunfo. Allí, Nadia paró un taxi, abrió la puerta y le hizo sentarse en el asiento trasero. Él se dejó llevar sin decir palabra y al llegar a la esquina de su casa permitió que ella pagara y se encargara de guiarle hasta el portal.

«Hace tiempo que no echas un polvo, ¿verdad?»

—Te acompaño hasta arriba —dijo ella, segura de que aceptaría.

La habitación solo estaba iluminada por la lámpara de sal y esa noche dibujaba sombras especialmente tenebrosas. Iván yacía sobre la cama con los brazos en cruz y los ojos cerrados, y sentía que flotaba sobre el colchón, respirando arrítmicamente. Nadia le había ayudado a quitarse los zapatos y la americana, y ahora él podía sentir sus manos quitándole la corbata, desabrochándole el cinturón y el pantalón. Estaba supuestamente despierto, pero el placentero mareo que le había sumido en un increíble letargo le había impedido abrir los ojos o hacer ningún movimiento.

—¿Iván?

Un sueño profundo se lo había llevado muy lejos. Nadia le abrigó con una manta y se marchó, consciente de que probablemente no volvería a verle.

\*\*\*

Las fiestas de Navidad pasaron como si no significaran nada. A pesar de la crisis, todo el mundo había ido de compras navideñas, había bebido cava y comido turrónes y uvas en compañía de la familia o de los amigos. Aquellos días le pareció que la gente que paseaba por la calle era la misma que veía en los anuncios de la televisión y en las típicas películas cursis que emitían por aquellas fechas: toda feliz y encantada de haberse conocido.

«¿Y has visto cómo van las redes sociales?»

En todo ese tiempo no se atrevió a volver a llamar a Nadia que, tras la calamitosa cita que habían tenido la víspera de Santa Lucía, había desaparecido cuando se despertó al día siguiente. Tampoco quiso hurgar en Facebook, ni siquiera para echar un vistazo clandestino a Estel, a quien de vez en cuando había escudriñado a pesar de haberse prohibido hacerlo desde que le prometió que no la contactaría más.

Intentó centrarse en la búsqueda de trabajo y en no beber demasiado, pero no consiguió ninguna de las dos cosas. Entonces se dio cuenta de que su estómago había crecido casi tanto como su desesperación.

«¿A dónde quieres ir con estas pintas?»

Y entonces pensaba en volver a hacer ejercicio: «Me levantaré temprano y correré aunque solo sean dos kilómetros.» Y hacía cuentas para mejorar la dieta: «Comeré un buen entrecot al menos una vez al mes.» Y se proponía dejar de beber o, al menos, dejar de beber tanto. «Nada, tres o cuatro cervezas a la semana como máximo.»

Pero aquellos buenos propósitos de año nuevo no llegaron nunca porque nunca conseguía levantarse pronto, a pesar del despertador, ni le salían las cuentas ante el ordenador, ni tenía fuerzas para evitar tragarse las angustias con alcohol: la única manera que conocía para hacerlas desaparecer aunque fuera por unas pocas horas. «Necesito más pastillas.»

Pero las pastillas no llegaban y el alcohol seguía siendo la mejor opción. «Tal vez debería comprar vino, uno de aquellos que se encuentran en el supermercado por dos duros, para ahorrar. Tiene más alcohol que la cerveza, ¿verdad?».

\*\*\*

Después de dos semanas soporíferas en casa viendo la televisión de día y de noche, acurrucado en el sofá con una manta para no consumir más electricidad de la necesaria y bebiendo vino envasado en cartón, se le ocurrió una idea brillante que podría hacerle salir del bucle donde se encontraba, un bucle que cíclicamente le volvía a enganchar y del que cíclicamente intentaba salir.

Y allí se encontró, en la acera de enfrente de la juguetería donde había trabajado la pasada Navidad, a una hora prudente —ni muy pronto ni demasiado tarde— después de haberse desintoxicado, duchado, encorbatado y afeitado. «No he de mostrar desesperación», se dijo, convencido. Hacía un sol agradable y le pareció que tendría suerte.

Se aclaró la voz y empujó la puerta haciendo sonar una campanilla que no recordaba. «Acabé bien con ellos. Seguro que podrán ayudarme.» Esperaba reconocer a alguno de sus compañeros, pero solo vio a una chica joven que desconocía y que estaba poniendo precios a unas cajas de coches teledirigidos.

—Perdona, ¿está el gerente, Raimon?

—Ah, pues no sé si está. —Se levantó con ligereza—. Espere un momento que voy ver. —Dejó la máquina etiquetadora sobre una de las cajas—. ¿De parte de quien le digo?

—Iván Alimbau.

Otra vez aquel «usted» homicida.

—Un segundo.

Iván observó como la chica se alejaba casi dando saltitos y se dio cuenta de que todo él temblaba. Intentó calmarse antes de que su antiguo salvador saliera por la puerta que indicaba «Privado» en letras gigantes. Un par de minutos después, apareció tras la chica, que volvió al lugar desde donde le había recibido. Raimon sonrió mientras estiraba el brazo para darle la mano.

—¡Hombre, Iván! ¿Qué tal? —Le puso la otra sobre el hombro.

—¡Muy bien! —mintió—. Te quería preguntar si necesitabas a alguien por aquí. Acabo de finalizar un contrato y he pensado que quizá necesitarías a alguien..

«¿Cuántas veces más dirás "necesitar"?»

La cara risueña del gerente se tornó en una expresión de circunstancias cuando oyó aquellas palabras, y puso la espalda recta.

—Ahora mismo no tenemos ninguna vacante, Iván —aspiró aire con los dientes sobre el labio—. Apenas hemos terminado la campaña de Navidad y no tenemos suficiente volumen de trabajo para contratar a nadie más.

Iván se lo quedó mirando, como si el hecho de hacerlo le brindara alguna otra oportunidad para obtener la respuesta que esperaba. Pero solo hubo silencio.

—Pues entonces no te digo más. Gracias por atenderme. —Volvió a darle la mano.

—De nada, hombre. Has hecho bien en venir —dijo el gerente aliviado al ver que Iván se conformaba—. ¡Que vaya muy bien!

«¿Ya te has convencido de que no hay nada que hacer?»

\*\*\*

A finales de enero el frío arreciaba, así como la depresión. Los días todavía eran cortos y, al anoecer, Iván perdía la calma que apenas mantenía de día y entonces, otra vez, bebía vino para intentar entrar en calor, pensando que aún podría impedir que los demonios vinieran a hurgar con aquellos agujones afilados que ya conocía demasiado bien. Entonces, acostado en el sofá bajo la manta, simplemente esperaba que el suelo se hundiera todavía un poco más para destruirle, desgarrando los pedacitos que quedaban de él mismo en otros aún más pequeños y, unas horas después, se despertaba como si todos aquellos diablos le hubieran apuñalado mil veces hasta dejarle tirado a la intemperie, destripado y muerto de frío. Entonces recuperaba del todo la conciencia, permanecía bajo la manta para respirar el aire un poco más caliente que se formaba allí debajo y procuraba recomponer su ruinoso mundo.

«Tienes que dejar de beber», se decía mientras apuraba el vaso de tinto de brik. «¡Mira qué día está haciendo fuera!» Más allá de la televisión, un sol radiante iluminaba un cielo increíblemente azul incitando a la primavera a acercarse a la ciudad, y a él a traspasar la puerta de su cueva. Aún hacía frío pero los rayos solares ya empezaban a calentar las paredes del edificio.

Iván apareció en la azotea envuelto con la manta, temblando como si tuviera miedo de que el sol fundiera su cuerpo. Respiró profundamente. El aire era helado y se le clavó con fuerza en las amígdalas. Aquel dolor le acabó de despertar y el sol consiguió hacerle entrar un poco en calor. En la calle, la gente continuaba yendo arriba y abajo. Mientras él se había escondido en su madriguera, la vida seguía su curso fuera, como siempre; las madres llevando los niños al colegio; ancianos empujando los carros de la compra a dos manos o sentados en los bancos mientras miraban al infinito en un claro síntoma de rendición; los ciclistas pedaleando, y los autobuses y los coches circulando y empujándose unos a otros en los semáforos. De vez en cuando, pasaban algunos turistas que habían subido calle arriba desde la Vila Olímpica y hacían fotos a todo, incluso a los andamios de los edificios en obras, como si el tráfico y la fisonomía de Barcelona fuera de un mundo diferente al suyo.

Y aquél día en el que respiró hondo y fue tan consciente de su existencia por primera vez en muchos días, recibió la llamada en la que había confiado durante tanto tiempo y que ya había desistido de esperar.

\*\*\*

Tras recibir la buena noticia que trabajaría de nuevo como comercial de productos de limpieza, desenterró el Volvo de la suciedad y los papeles que lo habían cubierto durante aquellas semanas en las que se había vuelto a abandonar de forma indolente, como cada vez que sufría una de sus devoradoras crisis. Y después, para celebrar el resurgimiento a la vida, se tomó una cerveza en el bar de enfrente —nada de vino de garrafa—, desde donde algunas personas le habían estado observando mientras luchaba con la basura. «Esta es la última», se dijo pensando que tenía que dar el cien por cien de sí mismo durante las semanas siguientes.

Los primeros días de trabajo tuvo que esforzarse mucho para levantarse temprano; cada día programaba el despertador con cuatro horas separadas por intervalos de diez minutos para ir haciéndose a la idea de que le esperaba un día agotador. Finalmente se levantaba, se duchaba y se

afeitaba —nada que ver con aquellos tiempos en los que se recortaba la barba minuciosamente— antes de desayunar y salir corriendo de casa con la cartera llena de folletos y tarifas para ir a buscar el coche, que cada día tenía que aparcar más lejos. Entonces comenzaba su ruta, obligado a tragarse las colas en las rondas, tanto si iba hacia el norte como si se dirigía hacia el sur, y observaba hechizado como amanecía tras el volante.

La primera semana la comenzó ilusionado, expectante, a pesar de seguir invirtiendo lo que quedaba de sus debilitados ahorros llenando el depósito, pagando bocadillos y aguas minerales para comer, y poniendo monedas en los parquímetros.

«¿Estos tampoco saben lo que son las dietas?»

Volver a la vida significaba entrar en el juego de quienes tenían la sartén por el mango, rodando y deslizándose sobre la superficie antiadherente cuando hacían aquel juego de muñeca tan cruel y con el que pretendían expulsarle de la partida. Se trataba de preservar un equilibrio difícil de mantener con tantas incertidumbres, tanta inestabilidad y tanta desesperanza. Así que no quedaba más remedio que colocar bien los pies y resistir a la espera de que el contrapeso no fuera demasiado pesado. Y lo hizo bien durante las dos primeras semanas: informando, presentando, negociando y sonriendo. Incluso preparó el cierre de una de las ventas para que el jefe del departamento comercial le diera el visto bueno.

\*\*\*

El jueves por la tarde volvió preocupado a casa. Durante el día, el coche había hecho unos tirones raros que no le habían gustado nada. Hacía tiempo que le pasaba algo, y ya había oído antes una especie de silbidos que resultaban más evidentes cuando aceleraba, pero no le había querido dar demasiada importancia. Entre otras cosas porque, hasta hacía dos semanas, había perdido toda esperanza de utilizar el coche para nada más que no fuera sacarle el polvo.

Dio vueltas durante tres cuartos de hora para aparcar hasta que se hizo de noche. Pensaba en la posibilidad de una reparación y en el consecuente desembolso de no sabía ni cuánto ni qué dinero. Cuando finalmente estacionó, había ido a parar por lo menos a cinco manzanas más allá de su casa por la calle Pujades, hacia el norte de la ciudad, y aún pensaba en la catástrofe que podría ocurrir si se quedaba sin coche. «¡Aguanta un par de semanas más!», pensó al cerrar la puerta. Después dio dos golpecitos sobre el techo como si hablara con un viejo amigo, se puso el abrigo y se dirigió hacia su casa tratando de confiar en que todo iría bien.

«Ánimo, ¿eh?»

\*\*\*

Por fin viernes. Después de oír la alarma las cuatro veces de rigor se levantó somnoliento, como cada mañana. Pero no eran las seis y media, sino las siete y cuarto e Iván, sobresaltado, tuvo que arreglarse a toda prisa y dejar el afeitado y el desayuno para otro día. Se colgó la corbata al cuello, se puso el abrigo y cogió la cartera, que afortunadamente había preparado la noche anterior, para recorrer las cinco islas de edificios interminables hasta el coche, sin tiempo para pensar en ruidos, o talleres, o cualquier otra cosa que no fuera llegar puntual a la primera cita del día.

Con la eterna caravana a la salida de la ciudad por la mañana y los tirones del motor incluidas, condujo obstinado hasta las cavas donde se había citado, en un precioso lugar a medio camino entre el Ordal y Sant Sadurní d'Anoia. Sorprendentemente, llegó a la hora acordada y la visita a ese lugar tan ilustre se desarrolló a la perfección: tenía muchas probabilidades de cerrar otro acuerdo esa semana.

Al salir se sintió orgulloso de su trabajo, a pesar de los intentos de los demonios para estropearlo. Se detuvo para observar los imponentes campos plantados de viñas que todavía lucían sin hojas y que rodeaban las instalaciones de las cavas, respirando el aire fresco bajo un sol magnífico.

«¿Qué? ¿Una cerveza o una copa de vino?»

Antes de entrar en el coche se quitó el abrigo, se aflojó la corbata y se arremangó las mangas de la camisa, relajado. Entonces la sed y el hambre que arrastraba de la mañana le doblegaron y decidió ir a comer al primer bar que encontrara y donde le ofrecieran sentarse dignamente ante una mesa. «Nada de comerse un bocadillo dejando el coche perdido de migas de pan.»

Arrancó con decisión. Una especie de aullidos que salían del capó agriaron el dulce momento que vivía, pero el compromiso que tenía por la tarde en Vilafranca y la buena racha que llevaba le espolearon a continuar adelante por aquella sinuosa y solitaria carretera.

La buena suerte pareció acabarse cuando, un par de kilómetros en dirección a la carretera nacional, los aullidos que venían del motor dejaron paso a otro ruido escalofriante, como si hubieran puesto en marcha un montón de aspiradoras allí dentro. Iván se tensó como una cuerda de guitarra y, sofocado, empezó a sudar pensando en lo que le podía venir encima.

Y sí, una especie de estruendo horripilante y una humareda blanca que vio horrorizado por el retrovisor le obligó a detener el coche en el arcén, y lo que había pensado que le venía encima ahora era lo que definitivamente había llegado: la aniquilación de toda esperanza. Despairado, con las manos clavadas sobre el volante, sentía como el corazón latía tan fuerte que le parecía que crecía a cada pulsación, oprimiéndole el pecho y ahogándole insoportablemente para dejarle casi sin respiración. Bajó la ventana, pero el aire no era suficiente para devolverle el sosiego y jadeaba buscando una salida a aquel trance. Una angustia repentina le hizo forcejear con el cinturón de seguridad, temblando como si hubiera perdido la cabeza hasta que consiguió desabrochárselo, abrir la puerta e inclinarse sobre el asfalto para vomitar lo que no había desayunado. Después, como si fuera a cámara lenta, volvió a incorporarse gimiendo, intentando recuperar el aliento, moviendo la cabeza de izquierda a derecha al tiempo que la apoyaba en el reposacabezas. La inquietud insoportable y el sabor amargo del vómito de bilis le hicieron sentir que no tenía escapatoria posible a la catástrofe. Cerró los ojos y se preguntó qué había hecho para merecer tanta desgracia.

«Vete acostumbrando. ¡Y cierra la puerta, que todavía te la arrancarán!»

\*\*\*

Imposible. La reparación del turbo era imposible de pagar. ¿O quizá no? Ahora que empezaba a remontar la situación, su coche le abandonaba, tan exhausto como también lo estaba él. Y entonces aquel fue el día en el que tuvo que decidir qué dejaba de pagar, para acabar eligiendo invertir casi todo lo que le quedaba de sus esperanzas en el vehículo. Y entonces hizo cálculos como la lechera del cuento: tras reparar la avería, el Volvo quedaría como nuevo —nunca le había dado ningún otro dolor de cabeza serio— y le permitiría viajar por todas partes, y cerrar ventas a raudales. Eso haría que el jefe le reconociera su valía y le incorporara a la plantilla de la empresa, pagándole un sueldo fijo de aquellos que podían proporcionar cenas deliciosas, vacaciones y amigos. Y entonces el fin del calvario habría llegado y volvería a saldar sus deudas sin sufrimiento, y se reharía como el hombre que había sido: trabajador, amable y risueño. O así le habían dicho a menudo que era.

«Sí, un bobo de manual.»

\*\*\*

El resto del mes hasta que se le acabó el contrato lo pasó visitando las empresas a donde podía llegar en transporte público. Aquella circunstancia hizo que los tiempos entre un destino y otro se le alargaran y tuviera que anular algunas citas.

Cuando llegaba a casa, pasadas las diez de la noche, ya no tenía ánimo para nada. Apenas se preparaba un plato de pasta con tomate frito de lata o ,si no, comía pan con aceite y huevos duros y un yogur de aquellos de marca blanca que ya encontraba tan sabrosos y que venían en paquetes de doce por dos euros. Aunque lo deseaba intensamente, no bebía ni una gota de alcohol, tal como se había prometido que haría mientras durara el trabajo. Después, con el fin de no pensar en los recibos que había dejado de pagar y en la posibilidad de terminar definitivamente el contrato que le había devuelto un pedazo de fe en la providencia, se estiraba en el sofá para ver cualquier cosa en la televisión hasta que se quedaba dormido.

Así fueron los últimos días antes de que le devolvieran el coche, justo el día en que le entregaban el finiquito. Estaba seguro de que, si no hubiera ocurrido la maldita avería, habría seguido trabajando en la empresa que había considerado como la última oportunidad de salvarse. Y de nuevo volvía a preguntarse qué hacía tan mal para no alargar los trabajos más de cuatro escasas semanas, y para qué servía mantenerse sobrio, si era el hombre con más mala suerte de la tierra.

«Ya puedes volver a tomar un trago, ¿verdad?»

\*\*\*

La primavera estaba cerca y la ciudad volvía a coger el ritmo vital alargando las horas de sol y haciendo correr la savia. La vida seguía su curso, como siempre, pero Iván se encontraba apartado en un rincón, mirando como todo el mundo iba de aquí para allá con algún objetivo, sintiéndose querido y cuidando de alguien.

«Si tu madre te viera...»

A él no le quedaba nada ni nadie a quien poder agarrarse para justificar ningún movimiento, así que, simplemente, no se movía. Con el dinero que había ganado en febrero pagó el recibo de la hipoteca y el seguro del piso, y se guardó lo poco que quedó para comer y beber. Pero lo que a esas alturas era una heroicidad ya no conseguía ni conformarle ni serenarle. Sabía que el mes siguiente volvería con sus implacables exigencias, y que la decisión de reparar el coche había sido un error fruto de un extraño y estúpido optimismo que aparecía y desaparecía en el peor momento.

El cántaro lleno de lo que ahora veía como falsas esperanzas se había roto y, ni le volvieron a llamar de la última empresa donde se había dejado la piel, ni fue capaz de llamar la atención de otra. Y mientras esperaba otro milagro, las fuerzas se le acababan y sentía que continuaba atrapado en el barro, indefenso. Lo único que no paraba era su cerebro, al que casi podía oír día y noche discutiendo consigo mismo sobre las terribles consecuencias que podían llegar si no lo remediaba, y sobre como podía terminar en la calle si no pagaba sus deudas. «Eso no me puede pasar», se decía. Los desahucios y los suicidios eran cosa de aquellas familias sin recursos con bocas para amamantar que salían al final del telediario, de vez en cuando. «Venderé el coche y tendré más tiempo para encontrar algo.»

\*\*\*

Definitivamente, Dios parecía proteger su inocencia porque, dos semanas antes de Sant Jordi, el que siempre recordaría como su salvador se puso en contacto con él para ofrecerle un contrato de



media jornada en la juguetería. «Edgar tuvo un accidente y estará de baja hasta la segunda semana de mayo. Nada grave. He pensado que quizá podrías sustituirlo durante este tiempo... Si no tienes otro compromiso...»

La voz de Raimon le confortó tanto que tuvo ganas de llorar.

Iván se forzó a recomponer su alma y su cuerpo para parecer una persona con dignidad cuando se presentara ante sus antiguos compañeros y, con un gran sacrificio, volvió a caminar con la cabeza alta por la calle, y en el metro, y en el supermercado.

Todos aquellos días en el trabajo se sintió como en casa, como cuando era pequeño y vivía con sus padres: todos le trataban con el afecto que no había disfrutado en mucho tiempo.

«¿Te refieres a aquel fin de semana con Estel?»

Sí. Las cuatro semanas en la tienda fueron un bálsamo, un tiempo que quiso vivir ajeno a su verdadera realidad: la que le esperaba inflexible como un garrote de hierro cuando se acabara la baja de Edgar. Incluso volvió a ir al Manchester los sábados por la noche.

«¿No irás a perseguir a una tía que ya te ha dicho que pasa de ti?! ¡Qué calzonazos!»

Pero, ciertamente, había vuelto para revivir la historia que él mismo envió a paseo. Y se sentaba en el mismo lugar que tantos días había ocupado esperando inútilmente que Estel apareciera para recordar la intensidad de su mirada, que comenzaba a desdibujarse de la mente. Volvió a rememorar la conversación que habían mantenido en la mesa de al lado del antiguo espejo, al otro lado de la sala, y el beso que le hizo revivir cuando pensaba que estaba muerto.

\*\*\*

A Estel le encantaban los The Cure. Cuando entró en el local, acompañada de sus amigos, cantaban *Just like heaven*, y movió los hombros y la cintura sonriendo mientras cogía la botella de cerveza que Óscar le había pedido en la barra.

—¡Está a tope! —gritó Claudia abriéndose paso entre los asistentes, también con su copa en la mano.

Pasaron bajo el arco que llevaba a la sala principal. Allí, las mesas estaban ocupadas por otros grupos de amigos que gritaban y reían sentados en los taburetes; también había mucha gente de pie. Claudia fue hábil en localizar un lugar que iba a quedar libre, el rincón donde había dos sofás. Cogió la mano de Estel para guiarla hacia allí y ambas se apalancaron. Los chicos las siguieron y birlaron dos pufs para encajarlos en el poco espacio que quedaba abierto, justo ante la mesita que les separaba de las chicas y que todavía alojaba botellas vacías.

—¿Cómo le va a tu hermano? —preguntó Claudia a Estel.

—Bastante bien, ya se le acaba el periodo de prueba y parece que le renovarán el contrato —dijo sonriendo y casi gritando.

—¿Trabajaba de lo suyo, no?

—Es educador social, sí —respondió bebiendo un trago de la cerveza mientras levantaba el dedo índice hacia el techo y se movía rítmicamente al escuchar los Sisters of Mercy. «*With the fire from the fireworks up above me...*» cantó emocionada bajo la mirada de los chicos, que la miraban con fruición. Oscar comenzó una conversación con Claudia:

—Te veo apagada. ¿Qué le pasa a tu nuevo pretendiente, que no le vemos, últimamente? —El interés por el chico que había venido con ella las dos últimas veces en las que se habían reunido todos juntos era morboso.

—Ay, ¡y yo qué sé! Otra de sus rarezas, supongo —dijo haciéndose la desinteresada.

—Vamos. ¡Algo tienes que saber, que se te arrima mucho últimamente! —dijo él, jocosamente.

—¡Vete a tomar por saco! —Golpeó suavemente el brazo de Óscar con la punta de los dedos.

Estel y Nando se miraban con complicidad mientras los otros dos discutían. Ella le dejó su lugar a Oscar y se sentó en el taburete, junto a Nando.

—¿Y tú qué? —preguntó él al ritmo de The Smiths.

La expresión de Estel se apagó ligeramente al oír la canción que le recordó aquella noche en la que le parecía que se desmayaba de deseo al mirar los ojos de Iván, en la mesa que le quedaba a unos pocos metros más allá y que ahora ocupaban un grupo de turistas.

—¿Y yo qué de qué? —volvió la vista sobre su amigo.

—¿Pues que qué pasó con ese tipo que te gustaba tanto?

—¿Quién? —respondió haciéndose la desentendida.

—Aquel que trabajaba contigo. ¿No trabajaba contigo?

Estel no podía creer que Óscar le hubiera hablado de ese tema a Nando, y menos después de tanto tiempo.

—De eso ya hace mucho —dijo, molesta—. Tal como empezó se acabó. —Su mirada se dirigió hacia su amiga, que hablaba por teléfono.

—Te esperamos en el Manchester —dijo Claudia con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién era? —preguntó Estel para zafarse de las preguntas impertinentes de su amigo.

—Miki, que viene para aquí. —Bebió un sorbo de cerveza y, levantando la botella contra la tenue luz amarilla que colgaba sobre sus cabezas, corroboró que se le había acabado.

—¿Tu nuevo pretendiente? Voy a por otra botella.

—Tráeme una a mí también, por favor —vociferó Claudia desde el sillón.

En la barra, una multitud de ávidos bebedores hacía cola para pedir sus copas y Estel aprovechó para acercarse al lavabo. Sin querer, se restregó con toda la gente que se reunía en el pasillo hasta que tuvo que detenerse tras dos chicas rubias que también esperaban. «Estáis en la cola, ¿verdad?».

Pudo ubicarse en un rincón y desde allí envió un WhatsApp a su amiga. «Tardaré un poco.» Mientras esperaba en medio del olor a tabaco que emanaba de las bocas de los que tenía al lado, vio que un chico que parecía extranjero se la comía con los ojos y que estaba a punto de decirle algo. Ella lo evitó volviendo a mirar el móvil: «Espero que no sea mucho, estoy seca.» Claudia había escrito aquella frase seguida de sus famosos dos puntos seguidos de un paréntesis cerrado, guiñándole un ojo.

Pasaba algo porque la cola no avanzaba y Estel exploró el Facebook al menos durante diez minutos hasta que la gente, por fin, comenzó a moverse. Cuando levantó los ojos otra vez se quedó helada. «¡Es imposible!», se dijo, posicionándose un poco más adelante para asegurarse de que realmente estaba viendo a Iván sentado en un rincón del local. Y como todas aquellas veces en las que había pensado en él, su corazón se aceleró y se llenó de una emoción contenida, produciéndole un daño que le llegó hasta la garganta. Paralizada, permaneció al menos cinco minutos observándole; la pantalla del móvil iluminaba su rostro, que mostraba una expresión rota y perturbadora. Durante ese tiempo se deleitó con sus pequeños gestos y las miradas furtivas dirigidas al antiguo espejo que reflejaba el local lleno hasta la bandera, y sintió el impulso de ir a su lado para abrazarle. Pero detuvo aquel embate alcoholizado al recordar todo el daño que le había hecho, consciente de que había pasado demasiado tiempo y de que él, más que probablemente, ya la habría olvidado después de la agria despedida por teléfono que ella misma había perpetrado.

«Estel» El grito hizo girar la cabeza de los que estaban a su lado y ella se sintió descubierta por Iván, que también había reaccionado levantando la vista al oír aquel nombre. En tan solo unos segundos, Estel cruzó una mirada vertiginosa con él para luego desaparecer entre el gentío,

acalorada, temblorosa y confundida por aquellos sentimientos que todavía la desconcertaban.  
—¿Dónde te habías metido? —dijo Claudia sin entender por qué no llevaba las bebidas.

*EL FIN DEL MUNDO*

Un informativo de última hora interrumpió la programación. Iván lo miraba sentado en el sofá, mientras se comía lo que quedaba de un tazón de leche con cereales. El terror que podía verse en la cara de la periodista le dejó helado; el fin del mundo llegaría en pocas horas.

Dejó la merienda sobre la mesilla y salió a la azotea a toda prisa. No había ni rastro del sol, cubierto por un telón de espesas nubes grises. Las fortísimas ráfagas de viento habían arrancado los toldos de los edificios y hacían volar todo tipo de mobiliario.

Desde allí arriba vio un caos aterrador en medio de un alboroto histérico: gente corriendo arriba y abajo de la calle Marina, un enjambre de helicópteros de la policía sobrevolando la ciudad, coches circulando sin rumbo, colisiones, gritos y llantos, y cristales estallando.

Su madre le llamó desde la habitación con un hilo de voz y él fue enseguida.

—¡Mamá, tenemos que irnos! —exclamó con los ojos abiertos de par en par.

Iván cogió una de sus maletas y comenzó a meter las cosas imprescindibles para pasar días fuera de casa.

—¿Qué haces, hijo? Déjame aquí, no pierdas tiempo. Sálvate tú. ¡Busca un refugio y escóndete hasta que todo pase!

Los ojos de él se inundaron y su garganta se obturó como si tuviera una bola de hierro.

—¿Pero qué dices?

La miró a los ojos y vio una calma y una paz que le terminaron de derrumbar. Sabía que aquella sería la última vez que la vería y que le ajustaría bien la corbata.

\*\*\*

Bajó a la calle con la maleta llena de ropa, documentos y recuerdos. Allí, el ruido se convirtió en una amenaza real. Una riada de gente se dirigía hacia el mar huyendo, tropezando con él y con todo. Los chillidos eran tan ensordecedores que le hicieron perder la serenidad que le había confiado su madre en la habitación.

Un coche frenó en seco a su lado.

—¡Sube! ¡Todavía hay sitio para uno más! —dijo el copiloto mirando la maleta que llevaba—. ¡La valija no cabe, déjala y sube ya!

Iván la posó en el suelo, angustiado y compungido, sabiendo que perdía todo lo que le quedaba. Luego entró detrás, amontonándose con otras tres personas y aturdido por la catástrofe que apenas empezaba a enseñar los dientes. Respiraba con dificultad e intentaba no gemir. «Debería haber cogido la fotografía.» La bola de hierro que se le había puesto en la garganta le tenía atenazado y se hacía más grande. Nunca volvería a ver a su madre. De golpe volvió a su infancia, cuando era inocente, cuando se sentía seguro y vivía ajeno a los peligros de la vida. Nunca volvería a sentir aquellas manos acariciando sus cabellos —sentado sobre sus rodillas ante la máquina de coser, en casa— ni le acogería entre sus brazos cuando estuviera triste, ni comería su deliciosa *coca de*

*recapte*, de pie sobre la arena fresca de la tarde, después de un día de playa en verano. Nunca más.

En su huida se detuvieron, estupefactos, frente al puerto deportivo. Allí la gente se agolpaba haciendo cola para subir a los barcos. «¿A dónde van?» Yates, barcas, lanchas y veleros habían puesto rumbo a alta mar, sobrecargados de gente. La imagen era dantesca; cientos de embarcaciones se dirigían hacia mar abierto con los motores a toda potencia, navegando contra las olas de una mar arbolada que, enajenada, se levantaba aterradora dejando unas profundas marcas espumosas de pánico. No huían. Iban a morir al mar.

\*\*\*

Abrió los ojos. Yacía boca arriba con los brazos en cruz y una de las piernas colgando del colchón. Las lágrimas habían formado una balsa dentro de los párpados y la garganta le hacía un daño tan intenso que casi lloriqueaba. Aún no había amanecido. Se giró sobre sí mismo hasta quedar acurrucado hacia un lado. Volver a sentir que lo había perdido todo le derruyó como si le hubieran abatido con una bola gigante de demolición, y lloró desconsoladamente. Turbado y abrazado a la almohada, sollozó con gemidos silenciados y suspiros temblorosos hasta que la desesperanza le llevó de nuevo al más profundo de los infiernos.

*EL FILO DEL ABISMO*

Cuando se volvió a quedar sin trabajo se abandonó de nuevo; ya iba acostumbrándose a los efectos de la soledad y no le parecían tan nocivos. Los días iban pasando y a menudo no sabía si había estado horas o jornadas enteras durmiendo en el sofá, y tampoco si era por la mañana o por la noche cuando se despertaba y no lucía el sol. El fugaz encuentro con Estel le había dejado aturdido como si le hubieran dado un puñetazo en la nariz. Se dio cuenta de que, a pesar de haber abandonado las esperanzas de coincidir en aquel bar infernal, aún había tenido la convicción de que la volvería a ver cuando cruzó su mirada con ella. «Benditos segundos de gloria.» Habían sido tantos meses esperando ese momento y, cuando ocurrió, simplemente pasó de largo como un tren sin parada en la estación de la oportunidad. Se dijo que no volvería nunca más a aquel maldito bar.

«Pues así termina la historia, ¿no?»

A pesar de los turbios pensamientos con Estel, y el dinero, y las vívidas y persistentes pesadillas, había dejado de beber; dormir había podido con la necesidad de infiltrar alcohol en la sangre, o eso le parecía. Ahora solo comía las pocas veces que el estómago se lo pedía, veía la tele y sus malignas noticias sobre la crisis y la amenaza de epidemia del Ébola en África. Pero sobre todo dormía. Soñaba y entraba en un estado de semiinconsciencia que no le dejaba deshacerse de un sueño pernicioso, así que se encontró dentro de un laberinto que no le permitía avanzar.

Sobre la mesa había acumuladas promociones de pizzas a domicilio, recortes con los números de teléfono de videntes, publicidad de compraventa de oro y una veintena de cartas del banco y de las compañías de suministros sin abrir. Porque ya no las abría. Eran misivas letales del enemigo que caían con cuentagotas, pero implacablemente, en forma de deudas inalcanzables y comunicaciones amenazadoras que debilitaban su espíritu sin piedad. La última esperanza para darle un poco de oxígeno era vender el Volvo, pero hasta entonces nadie se había interesado por él, ni siquiera para regatear. Y así, cada día que pasaba, el coche, como él mismo, recibía más papeleo en el parabrisas y recogía más porquería.

«Así es la vida.»

La crisis era como el Ébola: una epidemia contagiosa que provocaba una fuerte hemorragia que se llevaba la cordura y desencadenaba la pérdida de toda la gente a quien quería, bien porque se moría o bien porque huía despavorida.

\*\*\*

El día en que le cortaron la luz, Iván había salido a comprar, como siempre, a la hora que creía que sería difícil encontrar a ninguno de sus vecinos. Llevaba pan, huevos, pasta y yogures, y cuando volvió no se lo podía creer.

«¡Sorpresa!»

Aún cargado con la bolsa del supermercado, tras comprobar que el diferencial estaba arriba, recorrió el piso pulsando los interruptores de todas las habitaciones para verificar que, efectivamente, no había corriente eléctrica. «Ya volverá», se decía para intentar ignorar el problema. Por la noche, cuando se encontró a oscuras y los yogures ya se habían calentado en la lúgubre cueva en la que se había convertido la nevera, bajó a casa del vecino de abajo para preguntarle si tenía luz. Cuando éste le dijo que sí, Iván se tuvo que tragar la angustia que sintió al suponer que le habían amputado el suministro de forma definitiva. «¿Y cómo cojones cocinaré? Tendré que ducharme con agua fría. ¿Dónde demonios cargaré el móvil?»

«No te preocupes. No te llaman muy a menudo, ¿verdad?»

Se dio cuenta de que hablaba en voz alta y calló, pero su cerebro todavía pensaba, y continuó haciéndolo durante toda la noche y todos los días siguientes.

\*\*\*

La llegada de los días más largos hizo que solo tuviera que encender la vela —una de aquellas de color rojo que iluminaban las iglesias— dos o tres horas por la noche, antes de ir a dormir. Como siempre, cuando oscurecía, los pensamientos más lúgubres le castigaban duro y a menudo se consumía ahogando los gemidos sobre la cama. Y si después no se dormía por el desfallecimiento, intentaba desvanecer las preocupaciones que continuaban rondándole leyendo las noticias en el móvil, si la batería aguantaba.

«Lo siento, pero los conflictos de los demás no hacen huir a los propios demonios.»

Tras varios días comiendo bocadillos, se le ocurrió comprar un pequeño hornillo de gas para poder cocinar algo. Nada grandilocuente: huevos pasados por agua, patatas, pasta y arroz. Todo hervido para no dilapidar la botella de aceite, que le salía cara. Era hacerse a la idea de que se ceñía a una especie de régimen por alguna buena causa, pero no la supo encontrar. Lo único que sabía era que comía poco y a destiempo, y que eso le debilitaba aún más.

El viernes anterior al Día de la Madre subió al locutorio que había encontrado más arriba de la Diagonal para reanudar la actividad en los portales de empleo. Sabía que si dejaba de buscar se hundiría del todo y seguramente para siempre, así que hizo de tripas corazón y se presentó allí con todas sus fuerzas. El local estaba lejos de casa, pero esa circunstancia le convenía porque seguro que no encontraría a nadie que conociera y se le ocurriera preguntar qué hacía allí. Al llegar, cargó el móvil y el ordenador portátil, y también volvió a curiosear las vidas de los demás en el Facebook. Y con las vidas de los demás quería decir, básicamente, la vida de Estel que, a pesar de aquel definitivo y fallido encuentro en el Manchester, aún seguía en su cabeza. Pero no encontró nada que le indicara si su corazón ya era de otra persona, o si por esas cosas de la vida, le echaba de menos.

*LA EJECUCIÓN*

Lo que en un primer momento le pareció una aberración de la que se arrepentiría toda la vida, unos días después le liberó. No había podido cumplir con el recibo de la hipoteca —el primero que había dejado de pagar en toda su vida— y aquella preocupación no le dejó dormir ni de noche ni de día durante casi una semana. Pero, contrariamente a lo que esperaba, no recibió ninguna llamada ni ninguna carta reclamando el dinero. Aquello le indujo a pensar que aquel impagado tardaría en tener consecuencias y que tal vez encontraría alguna fuente de ingresos antes de que pasara a convertirse en poco más que un delincuente de mitones blancos.

Para acabar de rematar la semana y a él mismo, la grúa se había llevado el Volvo debido a su estado de abandono, e Iván tuvo que elegir, de nuevo, si comía o rescataba un vehículo del que ya no podía pagar ni la gasolina para ir a la vuelta de la esquina. La subsistencia y la falta de opciones ganaron la partida, y se vio obligado a dejar el coche en el depósito municipal.

Sin embargo, mantuvo la calma apelando a la cordura que no sabía si podría retener. El hecho de haber dejado de lado el alcohol le ayudó a mantener la serenidad, y le hizo pensar que podría seguir esa rutina que se impuso justo después de que le echaran del trabajo. Eso sí, con menos recursos. Le había ido bien, entonces. «¿Por qué no funcionaría, ahora?»

\*\*\*

La verbena de San Juan le hizo revivir la noche en la que Estel le miraba fijamente desde el otro lado de la hoguera, en la playa. Aquella imagen se le había quedado clavada en el corazón como la estaca de un vampiro exterminado y le volvía a martirizar recordándole, una y otra vez, su absurdo final. Y mientras en la calle hacían estallar algunos petardos y cohetes silbadores, él preparó una de las tumbonas en la azotea y se abrió una de las doce cervezas que había puesto a refrescar con hielo en la bañera. Se había jurado que solo bebería durante la verbena.

«¡Uh! ¡Vaya fiesta!»

La luna apenas era un finísimo corte de sandía al que le habían extirpado la pulpa y solo quedaba la cáscara. Él la miraba extasiado como si estuviera presenciando algún fenómeno extraordinario cuando el sonido de unos golpes le hicieron bajar a la tierra. Encendió la linterna del móvil y entró al piso para ver qué pasaba. Al otro lado de la puerta había alguien golpeándola con decisión.

—¿Sí? —preguntó con el hombro contra la puerta.

—Soy el vecino de abajo, José.

Hacía una eternidad que nadie le visitaba. De hecho, ni iban a visitarle ni le llamaba nadie para saber cómo le iba la vida desde hacía meses, y ya se había acostumbrado a la soledad extrema. Pensó un momento en el argumentario para justificar la linterna y abrió.

—Hola —dijo deslumbrado por la luz de la escalera.

—Buenas noches, chico. ¿Otra vez sin luz?



—Sí. Le han cogido el gusto a cortármela —dijo Iván con una sonrisa capciosa—. Le haría pasar pero hoy no es el mejor día —aseveró pensando ya en recostarse sobre la tumbona y beberse todas las cervezas que la esperaban con los brazos abiertos.

—Estaba en casa y me preguntaba si querrías hacer compañía a un viejo solitario...

En un primer momento, Iván se sorprendió por la inesperada y extraña petición, a la espera de que saliera el cámara que le filmaba para gastarle una broma pesada. Después de asegurarse de que no había nadie, aún dudó si aceptar o no, pero reconsideró la opción de emborracharse —seguro que habría terminado en un coma etílico— y decidió acompañar a aquel hombre. Quizá hablar con un pobre viejo decrepito, como él mismo se sentía, aliviaría la carga que llevaba encima y encontraría consuelo.

\*\*\*

José le hizo pasar a su casa con toda la amabilidad del mundo. Le dijo que se sentara en una de las butacas que había en el salón y luego llevó una bandeja con una botella de whisky sin abrir y un par de copas Glencairn.

—He supuesto que te gusta.

Iván no pudo rechazar el *single malt* de Oban que aquel hombre le servía de una manera exquisita en una de las copas. «Gracias.» Pensó que quizá sí, que se emborracharía, pero al menos lo haría con estilo.

—Son todos míos —dijo el anciano al ver que su vecino repasaba los cuadros colgados en las paredes.

—Son muy bonitos.

Hace semanas que no pinto nada.

Aquella frase estaba hecha a la medida de Iván; ya hacía mucho tiempo que él tampoco pintaba nada en la vida. Bebió un trago largo para desvanecer los pensamientos infernales que volvían a acosarle y el líquido ambarino le quemó la garganta con una suave aspereza, calentándole el pecho. Exhaló una exclamación de puro placer. «¡Esto sí que quita las penas!»

—Te devuelve a la vida, ¿verdad? Yo lo tomo cuando no me encuentro bien. Te sirvo más.

Iván no se negó, pero esta vez bebió más despacio para saborear aquella maravilla escocesa.

—Yo suelo beber cerveza, o vino —dijo después de tragarse otro sorbo—. Esta botella le habrá costado una fortuna, no debería desaprovecharla con cualquiera.

—Ah, no... Escojo bien la gente con la que quiero compartir un buen whisky, y me parece que no me he equivocado contigo.

—¿Qué quiere decir?

Que creo que no estás pasando por un buen momento. Podemos hablar de ello, si quieres.

Iván miró a José con cierta desconfianza; la extrema amabilidad con la que le trataba le generó sospechas. ¿Dónde se había metido el pobre anciano que demandaba compañía? Aquel hombre con el que apenas había intercambiado unas palabras en el tanatorio, cuando murió su madre. No podía saber nada de él y, sin embargo, adivinó que su mundo se hundía. «No es difícil deducir que las cosas no te van bien cuando ya no tienes luz en casa.» A pesar del recelo, se sintió comprendido y aliviado al oír que alguien, por fin, le pedía que le contara la causa de su sufrimiento. Realmente le pareció que aquel buen hombre entendería su desasosiego y su angustia. El destilado de malta contribuyó a olvidar buena parte de sus preocupaciones con una tercera copa.

—¿Y no estás harto? —dijo José después de escuchar sus historias relatadas a cuarenta y tres grados.

—¿Harto de qué?

Cuatro copas de whisky habían sido demasiado para Iván, pero no para su anfitrión que medía las buenas palabras y mantenía la espalda recta en el asiento.

—Harto de hacer lo que se espera que hagas —afirmó José con un guiño.

—¿Y qué cree que se espera de mí? —preguntó Iván intrigado y mareado. Hacía un rato que le parecía que los cuadros se movían sinuosamente en las paredes, como si tuvieran vida, y había dejado de oír los petardos.

—Pues que sigas su juego... —El anciano dio un trago a la copa y la dejó sobre la mesilla.

—No le entiendo.

Hace años yo lo seguía, y no me daba cuenta de que eso me perjudicaba. Hasta que decidí decir basta, y ahora mírame: hago lo que creo que debo hacer y no doy explicaciones a nadie. No tengo muchos amigos, cierto. Bueno, básicamente no tengo ninguno. Pero soy libre.

Iván miraba a aquel hombre con una mezcla de sorpresa y desconcierto. No entendía a qué se refería con lo del juego y lo de la libertad, pero optó por hacer lo que le habían recomendado que hiciera cuando se encontrara en una situación comprometida: responder a todo que sí. «Siempre habrá tiempo para desdecirse.»

Ya había perdido la noción del tiempo y casi del espacio; aquel whisky había conseguido hacerle vomitar gran parte de la mierda acumulada durante todos aquellos meses de casi total soledad y ahora se sentía mejor, a pesar de estar invadido por el alcohol.

—José, debería volver a casa. Le agradezco que me haya invitado. Me lo he pasado genial, pero estoy muy cansado y no quisiera dejarle sin whisky.

—No te preocupes por eso, hombre. No hay problema. Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, házmelo saber. Y no te preocupes por esa chica, seguro que volverás a verla.

—Sí —contestó, incrédulo—. Muchísimas gracias por su hospitalidad.

Iván se sentía tan borracho como confortado. Se levantó del sillón y fue tambaleándose por el pasillo hasta el recibidor, seguido de José, que se despidió apoyado sobre el marco de la puerta de su casa.

—Y si necesitas agua, no dudes en llamar.

«¿Agua?»

\*\*\*

Sí. El corte del agua llegó el mes de julio. La ducha, el afeitado, lavar la ropa o los platos se había convertido en una tarea pesada, compleja y antihigiénica. El día en el que ocurrió aquella calamidad también le llamaron del banco para decirle que era el segundo mes que no pagaba la hipoteca, que se le habían cargado intereses de demora y que aún estaba a tiempo de solucionarlo.

«¿Solucionarlo? Qué cabrones, ¿verdad?»

El calor no ayudaba nada a soportar esa humillación y el ático se había convertido en una especie de infierno a pesar de estar muy cerca del cielo. El sol del verano lanzaba sus rayos sobre la fachada y calentaba demasiado las habitaciones del piso, así como las baldosas de la azotea, que se caldeaban emanando una especie de ardor que entraba por las rendijas de la puerta que comunicaba con el comedor, y que no desaparecía hasta más allá de la medianoche. No podía poner el ventilador, ni hacer hielo para bajar la temperatura de su cuerpo, ni siquiera dejar caer un poco de agua en la ducha para refrescarse. Únicamente podía yacer y sudar como un cerdo mientras conectaba el ordenador a Internet a través del móvil y revolvía las ofertas de trabajo, si bien ya no se veía capaz de enviar ninguna candidatura. Todo se había complicado demasiado; no solo tenía que luchar con sus demonios internos; ahora otros se habían instalado en su casa y se

encontraban a gusto con aquel bochorno. Había intentado salir adelante con todas sus fuerzas haciendo lo que se suponía que tenía que hacer: no rendirse a pesar de las adversidades, cuidarse, buscar ayuda, emprender, dejarse la piel para pagar sus deudas mientras no encontraba un trabajo estable y pedir clemencia al banco para que alargara su agonía reduciendo la cuota del piso a cambio de un montón de años más de esclavitud. Incluso había dejado de beber a pesar de querer desaparecer del mapa.

«¿Y todavía aguantas en pie?»

Pero todo aquello no fue suficiente. Se encontraba postrado ante todos sus malévolos acreedores, que no le perdonaban que hubiera salido de la rueda de producción. Después de tanta lucha por salir adelante, casi solo le quedaban fuerzas para vagabundear por la calle y en casa y, cuando se hacía de noche, para bajar las cuatro garrafas de plástico y llenarlas con el agua de la fuente que había cerca. Lo hacía muy tarde, para no encontrarse con ninguno de sus vecinos y evitar pasar la más inimaginable de las vergüenzas. Luego las subía a casa, apartaba un par de litros para beber y dejaba el resto para lavarse y también para limpiar o verter en la taza del inodoro si iba de vientre. Hacía tiempo que sus hábitos alimenticios habían cambiado y no era seguro que fuera cada día; en realidad, no era seguro ni que comiera mucho, y la barriga que se le había formado aquellos días en los que se bebía toda la cerveza del mundo había reducido su volumen, junto con su musculatura.

«No te quejes. ¿Sabes cuánta gente quisiera perder unos cuantos kilos?»

\*\*\*

El mes de agosto, Iván bajaba un par de veces a la semana a casa de José, tras las insistentes invitaciones. Se sentía culpable por haberle mirado con recelo las veces que le había encontrado en el ascensor, a pesar de no saber por qué. Pero ahora ya lo sabía: los vecinos le consideraban un bohemio solitario y lunático de vida desarreglada e Iván les había seguido el juego, contribuyendo al aislamiento del viejo pintor en el seno del vecindario. Esos remordimientos, junto con la falta de proteínas, le indujeron a aceptar el formidable entrecot con guarnición de patatas y verduras al horno y el pan de payés untado con tomate que le preparaba. «Come, que te estás quedando en los huesos», le decía cuando ponía el plato en la mesa, y luego se sentaba para acompañarle con otro trozo de carne igual de voluminoso. Cuando acababan, se sentaban en los sillones que el pintor había colocado delante de la ventana del comedor, abierta de par en par, y charlaban con la luz apagada y una copa de whisky reconstituyente hasta que las orejas se les calentaban. Así, Iván le contó cómo las aterradoras novedades le hacían perder el control del esfínter cada vez que llegaban y cómo, a principios de mes, a parte de los perniciosos comunicados postales y electrónicos, había recibido la llamada de la oficina bancaria advirtiéndole de que, si no pagaba todo lo que debía, entraría en el listado de morosos; que su crédito pasaría a ser «dudoso» con las correspondientes consecuencias, y que a partir de entonces ya no serían ellos quienes le llamaran, sino los servicios jurídicos y sus secuaces, preparados para reclamar lo que él les había tomado «injustamente». Cuando acababa de vomitar todo aquello siempre se le hacía un nudo en la garganta y los ojos se le inundaban de rabia, y entonces su vecino le animaba para que no desfalleciese ante aquel chantaje.

Iván se sentía reconfortado al poder explicarle a alguien sus preocupaciones. Sabía que José iba con el corazón en la mano, y aquel hecho le ayudaba a soportar el martirio que le suponían los abrasivos mensajes provenientes de todos aquellos interlocutores ávidos de violencia, que le exigían y le amenazaban con todo tipo de sanciones y procesos judiciales dejándole sin aire.

—No creo que pueda aguantarlo —dijo Iván inclinándose sobre las piernas mientras se tapaba

la boca y la nariz con las manos.

—Sé que lo harás —dijo su vecino acercándole la copa—. Pase lo que pase, lo conseguirás.

—¿Pase lo que pase? —Iván lo miró, asustado; le pareció que aquella frase escondía la certeza de que el mundo, al fin, se acababa.

—Bebe.

*EL LANZAMIENTO*

Hacía un frío espantoso. Desde el mes de diciembre, el ático se había convertido en una especie de círculo polar oscuro y sin vida. Iván se había deshecho, entre otros objetos, de la nevera, del microondas, de la televisión y del equipo de música; los había vendido en pocos días a una pareja joven y a dos chicos que cargaron la nevera dentro de una enorme furgoneta blanca. «Que tengas suerte, tío», le dijo uno de ellos al enterarse de que ya tenía fecha para que le echaran del piso. También había vendido las tumbonas de la azotea y la araña de cristal de su habitación, así como todos sus libros y los estimados discos compactos a cambio de unos pocos billetes, solo para seguir respirando. Así, como él mismo, el piso había ido perdiendo poco a poco su espíritu, y ya no reconocía ninguno de los espacios en los que había hablado, comido, bailado o follado. En su habitación, bajo los desamparados cables de la luz que quedaban retorcidos en el techo, recordó a Estel sobre la cama aquella tarde de verano. Intentó revivir las sensaciones de aquel día cerrando los ojos, pero no lo consiguió. Hacía demasiado frío para evocar aquel afecto.

Quién le iba a decir que acabaría aplastado por el ladrillo. La demanda de ejecución hipotecaria solo sería el principio del siguiente proceso mortificante que trincharía su espíritu definitivamente. Después, la denegación de un abogado de oficio acabaría tirando aquellos trocitos de su alma al contenedor de la esquina. Desde entonces, cualquier trámite que tuviera que hacer para salvar los escombros de su vida se convertiría en una montaña descomunal y, aunque en algún momento pudo convertirla en una vía *ferrata* con la ayuda de las plataformas de organización ciudadana, no tuvo el ánimo de ponerse el arnés para seguir luchando.

«No vale la pena pasar por esa humillación. Abandona... Ningún juez que tenga dos dedos de frente será compasivo con un hombre que tiene manos y pies para trabajar, ¿no crees? Pagarás por tu inutilidad hasta la eternidad, ¡y punto!»

Entonces, Iván asumió su derrota.

\*\*\*

Otra temible noche de febrero que no se veía capaz de dormir. Aquella sería la última en el ático. Se vistió y preparó la chaqueta, la corbata y los zapatos en el galán de noche que había sobrevivido a los saldos. Incluso se afeitó la barba, que le había crecido durante todo un mes. No quería que le vieran destruido cuando vinieran a echarle de casa y se arregló para esperar el fin de todo, afrontando con la dignidad que José tantas veces le había hecho prometer que no perdería ante aquellos que quisieran destrozarle.

Iluminado por seis velas colocadas sobre las sillas que había llevado del comedor y que usaba de mesitas auxiliares, cogió del armario la maleta más grande que tenía y una bolsa con bandolera para preparar el viaje a ninguna parte. En la valija puso toda la ropa que cupo, otro par de zapatos a parte de los que llevaría puestos y el neceser con lo imprescindible para lavarse los dientes, ducharse y afeitarse. También guardó el saco de dormir y el ordenador portátil. Después, fue a la

cocina y llenó la bolsa con comida que le sirviera de kit de emergencia en caso de necesitarlo. «Pero eso no pasará», se decía mientras embutía la botella de agua.

Cuando terminó de recoger las cosas, llevó las velas al comedor y cogió la caja donde guardaba las pocas joyas que había puesto su madre cuando aún tenía consciencia. También estaban las fotografías que había rescatado de su piso, cuando lo malvendió para pagar las cuotas de la residencia. Se sentó en la mesa y las repasó. Allí había imágenes en blanco y negro de cuando era un niño, en casa, o en el coche con su padre tras el volante con su eterno cigarrillo entre los dedos, o en el patio de la casa de sus tíos. Iván miró aquellas fotografías con aflicción, intentando guardarlas en la memoria para siempre. Luego encontró otras que mostraban uno de los momentos más felices de su vida, cuando aún iba al colegio donde creció jugando al béisbol hasta aburrirse, y donde le dio el primer beso a quien él recordaba como la chica más guapa de la clase.

«¿De qué sirve todo esto, ahora?»

El resto de fotos eran de la época en el instituto. Aquel joven sonriente y despreocupado que veía no era él, o al menos no se reconocía, y lo miró con desconcierto durante un rato. Unos minutos después tiró aquel trozo de papel brillante sobre la mesa y continuó removiendo impacientemente el resto de recuerdos para encontrar un retrato de su madre. Lo observó con detenimiento, tentado de ponerlo también en la bolsa, pero lo volvió a dejar en la caja. Acto seguido guardó las joyas en la bandolera y quemó las fotografías en la bañera, arrepentido de haber querido guardar en la memoria historias pasadas que le hacían tanto daño.

«El fuego lo quema todo.»

Iván observó cómo las llamas se deshacían de sus recuerdos y, cuando se consumieron, dejaron un rastro de humo que casi lo ahogó. Tosiendo, puso el tapón y vació toda una garrafa de agua sobre las cenizas para acabar con aquel triste incendio.

Luego se tumbó sobre la cama y se cubrió con el nórdico y dos mantas más encima, con los ojos fijos en el resplandor vibrante de la única vela que dejó encendida en la habitación. La llama se movía inquieta debido a la corriente de aire que se colaba por una pequeña ranura de la ventana, y aquel baile le adormeció.

\*\*\*

Unos fuertes golpes en la puerta le despertaron. Se levantó de la cama como si fuera un resorte, haciendo volar las mantas, y terminó de vestirse con una rapidez extraordinaria. Quería estar listo para cuando llegara la comisión judicial; el plan era abrir la puerta, entregar las llaves y marcharse sin hacer ruido y sin perder la calma que había ido incubando durante días con la ayuda de José, pero el sueño le había aturdido de nuevo después de detener la alarma que había programado a las siete de la mañana.

—¡Policía! ¡Abra la puerta! —dijo la voz.

«Acojonado es poco.»

El corazón de Iván latía tan fuerte que casi no sabía lo que hacía, y fue de la habitación al comedor y del comedor a la habitación varias veces para hacer no sabía qué hasta que finalmente se detuvo en su cuarto. Se puso el abrigo, se cruzó la bandolera al pecho y arrastró la maleta hasta el recibidor con el corazón a punto de salirle por la boca.

—¡Policía! ¡Abra!

Y allí estaba, a unos pocos centímetros detrás de la puerta, respirando ansiosamente, inmóvil y helado por tanta violencia verbal. Después oyó un murmullo y, a continuación, los golpes brutales de una maza contra la puerta blindada. Atemorizado, pudo contar hasta ocho veces y, a la novena, el pomo salió volando. Iván se echó atrás. Tras el último porrazo, la puerta se abrió violentamente

y rebotó contra la pared. Después, dos policías vestidos con lo que en ese momento le parecieron escafandras, entraron en el piso para comprobar que no había nadie más. Empujaron a Iván y lo hicieron rebotar contra la pared. Al otro lado de la puerta reventada se escucharon los gritos y abucheos de los vecinos a los agentes al ver la escena y, después, el alboroto cada vez más fuerte de sus comentarios y sus exclamaciones.

—Venimos a practicar el lanzamiento, ya sabe que hoy tiene que dejar el piso, ¿verdad? —dijo la mujer que había entrado al recibidor, cogiendo la carpeta que llevaba con las dos manos.

Estaba rodeada por otros hombres que le hacían de comparsa. Iván, aturdido, no contestó. Solo pudo sentir que aquellos monstruos le echaban definitivamente al pozo más profundo que había visto nunca y, al ver a los vecinos amontonados detrás de la comisión judicial, en la escalera, recordó aquella noche en la que su madre descansaba en el tanatorio, y como algunos de ellos le dieron su pésame. La diferencia era que, ahora, quien había muerto era él mismo.

## CUARTA PARTE



*DESAHUCIADO*

José también había subido al rellano del ático y lo miraba todo desde detrás de los agentes que se habían quedado fuera del piso, los cuales permanecían con las manos cruzadas por delante de la pelvis como si tuvieran que proteger algo más que los intereses del banco.

Uno de los policías que había inspeccionado las habitaciones cogió bruscamente a Iván por el brazo y le soltó en medio del rellano. Él se tropezó y la maleta cayó de bruces al suelo con un ruido estremecedor. Los gritos resonaron en la escalera mientras algunos vecinos se acercaban para protegerle.

—¡Ay, madre mía!, ¡¿estás bien?! —Rosa, a quien había visto por última vez en el entierro de su madre, le miraba compasivamente.

—¿Y ahora qué harás? —le decían otros curiosos mientras levantaban la valija y se la ponían al alcance de la mano.

—¡Qué desgraciados! ¿Cómo no nos habías dicho nada? —dijo otra vecina con su mano sobre el hombro de Iván—. ¡Vergüenza! —gritó a los dos hombres que se preparaban para sellar la puerta del piso.

—¡Retírese, señora! —vociferó uno de los agentes mientras se le acercaba amenazadoramente.

Un pequeño empujón a la mujer enervó otra vez a los vecinos, que volvieron a abuchear a aquellos gigantes formando un escándalo aún mayor en la escalera.

El eco de los gritos y aullidos del vecindario terminaron de aturdir a Iván, que se dejaba llevar por la marea de gente que trataba de consolarle.

Después de cambiar la cerradura y de precintar la puerta, comenzaron a desfilar escaleras abajo todos los miembros de la comisión judicial seguidos de los agentes y, poco a poco, volvió la calma al rellano.

—¿A dónde irá ahora? —preguntó Rosa, angustiada, casi llorando.

—Tranquila —respondió con contundencia José, que se acercó a quien ya parecía un zombi—, le alojaré en mi casa. ¡Deje espacio, por favor!

Iván estaba blanco como la leche, casi a punto de desmayarse.

—¡Dejad espacio, dejad espacio! —volvió a decir guiándole hacia su piso.

\*\*\*

El viejo pintor había preparado una copa de whisky para Iván. Todo el trabajo que había hecho para que su vecino no se dejara llevar por las circunstancias, durante los encuentros para cenar, se había ido al traste con aquel violento suceso y ahora el anciano estaba visiblemente contrariado.

—¿Más tranquilo? —dijo ofreciéndole la copa al espectro que se sentaba en el sillón.

—Sí. Ya estoy jodido —respondió Iván mirando al infinito.

—¡Eh! ¿En que habíamos quedado, tú y yo? —José se inclinó sobre la butaca—. Habíamos quedado en que tú decididas, ¿no? Que habías elegido dejar atrás todo lo que te hiciera daño, sin

remordimientos. El piso ya solo era un lastre que te ponía piedras en el camino.

Iván comenzó a temblar de nuevo. Las palabras que tantas veces le había oído a su vecino ya no le parecían tan alentadoras. Creyó que simplemente habían sido conversaciones vanas impregnadas de alcohol. El whisky había sido un bálsamo endiablado que le había mantenido en la irrealidad y, como tantas otras veces que había estado sobrio, tuvo la certeza de que la losa del abandono le había caído encima definitivamente para infligirle un dolor insoportable, imposible de encontrar en un sueño del que pudiera despertar.

—Ya sé que estás acojonado; yo también lo estaba al principio. —José miraba a aquel muerto viviente con convicción—. Cuando superes el miedo y veas de qué va realmente la vida, serás libre.

El viejo se levantó penosamente para sentarse en la otra butaca y se sirvió un whisky mientras el desahuciado le miraba de reojo.

—Me volveré loco —dijo Iván levantándose del sillón para acercarse a la ventana como si quisiera atravesarla—, ¿cómo he llegado hasta este punto? —balbuceó con la voz temblorosa, apuntalando la frente contra el vidrio frío y dejando un círculo empañado por su aliento.

—Aún sientes que tienes cosas que perder. Cuando decidas abandonarlas definitivamente... — El anciano levantó su copa haciendo un brindis al aire—, ya no tendrás miedo.

Iván se preguntaba qué cojones de cosas tenía que perder todavía. Ya no tenía familia, ni ninguna forma de subsistencia, ni casa, ni coche, ni integridad, y sabía que se habían corrompido las relaciones con todos aquellos a los que había conocido o amado.

—Vamos. Ve a descansar. Te he preparado una habitación.

Allí, Iván se quitó los zapatos y cayó desvanecido sobre el colchón. Durmió, inmóvil, hasta la hora de cenar.

Hacia las nueve de la noche, el anciano puso la mesa y comenzó a cocinar los entrecots que había comprado en el mercado el día anterior.

—Hola, José —dijo Iván apoyado en la puerta de la cocina, frotándose los ojos.

—¡Buenas noches! Pensaba que ya no te volvería a ver —bromeó el cocinero.

Después de dormir tantas horas, el episodio en la escalera se había difuminado e Iván se sentía como aquella vez, cuando era pequeño, en la que se cayó de la bicicleta y se hizo una brecha en la cabeza. Recordó que, después de curarle, su madre le abrazó con fuerza para que parara de llorar y le acarició con una voz dulce y tranquilizadora que le hizo volver a sentirse seguro. Ahora, la única persona que cuidaba de él era aquel buen hombre que le había acogido desinteresadamente, y su casa era el espacio que le mantenía al margen de la triste realidad y alejado del peligro.

—¿No te había dicho que he vuelto a pintar? —dijo José mientras le daba la vuelta a la carne—. Después de cenar te enseño el lienzo.

—No tengo hambre. ¿Puedes guardarlo para mañana? —No quería parecer desagradecido.

—¡No digas tonterías! Tienes que coger fuerzas para seguir.

Iván resopló desalentado y dijo, balbuceando:

—Seguir... —Intentó pensar cómo cojones se hacía, aquello.

—Sí, hombre, continuar viviendo sin aflicción. —Pinchó el entrecot y lo soltó sobre el plato con desdén, aplastando las patatas—. Lo harás bien. Toma, lleva tu plato a la mesa.

Después de cenar fueron al estudio, una habitación pequeña que desprendía un fuerte olor a disolvente que se había esparcido por el piso. La estancia estaba amueblada con estanterías que acogían libros y todo tipo de utensilios de pintura, un sillón y una silla junto a la mesa auxiliar. Esta alojaba unos tubos de óleo estrangulados, una paleta con manchas de pintura, botes con líquidos azulados y ennegrecidos con pinceles en remojo, y paños estrujados tintados de los

mismos colores que los líquidos de los vasos. El caballete estaba situado al lado de la ventana y soportaba un lienzo de casi un metro de anchura.

—¿Qué te parece? Ya está terminado —dijo José con cierta emoción.

El cuadro era la imagen de un velero amenazado por tsunamis monstruosos en medio de un temporal terrorífico en alta mar. La imagen estaba pintada con trazos agresivos y aterradores en azules oscuros y tenebrosos derivados del añil y del cobalto. Iván miraba aquella representación desconcertado y acobardado al recordar la temible pesadilla que no había podido olvidar, en la que perdía a la persona que más amaba y se acababa todo.

—¿No dices nada? —insistió el artista.

—Es... increíble. —Iván respondió tragándose la angustia que sentía, procurando hacerle un cumplido a su ángel de la guarda.

—Sí, a mí también me lo parece.

\*\*\*

Al día siguiente, Iván se despertó más tranquilo, si bien las escenas del desahucio aún le venían a la cabeza. Durante el tiempo que tardó en dormirse la noche anterior se había exprimido el cerebro a fin de encontrar una solución a su incertidumbre. No podía abusar mucho más de la hospitalidad de aquel buen hombre; sentía que se estaba excediendo, que se aprovechaba de su buena fe y de la compasión que generaba la propia vulnerabilidad. «Tengo que encontrar un trabajo», se decía al tiempo que se levantaba de la cama.

«¿De verdad aún piensas encontrarlo?»

Por más que buscaba, no había otra solución. Después del desayuno registró los portales de trabajo.

Todavía eran las siete y media, y José ya estaba en el estudio haciendo un boceto para otro cuadro, sentado en el sillón.

—Buenos días, entra —dijo al sentir su presencia tras la puerta.

Iván la empujó y se acercó despacio. El viejo se giró un momento hacia él.

—Tenemos que hablar. —Volvió a su dibujo—. Deberías ir pensando en marcharte.

A pesar de haber pensado en la posibilidad de hacerlo, aquella puñalada le dejó helado. «¿Y a dónde coño iré, ahora?». En ese preciso instante se dio cuenta de que ya se había quedado, literalmente, en la calle. De hecho, ya hacía tiempo que estaba allí, desde que había renunciado a luchar por su piso. Eso sí porque, en cierto modo, él mismo lo había decidido. Se preguntó en qué momento eligió aquella opción tan arriesgada. Iván no lo pudo recordar, simplemente había pasado. Así que adiós al margen de tiempo para la búsqueda de trabajo, adiós a las comidas reconstituyentes, adiós a las charlas a media noche y al desahogo del corazón, y también al maravilloso whisky que tanto había contribuido a la desaparición transitoria de sus demonios. Y bienvenidas la desorientación y la aterradora indigencia.

—¿Quieres decir que me vaya definitivamente?

—Eso mismo. Lo siento, pero no puedo acogerte mucho más tiempo. Tienes que seguir tu camino y enfrentarte a la realidad.

La mirada de Iván se apagó e intentó resistir el golpe con la máxima discreción, pero el temblor que padecía últimamente volvió, como cada vez que sufría un revés. Se dio cuenta de que el viejo no le miraba a los ojos y se sintió doblemente dolido.

—Lo entiendo —dijo Iván tragándose el miedo.

En efecto, entendía que aquel hombre quisiera quitárselo de encima, como tantos otros que le habían abandonado al darse cuenta de que era un perdedor con rumbo al infierno, aunque fuera con

la «noble excusa» de afrontar la vida tal cual venía. Pero en realidad pensaba que aquel viejo senil estaba cometiendo una injusticia. Sí, finalmente había llegado la hora de dejar «los brazos de la madre» para comenzar un nuevo y horripilante camino que sabía que encontraría lleno de piedras punzantes y zarzas pegajosas. Todo lo que había vivido hasta entonces no sería nada comparado con lo que le podría sobrevenir, y aquellos pensamientos le provocaron un escalofrío que no desaparecería hasta bien entrada la noche, cuando por fin se quedó dormido.

\*\*\*

Dos días después de la noticia, las maletas ya estaban preparadas, como el día que tenía que irse de su piso. Se vistió con parsimonia, no por nada, simplemente no podía hacerlo más rápido. Se puso la americana y el abrigo, y se ajustó la corbata recordando como lo hacía su madre, con una delicadeza celestial. Después observó la habitación durante un rato antes de salir: probablemente no la vería nunca más. José le esperaba en el comedor y llevaba una pequeña caja con él.

—Aquí tienes —dijo el pintor dándole un trozo de papel escrito a mano que se había sacado del bolsillo del pantalón—, esta es la dirección de la pensión de unos antiguos conocidos. Está en la calle Hospital. Se llama Pensión Bohemia. Si les dices que vas de mi parte te harán un precio especial.

—Ah, gracias —dijo Iván, aliviado al no tener que pensar donde pasar la noche mientras se guardaba el recorte en el bolsillo del abrigo.

—Entiende que no puedo alojarte en mi casa más tiempo. Tienes que hacer tu vida, y yo la mía. Toma —dijo el anciano abriendo la cajita y ofreciéndole unos billetes—. Son trescientos euros.

—¿Pero qué hace? No, no puedo aceptarlos, ¡de ninguna manera! —Sus manos no salieron de los bolsillos en señal de rechazo.

El viejo mantuvo el brazo estirado hacia Iván y sacudió los billetes para que los cogiera.

—Venga, hombre. No seas idiota y cógelos. —Volvió a agitar el dinero—. Cógelos, hazme el favor.

—Tengo dinero —le rebatió Iván, sorprendido al ver que el hombre que le había expulsado de aquella manera tan insensible como lógica, ahora sentía remordimientos—, venderé el anillo de casada y los pendientes de oro de mi madre. No se preocupe.

—¡¿Como?! ¡Las joyas de la familia no se venden! ¡Si acaso como último recurso, hombre! Y, además, con el dinero que te dieran no tendrías ni para ir hasta la vuelta de la esquina. ¡Cógelo o pensaré que eres un imbécil rematado!

Iván, vencido por el baño de realidad tan contundente, no se pudo negar.

—Gracias. Espero devolvérselos pronto.

—No te preocupes, considéralo como una inversión a fondo perdido. —Después se justificó—. Es lo último que puedo hacer por ti.

\*\*\*

Aunque el sol brillaba y la calle daba una lección de vida, Iván no pudo apreciarlo, y cuando llegó ante la pensión la observó con desconuelo. El distintivo que indicaba el tipo de establecimiento turístico estaba cubierto por todo tipo de pegatinas y hacía juego con la puerta enrejada que lucía pintada con grafitis. El rótulo, que rezaba: «Pensión *hostel* Bohemia», estaba ligeramente torcido y cubría otro más antiguo.

«¡Agárrate fuerte!»

Plantado frente a aquel esperpento de portal, cargado con sus maletas, apretó el minúsculo timbre que también estaba pintarrajeado y miró la hora en el reloj de pulsera que había

recuperado después de muchos años. No hubo respuesta. Tras dos tentativas más, golpeó la puerta pensando que probablemente el timbre no funcionaba. Una vez, otra y otra más, hasta que un hombre alto y delgado que apareció de la nada le apartó para empujar la puerta y entrar dentro sin mediar palabra. Iván le siguió escaleras arriba levantando la maleta a peso, manteniendo el equilibrio para no caerse hacia atrás y rozando la bandolera por la pared debido a la estrechez de la escalinata. Cuando llegó al primer piso, jadeaba. «¡Mierda de vejez!» El hombre había desaparecido, pero ya no lo necesitó más al ver un cartel en una de las puertas que indicaba «recepción».

El recepcionista era seco por fuera y por dentro, y le miraba con recelo.

—¿Qué quiere? —dijo levantando una ceja.

—Quería una habitación.

—¿Cuántos días?

Iván interrumpió el interrogatorio para explicarle que venía recomendado y que tenía que darle un buen precio, pero parecía que aquel individuo no tenía ni la más remota idea de quién era José, ni a qué se refería con lo del descuento.

—¿Cuántos días? —repitió el tipo.

—Quizá sean bastantes, depende del precio que me dé... —dijo Iván entreabriendo los labios.

—Hasta el 24 —dijo con contundencia—, tengo libre hasta el 24 de febrero. Habitación con baño compartido. Veinticinco euros la noche. No se puede fumar. Si quiere toallas hay un suplemento de tres euros, y el pago va por adelantado.

Sin decir nada, no fuera que se arrepintiera, Iván puso sobre el mostrador los ciento cincuenta y tres euros para la habitación y las toallas.

—¿A nombre de quién?

\*\*\*

Y allí se encontró, sentado en la cama que traslucía noches de insomnio y de dolor de espalda, aún con el abrigo puesto y apoyado sobre las piernas. Entonces, se dio cuenta de que estaba cogiéndose las manos con los dedos entrecruzados.

«¿No me digas que vas a rezar?»

Se sintió miserable. No tenía opciones de elegir, tal y como se había convencido todas aquellas veces en las que había conversado con José, sino que había claudicado ante la adversidad y ahora pagaba las consecuencias dentro de aquella estancia tan fría.

La habitación era oscura porque estaba en el segundo piso de los cuatro que tenía el edificio, y daba a un patio interior pequeño y sucio que pudo ver a través de la ventanilla enrejada, cuando subió sobre la cama. Aquel habitáculo apenas tendría seis metros cuadrados y la cama, de tamaño de matrimonio y que habían colocado de través al fondo de la habitación —si se le podía llamar fondo—, estaba acompañada por unas estanterías y una especie de escritorio que no dejaba mucho espacio libre para las maletas. Aunque el tipo de la recepción le había advertido de que no se podía fumar, el cuarto olía a tabaco y las paredes tenían humedades. La pequeña televisión que había colgada de un mugriento soporte parecía que iba a caerse a los pies de la cama cuando estuviera durmiendo.

Después de haber pasado por la habitación, el baño compartido no le pareció tan terrible. Pese el moho que invadía las baldosas de la ducha y la cortina de baño, el óxido del soporte para una botella de jabón de vete a saber qué año, los enchufes asesinos listos para captar cualquier víctima imprudente, y las manchas marrones y amarillas que había en el fondo y bajo los bordes de la taza del inodoro, pudo hacer de vientre, si bien no pudo expulsar los nervios y los rencores.

«¿Una birra?»

\*\*\*

Los días siguientes intentó hacer lo que se suponía que tenía que hacer, una vez más. Después de esperar que otros huéspedes salieran del baño se duchaba rápidamente —como si eso le inmunizara a la hora de coger una infección o cualquier otra cosa— y luego se lavaba los dientes; el afeitado lo dejaba siempre para otro momento, que nunca llegaba. Luego, en la habitación, extendía las toallas sobre el escritorio para que se secaran a lo largo del día.

Había encontrado un bar casi al lado de la pensión donde ofrecían wifi gratuita y cada mañana iba para comerse la oferta del desayuno, revisar las opciones de trabajo y, si había suerte, inscribirse en alguna que fuera adecuada para su perfil, que cada vez veía más desdibujado. Entonces, daba una vuelta por el barrio por el que había paseado tantas veces observando las idas y venidas de hombres y mujeres de todas las nacionalidades, mirando a quienes compraban, a los que pasaban el rato sentados en los bancos, a los mendigos, a los que hablaban por teléfono o empujaban carros llenos de chatarra. Al borde de la calle de En Robador vio a las prostitutas intentando llamar la atención de posibles clientes y a sus secuestradores, que vigilaban las esquinas. Ahora ya no reconocía a los guiris, ni a los estudiantes, ni a los *skaters*, ni veía los bares glamurosos escampados por todas partes decorados con luces de colores. No. Ahora ya no contemplaba un barrio pintoresco y bohemio, sino un lugar lleno de miseria, como la que él estaba empezando a conocer.

Cuando se cansaba de dar vueltas, hacia mediodía, pasaba por uno de los supermercados, compraba pan y cualquier cosa para acompañarlo además de una botella de agua para dejarla en la habitación y, ya adentro, se comía el bocadillo mientras veía en la televisión cualquier tertulia que hiciera ruido; algún programa que le pusiera en contacto con la vida «normal» que había perdido de vista. Después, cargaba el ordenador y el móvil y se dejaba caer en la cama donde, a pesar de romperle la espalda, se quedaba profundamente dormido por el cansancio que le producía el simple hecho de aguantar el tipo ante la adversidad.

Por las noches, el baño que le quedaba al lado de la habitación desprendía una pestilencia que no le dejaba pegar ojo y, entonces, Iván salía del saco de dormir y se escapaba de nuevo de la pensión. A pesar del frío y la humedad, paseaba por la Rambla hasta el puerto y a veces más lejos, bebiendo de un horrible cartón de vino que apenas conseguía calentarle el alma, mientras pensaba en todo lo que le había sucedido. Intentaba reconstruir las caras de todos aquellos que le habían abandonado, esforzándose por no olvidarse de quién era.

Cuando volvía, de madrugada, hacía una parada en la Plaza de Salvador Seguí y se sentaba en uno de los bancos para observar la soledad de la noche y sus habitantes, que se congregaban a menudo por los alrededores de la filmoteca. Todo el mundo dormía, excepto algunas prostitutas y otros hombres con la misma actitud que los que había visto por la mañana. Sin duda eran proxenetas o traficantes de drogas; sus caras agrias casi lo llevaban escrito en la frente. La policía no parecía rondar cerca a esas horas, pero Iván no tenía miedo: el alcohol relativizaba las cosas.

\*\*\*

La cuarta noche que salió a rondar se acordó de Estel. Ella le había dicho que no quería saber nada más de él y, ahora, Iván sabía que la posibilidad de insistir se había esfumado. Nadie querría saber nada de una persona tan jodida y marginada como él, y se sintió aún más desgraciado.

«También fue decisión tuya dejarla ir, ¿no?»

Pensaba que ya había conseguido quitársela de la cabeza, pero parecía que ni el alcohol ni la

caída en picado le ayudaban a olvidarla. «¿Qué puedo hacer?», se preguntaba una y otra vez sentado en el banco de la plaza. Y después de mil «quépuedohacer», sin saber cómo, o quizá sí lo sabía, se le ocurrió «la estupidez» de reclamar los servicios de alguna de aquellas prostitutas. Montárselo con alguna de aquellas mujeres se reveló como una buena manera de reparar el desprecio que había sufrido por parte de Estel, de desbravar el despecho que se obligaba a sentir, y también de desahogarse, como cuando lo hacía con Nadia; directo al tema y sin sentimientos. Entonces su obsesión desaparecería, al menos durante una hora...

No había ido nunca de putas, así que no tenía ni idea de cuánto dinero tenía que pagar, ni dónde follarían, ni siquiera si conseguiría que se le levantara nada.

«Tranquilo, ellas tienen buena mano.»

Sin pensarlo más —quizá necesitaba una última copa para no dudar— pasó cerca de las chicas, que le miraban lujuriosamente y le incitaban a marcharse con ellas, unas probándolo con frases obscenas y otras insinuándose con un afecto tan falso como tentador. Iván comprobó que tenía la cartera en su sitio y eligió la chica que le pareció más inofensiva.

—¿Cuánto es? —preguntó con el rostro desencajado.

—Veinte. —A pesar de la decisión con la que contestó, la chica parecía estar asustada.

Él se dio cuenta de que la prostituta era casi una niña y se sintió como si fuera a cometer una atrocidad.

—¿Vamos? —insistió ella cogiéndole por el brazo.

«Venga hombre, ¡que solo son veinte euros!»

Miró a su alrededor, más allá de las otras prostitutas que se habían alejado unos metros a la espera de su decisión. En la esquina de la plaza con la calle de Sant Pau, un hombre alto y delgado fumaba apoyado en la pared y los miraba con suspicacia. Al verle tirar el cigarrillo y exhalar el humo con furia creyó conveniente decirle que sí a la chica.

Ella le guió hasta el *meublé*. No quedaba muy lejos. Aquella calle era una balsa de aceite comparada con la de En Robador. Subieron a una de las habitaciones y la chica, después de cerrar la puerta con un minúsculo pestillo, hizo que se sentara sobre la cama y comenzó a desnudarse. Iván la miraba aturdido, viendo todavía los ojos de Estel por todas partes y preguntándose cómo demonios podían permitir que aquella pobre niña se prostituyera. Sintió asco de la mierda que le rodeaba, y también de sí mismo.

«¡Hombre, que no es para tanto!»

Cuando ella comenzó a desabrocharle el cinturón, Iván le cogió las manos. Le dijo que parara y que le pagaría el doble de lo que le había pedido, por las molestias. La chica, desconcertada, insistió, pero él volvió a detenerla. Entonces ella, mientras se volvía a vestir, le pidió que esperara allí dentro la hora que le había pagado para evitar problemas con su proxeneta. Iván la miraba compadecido y, en señal de acuerdo, se dejó caer de nuevo sobre la cama para esperar. Ella se acurrucó a su lado, buscando su protección y él sintió que aquella noche había hecho una buena obra.

*PÁNICO*

Le quedaban ochenta y siete euros, concretamente ochenta y siete con cincuenta y tres céntimos. Como ya se esperaba, el trabajo no llegaba por ningún lado e Iván empezaba a ver su final en la calle, después de haberse gastado casi todo el dinero que le había dado José. Antes de dejar la pensión había buscado por Internet otro alojamiento que le permitiera continuar haciendo tiempo, solo hasta que llegara una oferta de trabajo, o de cualquier cosa, a esas alturas.

Cambió la sórdida pensión en el Raval por un albergue en el barrio del Guinardó, en una calle empinada donde por diez euros tenía cama en una limpia habitación compartida con otras nueve personas. Allí se encontró con que no tenía intimidad y tenía que soportar las risitas, las miradas y los comentarios despectivos de los jóvenes turistas cuando se los encontraba por todo el edificio, y al pie de la litera, haciéndole sentir cada vez más viejo y ridículo. Además, la eterna algarabía de la juventud le ponía enfermo; hubiera preferido pasar lo que le quedaba de vida en aquella habitación de la Bohemia, donde podía disfrutar de la soledad sin chiquilladas a su alrededor y salir a dar un paseo al borde del mar. El albergue estaba situado en una zona casi residencial y no había ningún lugar donde poder rondar por la noche. No había gente, ni ningún bar cerca donde tomar una copa. Solo había más frío.

Se alojó allí hasta que los billetes se terminaron y tuvo que irse cargado con la maleta, la bandolera y el pánico para pasar la noche en la calle. Caminó carretera abajo siguiendo un rumbo cualquiera hasta llegar a la Plaza del Guinardó, donde se detuvo para tomarse un café. Allí estuvo casi una hora y media, hasta que el sol se puso, leyendo el periódico que el bar ponía a disposición de los clientes y tratando de no perder el control. Aún no podía concebir que tenía que pasar la noche en la calle y buscaba una salida desesperada a su situación. Estel vivía cerca. Quizá le acogería, al menos esa noche. O tal vez le echaría a patadas, como cuando la contactó por teléfono y ella le dijo que no quería saber nada más de él. Sin duda era lo que se merecía.

El cielo iba apagando su luz, e Iván sintió que la angustia le oprimía el pecho. «¿Y ahora qué?», pensaba, acojonado.

«¿Y tú eres quien ha pasado las noches en medio del Raval?»

La primavera y su clima atemperado se acercaban, pero él no sentía ningún tipo de calor. Ahora siempre tenía frío, y aquella noche más aún. Pagó con una de las monedas de dos euros que tenía en el bolsillo de la chaqueta y continuó el camino con el abrigo abrochado hasta arriba, arrastrando las maletas y su espíritu.

Vagó por las calles hasta que oscureció y, entonces, encontró un poco de intimidad amparado por las sombras que se formaban bajo las luces de la ciudad. Solo las ruedas de la maleta rozando las baldosas de la acera rompían el silencio de la noche, cuando la gente ya se había retirado a casa después de recoger a los niños de las actividades extraescolares y cenar. Entonces, la gente normal —como él había sido— se sentaría delante de la televisión para disfrutar de la mejor parte del día; aquella en la que las parejas hablaban sobre cómo les había ido la jornada, se abrazaban



y se besaban.

«¿Me lo parece o estás magnificando las cosas?»

No lograba encontrar un lugar para pasar la noche; ningún rincón era adecuado para dormir, fuera porque no se sentía seguro o porque había demasiado movimiento y la vergüenza se acentuaba cuando la gente pasaba por su lado, mirando sus maletas como si fueran bombas nucleares. ¿O tal vez era a él, a quien miraban? Se sentía como si fuera radiactivo y cuando encontró un pequeño supermercado compró un brik de vino para deshacerse de la humedad de la noche y dejar de sentirse el escarnio de todos.

Después de trincarse el litro entero, Estel volvió a sus pensamientos y le guió sin remordimientos hasta la calle donde ella vivía.

Y allí estaba, delante de su casa al otro lado de la calle, sentado en el suelo y apoyado sobre la maleta. Esperaba ver alguna señal, alguna sombra tras las ventanas para recordar algo que le retornara a la vida, pero ni siquiera había luz.

Una hora más tarde, como en una especie de milagro, la esbelta figura de Estel pasó por su lado con el paso firme que hacía cuando volvía de noche. Cruzó el paso de peatones en rojo para dirigirse hacia la casa. Abrió y cerró la verja del jardín con rapidez y, después, desapareció tras la puerta de entrada al edificio. Él no podía creerse lo que había visto y en su rostro apareció un rictus a medio camino entre la sonrisa y la melancolía. De repente, las ventanas se iluminaron y aquel hecho acentuó su estúpida expresión.

Un poco más tarde de las doce, las luces de la casa se apagaron. Primero las de abajo y, al cabo de un rato, las del piso de arriba, donde estaba la habitación en la que hicieron el amor aquel memorable fin de semana de finales de verano. Iván se levantó con dificultad, se cruzó la bolsa al pecho y levantó a peso la maleta para no delatarse al cruzar la calle y acercarse hasta la entrada del jardín. Después de asegurarse de que nadie le veía, se acurrucó ante la puerta enrejada situando la valija delante suyo y abrazó la bandolera para reposar la cabeza. Finalmente, había encontrado el mejor lugar para descansar.

\*\*\*

El despertador había sonado a las cinco y media. Hacía dos meses que Estel se levantaba temprano para ir a correr con una de las compañeras de trabajo que vivía al lado de la parada de metro de Congrés, y con la que tenía bastante amistad. Cada día se encontraban en la esquina de la calle Garcilaso con Felipe II y corrían hasta el Turó de la Peira para volver una hora después. Colocó el móvil en el brazaletes deportivo. Después cogió las llaves y un billete de diez euros por si acababan tomando un café.

Al salir al jardín volvió a coger el teléfono:

«Hola, Sonia, me parece que llegaré tarde porque tengo a alguien durmiendo en la puerta de casa y no se cuánto tardaré en echarle.»

El WhatsApp mostró el doble *check* azul.

«Llama a la policía si no lo ves claro. ¿Quieres que me acerque?»

«Espero que no hará falta, no te preocupes. Te digo algo dentro de un rato.»

Otra vez los *ticks* azules.

«Ok».

Estel cogió la manivela que colgaba del toldo de la ventana del dormitorio, por si necesitaba defenderse, y bajó hasta la puerta del jardín. Aún estaba bloqueada por aquel individuo y todos sus fardos.

—Perdone —dijo con miramientos—. Perdone, señor, tengo que ir a trabajar—argumentó con

la esperanza de que aquel indigente se apiadara de ella y no la obligara a llamar a la policía.

Aquel hombre no reaccionaba y se asustó. «¿Quizá está muerto?», pensó, inquieta.

Se agachó para acercarse y tocarle el brazo a través de la verja. Un momento después, aquel hombre levantó ligeramente la cabeza y entonces ella se sobresaltó profundamente.

—No puede ser —balbuceó entre dientes, incorporándose mientras se retiraba hacia atrás.

¿Era o no era Iván? Estel no podía creer que esa persona fuera quien le había parecido que era, y el corazón echó a correr. Sí, era Iván, le había reconocido, aunque le hubiera gustado no hacerlo. Pero... ¿cómo había ido a parar a su casa, así, con aquella pinta? ¿Y qué hacía con aquellas maletas?

Estel llamó a Sonia para decirle que no iría a correr y luego abrió la puerta, que todavía aguantaba el peso casi muerto de él.

—¿Iván?! —dijo nerviosa, tratando de sujetarle para que no se cayera del todo al suelo—. ¡Ay, Dios mío! ¡Reacciona! ¿Qué te ha pasado?

Él finalmente abrió los ojos del todo y la miró con una expresión que Estel no pudo reconocer.

—Perdóname —dijo él.

\*\*\*

La cafetera ya echaba humo y burbujeaba con ese ruido tan típico a la hora del desayuno. Estel la cogió y sirvió un café americano bien cargado a Iván, que no se atrevía a mirarla a los ojos, avergonzado por haberse atrevido a reclamar su atención de una manera tan pueril. Cogió la taza con las dos manos, aún con la humedad de la noche instalada en su cuerpo, temblando levemente.

—Dime, ¿qué te ha pasado? —preguntó Estel; intuía que la respuesta no le iba a gustar.

—He perdido mi piso —respondió abatido, casi arrepintiéndose de haber ido hasta allí para recrear de nuevo su calamidad.

—¿Cómo?! —exclamó ella al confirmar sus sospechas—. Pero... ¿Por qué no me has dicho nada?

En ese instante, Estel fue consciente de los meses que habían pasado sin querer saber nada de él y del mal innecesario que le había infligido aquella noche en la que Iván le confesó por teléfono que la quería. Fue hacia la ventana para buscar un poco de aire y huir de su entristecida mirada.

—Perdóname —dijo él otra vez, desconsolado.

—No hay nada que perdonar. —En el fondo, aún esperaba que Iván le dijera que estaba enamorado de ella, pero volvió a obviar aquel deseo—. Tengo que ir a arreglarme o llegaré tarde al trabajo. Tómate tranquilamente el café y luego descansa. Hay macarrones en la nevera, caliéntalos para comer —dijo con un tono insulso.

Sonia había vuelto a escribirle al WhatsApp, preocupada:

«¿Va todo bien?»

«Sí, todo bien. Tenía un indigente en la puerta.»

\*\*\*

El lunes más extraño de la vida de Estel fue, sin duda, aquel. Al llegar a casa después de trabajar no se daría el baño aromático de los lunes, ni cenaría tranquilamente mientras veía la televisión hasta que se fuera a dormir, ni llamaría a Oscar para darle las buenas noches. No. A cambio, se encontraría con la persona que tiempo atrás había querido y al que ahora casi rechazaba, y se sentiría culpable.

Cerró la puerta tras de sí. Las maletas de Iván seguían en el mismo lugar y solo había luz en la cocina. Al pasar por delante, vio en la mesa un plato sucio con restos de salsa de macarrones y un

tenedor que reposaba encima. Oyó el rumor de la televisión que venía de la sala y se acercó con sigilo: Iván estaba profundamente dormido, colocado de lado sobre el sofá, con una mano bajo la cabeza. Aún conservaba la dulce expresión que ella había adorado y que, de alguna manera, todavía la atraía. Llevaba puesto el traje y la corbata, que no abandonaba nunca. Pero algo había cambiado y no era la pérdida de peso, ni la barba, ni el pelo que lucía más largo de lo habitual.

—Hola. ¿Qué hora es? —dijo él al abrir los ojos.

—Son las ocho y media. ¿Has cenado? —Se hizo un moño, como siempre que llegaba a casa.

—He comido. —Él la miraba con cierto deseo bajo el resplandor titilante de la televisión que iluminaba la sala.

Estel cocinó una tortilla de patatas con cebolla y pimiento rojo, y puso la mesa para dos. Cenaron en silencio viendo las noticias que hablaban de los muertos en accidentes de tráfico durante el fin de semana y de la bajada de la tasa de desempleo. Iván resopló:

—Ya estoy harto de oír mentiras. —Ella le miró desconcertada—. Perdona, no tengo por qué darte la vara con mis preocupaciones.

—Tranquilo. No pasa nada.

Se hizo otro silencio. Estel miraba como él se acababa la tortilla con ansia, como si no hubiera comido en días, y sintió escalofríos solo de pensar en aquella posibilidad. No podía creerse lo que estaba pasando y se preguntaba como Iván había llegado hasta ese punto, por qué había venido a su casa y que quería de ella.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —dijo cuando se levantaba para ir a buscar el postre—. ¿Quieres un yogur? —gritó desde la cocina.

—Lo que sea ya me va bien.

Cuando regresó al comedor se sintió extrañamente observada y francamente incómoda.

—Me has de perdonar, pero solo puedo alojarte aquí esta noche. Hace tiempo que vivo con alguien... —mintió.

Se hizo un silencio aún más engorroso hasta que Iván reaccionó.

—Entiendo...

—Lo siento, ahora mismo no puedo ayudarte mucho.

—Claro. No me tienes que dar explicaciones de nada.

Para salir de aquel mal paso, Estel se mostró fría y le habló de los albergues para personas sin hogar que había visto en un reportaje de la televisión. Le dijo que había uno en el barrio del Raval:

—¿Quieres que te busque la dirección?

—Sí —respondió por inercia.

Como el yogur, todo se había acabado; no quedaba nada entre los dos. Solo un vacío lleno de conjeturas sobre qué habría pasado si hubieran sido pareja.

«¿Has oído bien lo que te ha dicho esta tía?»

El mero hecho de pensar en pisar un lugar como aquel le hacía estremecer. Ir a un albergue para personas sin hogar sería la muerte en vida, asumir que todo había llegado a su fin, y que ya no le quedaba nada ni nadie; ni siquiera la esperanza de sentir que alguien le ayudaba.

Iván cogió el trozo de papel con la dirección de la fundación que ella le había escrito y lo puso en el bolsillo. Evitaba mirar los ojos que tiempo atrás le habían acogido con ternura, pero que ahora le repelían.

—Gracias. —Utilizó una parte importante de su energía para guardar las formas.

—Mañana tómatelo con calma. Date una buena ducha y desayuna bien —dijo ella con la seguridad que Iván le había visto en la oficina en aquellos tiempos en los que trabajaban juntos—.

Cuando salgas, cierra las puertas de golpe.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Iván sintió como Estel rondaba por el piso y por la sala, pero continuó con los ojos cerrados esperando no sabía qué.

«¿Un beso de buenos días, tal vez?»

Lo que en algún momento había deseado que pasara no ocurrió. Ni aquello, ni nada. Simplemente, después de arreglarse y desayunar, ella desapareció como un espectro.

Cuando Iván se levantó tenía la espalda dolorida de haber acumulado tantas horas en el sofá. Antes de comer algo, como sabía que ella no volvería hasta la tarde, paseó por el piso buscando alguna señal que le confirmara lo que no se había creído: que ya tenía otro hombre en su cabeza y en su cama. Subió a la habitación y abrió los armarios en busca de alguna prenda que hubiera podido dejar su amante para, después, revolver los armarios del lavabo por si veía algún cepillo de dientes o alguna maquinilla de afeitar, o perfume, o cualquier objeto que evidenciara que el corazón de Estel ya estaba ocupado y que justificara la frialdad con la que le había tratado. Pero no encontró nada y su desesperación se hizo más grande.

Aunque solo fueron diez minutos, le pareció que había pasado muchas horas sentado en el sofá agarrándose la cabeza con las manos y con los ojos cerrados para controlar la respiración, que quería irse vete a saber donde. Cuando la pudo acompañar, aprovechó para ducharse, desayunar e intentar hacerse a la idea de lo que le venía encima y a lo que tenía tanto pánico de asumir.

«¿Quieres decir ir a parar a la calle?»

La muerte sería mejor que lo que se tragaba con la saliva. El terror era feroz, tanto como la rabia que le sobrevino pensando en todo lo que le había sucedido y en toda la gente que le había tomado el pelo escandalosamente. Estel le confirmó lo que pensaba. Entonces, la indignación le hizo preferir ir a la calle mil veces antes que volver a vivir la mentira que había sido su vida, llena hasta arriba de mierda hipócrita.

Ya con el abrigo puesto, listo para salir por la puerta, descubrió una nota y dos billetes de cincuenta euros que Estel le había dejado sobre el mueble del recibidor:

«Buenos días, Iván, te dejo cien euros por si te sirven de ayuda. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. Siento mucho todo lo que te ha pasado.»

Sin pensarlo, Iván escribió en la parte de atrás.

\*\*\*

«Siento que te sientas así. No puedo aceptar el dinero. Gracias por todo. Ya nos veremos.»

Estel estrujó la notificación con amargura y lanzó la bola de papel sobre la mesa de la sala. A pesar de que sabía que había echado a Iván con crudeza, no se esperaba aquella réplica tan arisca. Se sentó en una de las sillas a oscuras, y entonces se dio cuenta de que el silencio era más aterrador que todas las explicaciones y los reproches que se hubieran podido decir. Las plantas de los pies le hervían y se quitó los zapatos. El día había sido espantoso; la cabeza le había dado mil vueltas durante la jornada y se había preguntado una y otra vez por qué Iván había tenido que aparecer aquella mañana para olvidar, y de esa manera, para remover unos sentimientos que ella se había empeñado en dejar atrás. Hacía tiempo que el rencor había ganado; el amor se había corrompido y se había convertido en una hostilidad voraz que ella misma dejó sobre el mueble del recibidor en forma de escrito junto con un dinero que sabía que no solucionaría nada. La frialdad con la que había tratado a Iván la noche anterior se había alojado en su corazón, pero no había evitado que sintiera una desazón castigadora desde que le dejó aquella nota envenenada al salir de

la casa. ¿Qué se suponía que debería haber hecho? Ella no podía hacerse cargo de él como si fuera su madre. Solo habían compartido dos días de ceguera mutua aquel verano en el que conoció el estallido de un amor incubado a fuego lento y, luego, el más absoluto de los desengaños. Tras abandonarla cruelmente, Iván había perdido la oportunidad de ser amado por ella. Era demasiado tarde; el mal ya estaba hecho y la decisión tomada.

*LA RONDA*

Al salir de casa de Estel, Iván sentía que el corazón se iba corriendo. Rabioso. Él lo siguió. Pero después de caminar durante unas dos horas ya no estaba tan indignado; solo tenía el alma dolorida, los pies asados y sentía que se le acababan las fuerzas por tener que arrastrar su pasado dentro de aquellas bolsas, cada día más pesadas.

La Rambla del Raval estaba iluminada por un sol primaveral que en otro momento le hubiera parecido enternecedor, y corría una brisa fresca que aún tenía reminiscencias del invierno. ¿Era martes o miércoles? Le daba igual. El caso era que, durante los días laborables, no había mucho movimiento, allí. A ambos lados del bulevar, todo el mundo permanecía estático en los bancos, en las esquinas y en las terrazas de los bares bebiendo, leyendo el periódico o gesticulando con los brazos mientras charlaban los unos con los otros. Todos menos el chico que llevaba el butano a los pisos, que picaba una varilla metálica contra las bombonas para avisar de que había llegado. Otros mozos descargaban de las furgonetas y los camiones los pedidos de bares y restaurantes delante de sus puertas. De vez en cuando, podía ver como el humo de los cigarrillos salía disparado hacia arriba desde alguno de aquellos espacios ocupados por gente de todos los rincones del mundo. Algunos turistas paseaban arriba y abajo y se hacían fotos —debía ser imposible resistirse— junto al Gato de Botero. También pasaban estudiantes con sus mochilas colgadas al hombro y un viejo solitario apoyado en el carro de la compra, vecino superviviente de la especulación inmobiliaria y de los sorprendentes cambios en el barrio; teniendo en cuenta que debía haber nacido en los años treinta, «sorprendente» era una palabra adecuada. Iván se sintió identificado con aquel anciano; parecía agotado, harto y decepcionado con la vida, y se podía ver claramente que la ciudad y todos sus habitantes le habían echado de la rueda.

«¿La del hámster? ¿No me digas que tú quieres volver...?»

Ahora ya solo se movía para buscar alimento, lo que, en el fondo, consideraba un absurdo e inútil instinto de supervivencia.

Los gritos de las cotorras revoloteando cerca de las palmeras y un grupo de estudiantes escandalosos le obligaron a moverse del lugar donde se había quedado clavado, junto a uno de los árboles. Sacó el papel del bolsillo que le había dado Estel con la dirección de la fundación Melissa, donde podría encontrar la ayuda de la que le había hablado. Llegó al sitio gracias a las indicaciones de los vecinos.

En la puerta de la fundación se quedó paralizado. Estuvo a punto de retroceder e irse, pero se lo pensó mejor.

—Buenos días —dijo la mujer que había en recepción, sonriendo—. ¿Qué necesita?

—Buenos días. Verá... —La recepcionista cambió su expresión al ver la cara desencajada de Iván.

—Dígame: ¿cómo puedo ayudarle? —dijo ella con una calma que también procuraba transmitir.

—Sí. Bueno... He perdido mi piso y ahora... —Al pronunciar esas palabras sintió pánico.

—¿Se encuentra en la calle?

—Sí.

La amabilidad de aquella señora era de otro mundo. Hizo que se sentara un momento hasta que apareció un hombre más o menos de su edad con una carpeta en la mano. Inmediatamente, Iván recordó aquel demonio de la comisión judicial en la puerta de su casa que también le había venido a ver con un portafolio lleno de crueldad.

Aquel ángel le dijo que se llamaba Luis, y esperó que él le dijera su nombre mientras le brindaba la mano para darle un fuerte apretón. «Iván». Entonces le hizo pasar a una sala, le ofreció un vaso de agua y escuchó su caso con atención. Después le explicó detalladamente qué servicios ofrecían en la fundación y qué recursos municipales tenía a su disposición para salir de la calle. A medida que iba explicándole las posibilidades que tenía le dejaba sobre la mesa trípticos que había subrayado y en los que había escrito notas. Le habló sobre los servicios sociales que ofrecía el ayuntamiento de la ciudad, y sobre varios planes para las personas en riesgo de exclusión, incidiendo en cómo iba lo del apoyo a la inserción sociolaboral. También le dio información sobre los centros de acceso directo donde podría dirigirse para encontrar un lugar donde dormir mientras no le hubieran derivado desde los servicios sociales.

—En el centro de día nosotros también ofrecemos el servicio de comedor y de higiene personal.

«¡Un catálogo impresionante!»

Cuando terminó de sacar todo aquello por la boca, aún ayudó a Iván a solicitar una cita para tramitar el servicio de cobertura de necesidades básicas y acceder al programa de inserción laboral.

—No lo dejes pasar, Iván —dijo Luis dando dos golpecitos sobre la mesa con el puño cerrado—, en esta visita examinarán tu caso, y lo más probable es que prioricen el apoyo para que encuentres un trabajo pronto. Tienes un perfil profesional muy bueno y seguro que lo conseguirás.

El hombre se levantó y él le siguió hasta la entrada, arrastrando la maleta. Se detuvo un momento e Iván guardó los trípticos en la bolsa.

—¿Has comido hoy? —dijo Luis.

Iván se sintió como cuando tenía trece años y sus padres le interrogaban para comprobar si se había terminado el estofado cuando volvían a casa, después de haber pasado el día fuera.

—Todavía no.

El ángel le indicó donde estaba el centro de día de la fundación, casi al lado. Iván se presentó, esa vez, sin dudar.

«¿Todavía no ha salido corriendo el instinto de supervivencia?»

\*\*\*

Hacía tantos días que comía de cualquier manera, que el pollo con patatas le pareció una delicia de aquellas que preparaban los grandes chefs en la televisión. Después de comer volvió a colgarse la bandolera y a arrastrar la maleta por las calles del Raval. Buscaba una tienda de compraventa de oro. Rondó durante casi una hora mirando y preguntando a la gente hasta que en la calle Hospital le ofrecieron un prospecto de color amarillo chillón que rezaba con letras negras mayúsculas un «Compro Oro» descomunal. Aquel papel, como el que tantas veces le habían ofrecido por la calle cuando salía a pasear —cuando hacía vida normal—, y que tantas otras había tirado a la papelera de turno al llegar a la siguiente esquina, ahora le pareció una bendición. La tienda estaba en la Rambla, junto al mercado de la Boqueria. Una vez allí, sacó la cajita donde

guardaba el anillo de casada y los pendientes de su madre y esperó que se los tasaran. Entonces se dio cuenta de que intentaba vender una parte de su vida.

\*\*\*

Con casi ciento cincuenta euros en la cartera, la ciudad había cobrado vida. De repente, podía tomarse una cerveza, o dos, o tres, en cualquier bar; o cenar una pizza de aquellas que se cocían en un horno de leña, o alojarse en alguna pensión para librarse de otra noche a la intemperie.

«Incluso puedes ir de putas...»

Se conformó con una cerveza bien grande para llevar que compró en uno de los bares del Maremagnum y se sentó en uno de los bancos orientados al mar, acompañado de sus fieles maletas. Allí respiró profundamente: sentía como el aire fresco entraba por las fosas nasales y expiró con lentitud. La brisa del mar le despeinó el flequillo y las solapas del abrigo, que llevaba desabrochado debido al inusual calor que hacía por aquellas fechas, aleteaban sutilmente. Después de beberse la mitad de la cerveza ya no le importaban mucho las miradas despectivas ni los comentarios de la gente, que detectaba a más de cien metros de distancia.

Fijó la vista en el Miraestels, que flotaba eternamente con la cabeza inclinada hacia atrás y las manos cogidas por la espalda. «¿Todavía busca “estrellas”, este?», dijo con despecho. El amor que había sentido por Estel se estaba convirtiendo en algo repugnante que le removería el estómago una buena parte de la tarde.

\*\*\*

Después de haber trajinado su caravana por todo el Paseo de Colón hasta bien arriba de la Via Laietana ya tenía hambre. Pidió una pizza para llevar repleta de carne picada y salsa barbacoa, y otra cerveza tan grande como fuera posible. Fue difícil encontrar un lugar resguardado donde poder cenar, lejos de las miradas de la gente y de la implacable iluminación naranja que se colaba por todas partes. Pero, finalmente, se puso a comer en un rincón de las obras que se hacían al lado de la muralla romana de la Plaza de Ramón Berenguer, medio escondido tras una de las vallas que cubrían los trabajos —a esa hora parados— con una malla verde.

Sentado en el suelo como un indigente, alcoholizado por el cúmulo de cerveza, miró el reloj. Eran pasadas las once y todavía no sabía dónde dormiría. No se preocupó en exceso, porque pensó en acudir a la pensión Bohemia; quizá aquel tipo tan «simpático» le proporcionaría otra habitación, aunque solo fuera por esa noche. Al día siguiente ya se volvería a buscar la vida.

Y allí apareció, tres cuartos de hora después de haberse desorientado y haber dado una vuelta de más. El timbre no parecía funcionar. «¡Ah no! ¡Que solo era empujar!» Pero la puerta no cedió ni hacia delante, ni hacia atrás. «Cerrado», murmuró con inquietud; ya se había hecho a la idea de dormir sobre un colchón. La calle Hospital no era el mejor lugar para descansar; demasiada gente y demasiados coches, y ningún asiento o espacio para poder poner el culo. Y, a pesar de que estaba baldado por la gran caminata del día, siguió adelante girando por la primera calle que hacía bajada. Fue a parar, unos metros más abajo, en medio de la calle de En Robador, donde las pobres chicas que había visto la noche en la que pidió sus servicios por primera vez se exhibían aguantando el tipo con los clientes y los proxenetas.

Al llegar al parque infantil que quedaba casi enfrente de aquel espectáculo nocturno, se sintió liberado de las miradas de todos aquellos con los que se cruzó por el camino y se tumbó en uno de los bancos. Entonces dejó la maleta a mano, abrazó la bandolera sobre el pecho y se cubrió con el saco de dormir, abriendo bien los ojos.

«Olvídate de dormir.»



De lejos, reconoció a la chica con la que había ido al *meublé*. Permanecía quieta junto a uno de los postes que evitaban que los coches aparcaran, en la parte más baja de la calle. Llevaba una falda muy corta y una camiseta rosa muy ajustada con un pronunciado escote que mostraba su joven canalillo. Era delgada y bastante atractiva para ser una niña, pero lo único que podía sentir por ella era lástima.

Los efectos analgésicos de la cerveza se estaban volatilizando; seguramente habían desaparecido con el rastro de orina que había ido dejando por el camino desde que había abandonado la muralla romana. Habría vendido su alma al demonio para tomar un vaso de whisky lleno hasta arriba e ignorar la mierda que sucedía a su alrededor; cosas que solo había visto tras la protección de la pantalla del televisor y que nunca habría pensado que viviría tan de cerca.

Cuando sus pupilas se acostumbraron a las sombras que proyectaban los árboles descubrió con espanto a un tipo pinchándose el brazo con una jeringuilla. Estaba apoyado en la valla que rodeaba el parque a escasos metros de donde él se encontraba y pudo ver como, instantes después, caía medio desmayado como si fuera un títere sin hilos, en silencio. Pensó que tal vez debería llamar al 112, pero su móvil estaba tan muerto como su capacidad de reaccionar con humanidad.

La calma tensa que había se rompió con una discusión a gritos que provenía de la parte alta de la calle de En Robador. Prestó toda su atención, pero no pudo entender nada porque hablaban en otro idioma. Lo que sí entendió fue el guantazo que debió oírse a kilómetros de distancia, y que luego vio escenificada calle abajo: una mujer caminaba a zancadas hacia la calle de Sant Pau con la mano en la cara, gimiendo y aún con fuerzas para escupir el último improprio antes de desaparecer detrás de la esquina. La chica del jersey rosa lo miró todo desde su posición y, después, volvió a exhibirse, esta vez mirando al suelo.

Iván temblaba de frío y de indignación disuelta en temor, y se sentía impotente y cobarde atrincherado tras el respaldo de ese banco mientras se preguntaba por qué la gente llegaba a ser tan cruel. No podía entender que aquellos bastardos actuaran con tanta violencia e impunidad sobre personas débiles e indefensas. Al no encontrar la respuesta, se tapó hasta arriba con el saco procurando ignorar el rumor de la calle, sus pensamientos tristes y coléricos, y la humedad.

\*\*\*

Había pasado una noche aterradora oyendo voces inquietantes, vigilando su espalda y sus cosas, y rezando para que aquel drogadicto no se muriera. Por suerte o por desgracia, no se mató.

Aquella mañana, Iván volvió a la pensión con la esperanza de encontrar una habitación que pagaría con casi los últimos euros que le quedaban. Tuvo suerte y se pasó tres días angustiosos durmiendo, comiendo y bebiendo. Solo esperaba que le echaran. Y ese día llegó e, inevitablemente, se encontró en la calle de nuevo. El hecho de haber dormido sobre una cama no logró ahuyentar la fatiga que le invadía desde hacía tiempo, y volver al abismo le daba escalofríos y unas ganas espantosas de volver a cerrar los ojos. Iván valoró la posibilidad de dormir durante el día como un buen remedio para no exponerse a posibles robos o agresiones nocturnas y, de paso, evitar las miradas impertinentes de la gente y de los turistas, que ocupaban todas las calles del barrio sin dejar espacio para la intimidad, ni para más cuerpos. Solo tenía que encontrar un lugar tranquilo para poder hacer el «vivac». Así que recorrió las calles durante unas horas. A veces volvía a pasar por el mismo lugar porque iba sin rumbo, pero continuaba empeñado en encontrar su espacio para dejarse llevar por el sueño. Finalmente, descubrió un rincón fuera de la zona de paso, resguardado con un techo en forma de bóveda de cañón que protegía y proveía de sombra una parte de la calle que lo acogía. Era una especie de pasaje donde no había ninguna tienda, ni apenas vecinos. Una antigua placa rezaba: «Distrito tercero, barrio primero. Calle del

Malnom». Sin duda, el mejor rincón que encontró.

\*\*\*

Y aquel plan funcionó. De día se instalaba bajo la bóveda y hacía algo parecido a dormir dentro del saco dispuesto sobre unos cartones que aislaban ligeramente su cuerpo de la humedad, pero que no evitaban la rigidez del suelo y de su espalda; cuando se levantaba gemía de dolor. En ciertos momentos del día, había visto pasar algunas personas y también algunas cucarachas por su lado, pero afortunadamente le ignoraron. A mediodía, si se despertaba, iba al «refugio» para comer o, si no, se compraba algo en algún paquistaní intentando no desperdiciar el triste capital que guardaba en la cartera. Después volvía a su madriguera para seguir durmiendo o, si tenía ganas, se acercaba a la Rambla y paseaba hasta el puerto, donde intentaba no pensar en qué se había convertido su vida.

Cuando oscurecía hacía la ronda hasta el parque infantil desde donde vigilaba los movimientos de las prostitutas y sus raptos. Estar cerca de las chicas y sus vidas tan terribles le consolaba.

«En esta vida todo es comparar...»

Pensaba que, si las custodiaba, aunque fuera a distancia, no les pasaría nada y se sentiría mejor, así que las espiaba desde el banco, bajo los árboles. Observaba cómo se marchaban acompañadas, como volvían solas aproximadamente al cabo de una hora y como, después, sus buitres se les acercaban para decirles algo al oído. A menudo recibían broncas y a veces sufrían agresiones que las dejaban atemorizadas. De hecho, desde lejos podía sentir el olor del terror.

«¡Cabrones!»

Tenía que ser horrible. Peor que horrible: saber que todos los días y todas las noches de su vida estaban obligadas a vivir aquellas torturas en forma de humillaciones, palizas y actos sexuales sucios, contagiosos y vejatorios.

Iván tuvo bastante por esa noche y se marchó, avergonzado y exasperado, con la cabeza baja para no encolerizarse más al presenciar alguna otra escena deplorable. Huía como un desertor que deja abandonados a sus compañeros en primera línea de combate a merced de un ejército indiscutiblemente superior.

«Lo que yo te decía, un cobarde.»

\*\*\*

Cuando se alejó de aquel infierno, aún estaba encendido y se quitó el abrigo. En su ofuscamiento, llegó enseguida a la calle de los Egipcíacos arrastrando la maleta como si tuviera plumas dentro, sin importarle si hacía ruido o no, y observando ciertos movimientos violentos hacia dónde se dirigía. Inmediatamente después, una mujer pidió socorro a gritos e Iván vio, unos cincuenta metros calle arriba, a un individuo que se le acercaba a toda velocidad clavando las gomas de las zapatillas de deporte en la acera, provocando unos chasquidos que eran más fuertes y estridentes a medida que se aproximaba. La mujer que había chillado corría tras él.

—¡Ladrón! ¡Me ha robado! ¡Socorro! —La mujer vociferaba como si estuvieran extirpándole las intestinos.

Iván abrió los ojos de par en par, y las fosas nasales, y la boca, preparándose para la acometida y, cuando el tipo llegó hasta donde él estaba, se interpuso en su camino para hacerle tropezar y caer al suelo. Sin pensarlo, se acercó para recuperar la bolsa de la señora, que casi había llegado hasta allí, pero el individuo se levantó con rapidez, sacó una navaja y la blandió con decisión hasta conseguir hacerle un corte en el brazo a Iván, que se echó hacia atrás con la mano sobre la herida, gimiendo de dolor. Luego perdió el equilibrio y cayó de espaldas mientras la

mujer bramaba pavorosamente pidiendo auxilio. El ladrón aprovechó que Iván había quedado fuera de combate para salir corriendo calle abajo con su botín y la mujer intentó perseguirle, pero pronto le perdió de vista. Después, volvió al lado del herido, que se había incorporado en el suelo agarrándose el brazo lleno de sangre y procesando todo lo que había pasado mientras hacía un balanceo nervioso adelante y atrás.

Y allí se encontraron aquellos dos espíritus, sin móvil, uno porque no lo tenía cargado y la otra porque se lo habían robado junto con la recaudación del día del bazar. Así que lloraba.

Por suerte, apareció otra mujer que llamó a una ambulancia y, mientras la esperaban, ayudó a Iván a contener la hemorragia del brazo.

—Es un buen corte, seguro que tendrán que ponerte puntos —dijo mientras le ponía un fular que se quitó del cuello y que dejó a la vista un generoso escote—. No es muy higiénico, pero servirá. —Intentó tranquilizarle al ver que empezaba a palidecer.

Con la colaboración de la otra mujer, le ayudó a estirarse y le puso el abrigo bajo la cabeza. Después, recogió sus cosas y se las acercó. Iván miraba a la señora que le había vendado el brazo con aquella especie de pañuelo; sus ojos azules le miraban con compasión, pero también con ternura, y no pudo hacer más que dejarse llevar por la inconsciencia al saber que aquel ángel cuidaba de él. Entonces se desvaneció hasta que llegaron los servicios de emergencias.

\*\*\*

Días después del episodio del robo, recordó la cita que había concertado para los servicios sociales, pero se le había pasado y tuvo que volver a la fundación Melissa para pedirles el favor que se la volvieran a tramitar. Así pues, aún tardaría varios días en empezar el programa de reinserción laboral. Iván se reprochaba el despiste y se preguntaba por qué se había metido en aquel follón que le había dejado una formidable herida en el brazo, y que le hacía tanto daño a pesar de los calmantes. Aquel malestar continuo se alió con el cansancio y un sueño crónico le llevó a su trozo de calle, donde caería en un letargo enfermizo.

Eran casi las cinco y media de la madrugada y Astrid volvía a casa. Caminaba por el medio de la calle, como era su costumbre, con las zapatillas «de emergencia» puestas por si tenía que salir corriendo y los zapatos de tacón en el bolso. Al pasar por la calle de les Egipcíaques no pudo evitar acordarse del incidente con el hombre de las maletas.

Ya se estaba haciendo de día y el servicio de limpieza del ayuntamiento estaba a punto de pasar para barrer y lavar las calles. Esa noche, uno de los dos clientes que aún contactaban con ella le había pagado más de la cuenta y se había guardado buena parte de los billetes en el sujetador.

Al llegar al portal de su casa volvió a ver al sintecho que a menudo encontraba tumbado sobre unos cartones durante las horas de sol. Pero aquella ya era la segunda vez que también le veía de noche y, de hecho, no parecía que hubiera cambiado mucho de postura desde entonces. Descansaba como siempre, pero no se había puesto a cubierto bajo el saco, dejando buena parte de la espalda al aire. «Lo peor que hay para coger una buena gripe.» Pensó que tal vez estaba enfermo y que podría necesitar ayuda; estaba harta de la negligencia propia y la de los demás, y de las escenas de violencia que a menudo quedaban impunes ante la mirada impasible de todos, así que se acercó sigilosamente para valorar la posibilidad de preguntarle si se encontraba bien.

Cuando se agachó pudo verle la cara. La sorpresa fue mayúscula cuando la vio. Aquel rostro pálido y sudoroso era, sin duda, el del hombre a quien había ayudado la noche del robo en la calle de les Egipcíaques. Reconoció su expresión de dolor, y también aquella manera de vestir y, ahora que se había fijado bien, también identificó sus maletas. La americana le hacía de almohada y dormía de lado mirando hacia la fachada del viejo edificio, con la mano derecha debajo de la oreja. Astrid vio que la manga de la camisa sobre la que descansaba la cabeza estaba empapada de sangre y se asustó. Puso la mano suavemente sobre el hombro del hombre para tratar de despertarle.

—¿Hola? ¿Se encuentra bien?

Se acercó un poco más para comprobar que respiraba, aunque con cierta dificultad.

—¿Necesita ayuda? —Volvió a tocarle, esta vez con más intensidad.

El hombre gimió y la miró de reojo, con los ojos entrecerrados.

—No quiero nada.

—Tiene una herida que está sangrando mucho. Puedo ayudarle a curarla, vivo aquí mismo, con mi marido —puntualizó para que no desconfiara—. En un momento le hago una cura.

Iván levantó la cabeza para mirarse el brazo ante la insistencia de la mujer.

—¡Hostia! —balbuceó asustado.

Se incorporó como si fuera un viejo de cien años mientras se tapaba la herida con la mano. Sudaba debido a la fiebre que la había dejado aturdido en aquel rincón y su camisa estaba casi empapada. Sentado con las piernas estiradas, hiperventilando y dolorido, miró a la mujer, que insistía en ayudarle.

—Estoy bien. Solo quiero dormir.

—En casa tengo una cama de sobra. Puedes dormir hasta que te canses —le tuteó inconscientemente.

Iván apenas podía pensar con claridad. Había dormido tantas horas seguidas que se sentía aturdido y exhausto.

—Te desangrarás, si te quedas aquí tirado. ¡Venga! Te ayudo a levantarte.

Astrid hizo un gesto de victoria con el puño cuando vio que el hombre intentaba ponerse de pie, y pasó el brazo sobre sus hombros para que se apoyara. Fueron poco a poco hasta la portería y ella empujó la puerta. «La cerradura no está arreglada, ¡panda de tochos!», Pensó, enojada.

El rellano, minúsculo y oscuro, decorado con unos buzones de hierro viejos y medio rotos, estaba presidido por una escalera de piedra estrecha y empinada. Las paredes guardaban recuerdos que hablaban de amor y de odio en forma de grabados hechos con una navaja o cualquier otro objeto puntiagudo.

Subieron los tres pisos penosamente y, al llegar, ambos jadeaban.

—Ya estamos en casa. —Registró el bolso para encontrar las escurridizas llaves del piso.

Adentro, Astrid comprobó que su marido aún dormía; estaba tranquilo, casi como lo había dejado, tapado con la sábana hasta la cintura, y respiraba profundamente.

—Ahora mismo bajaré a buscar tus cosas —dijo cuando salió de la habitación.

Iván esperaba apoyado en la pared del pequeño recibidor mientras ella llamaba a su mejor amigo, un médico jubilado que le había ayudado a salir adelante de más de una, y al que le había agradecido los favores pagándole en especie.

Lo que antiguamente Iván hubiera visto como un cuchitril, ahora le parecía un lugar acogedor, ideal para descansar y recuperar fuerzas para cuando empezara el curso, o la formación, o lo que fuera para volver a trabajar.

\*\*\*

Se despertó con mucha sed. La persiana bajada de la habitación casi no dejaba pasar la luz y, por unos instantes, pensó que se encontraba en su casa. Pero pronto aterrizó en la realidad y suspiró, afligido.

Aunque recordaba su periplo hasta la cama donde estaba tumbado y la visita del médico, se encontraba desorientado y mareado. Pensó en la mujer que le había ayudado. Debía ser unos años mayor que él, pero todavía mantenía un aire de fortaleza que ya hacía tiempo que él sentía perdido. Aquel rostro que le había parecido tan reconfortante con facciones nórdicas marcadas le era familiar. El brazo le dolía, pero la venda que le había puesto el hombre que le había atendido estaba limpia; ni una gota de sangre. «¿Dónde debe estar?» Yacía con la camiseta interior y los pantalones. Buscó el resto de su ropa y la encontró en una silla, convenientemente guardada. La camisa no estaba, pero sí la americana y la corbata. También estaban la maleta, su bandolera y el saco de dormir enrollado en un rincón junto a la mesilla de noche.

La puerta de la habitación chirrió. La mujer apareció con una jarra de agua y un vaso. Ya no llevaba la ropa que la apretaba por todas partes, ahora vestía un batín estampado en colores inverosímiles y unas zapatillas con orejas de conejo.

—Ah, ¿estás despierto? —dijo sonriendo—. ¿Cómo estás?

—Me duele.

—En cuatro o cinco días se te pasará. Toma. —Dejó un blíster de pastillas sobre la mesita de noche—. Antibióticos. Una cada ocho horas y te recuperarás.

Iván se incorporó y se tomó una, seguida de dos vasos de agua llenos hasta arriba. Después,

hizo la pregunta que rondaba por su cabeza:

—¿Por qué me ayudas?

Astrid se puso la mano en la barbilla y esperó unos instantes para contestar. No quería equivocarse.

—Me parece que eres una buena persona. Estuve en la calle de les Egipcíaques cuando ayudaste a aquella mujer a la que habían robado. —Apoyó una mano en la pared y puso la otra sobre su cintura antes de volver a preguntar—: ¿Por qué lo hiciste, tú?

Iván se quedó sorprendido rememorando la escena y, de repente, recordó la expresión de sus ojos azules mientras intentaba tranquilizarle cuando estaba tendido en el suelo, y también el fular con el que le había vendado el brazo .

—No sé... —Tosió—. Me parece que descargué mi rabia sobre un indeseable.

Ella lo miró con ternura e incredulidad; tenía un héroe en casa.

—No sé qué pasó con el pañuelo que me pusiste en el brazo... —dijo él, avergonzado.

—No te preocupes por eso, tengo un montón —dijo con seguridad—. Puedes quedarte aquí los días que haga falta, no te preocupes por nada. Ahora descansa, aún tienes fiebre.

Iván se sintió violento cuando la mujer se acercó para tocarle la frente y ella se apartó de inmediato.

—Perdona. —Se puso las manos en los bolsillos—. Voy a hacer la comida. Dentro de una hora y media te aviso por si tienes hambre. De hecho, déjame que te lo diga, aunque no la tengas deberías comer porque si no te vas a quedar como un fideo. —Cambió el tono—. Mi marido estará encantado de conocerte.

—Perdóname tú a mí. Gracias por ayudarme, ambas veces. —Sonrió más relajado—. Enseguida que me encuentre mejor me iré, no quiero molestar —dijo pensando que tal vez a su marido no le haría gracia verle por allí.

—No hay prisa. Por cierto, soy Astrid. —Estiró el brazo para darle la mano.

—Iván. —La apretó con fuerza.

Ella esbozó una sonrisa reconciliadora antes de cerrar la puerta tras de sí.

A la hora de comer, Iván se sentía mejor y buscó en la maleta algo de ropa limpia. Cuando salió de la habitación, se ajustó bien la corbata y se encontró con Astrid, que llevaba los cubiertos en la mano. «Llegas a tiempo.» Él los cogió y los llevó al comedor, donde el marido estaba sentado ante la mesa a medio poner. Entonces se acercó a él, nervioso, esperando cualquier tipo de reacción adversa.

—Él es mi esposo, Alex —dijo ella al aparecer con la jarra de agua en las manos.

El hombre hizo el gesto de saludarle con la mano izquierda e Iván se la estrechó; se dio cuenta enseguida de que esa persona no estaba bien.

—Encantado de conocerle. Me llamo Iván. —Pensó que tal vez tenía alguna enfermedad.

Durante la comida, como a Alex le costaba bastante esfuerzo hablar, Astrid fue la encargada de explicarle a Iván, entre otras cosas, que su marido era un ferviente seguidor de las telenovelas, que había sido conductor de autobús durante casi toda su carrera profesional, y que tuvo que renunciar a ella seis años antes de jubilarse a causa de un ataque cerebral. También le explicó que, debido a ese suceso, ella dejó de trabajar temporalmente para poder atenderle en el proceso de recuperación y que fue una etapa muy dura para ambos.

—Ahora estamos contentos porque ha hecho muchos progresos. Al principio casi no se podía mover. ¿Verdad que no? —le preguntó a su marido con ternura.

—No mucho —dijo él dejando la cuchara en el plato, con una sonrisa arqueada a un lado de la cara y gesticulando con la mano para representar un robótico «más o menos».

—Pues le veo muy bien, y me parece que tiene un buen sentido del humor. —Iván pensó que la vida era muy injusta y trató de animarle.

Pero aquella tarea no era necesaria. A pesar de tener sus días malos, el matrimonio había conseguido arrasar la mayor parte del desánimo que les había invadido al principio asumiendo estoicamente lo que les había pasado.

—El secreto es mirar al futuro sin volver la vista atrás —dijo ella.

Mientras se comían el postre, Iván les contó a qué había dedicado toda su vida, y cómo había acabado en la calle. A pesar de obviar los detalles más escabrosos, los anfitriones no pudieron evitar sorprenderse.

Después, Astrid le propuso que se quedara en el piso hasta que encontrara un trabajo a cambio de ayudar en casa.

—Ya lo hemos hablado Alex y yo esta mañana y estamos de acuerdo. —Miró a su marido para confirmarlo—. Se trataría de hacer algunas tareas del hogar como poner lavadoras, ir a comprar o acompañar a mi marido al fisioterapeuta cuando yo tenga que ir a trabajar. Cosas de esas. Hasta que encuentres un trabajo. Entonces podrías elegir entre irte o pagarnos un alquiler. A un buen precio, claro. Nos iría bien tener un inquilino, la verdad. Ya hemos alojado alguno, pero hace tiempo que no conseguimos a nadie; el piso no es muy grande y es difícil encontrar buena gente.

Iván vio como se abría una rendija de luz sobre el agujero negro en el que había caído, y pensó en la posibilidad de quitarse de encima el miedo y la indefensión que había sentido durmiendo en la calle. Entonces aceptó sin pensarlo.

—Con esta ya será la tercera vez que me salvas —dijo con la sonrisa que hacía tiempo que no mostraba.

\*\*\*

Ya le habían quitado los puntos del brazo y también se había entrevistado con la mujer de los servicios sociales, que le derivó a la siguiente visita. Los primeros días en casa de Astrid y Alex se sintió extraño; hacía muchos meses que no se acordaba de lo que significaba recibir atenciones y afecto de otras personas. Aún así, se adaptó bien a su nueva circunstancia, ya que siempre había sido una persona amable y atenta.

Durante casi una semana se familiarizó con los armarios y los cajones de la cocina, se instruyó en el funcionamiento de la lavadora y en cómo poner la ropa a secar en aquel minúsculo tendedero de la ventana del comedor. Acompañó a Alex a pasear y al fisioterapeuta, y vio capítulos enteros de telenovelas de todo tipo sentado a su lado. También bajó a comprar al supermercado un par o tres de veces, y aprovechó para cortarse el pelo y deshacerse de la barba.

Aquello era lo más parecido a una vida normal que había vivido desde que le echaron de su casa. Pero, a pesar de haber encontrado a aquellas excelentes personas que le habían acogido casi como si fuera un hijo, cuando iba a dormir no podía evitar que le vinieran a la cabeza todas las cosas que le habían pasado desde que le despidieron sin escrúpulos y, entonces, echaba de menos tomarse toda la cerveza que solía beberse para olvidar y pasar página, al menos hasta el día siguiente.

No era capaz de desprenderse de aquellos sentimientos de odio y rencor hacia todos aquellos con los que había compartido algún momento de la mentira que había sido su vida, y que llevaban su cerebro y su cuerpo hasta la extenuación. Y continuaba pensando que la injusticia se esparcía como una riada, dejando damnificados por todas partes, como Alex, o como las prostitutas que recibían lo suyo, o como él mismo. Pero tenía que seguir existiendo con toda esa mierda en su interior, esperando que algún día el mundo cambiara, o viniera el propio demonio para llevarse su alma y acabar con el sufrimiento para siempre.

\*\*\*

Padecía una especie de síndrome de abstinencia, pero se dio cuenta de que no era por el alcohol, sino por la falta de sus salidas nocturnas.

«¡Quién lo iba a decir!»

Una noche, cuando Alex ya se había ido a dormir, Iván y Astrid se quedaron charlando en el comedor. Allí mismo, ante un vaso de leche caliente, ella le contó que estaban muy contentos de tenerle en casa y que su presencia le estaba haciendo mucho bien a su marido. Después, le explicó cómo se las ingeniaba para llevar dinero a casa confesándole, con cierta vergüenza, que algunas noches ejercía como prostituta para complementar la paga por invalidez que cobraba su marido y el sueldo que ella ganaba cuando la contrataban como camarera de pisos.

—Mi marido no sabe que me voy a la cama con otros hombres, y menos por dinero. Empecé a hacerlo poco después de que sufriera el ataque. No encontraba nada que pudiera compatibilizar con su cuidado. —Se hizo un pequeño silencio—. Pero no es más que un trabajo que nos permite pagar los gastos del piso y de los médicos.

—¿Y qué le dices cuando tienes que pasar la noche fuera? —dijo Iván, impresionado por la



confianza que depositaba en él.

Que hago limpiezas para eventos, a menudo fuera de Barcelona. Entonces le digo que, como el metro no abre hasta las cinco de la madrugada, no puedo volver antes de la mañana.

Él se dio cuenta de que Astrid había llevado aquel peso encima mucho tiempo, sola, y que esa noche lo había liberado haciendo saltar unas solitarias lágrimas sobre sus pálidas mejillas. Pero las secó enseguida.

Después de aquella confidencia, Iván le expuso la suya: necesitaba salir por la noche y quizá llegaría tarde.

\*\*\*

Sí. Después de rondar por el barrio, acababa siempre la noche tomando tres o cuatro cervezas resguardado de nuevo en el parque infantil desde donde vigilaba todos los movimientos de la calle de En Robador, como aquellos días en los que se había dejado llevar por el desorden y el abandono. Ahora, sin embargo, era diferente, le parecía que era más fuerte y que su alma tenía otra oportunidad para vivir con dignidad.

La abstinencia que había sufrido le hizo salir cinco noches seguidas, en las que volvió a ver las mismas escenas de violencia contenida e incontinente en aquella calle de la amargura. Pudo revivir la repugnancia que sentían aquellas chicas y volvió a oler su debilidad. Se preguntaba por qué no huían y denunciaban su situación a la policía.

La quinta noche, Iván había cogido una buena tajada, pero no conseguía desembarazarse de los demonios del odio y la ira que volvían cíclicamente, y que trepanaban su cerebro de lado a lado. Aquellos malos espíritus destrozaban toda posibilidad de reconciliación con su pasado y sus personajes y, ahora, le obligaban a cargar contra los malnacidos que vigilaban a las prostitutas en las esquinas y que las martirizaban con insultos, amenazas, gritos y vete a saber qué otras cosas horribles. Les odiaba igual o más que a todos aquellos que le habían escarnecido. Intentó tranquilizarse buscando a la prostituta del jersey rosa, pero no la encontró. Y entonces rememoró la placentera sensación que se apoderó de él cuando se acostó en la cama con ella, solo para mirar el techo; era el sentimiento de alguien que tenía a quien proteger. Entonces se dio cuenta de que había empezado a obsesionarse.

«¿Estás jodido otra vez?»

Resguardado tras uno de los árboles del parque infantil esperó que apareciera con desazón y, al final, la vio llegar por la calle de Sant Pau, estirándose la falda hacia las rodillas y recolocándose el bolso. Llevaba el jersey de otro color y ya no parecía tan asustada como aquel día en que la tuvo casi en sus brazos.

Un poco más tarde, los gritos de dos hombres que se increpaban y gesticulaban a un peligroso metro de distancia acapararon su atención y la de algunos otros, los cuales se acercaron para incorporarse a la «conversación». Aparecieron algunas cabezas en las ventanas para volver a desaparecer inmediatamente. Después, la trifulca se terminó, y traficantes y proxenetas pudieron dedicarse a sus negocios.

Esa noche le tocó a la niña a la que él, aquel día en que quiso vengarse de manera absurda de Estel, había pagado cuarenta euros por no hacer nada.

«Bueno, para que se los quedara aquel carnicero asqueroso y larguirucho, eso sí.»

De repente, y sin razón aparente, aquel cabrón la empujó con violencia allí mismo, haciéndola rebotar contra la pared y caer al suelo ante las miradas impasibles de los demás. Unos cuantos vecinos volvieron a asomarse.

«¡Policía!». Alguien se había asustado.

Iván se estremeció cuando vio como ella se retorció de dolor, profiriendo unos gritos estremecedores que le atravesaron los tímpanos y el espíritu.

«¡Malnacido de mierda! ¡Hijo de puta!»

Se volvió pensando en salir corriendo y le pareció que sufría un ataque de ansiedad, uno de esos que hacían perder el norte de la respiración y la calma. Se tapó los oídos para no oír los aullidos pidiendo ayuda, pero solo consiguió amortiguar ligeramente los gritos. Nadie la ayudaba y seguía chillando angustiosamente.

«¡Ese torturador se merece una paliza!»

Harto de dejarse guiar por el miedo, Iván consiguió serenarse. Entonces se dirigió hacia la chica caminando con una decisión propia de otra vida, cogiendo aire y expulsándolo poderosamente. Iba directo a embestir a aquel maltratador con todas sus fuerzas, viendo como la escena que estaba dispuesto a detener se tambaleaba a cada paso.

El empujón fue extraordinario; tanto, que aplastó a aquel esperpento humano contra la pared y su cabeza recibió el primer golpe con violencia. Luego, antes de que el macarra cayese al suelo, le golpeó tan fuerte en la mandíbula que terminó de aturdirle.

«¡Con dos cojones!»

Y todo aquello, ejecutado en apenas veinte segundos, dejó a los asistentes boquiabiertos y provocó una avalancha de gente allí mismo mientras Iván, con la camisa medio fuera del pantalón, intentaba recuperar el aliento y se agarraba la mano dolorida.

Buscó la mirada de la chica, que gemía de miedo y de dolor mientras intentaba levantarse. Miraba a Iván con una extraña expresión entre el agradecimiento y la reprimenda. Después, él se fue de prisa, preguntándose qué demonios había hecho.

«Habías decidido hacer eso, ¿no?»

\*\*\*

Dos días después de la trifulca, ese tipo todavía no apareció por la calle e Iván llegó a pensar que tal vez le había matado, y que vendrían a detenerle. Pero aquello no ocurrió.

Era viernes por la noche, muy tarde, y todavía había movimiento de turistas y de gente ávida de fiesta por los alrededores de la filmoteca. Le pareció, entonces, que sería un buen momento para acercarse a la chica y tratar de convencerla para que saliera de aquella vida tan miserable que llevaba. Quizá, ayudarla a dejar esa mierda le daría sentido al momento en el que decidió pagarle por no hacer nada en el *meublé* de dos manzanas más allá de la calle de En Robador, y su vida, condenada a pedir caridad, volvería a cobrar significado. Pensaba que ella era demasiado joven para malvivir de aquella manera y estaba seguro de que podía y que, incluso, deseaba dejar la prostitución.

Desde que hizo desaparecer al proxeneta del mapa —no sabía por cuánto tiempo—, Iván no había parado de especular sobre las consecuencias que podrían suponerle a la chica haberse metido en sus asuntos. Pensaba que solo sería cuestión de tiempo que aquel tipo seco y siniestro volviera a la calle para hacerle pagar su intromisión, y se decidió a abordarla.

«¿Es que no has aprendido nada?»

Plantado delante, Iván invitó a la prostituta a marcharse con él, y ella se agarró a su brazo sin dudar.

—Por aquí no —dijo al ver que él seguía el camino hacia el *meublé* donde estuvieron la otra vez.

Caminaron cinco minutos hasta llegar a un callejón pobremente iluminado, con cuatro o cinco porterías viejas pintadas con grafiti. Cuando se adentraron, él se fijó en un chico apoyado en una

de las puertas; se disponía a inyectarse droga y le miraba como si le diera igual su vida, y todo.

—¿A dónde vamos? —dijo Iván al no ver muy claro donde se estaba metiendo y se detuvo. — Quiero hablar contigo.

—Hablamos allí —dijo ella señalando el final de la calle, mientras intentaba arrastrarle.

—No. Espera. ¿Cómo te llamas? —preguntó para intentar generar un clima de confianza, como cuando se ganaba a sus clientes en la empresa.

—Lenuta —respondió y volvió a tirar de su brazo.

—Lenuta, ¿no te das cuenta de que si sigues con esa gente puedes acabar mal?

—¿Tienes cuarenta euros? —Ella fue al grano ignorando la pregunta que le había hecho Iván, y le miró con lo que a él le pareció ternura. Luego, con terquedad, hizo el gesto de llevárselo hacia el fondo de la calle, pero Iván no se movió.

—Si me escuchas y respondes a lo que te pregunto, sí. —Aquella especie de chantaje parecía haber funcionado. O puede que no.

—Vamos allá, paga veinte ahora y veinte después de preguntar —respondió, coqueta.

Él sacó la cartera del bolsillo, cogió uno de los billetes de veinte que le había dado Astrid para ir a comprar al día siguiente y se lo dio. Después, una vez hubieron llegado al último portal, aún insistió:

—Ya tienes los veinte. Ahora escúchame: ¿sabes que puedes denunciar a las personas que te explotan, verdad?

La prostituta empujó la puerta, que cedió fácilmente.

—A mí no me explotan. Puedo dejarlo cuando quiera.

Ella puso el pie en el primer escalón y se impulsó para subir al segundo, pero Iván la hizo volver a bajar.

—Escúchame, yo puedo ayudarte. Solo pídemelo y vengo enseguida, y nos vamos a la comisaría —dijo con la esperanza de que sus palabras le dieran la suficiente confianza como para, al menos, considerarlo—. Piénsalo pronto porque el que te ha pegado va a volver, y puede hacerte mucho más daño.

La chica le hizo entrar en la portería, casi aplastándole contra la pared, y situó el muslo entre las piernas de él.

—Ahora cobro veinte euros —dijo ella con las manos en su pecho.

Él no se atrevía a tocar a quien le parecía una niña y puso las palmas de las manos en la pared. Comenzó a sentir palpitations y una agitación que no había experimentado en muchos meses. Entonces, sin decir nada más, cuando ella comenzó a desabrocharle el cinturón, supo que no huiría.

*MALOS PENSAMIENTOS*

Eran más de las dos de la madrugada y una lluvia casi torrencial sorprendió a Iván en la Rambla, cerca del museo de cera, en uno de sus paseos nocturnos. Esa noche, Astrid no llegaría a casa hasta casi las seis de la madrugada y él volvía pronto para no dejar a Alex demasiado tiempo solo. A esas horas ya no había mucha gente en la calle y con el aguacero todo el mundo terminó de esfumarse.

Hacía dos semanas que Iván esperaba que la joven prostituta viniera a pedirle la ayuda que le había ofrecido y cada noche, cuando comenzaba la ronda, pasaba por la calle de En Robador a una distancia prudente de la chica y de su macarra, a quien había golpeado, y que ya había vuelto a su lugar hacía unos días. Iván se aseguraba de que ella le veía, pero solo detectaba miradas furtivas que en algunos momentos le habían parecido señales de socorro y, en otros, miradas de pura seducción. A pesar de un cierto desasosiego, se había establecido la calma; nadie vendría a buscarle por haber enviado a aquel desgraciado unos días al hospital, y parecía que la conversación que había tenido con Lenuta no había tenido consecuencias para ella, así que había dejado de preocuparse en exceso.

Hizo el camino que le quedaba hasta el piso intentando pasar por debajo de los balcones de los edificios, pero no pudo evitar empañarse de arriba a abajo. Ya en la calle de Picalquers aceleró el paso para cobijarse bajo la bóveda de la calle del Malnom, en la siguiente esquina, para escurrir un poco la ropa y evitar dejar el piso encharcado. Cuando enfiló la calle de casa, se topó con una figura alta y delgada que le sobresaltó y que no le dejó tiempo de reacción. Cuando Iván se dio cuenta de que aquella sombra era el proxeneta a quien había humillado ante sus esclavas, este ya le había placado contra la pared del viejo edificio y le amenazaba con un cuchillo al cuello. El golpe en la cabeza que recibió por el empujón le había aturdido, pero fue consciente de que el hombre que en algún momento le había parecido escuchimizado, y al que había podido tumbar aquella noche en la que se lo sacó de encima a Lenuta, se había convertido en un gigante de cerca de dos metros tan fuerte como el hierro. Iván no fue capaz de decir nada. Con el antebrazo de aquella bestia empujándole con fuerza contra la pared y el cuchillo listo para cortarle el cuello, solo miraba a aquel esperpento con pavor. Entonces vio como se acercaba a un palmo de su cara. Le lanzaba un aliento de tabaco insoportable y el tono de voz bajo para no llamar la atención de los vecinos venía directamente de la ultratumba.

—¿Crees que no he visto cómo te paseas delante de mis narices todos los días, cabronazo? — dijo escupiendo—. ¿Ahora ya no eres tan valiente, verdad?

Apretó aún más el cuchillo y a Iván le pareció que le había hecho un corte. No se movía, aterrado, pensando que se desangraba.

—Los tres días que pasé en el hospital por tu culpa tuve tiempo para pensar qué hacer con un hijo de puta como tú. No sabía si pegarte un tiro o darte una paliza hasta que reventaras. Pero cambié de opinión.

A pesar de la afirmación, Iván todavía permanecía inmóvil. Se hizo un silencio aterrador.

—Nadie... nadie puede meterles en la cabeza a mis putas mamarrachadas de denuncias, ¿lo entiendes? —dijo el buitres—. Entrometerse en los asuntos de los demás tiene graves consecuencias, y tú no tienes ni idea de la que has liado.

Iván se tragó la saliva que no tenía y el macarra continuó con su discurso:

—La puta a la que intentabas engañar tiene un hijo en Rumanía, pero pronto dejará de existir gracias a ti —dijo mientras Iván se iba empequeñeciendo con los ojos tan abiertos que parecía que se le caerían de las cuencas—. Ese es el precio que ella pagará por haberme sido «infiel». Y por lo que a ti respecta, ya puedes salir por patas de la ciudad. Si te piras, a lo mejor dejaré que uno de tus amigos piojosos del tercero se libre del castigo. ¿Lo has entendido?

El monstruo ejerció más presión con el antebrazo y aplastó aún más el pecho de Iván, que empezaba a tener dificultades para respirar. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

—¿Lo has entendido ?! —repitió el delincuente.

Iván sacó un hilo de voz para contestar:

—Sí.

—¡Ah! Y ni se te ocurra ir a rajar a la policía. Si veo que un solo madero asoma la nariz por la calle Robador harás que muera más gente; todavía queda familia de Lenuta en Rumanía.

Iván no podía creer lo que escuchaba, pero los ojos de aquel criminal desprendían tanta maldad que inmediatamente supo que hablaba en serio, y se hundió. El proxeneta se apartó y también lo hizo la navaja al ver que el hombre estaba casi en estado de *shock*. Iván, extenuado, se dejó caer lentamente hasta que quedó sentado en el suelo; necesitaba recuperar el aliento. Se pasó la mano por el cuello y comprobó que sangraba.

—Tú te has librado por los cojones, así que dame las gracias, cabrón —esputó el gigante observándole desde arriba mientras plegaba la navaja—. Espero no verte el careto hasta la próxima vida.

\*\*\*

Cuando Iván llegó al piso, Alex dormía profundamente ajeno a cualquier peligro. Se sacó la americana y la colgó sobre el respaldo de una silla del comedor. Sentía el escozor de los cortes que le había hecho la navaja y cogió una toalla para secarse y contener las pequeñas hemorragias del cuello. No tenía fuerzas para cambiarse la ropa mojada, solo quería olvidarse de lo ocurrido, así que cogió las seis latas de cerveza que escondía en su habitación para cuando le pudieran hacer falta; y esa noche se la hacían. Necesitaba beber con urgencia para disminuir la ansiedad.

Faltaban pocas horas para que Astrid volviera a casa, tiempo suficiente para coger una mona de dimensiones desconocidas y caer en manos de la inconsciencia. Lo que le había dicho aquel malhechor era imposible de asimilar y le había dejado como si estuviera muerto por dentro.

Una hora más tarde, ya se había tomado tres cervezas y media y comenzaba a sentir que el miedo ya no le invadía. Ahora lo hacía el sentimiento de culpabilidad por haberse metido donde no le importaba. Incluyó su cuerpo adelante, sobre la mesa, y apoyó la cabeza entre los brazos golpeándola repetidamente contra la mesa en un movimiento compulsivo propio de quien se hace reproches e intenta borrar los malos pensamientos.

«¿Ves qué te pasa cuando te empeñas en causas perdidas? Nadie te necesita, ¡métele en la cocorota!»

No quería ni imaginarse que les pudiera pasar nada a las únicas personas que le habían demostrado tener humanidad, y a las que consideraba como su familia o más que eso; le habían salvado la vida y ahora se lo pagaba enviándolas a una muerte segura. Se bebió lo que quedaba de

la lata y después de apoyar la cabeza sobre sus brazos, se quedó inmóvil.

\*\*\*

Notó el tacto de una mano sobre el hombro, pero no se movió esperando que, simplemente, Astrid pasara de largo y le dejara solo. Pero sabía que no lo haría.

—¿Iván? —Acarició su brazo—. ¿Qué haces aquí, así?

En aquel momento Iván odió tanta amabilidad. ¿Cómo podía ser que después de haber hecho lo que había hecho todavía le dirigiera la palabra?

«¿Tal vez porque aún no le has contado nada?»

Levantó la cabeza para mostrar unos ojos llorosos que miraban hacia algún lugar, muy lejos.

—¿Te ha pasado algo? ¿No te encuentras bien? —Se sentó en una silla, a su lado, y dejó el bolso sobre la mesa, cerca de las latas vacías de cerveza—. ¡Tienes sangre en la camisa! —exclamó, preocupada.

—No es nada... Estoy bien —dijo él llevándose una mano al cuello.

—¡Venga ya! —dijo ella, mirando la toalla manchada de sangre que había en el suelo—. Ya veo lo bien que estás. ¡Si estás llorando!

Él lo negó con la cabeza y se secó las lágrimas y la nariz con la manga.

—Es horrible —dijo desconsolado—, quiero irme al otro mundo de una puta vez. ¿De qué sirve seguir viviendo si todo lo que pasa es repugnante?

Astrid, conmovida y preocupada, apretó el brazo con fuerza mientras escudriñaba su ropa buscando alguna herida.

—Vamos, hombre, dime qué te preocupa tanto. Seguro que tiene solución.

Iván se incorporó en la silla haciendo crujir la madera del respaldo. Ella se asustó al descubrir las heridas del cuello, pero no se atrevió a decir nada. Después, aún con los brazos inertes sobre el mantel, él le contó todo lo que había estado haciendo las noches en las que había salido. Le dijo que se había dedicado a vigilar a las putas de la calle de En Robador, que había conocido una y que se había obsesionado.

—¿Te has enamorado? —preguntó ella pensando que todo quedaría en una historia de amor imposible.

—No. Solo es una niña... Si supieras qué cosas tan horribles pasan... —volvió a inclinarse sobre la mesa, frotándose la frente con la mano una y otra vez, como si con ese gesto pudiera borrar de la cabeza todo lo que había escuchado.

Astrid ya sabía lo que pasaba en la calle con las prostitutas; había visto todo tipo de incidentes en el barrio.

—¿Entonces qué ha pasado? —dijo desconcertada, recordando las agresiones de algunos clientes cuando ella misma comenzó a prostituirse.

—Él desató otra lata de cerveza y la abrió bajo la mirada sancionadora de Astrid.

—No deberías beber más, Iván. Te sentará mal.

—Vi como aquel hijo de puta la golpeaba y yo... no lo pude evitar. —Ignoró la advertencia respecto al alcohol y bebió un trago supuestamente reconfortante—. Yo... golpeé a aquel cabrón con todas mis fuerzas y le enviaron al hospital, y luego... —Se encogió aún más—. Luego pagué a aquella chica para hablar con ella y ahora...

Tomó otro trago y continuó explicándole lo que le había pasado con el proxeneta junto al portal de casa.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho? No me engañes, ¡te he visto los cortes en el cuello! —exclamó Astrid, aún más nerviosa.

—Nada. Pero a ella... Dios, es espantoso —Volvió a incorporarse negando con la cabeza—. Me ha dicho que mataría a su hijo por haberme metido... ¡dijo matarlo! ¡¿Te das cuenta?! Al principio no me lo he querido creer, pero luego me he acojonado... Tú no has visto la cara de ese hijo de puta, ¡estaba hablando en serio! Esa niña tiene un hijo en Rumanía y ese puto degenerado le asesinará porque yo, un imbécil rematado, he intentado convencerla para que le denunciara a la policía. ¡¿Quién soy yo para aleccionar a nadie sobre su vida?!

—No te culpabilices, tú solo intentabas ayudarla. —Puso la mano sobre el hombro de él y se frotó los ojos al darse cuenta de la grave situación—. Cuando Alex se levante iremos a la policía a presentar una denuncia. Quizás detendrán a ese delincuente.

—¡La policía no! Si voy asesinarán a su familia... —dijo, a punto de llorar—. Y lo peor de todo es que os han amenazado a vosotros... Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Como he podido...? Es horrible... —Se imaginó la vida de uno de sus salvadores segada por aquel asesino y el destrozo que significaría para quien sobreviviera.

Astrid le miró, incrédula. No podía entender como Iván se había metido en aquel trance y se sintió indignada al saber que les había puesto en peligro a todos.

—Es horrible —repitió Iván—. ¿Cómo he podido pensar que todo lo que hice no tendría consecuencias? ¿A qué pensaba que jugaba, con esa gente? Me he equivocado, me paso la puta vida equivocándome. Ya no puedo más...

Preocupada y entristecida, Astrid se acercó a él al ver que las lágrimas le salían a borbotones. Le acogió en su pecho mientras le acariciaba el pelo, como lo había hecho la madre de él cuando era pequeño. Iván rompió a llorar desconsoladamente, abrazado a ella.

—¡¿Astrid?! —La voz de Alex desde el dormitorio les separó.

—¡Voy, amor! —dijo secándose los ojos.

Abrumada por la historia que le había contado Iván, hizo de tripas corazón para que su marido no se diera cuenta de que pasaba algo grave.

*POLVO DE ESTRELLAS*

Después de atender a su marido, Astrid fue a ducharse. Se preparaba para ir a dormir porque, solo unas horas más tarde, comenzaba a trabajar en un supermercado a pocas paradas de metro de casa. Era la oportunidad que había estado esperando para salir de la precariedad y la fatiga con la que el hotel le pagaba, y no podía permitir que los pensamientos nocivos sobre el incidente con aquel mafioso le estropearan su primer día de trabajo. De hecho, se obligaba a repetirse una y otra vez que las amenazas que habían recibido solo eran un farol y que no les pasaría nada.

Iván, que se había vuelto a inclinar sobre la mesa con la cabeza entre los brazos, la vio pasar por su lado de camino al baño y observó que le miraba de reojo. Entonces se sintió aún más culpable y avergonzado de los actos que les habían llevado a todos a la catástrofe. Arrepentido de haberse hecho el héroe en un mundo que no podía cambiar y aterrado ante la posibilidad de que les hicieran daño, no tenía el valor de enfrentarse a la mirada sancionadora de ella, otra vez, y permanecía inmóvil como si quedarse quieto pudiera solucionarlo todo. Pero en su cabeza bullían los pensamientos más negros. Se imaginaba las cosas terribles que podrían pasar después de haberse enmierdado con Lenuta y su proxeneta, y pensó en salir corriendo como alma que lleva el diablo, tal y como le había ordenado aquella escoria, para deshacerse de la carga insufrible de la responsabilidad y la desesperanza para siempre.

Al oír el ruido del agua de la ducha se levantó de la silla y, después de cerrar la puerta de su habitación para que Astrid no descubriera que los había dejado en la estacada, salió del piso con el corazón acelerado y el ansia descontrolada de quien necesita alejarse de las personas a las que ha fallado estrepitosamente.

La cobardía le hizo caminar y caminar, y pensar durante todo el día hasta que terminó por creer que esa misma noche, cuando las almas se hubieran retirado a sus casas, todo se acabaría definitivamente para él.

\*\*\*

Sentado sobre una de las piedras del rompeolas, Iván observaba la mar gruesa mientras se terminaba la cuarta cerveza de las seis que había comprado para apaciguar el sentimiento de culpa y el miedo. La primavera estaba cerca y, a pesar de que el día había sido espléndido, esa noche unas nubes en forma de algodón de azúcar azulado amenazaban con volver a soltar su rabia sobre la ciudad. Otras personas también se habían acercado al dique para disfrutar del aire libre.

Iván se aflojó la corbata y se estiró dejando caer las piernas en uno de los agujeros, entre piedra y piedra, que alojaba restos de pícnicos y fiestas más o menos salvajes llenas de colillas, latas de cerveza y condones. Cerró los ojos y también dejó caer la lata que había vaciado en ese vertedero bajo sus pies. El alcohol y el ruido de las olas, ora subiendo, ora bajando, y su cíclico estallido contra las rocas le adormecieron. En la duermevela podía sentir la brisa que soplabá



fuerte traspasando las fibras de la camisa, haciendo volar la corbata que golpeaba insistentemente su pecho como si quisiera avisarle de algo. Pero no le hizo caso. Le parecía que estaba tan cerca de su liberación, que se consideró exento de cualquier pensamiento o preocupación, y casi podía sentir que se fundía con la roca y se desintegraba en mil pedazos que desaparecían entre los componentes del granito.

\*\*\*

Cuando abrió los ojos ya había oscurecido y la gente que había pasado por su lado ya no estaba; no había ni rastro de la pareja que se besaba, sentada siete piedras más allá, ni de la familia que saltaba sobre las rocas y se hacía fotos, acompañada de un perro pastor que había ido a visitarle olisqueándole de arriba a abajo e incomodando a sus dueños, los cuales le llamaron desesperados desde la otra punta de la escollera. Pero Iván no se movió; ni cuando el chucho se le acercó, ni cuando esa gente le pasó cerca, de vuelta a tierra firme. De hecho, parecía que una especie de parálisis se había apoderado de su cuerpo y le había dejado indefenso ante los elementos.

La humedad había empezado a calar sus huesos y ahora temblaba de frío y de miedo; la batalla interior que le había martirizado durante todo el día, cuando caminaba por la ciudad, aún se libraba y no conseguía ver otra opción que la de desaparecer tras el terrorífico suceso de la noche anterior. No podía soportar la idea de que aquel criminal asesinara a un niño inocente por su ineptitud, y sabía que tampoco podría resistir que les pasara nada a Astrid y a su marido. No había otro remedio; en algún momento tendría que ser tan valiente —o tan cobarde— como para tirarse al agua y alejarse de la costa para no volver nunca más, como había hecho toda aquella gente en la pesadilla que no había olvidado y en la que el mundo se acababa, y también todo vestigio de sufrimiento. Bajaría a las rocas de la orilla, se lanzaría al agua y nadaría contra las olas para que el mar embravecido hiciera su trabajo y acabara definitivamente con su vida y con su tormento.

Se incorporó para abrir la penúltima lata de cerveza y se la bebió a pequeños sorbos, como si intentara retrasar lo inevitable. Y mientras engullía el anestésico, comenzó a pensar en el momento en el que, sacudido por las olas, haría la bocanada mortal. Después, tosería para intentar expulsar el agua que inmediatamente habría inundado las vías respiratorias y la tráquea produciendo una horrible sensación de ardor en el pecho. Y entonces se imaginó cayendo en un definitivo letargo por la falta de oxígeno; un estado que evitaría que continuara devastando a todo aquel que se encontrara en el camino hacia su destrucción, y que borraría para siempre las personas que le habían humillado, incluida aquella especie de conciencia que se metía por todos sus pensamientos y que, aquella noche, no apareció.

El mar proyectaba su furia contra las rocas; aún escupía reproches en forma de salpicaduras impertinentes contra el rostro desencajado de Iván. Entonces, el cielo comenzó a descargar su rabia lanzando improperios en forma de truenos y liberando el chaparrón que la nube había retenido como si fuera un rehén. Quien ya era casi un espectro se quitó los zapatos con parsimonia y se levantó fatigosamente con el objetivo de llegar al borde del rompeolas. Y allí se encontró, de pie bajo la lluvia torrencial, amenazado por las olas que golpeaban fuertemente las piedras y tambaleándose por el vértigo que le producía el alcohol y la indeterminación a ejecutar su sentencia de muerte. Entonces, indignado por el temor que sentía, gritó mirando cara a cara a la oscuridad:

—¡Ya estoy aquí! ¡No vienes a decirme nada, ahora, ¿verdad?! —dijo temblando y escupiendo el agua que le caía en la cara—. ¡Sal, si tienes cojones, y dime que esto es lo que querías! — Esperaba que el mismo demonio viniera a buscarle para llevárselo al infierno.

Pero no obtuvo ninguna respuesta. Solo sintió el latido del aguacero sobre el cuerpo y la

acometida de las olas, cada vez más violenta, contra la escollera. Después, la propia indecisión y la superficie escurridiza de la piedra bajo los pies le hizo perder el equilibrio, y una ola traicionera le abatió.

*LA OFERTA*

Entró al despacho. Estaba empapado, pero tenía que hacer la entrevista como fuera. Allí dentro había poca luz y hacía frío. Vio por el ventanal que presidía la sala como continuaba lloviendo.

El responsable de recursos humanos le esperaba de espaldas, meciéndose adelante y atrás en el sillón.

—Buenas tardes —dijo Iván mientras se sentaba en uno de los dos asientos que había dispuestos para los candidatos.

—Buenas tardes, señor... —El hombre giró la silla. Escudriñaba el currículum que cogía con las dos manos—. ¿Alimbau? —Lo dejó sobre la mesa sin dejar de mirarlo.

Iván no pudo evitar recordar el día en el que le despidieron y las manos le temblaban.

—Sí. Alimbau Adell —dijo en memoria de su madre.

Aquel joven llevaba una barba negra recortada a la perfección, un traje azul cielo planchado de manera impecable y una corbata perfectamente ajustada al cuello. Le recordó a él mismo años atrás, cuando pensaba que podía comerse el mundo. Tendría unos treinta años, si no tenía menos, e Iván se sintió tan viejo como si necesitara un bastón para caminar y le faltaran todos los dientes.

—Alimbau —repitió—. Con estos apellidos sería el primero en salir a la pizarra, en la escuela. —El niño continuaba removiendo su historial mientras abría un paquete de cigarrillos Winston que había cogido de un cajón—. Muy bien, pues. ¿Qué me dice de usted? —Todavía mantenía la mirada fija en el currículum.

—Si quiere le hago un resumen de mi vida laboral... —dijo incorporándose en el asiento, incómodo por la actitud impertinente de aquel tipo y la tirantez de la ropa empapada.

—Usted verá. —El bebé encendió un cigarrillo.

Iván se sintió despreciado por la desgana con la que aquel ser le trataba, e hizo una mueca al verle dar una calada. «¿No se supone que está prohibido fumar en espacios cerrados?» Odiaba el tabaco tanto como las entrevistas, sobre todo las que le dejaban indefenso ante la mente rebuscada del entrevistador que ponía a prueba su grado de necesidad, y aquella persona parecía tener una bien retorcida. Visiblemente contrariado, Iván comenzó a hablar sobre sus años de experiencia como comercial.

—Parece una buena trayectoria, pero no es eso lo que más me importa. —El niño había recuperado su apariencia adulta cuando Iván terminó su relato y, por fin, levantó la cabeza para mirarle fijamente—. Veo que le ha pillado la lluvia... —Dejó el currículum sobre la mesa, justo delante, y luego hizo otra calada bajo la atónita mirada de Iván, que no vio necesario confirmar la evidencia—. ¿Está casado? —Expulsó el humo por la nariz lanzándolo lejos.

—No. —Negó con la cabeza tosiendo y tapándose la boca con la mano—. Tampoco tengo hijos. —Intentaba disipar las dudas sobre su potencial dedicación al trabajo antes de que se lo preguntara.

—¿Algún familiar a cargo?

—Ninguno.

—Muy bien. —A Iván le pareció que aquel tipo se alegraba de que su madre hubiera muerto—. Busco una persona dispuesta a todo —decía gesticulando con las manos, moviendo lo que quedaba del cigarrillo de un lado a otro—, sin obligaciones y, por supuesto, sin límites. En resumen, quiero a alguien con coraje.

Iván escuchaba desconcertado; aquellos requerimientos no le parecían muy normales y se puso nervioso al darse cuenta de que no recordaba a qué empresa representaba aquel bocazas, ni cuál era el puesto de trabajo al que se presentaba. Intentó rememorar el momento en el que le habían contactado para concertar la entrevista, pero no lo logró, así que buscó algún indicio en las paredes a la caza de carteles o diplomas que le indicaran algo. Incluso escudriñó el bolígrafo que había sobre la mesa para buscar algún logotipo, y la cabecera de las hojas encoladas donde esperaba ver algún grabado que le revelara el nombre de la compañía en cuestión o le sugiriera alguna pista. Pero no encontró nada y volvió a mirar a los ojos al tipo, que le había estado observando con displicencia.

—¿Se considera valiente? —El joven hizo la última calada para volver a expulsar el humo mientras aplastaba la colilla contra un magnífico cenicero de cristal.

—Puedo desarrollar el trabajo perfectamente, si es eso a lo que se refiere con lo de «valiente» —dijo Iván a pesar de no saber dónde se metía.

—Las condiciones son duras o, más bien, diría que extremas —le advirtió quien ya parecía un siniestro maestro de ceremonias—, y tienen consecuencias irreversibles.

El surrealismo de la escena espoleó a Iván para que provocara a aquel personaje.

—¿Qué consecuencias? —Sonrió para quitar hierro a un discurso propio de una película de terror, en el que el protagonista habría caído en una trampa y una voz en *off* misteriosa la advertiría sobre las reglas de un juego macabro con la intención de que superara las pruebas, a fin de salir vivo—. ¿Ahora me dirá que podría terminar bajo tierra? —Si era sentido del humor lo que ese tipo buscaba, no dudaría en convertirse en el rey de la agudeza.

—Los honorarios lo valen. —El de recursos humanos encendió otro cigarrillo y volvió a expulsar el humo hacia el candidato para mosquearle todavía un poco más—. Y también lo vale Estel, ¿no?

Al oír aquel nombre, la expresión de Iván se volvió oscura y el corazón echó a correr como si hubiera visto pasar la muerte por su lado. Frunció el ceño mientras miraba a aquel insensato. Se sentía atacado y desconcertado.

—¿Como dice? —La respiración había alcanzado la velocidad de los latidos del corazón.

—Sí, hombre, la chica que le volvía loco.

Se quedó inmóvil para intentar asimilar que aquel personaje, al que no había visto en su vida, conocía su historia con ella y quién sabía qué más. Entonces pensó en algún tipo de emboscada rocambolesca por su parte, o quizá por parte de los compañeros de trabajo; una broma de mal gusto para divertirse con él.

—Aquella historia se terminó —respondió, escamado, dejando claro que no quería saber nada de Estel a quien fuera el tipo que tenía delante, y preguntándose por qué había entrado en su juego. Pero sintió la necesidad de seguir—. Me dejó colgado cuando me hundía, después de haberme hecho creer que me quería y que podía confiar en ella. Al igual que Nadia y todos los demás. No les pedía tanto; solo un poco de comprensión y de afecto. Pero no había nada —dijo asegurándose de que si alguno de ellos le escuchaba acabaría malherido—. Cada vez que pienso en la farsa que representaban cada día en el trabajo, y en el bar, y en mi casa...

—Pero usted participaba, ¿verdad? ¿No me dirá que no se daba cuenta cuando iba de copas o

follaba con aquellas putas?

La cuestión le trastocó y la dureza de aquellas palabras le hizo pensar que el tipo no venía de parte de nadie de la empresa, sino que era un loco que, definitivamente, le había estado espiando.

—No lo sé. Pero... ¿de qué va todo esto? ¿Por qué me ha hecho venir? —dijo mirando a aquel joven a los ojos; esperaba que le dijera que aquella broma de mal gusto se había terminado.

—Usted mismo nos envió la solicitud para la oferta y ha superado las diferentes fases previas de selección. ¿No se acuerda? Solo es mérito suyo haber llegado hasta aquí.

—Perdone —dijo, consciente de que tal vez se jugaba la que sentía como última oportunidad de volver a la vida. Solo sabía que tenía que conseguir el trabajo como fuera e intentaba recordar aquellas pruebas, sin éxito—. Sinceramente, he enviado tantas solicitudes que... ahora mismo no sé cuál es el puesto de trabajo que me ofrece. —Puso las manos sobre los muslos y se los frotó en un gesto de nerviosismo, y en un intento inútil de entrar en calor.

El joven le miró con una ligera sonrisa; alguien hubiera dicho que se lo estaba pasando en grande.

—No se preocupe. Basta con que me diga por qué cree que este trabajo está hecho para usted y el puesto será suyo.

A pesar de la frialdad de la estancia, Iván sudaba pensando en las diferentes opciones posibles que justificaran esa especie de teatro misterioso, y se le ocurrió que tal vez formaba parte de uno de esos procesos de selección en los que se ponía a prueba a la persona para valorar su nivel de iniciativa, resistencia y sumisión. Así que, teniendo en cuenta que se le pedía tener coraje, decidió ir al grano y dejar al descubierto su alma. Quizá era aquello, lo que buscaban; alguien que fuera tan temerario como para exponerse a perder la última oportunidad para volver a la vida normal mostrando su realidad sin maquillaje; sus defectos, sus miedos y sus pensamientos más negros. Después, esa especie de torturador le daría la enhorabuena por haber pasado la prueba y le pediría el número de cuenta corriente para ingresarle la nómina a fin de mes.

—Estoy esperando. —El demonio miró a Iván expectante y se recostó en el asiento, que chirrió.

—Por qué creo que este puesto está hecho para mí... —Exhaló despacio todo el aire que le quedaba antes de continuar—. Me parece que no le diré lo que quiere escuchar...

—¿Ah, no? ¿Y qué cree que quiero escuchar?

—Pues... Todo eso de la motivación, la responsabilidad y la actitud positiva, ¿no? ¿No es eso lo que se busca en un candidato? —No obtuvo respuesta—. Si después de escuchar todo lo que le diré me da una oportunidad, volveré a creer que hay humanidad, al menos en usted. —Iván lo apostó todo a la que solía ser una funesta carta en las entrevistas de trabajo: el baño de sinceridad.

—Explíquese —dijo el joven levantando las cejas mientras le señalaba con la palma de la mano abierta.

—Muy bien. —Cogió aire—. Para que lo vea claro, necesito el trabajo porque lo he perdido todo; he perdido mi carrera profesional, mi familia, mi casa, mi coche... Incluso todos aquellos que se hacían pasar por amigos míos... Ya no me queda nada, ¿entiende? Estoy cansado. He abandonado la búsqueda de trabajo y las expectativas sobre cualquier cosa, no soy capaz de decirle qué han desayunado mis contactos en las redes sociales porque paso de lo que hagan o dejen de hacer. Tampoco sé qué día es hoy, ni qué dicen las noticias, ni qué hago aquí. A menudo pienso que ojalá llegara el fin del mundo; me gustaría ver sufrir a todos aquellos que me han hecho daño. —Su mirada apuntó al suelo—. He visto hasta dónde es capaz de llegar la gente para lograr sus propósitos bastardos fruto de la soberbia y del miedo a ser persona ante los demás, y como

todos juntos huyen de quien cae al abismo sin ofrecerle ningún tipo de auxilio.

—Todo esto que me cuenta está muy bien. —El chico, lejos de sorprenderse, volvió a interpelarlo—. Así..., entiendo que usted se encuentra en el fondo de ese precipicio... ¿No me diga que no se daba cuenta de que Nadia y compañía le utilizaban? Posiblemente usted también sacaba algo de su relación con todos ellos, ¿no cree? —dijo poniendo a prueba al candidato.

Iván levantó la vista y clavó la mirada sobre aquel espectro. Temblaba como si un viento frío hubiera pasado por debajo de la puerta del despacho, y se encontraba mareado al notar cómo se le removían el espíritu y las tripas con aquella inexplicable entrevista. No sabía si la indignación que sentía, y que comenzaba a hacerle hervir la sangre, se debía a aquella impertinente intrusión en su vida privada o al hecho de volver a revivir todo lo que le había pasado.

—Podría ser. —Volvió a mirar de reojo el suelo, ignorando que Nadia también había salido a escena—. Puede que me diera cuenta... o tal vez todo me importaba una mierda. No lo sé. —Ahora miraba la mesa como si debajo hubiera un campo de malvas—. Supongo que simplemente les seguía el juego... No he podido ser más necio —dijo cerrando los ojos.

—¿Y ahora qué? —preguntó el reclutador.

Se hizo un silencio casi mortal.

—Más de una vez me ha pasado por la cabeza acabar con todo... Había pensado en subir al Castillo de Montjuic y tirarme al vacío desde la muralla, o nadar bien lejos de la costa hasta que no tuviera fuerzas para volver. Pero...

Otro silencio.

—Pero ahora hay gente a la que no quiere hacer daño desapareciendo. ¿No es eso? La parejita de la calle del Malnom...

Iván, al límite de su resistencia, se levantó con brusquedad de la silla y puso las palmas de las manos sobre la mesa para acercarse amenazadoramente a aquel demonio que le miraba con condescendencia; tan cerca, que la punta de la corbata rozó el currículum.

—¿Quién es usted?! ¿De dónde ha sacado esta información?! ¿De qué va, toda esta mierda?!

Todo su cuerpo temblaba, y jadeaba, exasperado. Esperó una respuesta allí, sobre la mesa.

—Cálmese, por favor. —Aquella bestia maligna borró la sonrisa sarcástica que le había acompañado todo el tiempo y apareció un rictus de disconformidad—. Ya veo que quizá me he equivocado con usted.

—¿Cómo? —Iván decidió volver a sentarse en la silla al ver peligrar la posibilidad de conseguir el trabajo que podría sacarle del atolladero que había probado de ahogarle durante tantos meses—. No, no se ha equivocado —dijo angustiado.

—¿Seguro?

—Ellos no significan nada para mí —le mintió—, intercambiamos intereses, nada más. Tengo una cama y comida porque ayudo en casa y acompaño a un viejo minusválido al médico hasta que consiga un sueldo, pero no hay nada más, ¡se lo juro!

—Ya. ¿Y aquella puta de En Robador?

Los ojos de Iván se inundaron al recordar el daño que les había hecho a todos ellos, y en su garganta se formó una bola que le infringía un dolor extremo. Conteniendo el desprendimiento de lágrimas, se preguntaba como había podido caer en el juego de la bondad y la compasión con aquellas personas a las que se refería su verdugo, y se reprobaba haber puesto en peligro otra vez la integridad de su alma exponiéndose a los sentimientos de los demás y a los suyos propios.

—Ha sido un error. —La bola metálica que tenía en la garganta no le dejó tragarse el arrepentimiento—. No debería haber entrado en sus vidas...

—Pero lo ha hecho —dijo el monstruo—. Y me temo que hasta que no aclare su situación no

podré hacer nada por usted.

—¡Pero...! —Iván volvió a sentirse como cuando le enviaron al ostracismo aquel mayo de hacía tres años, sin opción a réplica o reclamación, indefenso e impotente ante la determinación de su ejecutor.

—¿No me ha oído? —La expresión de aquel animal era lo más parecido a la de un inquisidor—. No me interesa nadie con compromisos o ataduras de ningún tipo, ¿se acuerda? Ha demostrado tener cierto valor dándole una paliza a aquel macarra, sí. Pero si cree que eso es suficiente para convencerme, se equivoca. Si quiere sobrevivir tiene que terminar el trabajo que dejó a medias para descargar su alma de cualquier responsabilidad. No permita que el miedo y la voluntad de los demás se interponga en su camino. Aún está a tiempo de enderezar su situación. Si finalmente decide abandonarlo todo y a todos, no dude en contactar conmigo. Eso sí, no se entretenga mucho porque se hará de día. Usted decide...

El propio demonio se levantó de la silla y dejó a Iván solo y helado. Entonces no pudo detener las lágrimas, que cayeron rodando por sus mejillas hasta que se detuvieron en sus labios, obligándole a probar el regusto salobre de la despedida. Veía el sacrificio que le había exigido aquel diablo como la única salida posible al tormento que sufría y aceptó las condiciones. La batalla que había librado con él mismo para dejar atrás todo el sufrimiento se terminó, y solo quedó un escenario de calma y soledad.

*EL ASUNTO PENDIENTE*

El frío y las salpicaduras de las olas golpeando contra el cuerpo de Iván le hicieron volver a la consciencia y entreabrió los ojos. Había dejado de llover, pero la mar gruesa todavía hacía batir las olas contra las rocas de la escollera. Completamente empapado, temblaba como si hubiera visto al mismo demonio, y un regusto salado en la boca le recordaba su indecisión y su ridículo naufragio allí mismo, sobre las rocas de la orilla; la ola que le sorprendió le había hecho aterrizar bruscamente sobre el granito para terminar golpeándose la cabeza con una de las piedras. Recordó como la cobardía ante la posibilidad de morir le había hecho reptar por los escollos y salir del agua antes de quedar inconsciente. Sin duda, el golpe no había sido suficiente para eliminar los remordimientos y ahora estaba convencido de que tenía que hacer algo para librar del peligro a la pareja que le había acogido, y a la joven prostituta. No podía abandonarlos a su suerte.

La lucha entre las órdenes del cerebro exigiéndole que se levantara y el entumecimiento del cuerpo daban como resultado movimientos de una parsimonia insólita; el duro combate solo consiguió hacerle gatear para escalar lo que le parecía un escarpado peñasco que debía superar como fuera. En su periplo de vuelta a la piedra donde había dejado los zapatos, intentó recordar lo que le parecía que había vivido durante el tiempo que estuvo sin sentidos. Cerró los ojos con fuerza para hurgar su subconsciente; se veía sentado delante de aquel chico que le conocía bien y que le hablaba con palabras tan directas como vehementes sobre el obstáculo que significaba para la propia supervivencia el hecho de amar. Le había hablado de Nadia, de Estel y de las personas que le habían acogido en su casa como si fuera su propio hijo. Y entonces le volvieron a la cabeza las imágenes de lo que había sucedido desde que vapuleó al cabrón que les había amenazado de muerte a todos. Desde entonces, el miedo a las consecuencias había dominado sus acciones y pensamientos, y le había arrinconado hasta llevarle a la orilla del mar; el lugar donde esperó, inútilmente, que la voz endemoniada que había intentado destruirle desde que se quedó sin trabajo le guiara hacia las profundidades de la soledad más absoluta. Entonces, mientras escalaba la escollera, supo que su vida solo había consistido en seguir un juego miserablemente preestablecido que había intentado hundirle y recordó las palabras que pronunció el anciano pintor que vivía bajo la que había sido su casa, mientras compartían un whisky redentor: el secreto era hacer lo que creyera que tenía que hacer con todo y con todos, sin temor a los efectos que pudieran derivarse de sus actos y sin justificaciones de ningún tipo frente a nadie. Ahora entendía lo que el viejo bohemio le había querido decir con aquello de la libertad. Tras admitir que se había de quedar solo, Iván sentía una serenidad y una firmeza que le permitían ver que la decisión que había tomado cuando el tipo de la alucinación le abandonó en aquel frío despacho, había sido acertada, y que las preguntas impertinentes que le había hecho tenían todo el sentido del mundo. Recordó que, mientras estaba inconsciente sobre las rocas, aquel mal espíritu le había exigido que abandonara sus lazos con todas las personas que le habían llevado al purgatorio para poder salvarse. Y eso había decidido hacer, con la certeza de que no se equivocaba.



Después de arrastrarse dejándose la piel y la ropa, llegó a lo alto de las rocas. A pesar de su estado deplorable, la decisión le había hecho recuperar fuerzas y ahora sentía que algo parecido al coraje le guiaba. Harto de arrepentirse de todo, de llorar la pérdida de aquellos a los que había amado y de vivir aterrado ante la posibilidad de destruir a las únicas personas que aún apreciaba, había decidido elegir la libertad en su sentido más amplio y ya no se resistía a traspasar los límites de su conciencia. Entonces, supo que había estado haciendo méritos con la paliza que le había dado a aquel mierda, en la calle de En Robador, y que tenía que acabar el trabajo que no se había atrevido a ejecutar para poder liberarse, sin mirar atrás.

Antes de iniciar el camino de regreso al Raval, volvió a pensar en aquella prostituta inocente postrada ante su carnicero, y en Astrid mirándole con aquella expresión que le había hecho sentir tan culpable al saber que les había puesto en peligro. Entonces, librarlos del horror que les atenazaba con fuerza se convirtió en el último objetivo a cumplir antes de desaparecer de sus vidas para siempre. Poco le importaba lo que le pudiera pasar. Una vez hubiera acabado con aquella escoria, por fin se desharía de los lazos que le habían estrujado hasta ahogarle y podría quedar al margen de todo y de todos. Las dudas y el miedo que le habían consumido hasta la extenuación desaparecieron.

\*\*\*

Astrid había estado soñando con la conversación que mantuvo con Iván de madrugada y cuando se levantó tenía síntomas de ansiedad. Su marido estaba en el sofá viendo uno de los programas matinales. Ella le dio un beso con prisas y fue al baño para lavarse la cara; en una hora tenía que estar preparada para marcharse al trabajo. Había dormido mal debido a la pesadilla y bostezaba. A pesar del nerviosismo, tenía la sensación de que el nuevo trabajo arrastraría todos los males que pudieran sobrevenir; era la primera vez que trabajaba en un supermercado y esperaba que después del período de prueba le hicieran un contrato indefinido, tal y como le habían dicho en la entrevista. La posibilidad de dejar la prostitución ocasional y el trabajo de camarera de pisos en los hoteles le abría nuevas y mejores expectativas; ya hacía tiempo que engañar a su marido la llenaba de remordimientos feroces, y limpiar diecisiete habitaciones repletas de camas supletorias, toallas sucias y maletas esparcidas por todas partes era demasiado a su edad. Todo aquello la dejaba exhausta.

Antes de irse, se acercó a la habitación de Iván para comprobar que se encontraba bien y picó a la puerta con prudencia. Pensó que, tras el encuentro de la madrugada con ese delincuente, aún debía estar durmiendo. Como no contestó decidió entrar. Abrió despacio y echó un vistazo a la cama, pero no le encontró. Preocupada, esperó hasta el último momento antes de salir hacia el trabajo pero, a las doce del mediodía, tuvo que dejar a su marido solo en casa. Estaba angustiada y enfadada con Iván por haber tenido los cojones de desaparecer tras las amenazas que había recibido.

Así que el día fue espantoso. Cuando salió de casa le pareció que la seguían y los nervios que se le habían creado en el estómago mientras esperaba a Iván, en casa, empezaron a removerse desesperadamente. Al bajar a la estación de metro de Liceu se detuvo en la máquina expendedora de billetes y miró a su alrededor, desconfiada. Después, sacó la cartera llena de monedas que había acumulado durante días y comenzó a introducirlas en la ranura por donde también se irían los restos de serenidad. Dos con cincuenta, cuatro con cincuenta, y sus ojos trataban de mirar detrás de su espalda. Veinte, diez céntimos más, y después de cinco en cinco hasta llegar a los ocho euros. Entonces se detuvo y se dio cuenta de que las manos le temblaban. Echó una mirada fugaz sobre su hombro para, a continuación, seguir embutiendo el resto de monedas hasta que la

máquina le escupió la tarjeta de diez viajes y cinco solitarios céntimos que había introducido de más. Lo cogió todo y, mientras se dirigía hacia las puertas de acceso, volvió a mirar hacia atrás antes de validar la tarjeta. Y allí estaba, aquel hombre que le parecía que la miraba con un desprecio infinito, demacrado, encorvado y con los ojos llenos de rabia. Astrid casi podía sentir como la amenazaba con cosas horribles y, asustada, apartó la vista. «¿Quieres decir que no es paranoia?», pensó para intentar ralentizar los latidos del corazón. Continuó su camino escaleras abajo hacia el andén, consciente de que tal vez había antepuesto un trabajo a la vida de su marido por un sueldo que nunca podría pagar su pérdida. Sentía una culpabilidad y una angustia atroz por haber dejado sola a la persona a quien más quería, y no podía evitar pensar que el malhechor que había amenazado a Iván tendría el camino libre para acabar con Alex esa misma tarde. «Eso no sucederá, no nos puede pasar algo tan horrible», se decía.

Intentó ignorar las amenazas, pero la angustia que la atenazaba no la dejó tranquila ni un momento. Solo cuando se hizo la hora del descanso y pudo hablar por teléfono con Alex se serenó, pero al volver a reponer productos en las estanterías se volvió a preocupar irremediablemente, indignada porque Iván aún no había dado señales de vida. Cuatro horas más hasta que ella volviera a casa eran tiempo suficiente para que ocurriera la desgracia. Así, hasta que llegó la hora de salir, casi de noche, recordó aquella terrible mirada que había sentido en la nuca, en el vestíbulo del metro y, a las nueve y media en punto, cogió la bolsa con la compra que había hecho durante el descanso y salió del establecimiento a toda prisa, casi sin despedirse, en dirección a su casa.

\*\*\*

Empujó la puerta de la calle; la cerradura seguía rota e hizo una mueca de disgusto, como ya venía siendo un ritual. La bolsa del súper le cortaba la circulación en los dedos. Llevaba una botella de leche, lavavajillas, champú y pan. Media barra sobresalía apuntando al cielo. Cambió de mano para sacar el llavero del bolso.

Al llegar arriba, dio dos vueltas a la llave para abrir. Cuando entró, la casa estaba casi a oscuras y solo se oía la televisión. Cerró bien la puerta y pasó al comedor. Su marido permanecía tumbado en el sofá. Se había quedado dormido. Astrid, aliviada al ver que respiraba, se acercó para darle un beso en la mejilla con cuidado para no despertarle y encendió la lámpara que había sobre la mesilla, a su lado. Después fue a la habitación de Iván para ver si por fin había llegado, pero no le encontró. Sabía Dios donde estaba a esas horas...

\*\*\*

El vapor que salía de las cazuelas invadía la cocina, y también el aroma de cebolla, ajo y zanahoria que Astrid cocinaba en uno de los fogones. En el otro, había puesto a hervir los espagueti y de vez en cuando los removía. Cuando la pasta estuvo cocida, la volcó sobre el escurridor y, mientras la salsa acababa de sofreír, comenzó a poner la mesa. En una de las salidas al comedor miró el reloj y se mordió el labio, nerviosa. Casi eran las diez y media.

—¿Todavía no ha llegado? —dijo, preocupada.

—Déjalo —respondió Alex, pensando que quien se había convertido en su amigo necesitaba su tiempo libre—, ahora ya estás en casa. Y si no hay nadie me apaño solo, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. —Astrid tenía bien presente el peligro que representaba la gentuza que amenazaba a la gente con cuchillos, y temió que quizá le había pasado algo a Iván.

Un tropiezo hizo que derramara el agua de la jarra sobre el suelo.

—¿Qué te pasa, cariño? —dijo Alex al ver que su esposa todavía continuaba nerviosa.

—No nada. —Fue a buscar la fregona y secó el charco que se había formado—. Me preocupa que Iván no esté en casa a la hora de cenar. —Continuó emplatando los espagueti y cortándolos a trozos.

—No te preocupes, mujer. Seguro que está bien —dijo él mientras cogía el plato con la mano útil.

Ella miró a su esposo con un aliento de esperanza; no había nada mejor que la ignorancia para ser feliz, pero volvió a preocuparse mientras se servía el plato y se sentaba. El silencio entre los dos rigió la cena: Astrid se mortificaba con todo tipo de conjeturas respecto a Iván y aquel delincuente, la televisión seguía impasible con su programación y Alex solo abría la boca para pedirle una rebanada de pan o para que le pusiera agua en el vaso.

Mientras Astrid enrollaba los espagueti con el tenedor, se preguntaba por qué las cosas tenían que ser tan difíciles, y como era posible que Iván se hubiera metido en aquel estercolero tan peligroso. Desde que había entrado en sus vidas, él había conseguido atenuar la presión que le suponía tener que dejar a su marido solo en casa y le había parecido que, en cierto modo, les tenía en gran estima. Ella se había sentido protegida al tener cerca a un hombre más joven y fuerte, y su marido era más feliz compartiendo su tiempo con alguien que le escuchaba y le daba vida. Era por eso que ella había llegado a apreciarle tanto, y también por ese carácter tan gentil que les había ganado a los dos. Pero aquella fea costumbre de salir por la noche... sabía que no iba a traer nada bueno. De hecho, les había llevado a un punto insostenible y pensaba que no podría perdonarle nunca. Se preguntaba por qué no podía ser todo como al principio, cuando su dulce sonrisa, a pesar de su situación, llevaba un rayo de luz a casa.

Hacia las doce aún emitían una de las tandas de anuncios que la película tenía programada, y Alex se cansó de esperar el final.

—¿Vamos a dormir? —dijo bostezando.

—Te acompaño, pero luego vuelvo para ver cómo acaba.

Alex miró a su mujer con preocupación y fue a lavarse los dientes, enfurruñado. Cuando se acostó, ella le arropó y le dio un beso.

—Buenas noches. No te quedes hasta muy tarde, ¿eh? —dijo él intentando sacarla de su trance.

—No. Vendré enseguida, amor. Solo estaré un rato.

\*\*\*

Un sueño intranquilo la despertó a las dos y media de la madrugada. A su lado, Alex se dio la vuelta hacia la ventana y continuó durmiendo. Había dejado la puerta de la habitación abierta para oír llegar a Iván, pero estaba tan cansada que se había quedado dormida. Era urgente que hablara con él a solas y, mientras no llegaba, tenía que tomar una decisión respecto a su permanencia en casa. A la mañana siguiente ya se le ocurriría qué decirle a su marido.

Alex dormía profundamente, como siempre, alejado de todo lo que había pasado porque ella no se vio con fuerzas para explicarle nada, como si el hecho de no contarle la verdad le distanciara del peligro. La quietud de la madrugada convirtió el miedo en terror; tenía el presentimiento de que el criminal les vendría a buscar esa misma noche y cerró los ojos con fuerza para desvanecer las terribles imágenes que le habían venido a la cabeza durante todo el día. ¡Cuántas veces había pensado que si no hubiera alojado a Iván en casa todo aquello no habría sucedido...! Habían estado conviviendo con un hombre al que, en realidad, ninguno de los dos conocían, y que se había revelado como una persona conflictiva que solo había traído problemas a casa. Bajo las sábanas, se preguntó de qué servía ayudar a nadie si las consecuencias resultaban tan nefastas. Se sentía traicionada e indignada a la vez. Hiciera lo que hiciera, siempre se tragaba toda la mierda

que le caía encima. Aquellos sentimientos tan dolorosos hicieron que se sintiera culpable por incriminar a Iván de casi todos sus males, pero lo cierto era que les había metido en un peligroso embrollo del que podrían salir muy mal parados, y la vida ya era bastante complicada como para añadir más obstáculos.

Había contemplado varias veces la posibilidad de echarle de casa para evitar que el asesino les volviera a vincular con él pero, a pesar de que su cabeza le daba aquellas órdenes, no estaba segura de poder cumplirlas. En realidad, Iván no había cometido ningún crimen; la noche en la que tumbó al proxeneta solo había consumado lo que habría hecho cualquier persona con un poco de sangre en las venas: una de aquellas que ya no se encontraban. Ojalá hubiera tenido a alguien como él cerca cuando aquel maldito cliente que no olvidaría nunca la agredió y le dejó de recuerdo una buena colección de pesadillas y de moratones en el cuerpo y en la cara. Desde entonces, siempre llevaba un spray de defensa personal en el bolso. Aún recordaba con dolor como tuvo que superar sola el horror que había vivido en cuestión de minutos, y como faltó gravemente a la confianza de su marido cuando mintió al explicarle que la habían asaltado en la calle para atracarla. El precio que había que pagar para seguir viviendo sin perjudicar a la persona que más quería siempre era demasiado alto. Y, esta vez, no sabía si podría saldarlo.

\*\*\*

Estiró el brazo fuera de las sábanas para mirar la hora en el móvil. Eran las cinco y cuarto de la madrugada. Se había quedado dormida de nuevo con todas aquellas preocupaciones y había soñado un revoltijo de situaciones sin sentido en las que aparecían ella misma, Iván y los fantasmas del pasado. Volvió a taparse y cerró los ojos con fuerza para intentar recordar qué había sucedido en aquella especie de pesadilla, esperando encontrar una respuesta a las dudas que arrastraba desde que todo se había torcido. Pero no lo consiguió. Solo pudo escuchar, tres pisos abajo, el golpe del hierro de la puerta de la calle contra el marco provocando un fuerte chasquido y abrió los ojos escudriñando la oscuridad, agudizando el oído para identificar si quien fuera que había entrado en el edificio se quedaba en alguno de los pisos de abajo, o si continuaba subiendo hasta su rellano. Hacía demasiadas semanas que la cerradura de la puerta de la calle estaba rota y, cada día que pasaba, les dejaba más expuestos a los actos vandálicos que solían ocurrir en el barrio, sobretodo de noche. Y más ahora que les habían amenazado con vete a saber qué.

Temblando, Astrid se levantó de la cama lentamente y caminó hasta la puerta de la habitación como si auscultara el suelo con los pies. Se preguntaba si Iván ya habría llegado a casa mientras ella dormía, pero no se atrevió a salir para comprobarlo. De hecho, rezaba para que fuera él quien estuviera llegando, pero no podía evitar imaginarse al delincuente subiendo por la escalera con aquella expresión diabólica que le había parecido ver en el hombre del metro, llena de ira y violencia, y que por desgracia conocía bien. Casi podía sentir las suelas de los zapatos deslizándose sobre los peldaños desgastados y polvorientos con un ruido sordo de cadencia siniestra que la atenazaba. Su corazón había cogido una velocidad tan increíble que pensó que se desmayaba, pero se giró y miró a su esposo, en la cama, jurando que mataría a cualquiera que se atreviera a hacerle daño. Se acercó a la puerta de la habitación empuñando el móvil con fuerza, como si se preparara para lanzarlo sobre la cabeza de aquel cabrón que le parecía que subía por la escalera. El spray de defensa se había quedado en el comedor, en su bolso, así que solo le quedaban el 112 y la muleta de su marido para defenderse. La cogió para colocarla a su lado.

Los pasos ya sonaban en el tercero y entrecerró la puerta de la habitación dejando un mínimo resquicio por donde pudiera marcharse el pánico que sentía. Cerró los ojos y rezó lo que no había rezado en toda su atea vida para que el demonio se fuera de su casa.

Un clic aterrador en la cerradura de la puerta de entrada la obligó a mirar por la rendija, que en aquel momento se hizo inimaginablemente delgada. Le pareció que los ojos se le salían de las cuencas y que el corazón se iba corriendo detrás de sus globos oculares hacia el comedor. Escuchó como la llave daba dos vueltas; una y dos, y cogió la muleta de su marido como si fuera un arma. Luego, detrás de aquella puerta indiscreta, vivió unos segundos de aterradora incertidumbre y escuchó el sonido del pestillo de golpe escondiéndose y volviendo a encajar en su agujero al cerrar la puerta.

«¡Por favor!»

Astrid exhaló todo el aire que había retenido al reconocer la silueta de Iván en la penumbra. Iba hacia su habitación y ella dejó la muleta en su sitio. Respiraba ansiosamente y unas lágrimas enormes y abrasadoras resbalaron por sus mejillas, fruto del terror que había sentido. Permaneció unos minutos tras la puerta hasta que se serenó y luego se puso la bata, decidida a decirle que se fuera de su casa.

Cuando salió del dormitorio, cerró la puerta para que su marido no se despertara y encendió la pequeña lámpara del salón que apenas iluminaba el sofá y la mesita. Ya en la puerta de la habitación de Iván, dio unos golpecitos. Tras unos segundos de espera, él abrió una rendija. La recibió con el pecho desnudo, faltando extrañamente al decoro que siempre había respetado.

—No quiero molestarte, pero tengo que hablar contigo —dijo ella desconcertada ante aquella actitud desafiante.

—¿Podemos dejarlo para mañana? Estoy cansado.

A pesar del tono delicado de las palabras de Iván, la miraba con una especie de malevolencia que ella no le había visto nunca, y Astrid se sintió acobardada. Él no parecía darse cuenta de la gravedad de la situación, y eso le disgustaba aún más.

—Tenemos que hablar ahora. —La exasperación crecía—. Es un asunto importante.

Él la miró durante unos instantes y asintió con la cabeza.

—Deja que me ponga algo.

Astrid todavía no se había atrevido a mirarle a los ojos intimidada por aquella actitud, insólita en él. No era la misma persona que había llorado desconsoladamente en sus brazos la noche anterior; se parecía mucho, pero no era el Iván que conocía. De pie frente a él, en la puerta de la habitación, había captado una energía punzante que la repelía, pero que al mismo tiempo la atraía con fuerza y, cuando se sentó en la mesa del comedor con él, sintió una especie de escalofrío que le revolvió el estómago.

—Eso que haces de desaparecer sin decirnos nada y volver a estas horas... se tiene que acabar —dijo angustiada, esperando que no la enviara a paseo—. Nos haces sufrir. —Le reprendió apelando a su buena fe.

—No lo volveré a hacer.

Entonces, Astrid reparó en el corte que tenía en la frente. Sus cabellos estaban despeinados y sudaba como si estuviera enfermo.

—¿Me puedes decir qué demonios te ha pasado? —dijo indignada, observando la herida que sangraba ligeramente—. Te hemos acogido en casa como si fueras de nuestra familia. ¡Creo que tenemos derecho a saber si nos ocultas algo que nos pueda perjudicar más aún! —Le pareció que le acusaba gravemente, pero continuó riñéndole—. No tienes ni idea del miedo que hemos pasado hoy sin saber dónde estabas; me parece que esta mañana me seguía alguien por la calle... —decía atropelladamente—, me veo cada día esperando que el delincuente que te ha amenazado venga a cosernos a cuchilladas... y esta noche...

—Eso ya no pasará. —La interrumpió apoyando la espalda en la silla y suspiró, como si

estuviera harto de los reproches.

La seguridad con la que le había respondido la desconcertó aún más, y le miró trastornada, empequeñecida por esa especie de diablo en que se había transformado Iván.

—Lo he hablado con mi marido y ambos estamos de acuerdo en que te vayas... —dijo apartando la vista, avergonzada por haberle mentado—. Lo siento, pero no podemos permitirnos más errores. —Volvió a buscar su mirada, intentando ver un gesto de aprobación que calmara su pesar.

Buscaba aquella candorosa expresión que le había visto tantas veces, pero no la encontró y, ahora, él la miraba con indulgencia aunque le estaba echando de casa.

—Lo entiendo. No os preocupéis. —Puso la mano sobre el brazo de Astrid y ella se estremeció. —Siento mucho todo lo que ha pasado —dijo con frialdad—. Haré las maletas y me iré.

\*\*\*

Sentada ante la mesa de la cocina, Astrid se tomaba un vaso de leche caliente para apaciguar sus remordimientos y su tristeza. Acababa de ver como Iván se levantaba de la silla y se iba a su habitación sin impugnar sus argumentos, como si todos los días que habían pasado juntos no significaran nada. Y sabía que, si se iba a dormir, le dejaría el camino libre y ya no le vería nunca más. Se repetía una y otra vez que había hecho bien, que cualquiera con dos dedos de frente habría expulsado de sus vidas a un irresponsable como él. Sí, un imprudente que no sabía lo que hacía porque había perdido el norte, pero que había llevado una brizna de alegría a su casa antes de que pasara aquel embrollo que hizo tambalear su mundo.

Los dos legítimos dedos de frente la mortificaban y echó un trago para contener unas incipientes lágrimas fruto del desconsuelo que sentía al saber que los abandonaría para siempre, y que el vacío que dejaría sería horrible. Aquellos pensamientos la azotaban con fuerza y le infligían un dolor tan agudo que tuvo que admitir su error allí mismo, en ese preciso instante, cuando decidió que tenía que volver a su habitación para decirle que se quedara, que sus vidas no serían igual sin su presencia en casa y que, por una persona como él, valía la pena enfrentarse con coraje a todo lo que pudiera suceder.

Y allí se encontró, ante la puerta, arrepentida de su comportamiento falsario, tragándose la vergüenza por haber sido tan estúpida como para echarle cuando, en realidad, lo que quería era tenerle muy cerca. Allí delante, tras llamar prudentemente, esperaba que él la recibiera y le perdonara su inconsciencia.

Cuando Iván abrió, ella permaneció unos segundos en silencio esperando que le diera un abrazo y le dijera que se quedaba, y que la perdonaba por haber querido echarle de aquellas maneras. Pero lo que deseaba fervientemente no ocurrió.

—Dime. —Había abierto una rendija.

—¿Te importa si entro un momento? —Ahora ella improvisaba, había olvidado los argumentos que había estado preparando en la cocina.

Iván se apartó y ella empujó la puerta. Dentro, la lámpara sobre la mesilla de noche iluminaba tenuemente la estancia. Astrid vio sus dos maletas abiertas sobre la cama y volvió a estremecerse al confirmar que iba a cumplir lo que ella misma le había pedido.

—Quiero disculparme por haberte tratado como si fueras un delincuente. Yo no quería... —dijo ella con la esperanza de que no fuera demasiado tarde para que cambiara de opinión.

—No tienes que pedirme perdón por nada.

—Tengo que hacerlo —dijo mirándole a lo más profundo de sus ojos—. El miedo me ha hecho

perder la cabeza. Sé que eres una buena persona y que nunca nos harías daño. Quédate en casa con nosotros.

—No puedo —dijo él después de un corto silencio—. Tengo que irme. Pero no tienes que preocuparte más por aquella escoria —aseguró otra vez—. Créeme. Ya no tenéis nada que temer.

Desconcertada ante tanta seguridad respecto a aquel delincuente, Astrid se acercó a la cama y miró el interior de la maleta, como si supiera que allí dentro encontraría la respuesta al porqué de aquella afirmación tan contundente. Y lo que vio la dejó helada.

—¿Qué es eso?! —Señalaba una camisa rasgada y manchada de sangre.

—No es nada. —Iván se acercó a ella y cerró la valija con parsimonia.

Temblando, Astrid se preguntó qué había hecho para haber vuelto en ese estado, y por qué tenía esa herida en la cabeza.

—¿Cómo que no es nada?! ¿Qué te ha pasado?! —dijo dando un paso atrás.

—Nada, de verdad —repitió él.

Astrid estaba aturdida, buscaba una respuesta a las manchas rojas que había en la ropa y, cuando volvió a mirarle, supo que el peligro que les amenazaba ya había pasado. Cerró los ojos un momento y comprendió que Iván había hecho algo muy grave, y que posiblemente traería consecuencias. Pero estaba dispuesta a afrontarlas; no quería dejar escapar al hombre que les había demostrado que había personas por las que valía la pena luchar, e intentó convencerle para que no se fuera.

—No importa lo que haya pasado. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites... Nos gustaría que te quedaras, me gustaría... quiero que te quedes —confesó a pesar de darse cuenta de que, antes de que ella le hubiera echado de casa, él ya había decidido abandonarles.

—Eres muy amable. Siempre lo has sido —dijo Iván dirigiéndole esa mirada cándida que ella tanto había esperado—. Esta vez no puedo aceptar tu oferta.

—No me importa nada de lo que pase —le interrumpió—. No, si te quedas con nosotros... Quédate, por favor...

—Astrid. —Se le acercó lentamente y ella volvió a estremecerse. Después, él le apartó el flequillo de los ojos con ternura—. No lo entiendes. No me puedo quedar. No quiero traeros más problemas. Si me alejo de vosotros estaréis bien y ya no volveré a decepcionaros...

Los ojos azules de Astrid expulsaron lágrimas de impotencia al saber que le había perdido.

—Ve a la cama —Iván abrió la puerta de la habitación—, todavía es pronto. Cuando te levantes ya me habré ido y todo estará en su sitio. Donde debe estar.

\*\*\*

Salió del viejo edificio cargado con la maleta y la bolsa cruzada al pecho. Hizo el gesto instintivo de ajustarse la corbata pero, aquella madrugada, ya no había pensado en ponérsela.

Se intuía el amanecer bajo la bóveda que cubría el callejón. Iván exhaló el poco pesar que le quedaba. Se dio cuenta de que no sabía dónde había ido a parar la fuerza que le había guiado hasta el Raval para cometer aquel crimen; solo le quedaba una brizna de aliento que le pedía estirarse en algún lugar y descansar.

Permaneció en el portal unos minutos mientras observaba lo que había sido su rincón en la calle, cuando se quedó sin dinero para ninguna pensión. Recordó la angustia que había sufrido hasta que encontró un lugar resguardado donde la gente no pudiera ver cuán bajo había caído, y rememoró el momento en el que fue capaz de estirar el saco de dormir en el suelo para, acto seguido, admitir que lo había perdido todo. Ahora miraba aquel espacio con cierta nostalgia; la calle se había convertido en lo único que reconocía como propio.

Unos minutos más tarde decidió caminar para alejarse de las personas que le habían demostrado que le querían con la desidia como compañera de viaje, y con la indiferencia y la resignación de quien se sabe desconectado del mundo al que había tratado de agarrarse en vano durante tanto tiempo. Lo único que esperaba era que, en algún momento, la policía viniera a detenerle por haber matado a aquel proxeneta repugnante.

Al salir de la calle del Malnom miró el cielo, de un azul brillante con pinceladas rojizas; se preparaba para recibir el sol. El aire era fresco e invitaba a Iván a respirar hondo y a caminar por las calles, aún solitarias. La lucha se había terminado. Ahora solo tenía que encontrar un lugar donde esconderse y reposar, lo más lejos posible de sus recuerdos, antes de que la gente comenzara a invadir la ciudad.



## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todas las personas que han contribuido a la publicación de El demonio bajo mis pies. Su colaboración y su aliento han hecho que llegue a vuestras manos un ebook con la calidad que a mi me gustaría recibir.

Gracias a Rubén por su apoyo constante.

A Maria Rosa, que me alentó a llevar a cabo este trabajo.

A Jesús, Míriam, Anna y especialmente a Roger por su ayuda las semanas antes de publicar.

Y por supuesto, a todos aquellos que han leído y opinado sobre la novela y me han dado ánimo y razones para escribir esta traducción.

Kà Barceló  
Marzo 2020